

# POESIAS

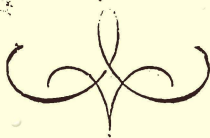
DE

# JUAN CRUZ VARELA

Y LAS TRAGEDIAS

DIDO Y ARGENTINA <sup>escr.</sup>

DEL MISMO AUTOR



BUENOS AIRES

IMPRESA DE LA TRIBUNA CALLE DE LA VICTORIA NÚM. 37

1879

## ADVERTENCIA

---

Una afición invencible á la poesia me impulsó á escribir versos desde los primeros años de mi juventud; y hoy, que cuento treinta y siete de edad, aun no puedo resistir á una inclinacion semejante. Mezclado muy temprano en la política, sin haber estado en mi mano evitarlo, han pasado catorce años de mi vida entre las agitaciones de la revolucion, y actualmente soy una de sus víctimas. Desterrado de la querida Buenos Aires, hé hallado un asilo en Montevideo, y las Musas me consuelan. Esta sola circunstancia há sido capaz de reducirme á corregir y limar las muchas composiciones métricas, que escribí en diversas épocas, y de las que ya se há publicado una gran parte. Sin la inaccion y fastidio consiguientes á un destierro, jamas me habria dedicado á esta tarea molesta, que será tal vez inútil. A los diez y siete años de mi edad, me parecia que yo era poeta: á los treinta y siete, y despues de un estudio constante de Virjilio, de Horacio, y de las obras de los grandes ingenios, que, en los siglos modernos, han sabido apreciar el tesoro que nos dejó la antigüedad, ni me engaño á mí mismo, ni sé si mis poesias hallarán un censor mas ríjido que yo. El poco mérito que tienen es la razon poderosa porque me habia resistido siempre á reverlas, á pesar de las insinuaciones de la amistad; y como, tratándose de poesia, lo que es mediocre es malo, no hacia falta la lima á lo que no debia, por esta razon publicarse. Muchos creen poseer lo que se necesita para ser poeta; pero esa posesion es dada á muy pocos, y no me harán entrar en el número de ellos ni el sufragio apasionado de mis amigos, ni el placer con que alguna vez mis compatriotas han leído ó escuchado mis versos. Ellos son sin embargo el único caudal que podré dejar á mis hijas; y puede ser que, por este motivo, llegue á ver la luz esta coleccion algun

dia. Por si tal sucede, declaro desde ahora que solo reconozco por mias las composiciones que en ellas se contienen, y como en ella aparecen. Verdad es que son apénas la octava parte de las que han salido de mi pluma; mas yo mismo hé hecho de las otras una merecida justicia, y siento que muchas de ellas paren manuscritas en poder de algunos que se llaman aficionados.

En mi juventud me ejercité casi esclusivamente en el jénero erótico; pero hé condenado al olvido la mayor parte de mis composiciones amatorias, conservando solamente aquellas que pueden, sin inconveniente, salir del estrecho círculo de la amistad, y de las relaciones mas íntimas.

Tampoco figuran en esta coleccion multitud de piezas satíricas, en las que, repetidísimas veces, fueron puestas en ridículo las principales personas, y los actos gubernativos de la administracion que tuvo Buenos Aires, desde mediados de 1827, hasta fines de 1828. Omito ahora esas composiciones, por otra parte demasiado públicas, porque, habiendo sido hijas de las circunstancias, no pueden tener mérito alguno desde que pasaron ellas. Mi coleccion, pues, está reducida á lo que, entre mis obrillas, me ha parecido mas digno de conservarse; y aun habria escludido una que otra pieza de las que ella contiene, sino fuesen del número de las que muchas veces se han impreso, y están por consiguiente en manos de todos. Hé hecho cuanto me ha sido posible por correjirlas y limarlas; pero no es fácil perfeccionar lo que orijinariamente no es bueno.

Por si el que llegue á leerme quiere juzgar por sí mismo de los progresos que yo haya podido hacer en esta difícil carrera, he dividido por años la coleccion. Así que se encontrarán mezclados en ella diversos jéneros de poesia, diversos metros, diversos asuntos, sin otra subdivisión que la de las épocas en que cada pieza fué escrita. Puede ser tambien que esto produzca, en la lectura, el placer de la variedad. Sin embargo, mis dos trajédias, publicadas en 1823 y 24, serán colocadas por separado y fuera de este orden.

Montevideo, 15 de Noviembre de 1831.

JUAN C. YARELA.

---

---

POESIAS DE JUAN CRUZ VARELA

---





## AÑO DE 1817

---

### Mi inclinacion primera

---

Desde mi edad temprana,  
Desde mis tiernos dias,  
Con inesperta mano  
Pulsé la blanda lira,  
Y hablaba en verso débil  
De las pasiones mias.  
Tres lustros no contaba,  
Cuando la Musa amiga  
Mis vacilantes pasos  
Bondosa dirijia  
Por la escarpada senda  
De la sacra colina.  
“ No quiero, dijo Apolo,  
“ Que este muchacho un dia,  
“ Para cantar horrores,  
“ Su pluma en sangre tiña;  
“ Ni que, en pomposos metros,  
“ Estragos y ruinas,  
“ Y fuego, y duelo, y guerra,  
“ Y mortandad describa.

“ Su corazon, cual cera,  
“ Al amor se derrita,  
“ Y cante solamente  
“ Juegos, ternura y risas.”

Así en la edad incauta  
En que tierno palpita  
El pecho, y ni siquiera  
Soñamos la desdicha,  
En delicioso fuego  
Mi corazon ardia;  
Y mis versos, bañados  
En las lágrimas mias,  
Lágrimas que de gozo,  
No de dolor, corrian,  
Eran el solo libro  
En que Laura aprendia  
Lo que vale, á quince años,  
Querer y ser querida.

---

## A un sueño

---

Huye, terrible sueño,  
Vuela de mí, cruel,  
Y á mi ajitada mente  
No vuelvas otra vez;  
Que ni en tus ilusiones  
De nuevo ver podré  
Ingrato y fementido  
Á mi adorado bien.

Deja que de su lábio,  
Mas dulce que la miel,  
Soló escuche palabras  
Que la vida me den,  
Y no fínjas aquellas  
Que desmientan la fé,  
Y el cariño inefable  
De mi adorado bien.

Anoche . . . . cuando anoche  
*Adiós* me dijo, y fué  
Á descansar mi amada,  
Yo á descansar también,

Arrojéme en mi lecho,  
 Sin otra cosa ver  
 Que la querida imájen  
 De mi adorado bien.

Pero ideas horribles  
 Me asaltan de tropel,  
 Y de repente miro  
 Á mi rival cruël  
 Querido, acariciado,  
 Encendido, y despues  
 Tocar su lábio el lábio  
 De mi adorado bien.

Hasta el fondo de mi alma  
 Entraron á la vez  
 Horrores mil, que nunca  
 En mi pecho llevé;  
 Y dolores de muerte,  
 Y la muerte tambien,  
 Y rábia, y ódio, y celos  
 De mi adorado bien.

Como la espada, agudo  
 Aquel dolor me fué,  
 Y como ajeno, amarga  
 Es la memoria del;  
 Ni lo que yo hé sufrido  
 Jamas decir podré,  
 Al ver en otros brazos  
 Á mi adorado bien.

Mi postrimer momento  
Hubiera sido aquel,  
Sino es que el llanto amargo  
Me vino á socorrer ;  
Y trémulo, espirante,  
Al cabo desperté,  
Llamando entre sollozos  
Á mi adorado bien.

Yo recobré la vida ;  
Empero, en otra vez,  
Connigo ménos duro,  
Terrible sueño, sé:  
Recuérdame tan solo  
Mis ratos de placer,  
Y píntame cual sueles  
Á mi adorado bien.

---



M i p a s i o n

---

Moriré, Laura injusta : tus enojos  
Guardaban este premio á mi terneza ;  
Y, ni en mi muerte misma, tu dureza  
Permitirá una lágrima á tus ojos.

Mis fríjidos despojos  
Verás sin ablandarte ;  
Que el cielo tiene parte  
En mi mal y en tus iras, porque intenta  
Un ejemplo dejar á las edades,  
En mí, de una pasion la mas violenta,  
En tí, de ingratitud y falsedades.

Moriré, fementida ; y, con mi muerte,  
Tranquila, libre de importuno amante,  
Tranquilo, libre mi rival triunfante,  
Os burlaréis de mi infelice suerte.

Tú, con pasion mas fuerte,  
Le jurarás entónces  
Que ni en los duros bronces  
Habrá firmeza igual á tu constancia ;  
Y á mis cenizas, ni en la tumba fria,  
Dejará sin insultos su arrogancia,  
Ni sin desprecios tu esquivez. impia



Así lo quieren, Laura, tus rigores.  
 Yo te amé y tú me amaste. ¡Cubra el cielo  
 De tristeza y horror, de sombra y duelo,  
 Los misteriosos sitios, sabedores  
     De los dulces amores  
     Que fueron nuestra gloria!  
     ¡Perezca la memoria  
 De mi querer pasado! ¡Huya mi vida,  
 Huya mi pecho á la mansion helada,  
 Do el rostro no se vé de mi homicida,  
 Y do el fuego de amor no tiene entrada!

Ya Laura mia no es; ya no me quiere;  
 Mas Laura es de mi amor: ¿cómo olvidarla?  
 Mas allá de la tumba hé de adorarla,  
 Porque amor está en la alma, que no muere.  
     Sí, mi bien: si yo viere  
     Tus iras aumentarse,  
     Y tu odio propasarse  
 A estremo tal de que tu misma mano  
 En mi temprana muerte se empleára,  
 Al recibir un golpe tan tirano,  
 Diria: *te idolatro*, y espirára.

Al principio te amé sin que me amáras.  
 ¿Te acuerdas cuantas ansias me costaste,  
 Y cuantos dias bárbaros dejaste,  
 Sin que un consuelo á mi penar prestáras?  
     Sí, te acuerdas: bien claras  
     Existen todavia  
     De`la amargura mia

Las señales que dí. Pues ese empeño  
Que tuve entónces en que mia fueras,  
Ese mismo, y mayor, querido dueño,  
Hoy en ser tuyo tengo, aunque no quieras.

Sí, todo yo soy tuvo : tú eres sola  
Mi gloria, mi ambicion, mi bien, mi todo ;  
Y en cada instante de diverso modo  
Solo en tu altar mi corazon se inmola.

El mar ola sobre ola  
Amontona, y combate  
La roca, que no abate

Con su empuje potente ; así tus iras  
Olvido, ingratitud, desprecios unen  
Contra un amor, que mas ferviente miras  
Cuando mas tus rigores se reünen.

No te ama mi rival ; yo si te adoro :  
Ninguno, que no tenga el pecho mio,  
Supo amarte jamas : miente el impio  
Que hoy es la causa de mi amargo lloro.

Ya tu favor no imploro,  
Ya que me ames no quiero ;  
Pero mintió ese fiero,

Si dijo que te amaba. Nadie sabe  
Lo que tú vales, nadie, yo tampoco ;  
Pues cuanto amor en todo el mundo cabe  
Tanto abrigo en mi pecho, y aun es poco.

No es tu desden el que mi mal agrava ;  
Es no sé que furor. Laura, yo mismo

El piélago de fuego en que me abismo  
Nunca pude sondar y ver do acaba.

¡Y mi rival se alaba

De que sabe quererte!

¡Y mi rival no advierte

Que no hay pasion que merecerte pueda!

¡Y tú le das tu amor, y á mi tus iras!

Si no hay un fuego al que mi fuego ceda,

Y mi fuego no basta, dí: ¿á qué aspiras?

¿A qué te olvide yo? Pues, Laura, envano,

Envano me abandonas.—¡Insensible!

¿Con qué envano ese pecho aborrecible

Se mostrará conmigo tan tirano?

No puede ser; mi mano

Firma aquí mi mudanza,

Y mi odio y mi venganza,

Y desamarte siempre. Si dió vida

Amor al corazon para adorarte,

No moriré: mi enojo me convida

A que viva de nuevo para odiarte.

Mi amor en todo el mundo no cabia;

Y mi odio será tal, que yo, irritado,

Yo mismo, en tus desprecios empeñado,

Podré moverme á lástima algun dia.

Tal vez el alma mia,

Para los odios nueva,

A compasion se mueva,

Cuando el que hoy te seduce te abandone.

¡Compasion! ¡Ah! No, pérvida: en tu muerte,

Léjos de que mi enojo te perdone,  
Celebraré tu merecida suerte.

¡ Ah, Laura! No, no creas; hé mentido;  
No habló mi corazon; mitió mi boca;  
Son desvarios de mi pasion loca.  
¡ Yo aborrecerte! ¡ A tí! ¡ Yo endurecido!  
    ¡ En odio convertido  
    Un amor tan constante!  
    Laura, si delirante

Hé podido ofenderte, al punto muero;  
Al punto, dulce amiga: te hé ultrajado  
Con mi inícuo decir: vivir no quiero,  
Despues que un solo instante te hé agraviado.

Perdona, y no me quieras: sé perjura,  
Mas no aborrezcas la memoria mia;  
Ni al repetir mi nombre en algun dia  
Pierda tu voz su celestial dulzura.

    Concede á mi amargura  
    Este alivio siquiera;  
    Y cuando placentera

Gozes tu nuevo amor, algun instante  
Piensa tambien en mí, que, despreciado,  
Ni dejaré jamas de ser tu amante,  
Ni moriré de amor sino á tu lado.

---



## Fragmentos de "La Elvira"

---

Titulé *La Elvira* un poemita erótico, que escribí en Córdoba, á principios del año de 1817, y que dediqué á uno de mis hermanos. Entresacadas de ese pequeño poema son las octavas que van á leerse: el resto de ellas há corrido la misma suerte que la mayor parte de mis composiciones amatorias. Si algun mérito tenia este poemita, como tal, puede ser que lo haya perdido en esta cópia, por faltar en ella el gran número de octavas que me há parecido necesario suprimir. Esta falta hará que parezca cortado el hilo de la narracion, inconexas ciertas ideas, y aisladas algunas descripciones. Creo sin embargo que, si mis obras merecen leerse, lo merecerán tambien los fragmentos que han quedado de *La Elvira*. Están señalados con líneas de puntos los lugares en que se han hecho las supresiones.

¿ A quién mejor que á tí, Jacobo mio,  
Podrá de mi dolor la voz aciaga,  
La voz que no conmueve al cielo impio  
Mas confiada llegar? La Parca amaga  
Hundirme pronto en el sepulcro frio ;  
Pero ántes que á la Parca satisfaga  
Mi temprano tributo, mis dolores  
Escucharás, y el fin de mis amores.

Desde nuestra inocente edad primera  
Ví tu ternura, mi cariño viste,  
Y el placer ó la pena pasagera  
De la niñez conmigo dividiste.

Ora mismo esta idea lisongera  
 Me enternece, y suspiro: pero ¡ay triste!  
 Ese tiempo, de todos envidiado,  
 Cayó en el caos de lo ya pasado,

Pasó y no volverá; y á tales dias  
 Otros, por mi desgracia, han sucedido,  
 Que placer, y delicias, y alegrías  
 En desesperacion han convertido.  
 Lame así un rio sus riberas frias,  
 Y, despues que los campos há corrido,  
 Del mar, do al fin se pierde, no retorna,  
 Y en sal amarga su dulzor se torna.

Entónces ni los nombres conocia  
 De las pasiones que al humano gravan,  
 Y, luchando entre sí con furia impia,  
 Por desgarrar el corazon acaban.  
 Entónces, mi Jacobo, ¿quién diria  
 Que mayores tormentos me esperaban  
 Que los placeres que gozé á tu lado  
 En ese tiempo, en vano suspirado?

.....  
 .....  
 .....

Grata á mis votos, el castálio coro,  
 O Musa del dolor, al punto deja,  
 Y no me niegues el favor que imploro  
 Para cantar la pena que me aqueja.  
 A tí te toca acompañar mi lloro,  
 Sentir conmigo, y escuchar mi queja;

Que el blando Apolo te ordenó mil veces  
Que al que canta su mal favorecieses.

La espesa sombra de la noche helada,  
Del rabioso aquilon el silvo horrendo,  
La natura en el sueño sepultada,  
A la Luna las nieblas encubriendo,  
Y el triste eco del ave, acostumbrada  
A andar entre tinieblas discurriendo;  
Todo, todo, á esta hora mas aumenta  
El bárbaro dolor que me atormenta.

Ahora, que mi mal mas vivo siento,  
Y el volcan de mi pecho mas se enciende,  
Ahora, oh Musa, desde tu alto asiento  
A consolar á un infeliz descende.  
Monta en las álas del lijero viento,  
De espectros mil poblado el aire hiende,  
Y, pues enseñas á contar dolores,  
No niegues á mi solo tus favores.

Rayó una aurora en la que Jove airado  
Quiso que yo segunda vez saliera  
Del país delicioso y bienhadado,  
Do ví lucir el Sol la vez primera.  
¡ Oh ! ¡ Nunca me ausentase de tu lado,  
Y ese dia fatal jamas luciera !  
Esta ausencia, Jacobo, es el oríjen  
De las penas acerbas que me aflijen.

.....



Mis males, es verdad, son precedidos  
De placer y favor; y nunca tanto  
Gozaron los mortales mas queridos  
De la madre Ciprina: ¿mas qué encanto  
Que la en pos de ellos, cuando son seguidos  
De atroces penas y de amargo llanto?  
Oye del bien y el mal; oye te ruego,  
Compara uno con otro, y tiembla luego.

Una noche, en la hora silenciosa  
En que apenas los céfiros se mueven,  
Porque á turbar el sueño en que reposa  
El mortal fatigado no se atreven;  
De repente mi alma temerosa  
Mis espíritus todos se conmueven,  
Y una vision que nunca esperaria  
Interrumpió el letargo en que yacia.

Temblando todo, me senté en el lecho,  
Donde mis miembros en quietud posaban,  
Cuando ví de improviso abrirse el techo,  
Rotas las ligazones que lo traban;  
Y un carro de marfil y de oro hecho,  
Que dos palomas cándidas tiraban,  
Descendió del Olimpo refulgente,  
Y el aire atravesó rapidamente.

Al punto mi retrete reducido  
Se inundó de una luz tan deliciosa,  
Que á los objetos daba el colorido  
Con que deleita purpurina rosa;

Y Vénus con el niño fementido  
 Veloce baja, y junto á mí se posa,  
 Embalsamando el aire con olores  
 De ambrosía celeste, no de flores.

.....  
 .....

Dijo, y no el rayo de la nube al suelo  
 Tan rápido descende y luminoso,  
 Como la Diosa de mi lado al cielo  
 Voló en su carro de marfil hermoso.  
 Cupido empero dirigió su vuelo  
 De mi Elvira al albergue delicioso,  
 A preparar su pecho de manera  
 Que su intento fatal lograr pudiera.

Solo quedé; mas, triste, conturbado,  
 Otro del que ántes era me encontraba,  
 Y, de susto y pavor, de lo pasado  
 Méenos me convencia que dudaba;  
 Y si el veneno en la alma derramado,  
 Y si el fuego voraz que me abrasaba  
 Sensibles tanto no me hubieran sido,  
 Ni á mi vista creyera ni á mi oído.

¿ De vientos encontrados en la brava  
 Tormenta, débil nao no viste un dia,  
 Como el Euro á una parte la arrojaba,  
 Como el Noto á otra parte la impelia?  
 Yo así con mil pasiones guerrëaba,  
 Sin saber cual de todas seguiria,

Y ya el fuego de amor gustaba al alma,  
Ya suspiraba por mi antigua calma.

No bien la Aurora de Titon el lecho,  
Negligente cual nunca, abandonaba,  
Y, prófuga la Noche, á su despecho,  
El manto de tinieblas arrollaba,  
Cuando yo, por librar mi triste pecho  
De la batalla dura en que se hallaba,  
Salí de mi retiro silencioso,  
Huyendo de mi mismo presuroso.

El acaso mis pasos dirijia,  
Y por fin me condujo al sitio ameno; (\*)  
Do se respira un aire de alegría,  
De olor de rosa y de frescura lleno;  
Y do, al nacer y al espirar el dia,  
Bellezas mil, con un andar sereno,  
Se pasean, sus gracias ostentando,  
Y sus cautivos tras de sí llevando.

Lugar do el arte á la natura norma  
De sencillez y de primor há dado.  
Cerrado en cuadro, cuatro calles forma,  
Adornadas por uno y otro lado  
De erguidos sauces, que, por alto, en forma  
De techo, sn ramaje han enlazado,  
El tránsito negando á los ardores  
De los rayos del Sol abrasadores.

(\*) El hermoso paseo de Córdoba era entónces, mas ó menos, cual se describe en estos versos. Posteriormente han dejado arruinar casi toda su bella arboleda, y se ha deteriorado mucho la obra.

El zéfiro veloz y alegre, cuando  
 Se cansa de volar allí reposa,  
 Susurros agradables alternando  
 Con la voz del jilguero melodiosa ;  
 Y, los árboles todos repasando,  
 Nuevo frescor entre sus ramas goza,  
 O si vé en un asiento una hermosura,  
 A besarla desciende de la altura.

Da el agua cristalina no ajitada  
 Mas belleza á este cuadro dilatado,  
 Porque en su superficie nivelada  
 Está el azul del cielo retratado ;  
 Y la luz de la luna plateada,  
 Brillando en el estanque inalterado,  
 Presenta en noches de la primavera  
 La vista mas risueña y placentera.

¿ No viste, cuando Eolo tiene atada  
 De los vientos la cólera violenta,  
 Como el gran río de mi Patria amada  
 Lisa como el cristal su faz ostenta ?  
 Así esta copia de agua represada  
 Siempre su superficie igual presenta,  
 Porque el fiero aquilon no la conmueve,  
 Y, cuando mas, el zéfiro la mueve.

.....  
 .....

Se oían rechinar los fuertes gonces  
 De las ferradas puertas, que se abrían  
 Del mercader á la codicia entónces :

Y allá mas léjos á la par se oían  
Sonidos de atambor, tronar de bronces,  
Y voces de soldados, que ofrecian,  
Por ensayar los lances de la guerra,  
Imájen de batalla en quieta tierra.

A aquellos campos, ominosa escuela  
Del arte de matar al semejante,  
El pueblo todo desolado vuela,  
Porque halla en ellos diversion constante.  
Allí el guerrero la matanza anhela,  
Y no muestra anhelarla en su semblante;  
Marte preside, pero Marte muda  
En placentera faz su faz sañuda.

La Muerte y la Discordia, silenciosas,  
El furor de algun dia presajando,  
De falanje en falanje presurosas  
Anticipada rabia van soplando;  
É imájenes entónces horrorosas  
El soldado feroce recordando,  
Se queja de que tanto se dilate  
El momento del bárbaro combate.

Me aproximaba al sitio; y entre tanta  
Belleza que hácia allí se dirijia,  
¡Ay! ví que Elvira su lijera planta  
Hácia el mismo lugar tambien movia.  
Acércome, la miro: ¡Dios! ¡y cuanta  
Cuanta llama encendióse en la alma mia!  
Figurarte esta vista tan terrible,  
Esta vista, Jacobo, es imposible.

Un rayo estrepitoso se desprende  
De la tronante nube; el estampido,  
El estridor con que los aires hiende  
De estragos y ruina subseguido,  
No conturba, no aterra, no sorprende  
Al mortal temeroso y desvalido,  
De tal manera cual sorprende Elvira  
Al que repente, como yo, la mira.

Al verla, se mantuvo un tiempo largo  
Sin circular la sangre por mis venas,  
Y todos mis sentidos en letargo,  
Cual si del sueño despertase apénas.  
Acordéme de Vénus, que al amargo  
Llanto me condenó; pero serenas  
Sus iras ya creí; ni las temia,  
Pues mas Diosa que Elvira ya no habia.

Era un ángel del Cielo. ¡Ay Dios! ¡lo que era  
Aquella criatura! La mañana  
Mas pura y fresca de la Primavera  
Pintada vieras en su tez lozana.  
La rosa mas subida, la primera  
Con que el jardin soberbio se engalana,  
Arrimada á su rostro perderia  
El brillante color con que lucia.

Duraba hasta esa hora la frescura  
Que con el dia el zéfiro derrama;  
Hora en que el jilguerillo se apresura  
A cantar y saltar de rama en rama;

Hora en que se pasëa en la verdura  
 El amante felice con la que ama;  
 Y hora en que no vé Febo todavia  
 El lujo y tren que en la mitad del dia.

Así es que habia mi beldad salido  
 Con el blondo cabello destrenzado,  
 Por la frente en dos partes dividido,  
 Sin cuidado y con gracia abandonado.  
 Un pañuelo finísimo, tendido  
 Sobre el pecho turjente cual nevado,  
 Orgullosa á momentos se mostraba,  
 Y celoso á momentos le ocultaba.

No tan hermosa fué ni tan sencilla  
 La misma Vénus, cuando del mar Fríjio  
 La pura espuma la lanzó en la orilla,  
 Y el mundo absorto veneró el prodijio.  
 Si á Elvira Vénus vé, Vénus se humilla,  
 Borra de las arenas su vestijio,  
 Y, corrida y celosa, al mar volviera,  
 Y Diosa del amor mi Ninfa fuera.

Ya ni las voces que el guerrero daba,  
 Ni el tronar de los bronces yo sentia:  
 Indiferente todo presentaba  
 La tierra para mí. La vista mia,  
 Por el campo tal vez se divagaba.  
 Tan solo á Elvira en su existencia veia;  
 Cual si se hubiera el cáos renovado,  
 Y á Elvira solamente respetado.

Pero el carro de Febo refulgente  
 Ya largo espacio tras de sí dejaba,  
 Y al padre de la luz indeficiente  
 Una Hóra tras otra acompañaba.  
 Ya de sus rayos el calor ardiente  
 A abandonar el campo precisaban,  
 Y las bellas, cargadas de despojos  
 Quitaban el placer de ver sus ojos.

Pero los de mi Elvira, al retirarse,  
 En los míos ¡ que gloria ! se fijaron,  
 Y la observé ya entónces conturbarse,  
 Cuando nuestras miradas se encontraron.  
 ¡ Qué no dicen los ojos al mirarse !  
 ¡ Qué volcanes no encienden ! ¡ Cuanto hablaron  
 Aquella vez los míos ! Y los de ella  
 " Ya sé (dijeron) que me encuentras bella. "

¡ Cielos ! Yo la entendí ; yo ví á la hermosa  
 Al irse, inquieta, cual de ardor tocada,  
 Y noté una espresion casi amorosa,  
 Al dirijirme su postrer mirada.  
 Su rostro se encendió como la rosa,  
 Que al matutino albor desenrollada,  
 Parece, aunque contenta, estar corrida  
 De verse á tantas flores preferida.

Y retiróse al fin : sus pasos sigo,  
 Y llego y veó la mansion dichosa  
 Do moraba mi bien : de allí prosigo.  
 Ajitado mi marcha presurósa



Hasta la casa mia, y á mi amigo  
 Anhelando encontrar; que es mas sabrosa  
 La copa del amor, cuando el que ama  
 En íntima confianza la derrama.

Y te encontré, Rufino; tú supiste  
 La llama de mi pecho, la aprobaste,  
 Las gracias de mi Elvira encareciste,  
 Y mi dicha futura ponderaste.  
 Extático de amor allí me viste  
 Pendiente de tu lábio; me animaste  
 A que siguiera mi feliz destino,  
 Y alfombraste de rosas mi camino.

De rosas y placer. La tierna Elida,  
 Bella dueña de tu alma y tus amores,  
 La Diosa de tu fé, que hace tu vida  
 Envidiada de pechos amadores,  
 A la adorable Elvira estaba unida  
 Con lazos de amistad, que en los albores  
 De la niñez las Gracias les echaron,  
 Y mas y mas, creciendo, se anudaron.

Entrambas bellas á la par de Diosas,  
 Hechas entrambas para arder amando,  
 Sensible el pecho de las dos hermosas,  
 Y en la edad de querer; cuando ajitando  
 El corazon sus álas temerosas,  
 La primer voz de amor se vá escuchando,  
 Ya, sin saber por qué, las dos ardian,  
 Y las dos sus ardores se decian.

Tú abrigaste primero los de Elida ;  
 Y el fuego virjinal, recién brotado,  
 Pasando hasta tu pecho, de honda herida  
 Sentiste el corazón atravesado,  
 Pero fuiste feliz ; ella tu vida  
 De bienes celestiales há colmado ;  
 Y tú cuentas tus horas presurosas  
 Por los placeres que con ella gozas.

Tú le hiciste saber que por mis venas  
 Circulaba voraz inmenso fuego ;  
 Que á Elvira ví, y que, mirada apénas,  
 Furor insano acometióme luego.  
 Tu le hiciste sentir todas mis penas,  
 Tú me pintaste enamorado y ciego,  
 En favor de mis ansias la empeñaste,  
 Y el sí de mi ventura le arrancaste.

.....  
 .....

¡ Ah, Rufino, Rufino ! El cielo airado  
 No haga que luzca para tí una Aurora,  
 Que arranque de tu pecho el bien gozado,  
 Y enclave el mal que mi interior devora.  
 Si tal fin á tu amor está marcado,  
 Baja mas ántes do la Muerte mora ;  
 Que yo mas bien te lloraré perdido,  
 Que sufriendo el tormento de un olvido.

Yo ya soy infeliz ; pero entre tanto,  
 Si la mano del Tiempo destructora  
 No se tiende á borrar el triste canto  
 De un miserable que la muerte implora :

Si duran estas líneas, que mi llanto,  
 A par que las escribo, descolora,  
 Dó mi verso se lea, allí leído  
 Será tu nombre al de tu Elida unido.

Lo debo á la amistad, y no es posible  
 Faltar á tal deber; que todo pecho,  
 Que, por fatalidad, nació sensible,  
 Para amor y amistad no mas es hecho.  
 En medio de mi vida aborrecible,  
 Y en mis continuas lágrimas deshecho,  
 Me acordaré por siempre del amigo,  
 Que, cuando lloro yo, llora conmigo.  
 . . . . .  
 . . . . .

¿ Pero yo dónde estoy ? ¿ La tierna Elvira  
 Deja que lleve el viento mi querella,  
 Y me oye suspirar, y no suspira,  
 Cuando he llorado tanta vez con ella ?  
 ¡ Ay, adorado bien ! Toma mi lira,  
 Toma mi lira triste, y dame aquella  
 Que me templó el amor, cuando cantaba  
 La llama celestial que me abrasaba.

¿ Te acuerdas de la noche en que, avisada  
 Ya del incendio que en mi pecho hervia,  
 En la danza te ví ? Ya, enamorada,  
 Tu vista se encontraba con la mia ;  
 Ya la bajabas luego abochornada ;  
 Ya mirando otra vez te comprendia,  
 Y, al sorprenderte, por tu boca hermosa  
 Erraba la sonrisa deliciosa. .

Luego, sentada de tu amiga al lado,  
Lugar en medio para mí quedaba;  
Yo temblando llegué, y el sonrosado  
Color á tus mejillas asomaba.  
Tu tierno corazon no acostumbrado  
A los combates del amor estaba;  
Temblaba de lo mismo que queria,  
Y de placer y de temor latia.

¡Terrible situacion, en la que ofrece  
El pecho un hombre á la doncella pura,  
Que siente, que suspira, y se enternece,  
Cuando nace de amor esta ternura!  
El que sabe querer, y no envilece  
El idioma del alma en boca impura,  
Ese sabe las dudas, los temores  
De la primer conversacion de amores.

Pero, Elvira, ¿qué hacer, cuando ya estaba  
La pasion en el pecho rebosando;  
Y cuando lo que el labio no expresaba  
Iba la tierna Elida declarando?  
El momento llegó, y, no bien llegaba,  
Cuando, todo mi espíritu esforzando,  
Al ¡ay! primero de mi amor me atrevo,  
Y el *si* primero de tu amor te debo.

¡Ah, Jacobo, Jacobo! ¿Quién pudiera  
Describir lo que sigue á aquel instante,  
En que un tierno anador la vez primera  
Oye á su amada confesarse amante?

Yo no sé cual quedé; yo prefiriera  
 Ese silencio extático, embargante,  
 A cuantos goces el amor insano  
 Me pudiera brindar con larga mano.

Al fin, ya el pecho de sentir cansado,  
 A usar del labio sin querer volvimos,  
 Y, el primer susto del amor pasado,  
 Todo el ardor del alma nos dijimos.  
 Pero tan dulce tiempo era robado  
 Al concurso molesto, y conocimos  
 Cuanto las sociedades atormentan  
 A los que por amor sus horas cuentan.

Separéme de Elvira, y al momento  
 La música sonó; volvíme á ella,  
 Y la llamé á danzar. ¡ Con qué contento  
 A mi deseo se prestó la bella!  
 Airosa, suelta, como el leve viento,  
 Iban las gracias á besar su huella,  
 Y pasmado el concurso la aplaudia,  
 Y, Elvira lo miraba y no atendia.

.....  
 .....

Esa dichosa noche concertados  
 Fueron con ella y con su amiga amada  
 Todos los medios, por amor dictados,  
 De verla y visitarla en su morada.  
 ¡ Oh momentos, momentos bienhadados  
 De mi primer furor! ¡ Cómo, anegada  
 Aquella noche mi alma en alegría,  
 De la luz la tardanza maldecia!

Hasta que ví la luz ; la rubia Aurora  
En el fúljido oriente se presenta,  
Y nunca mas hermosa el Cielo dora,  
Y nunca mas belleza el suelo ostenta.  
De mis felices dias precursora,  
Mientras la sombra de la noche ahuyenta,  
Parece convidaba á la natura  
A darme el parabien de mi ventura.

Así cielos y tierra, hombres y Dioses  
Mis inocentes votos aprobaron ;  
Asi mis horas á correr veloces,  
Siguiendo mis placeres, empezaron ;  
Y asi de Elvira las amantes voces  
Inefable ventura me anunciaron,  
Cuando la vez primera á sus umbrales  
Fuí buscando mis bienes y mis males.

Y empezó mi vivir ; porque no es vida  
La que vá sin amor. ¿ Y cómo, y cuando  
La alma felicidad será sentida,  
Sino en los mares del amor nadando ?  
Naturaleza toda nos convida  
Al deber grato de vivir amando,  
Y oprobio eterno, y maldicion, y luto  
A quien no pague al corazon tributo.

El filósofo adusto, que,preciado  
De conocer al hombre, al hombre niega  
El deleite de arder enamorado,  
Mientra el invierno de la edad no llega,

Es un vil impostor, es un malvado,  
Que en su soberbia estúpida se ciega;  
Triple doblez de bronce hay en su pecho,  
Y el corazón de pedernal es hecho.

El que no cree en amor conozca á Elvira,  
Y tome la alma que me cupo en suerte;  
Esta alma, mi Jacobo, que ya mira  
Cercano de dejarme el trance fuerte.  
Y todavía por su bien suspira,  
Y llora el desamor mas que la muerte,  
Y tiembla y se estremece á la memoria  
De aquellos días de perdida gloria.

¡Días de paz, en bienandanza idos,  
Cuyos instantes, de mi Diosa al lado,  
Colmaron mi ventura, y, ya perdidos,  
Solo dolor y llanto me han dejado!  
¡Ah! ¡Cuanta vez, suspensos mis sentidos,  
Y en éxtasis de amor arrebatado,  
Los encantos de Elvira contemplaba,  
Y á la vista la lágrima saltaba!

Tras un largo callar, tal vez decia:  
"Háblame mi querido;" y yo no hablaba,  
Embelesado, absorto; ella lo via,  
Y modesta una mano me alargaba;  
Yo la llevaba hasta la boca mia,  
Y con el sumo lábio la tocaba,  
Y Elvira, en el mayor desasosiego,  
Daba un suspiro, y se ausentaba luego.

Tiemble la hermosa, cuando, sola, al lado  
 De su querido el corazon le lata ;  
 Que contra el ruego de un amante amado  
 Es imposible que el rubor combata.  
 El primer beso, á la modestia hurtado,  
 El primer nudo del pudor desata,  
 Y, arrancada á la flor la primer hoja,  
 El hálito del aire la deshoja.

.....  
 .....

En cada nuevo dia, en cada instante,  
 Crecia mas esa inquietud dichosa,  
 Ese martirio dulce de un amante,  
 Que en el cariño de su bien reposa,  
 Y en su ternura fia ; y, anhelante,  
 Entónces goza mas cuando no goza,  
 Y una mirada su pasion fomenta,  
 Y una palabra su esperanza aumenta.

Pero la ley de amor es ley de unirse,  
 Y de cambiar las almas. Cuando un pecho,  
 Que llega en vivo fuego á consumirse,  
 Para tanto volcan se siente estrecho,  
 Y no puede á sí mismo combatirse,  
 Cede al esfuerzo que el amor há hecho,  
 Pasa de la esperanza á las caricias,  
 Y lo que fué violencia son delicias.

Sola conmigo la adorada mia  
 En las calladas horas se encontraba



De una pesada siesta; y era el día  
 Que amor para su triunfo reservaba.  
 Nada nuestro silencio interrumpia,  
 Nadie nuestros suspiros escuchaba;  
 Que hasta el sordo ruido de las jentes  
 Cesa en las horas del estio ardiente.

¡Oh Dios! ¡Lo que es amar! La mano bella  
 De Elvira tomo, y la apreté temblando;  
 Lloran mis ojos, y los fijo en ella,  
 Y ella ya estaba, como yo, llorando.  
 Abre sus lábios, y sus lábios sella  
 Al pronunciar mi nombre sollozando;  
 Y en ambos pechos nuevo fuego hervia,  
 Y el corazon como jamás latia.

Sobre mi hombro su frente, y reclinada  
 En la suya algun tanto mi cabeza,  
 Por mis amantes brazos estrechada,  
 Y yo estrechado con igual terneza,  
 ¡Que delirio! exclamó: luego, eclipsada,  
 Como en mortal letargo, su belleza,  
 Ni el aliento de aromas exhalaba,  
 Ni el albo pecho cual tembló temblaba.

¡Oh susto del amor! ¡Eterno instante  
 Del deliquio primero! ¡Infortunado  
 Quien no te vió llegar! Mi tierna amante,  
 Su espíritu de nuevo recobrado,  
 Alza su frente, y, fijo en mi semblante  
 Su mirar celestial, todo animado  
 Con su mirar quedó. No fuera bella  
 Entónces una Diosa al lado de ella.

Entreabierto su lábio y encendido,  
 En la nieve del rostro así lucía,  
 Como el botón de rosa más subido  
 Entre blanca azucena luciría.  
 Toda su alma á su boca había salido,  
 Cual si saliera por buscar la mía,  
 Y toda su alma, que en su lábio erraba,  
 Al beso, al primer beso convidaba.

Hasta que tanto fuego . . . . ¿ Pero adonde  
 Ora mi mente acalorada vuela?  
 ¿ Quién los misterios que el amor esconde  
 Con lengua incauta, como yo, revela?  
 Un jénio intolerante ya responde  
 ¡ *Escándalo sin fin!* Mi alma recela  
 Que se llame delito mi ventura,  
 Y que merezca pena tu ternura.

Tu ternura, mi bien.—¡ Ah! Yo quisiera,  
 Yo quisiera, Jacobo, que algún día  
 El universo todo conociera  
 A la que causa la amargura mía;  
 Y el universo todo decidiera  
 Si otra fortuna, si otro gozo habría  
 Para el mortal felice reservado,  
 Mayor que amar á Elvira y ser su amado.

¡ Ah! ¡ Cuán lleno de orgullo y de ternura  
 Ante la faz del orbe yo diría!:  
 “ Esta mujer divina, esta belleza,  
 “ De alma más pura que la luz del día,

" Me amó otro tiempo con igual fineza,  
 " Con fuego igual al que en mi pecho ardia,  
 " Y hemos gozado lo que nunca amantes,  
 " Colmados de favor, gozaron ántes. "

¡ Todos me oyeran, todos; y á mi bella,  
 Al escucharme, atónitos miráran!  
 ¡ Cuántas pasiones á la vez por ella,  
 Cuántas envidias en mi honor brotáran!  
 Los duros, que en su pecho una centella  
 De ternura, de amor, nunca abrigáran,  
 Las pasiones del hombre excusarian,  
 Y por la vez primera sentirian. •

Sí, Jacobo: yo mismo retirado  
 Del lado de mi Elvira aquella tarde,  
 Me sentia mas digno, y adornado  
 De otras virtudes de que hacer alarde.  
 Un pecho vivamente enamorado  
 Es noble tanto mas cuando mas arde,  
 Y una bella modesta, si nos ama,  
 Honor enjendra, cuando enjendra llama.

De mí mismo jamás un pensamiento  
 Mas elevado tuve, que esos dias  
 En que yo era de Elvira, y que tormento  
 No mas son hoy en las memorias mias.  
 ¿ Por qué se vive así? ¿ Por qué un momento,  
 Un momento no mas, las alegrias  
 Viene á cortar, y pasa, y siembra horrores,  
 Dejando hondo pesar donde hubo amores!

Todo ese tiempo que la Parca hilaba  
 De seda y oro á mi dichosa vida,  
 Ese tiempo de amor, así pasaba,  
 Cual manso arroyo en estacion florida,  
 Que huye jugando, y no sentido lava  
 La planta solitaria; y adormida,  
 Al son del cefirillo, el agua pura,  
 Se desliza entre trébol y verdura.

.....  
 .....

¡ Oh dias de mi gloria! ¡ Oh dulces horas  
 Las que, testigos de mi amor, volaban!  
 ¿ Quién os creyera nunca precursoras  
 De los dias de horror que me esperaban?  
 ¿ Pero cuándo las penas roedoras  
 Con la quietud del corazon no acaban?  
 ¿ Cuál barquilla, que incauta se há engolfado  
 En el mar del amor, no há zozobrado?

Una mañana que volé á mi Elvira  
 Y á sus besos de miel, la vez primera  
 Ví angustiada su faz: llora, me mira,  
 Pero ya no me mira placentera.  
 La abrazo, la pregunto; Ella suspira,  
 Y suspirando calla. Verdadera  
 Imájen del dolor que la afijia,  
 Mas bella en el dolor me parecia.

Si el fuego de mi amor, para que ardiera,  
 Necesitado hubiese otro incentivo,  
 Solo el dolor de Elvira hacer pudiera  
 El volcan de mi pecho mas activo.

El llanto de sus ojos ya no era  
 El llanto del amor; pero, expresivo,  
 Yo no sé qué de triste me anunciaba,  
 Y mi pecho afijido destrozaba.

Con voz interrumpida— " me has perdido,  
 " (Exclamó finalmente) ingrato amante.  
 " Déjame ya, infeliz; nunca el olvido  
 " Te lanzará de mí; ni un solo instante  
 " Viviré sin mi amor; yo te hé querido,  
 " Y te querré sin fin. ¡Oh, si inconstante  
 " Mi pecho ser pudiera! En algun dia  
 " Desenclavarme esta pasion podria."

Dijo, y calló: la muerte en el momento  
 Descendió á mis entrañas, y, azorado,  
 Ni palabras hallé; que el sentimiento  
 Siempre fué mudo cuando fué extremado.  
 Elvira prosiguió:— " ya que contento  
 " Vivias con mi amor infortunado,  
 " ¿ Por qué mi amor dijiste? ¿ No miraste  
 " Ligado mi desdoro á lo que hablaste?"

¡ Terrible acusacion! Un llanto largo  
 De mis ojos brotó. Jamas creeria  
 Que á mi cariño fiel tan triste cargo  
 El mismo labio de mi amada haria.  
 Por la primera vez el llanto amargo  
 No de ternura por mi faz corria;  
 Que ponzoña y acíbar derramaba  
 En el pecho angustiado que bañaba.

Al cabo prorrumpí; mi juramento  
 Oyó mi Elvira al fin; al fin mi boca  
 Pidió mi perdicion, si algun momento  
 Mi pasion divulgó la lengua loca.  
 " ; Perezca yo ! (exclamé): de su alto asiento  
 " Dios vé mi corazon, que aquí provoca  
 " Su rayo matador y sus enojos,  
 " Si traicion en mi pecho ven sus ojos. "

Elvira oyó y tembló; jamas su oído  
 Tan execrando hablar habia escuchado.  
 " Calla, me dijo, calla: un fementido  
 " Sorprendió mi candor, y me há engañado;  
 " El me ofreció su pecho corrompido,  
 " Que tanta y tanta vez hé despreciado.  
 " Criminal te há finjido y alevoso  
 " Se mostró interesado en mi reposo.

" Sospechó que te àmaba, y su sospecha  
 " Como jactancia tuya me há vendido;  
 " Yo, en el furor de mi pasion deshecha,  
 " Hé sido poco cauto: el atrevido  
 " Todos los pasos del amor acecha,  
 " Y en medio del amor me há sorprendido;  
 " Me sorprendió tal vez, y el crimen suyo  
 " Me lo há pintado como crimen tuyo.

" ; Crédula yo ! Mi honor, mi paz, mi fama,  
 " Todo creí perdido en un instante;  
 " Y exclamé en mi dolor: " ; mi tierna llama  
 " Con tan negra traicion paga mi amante? "

" Lo creí : ¡ ya se vé ! siempre derrama  
 " Todo labio impostor la miel delante  
 " Del veneno mortal, y sus amores  
 " Una infeliz mujer toda es temores.

" Perdóname, te ruego : ya no creo  
 " Que á espaldas de la fé viva escondida  
 " La pérfida traicion : ahora leo  
 " Mas que nunca en tu pecho, y, complacida,  
 " Tan solamente tu ternura veo,  
 " Y el cariño inmortal á tu querida.  
 " Perdóname otra vez : acostumbrados  
 " A engañar, nos engañan los malvados. "

Y es así mi, Jacobo : el corrompido,  
 Que hace su estudio de vivir mintiendo,  
 A la franca verdad roba atrevido  
 Su lenguaje y candor ; y así, fingiendo  
 Su acento celestial, va fementido  
 La sencillez incauta seduciendo.  
 El sexo de las gracias ¡ ah ! no sabe  
 Cuanto doblez en ciertos pechos cabe.

Así un infame por Elvira ardia  
 En impura pasion, creyendo osado  
 Causar mintiendo la ruína mia,  
 Y en premio á sus calumnias ser amado.  
 La dulce paz en que mi amor dormia  
 Este mónstruo de horror há trastornado,  
 No porque Elvira su pasion pagase,  
 Que era imposible que jamás le amase.

Mas la sospecha, que una vez se sienta  
 Al lado del amor, pronto es seguida  
 De la desconfianza, que se aumenta  
 Cada vez mas y mas, sin ser sentida.  
 Se entroniza el temor; la duda ahuyenta  
 El reposo del alma prevenida,  
 Y el mudo sinsabor es el nublado  
 A la brava tormenta anticipado.

Un pecho y otro á recelar empieza  
 Lo que antes no temia, y la delicia  
 Del amor se minora, pues tropieza  
 Con un nuevo temor cada caricia.  
 En recelo se cambia la franqueza,  
 Y asoma el disimulo, vil primicia  
 Del dudar punzador; ni en quieta calma  
 Desmiente el rostro el escozor del alma.

.....  
 .....

Elvira hablaba; pero yo veia  
 Que su alma candorosa batallaba  
 Con oculto dolor que la aflijia,  
 Y que, por no afijirme me ocultaba.  
 Menos franco su hablar me parecia,  
 Y en cada beso suyo imaginaba  
 Que me decia: " te amo, mas quisiera  
 " Que nunca tu enemigo hablado hubiera. "

Del licor embriagante si filtrado  
 Un frágil vaso en otra vez há sido,  
 Conserva por un tiempo dilatado  
 El olor fuerte del licor perdido.



Tal es el pecho honesto, que agraviado  
 En su honor un momento se há creído;  
 De la sospecha la impresion acerba,  
 Cual dejo amargo, á su pesar, conserva.

No lo ignoraba yo; y así mi fuego,  
 Mi espresion, mi ternura redoblaba;  
 Una vez el alhago, en otra el ruego,  
 Y en todas mis caricias agotaba.  
 Jamas á Elvira idolatré tan ciego,  
 Jamas mi fuego á mis palabras daba  
 Insinuacion mayor. tal vez dulzura,  
 Que al querer aquietar á mi hermosura.

Y el tiempo me faltó: yo me dormia  
 En tranquila inocencia descuidado,  
 Sin sentir acercarse el negro dia,  
 Que iba á privarme de mi bien amado.  
 El poder arbitrario ya me habia  
 Sus maliciosos tiros asestado;  
 Y estaban en mi daño preparadas  
 Redes dolosas, por un vil forjadas.

A un ministro de Astrea corrompido,  
 A quien dió su poder la intriga fea,  
 Y cuyo orgullo hidrópico ha torcido  
 El fiel de la balanza de la Dea;  
 En baja adulacion envejecido,  
 De la veraz franqueza sin idea,  
 Le dictó su soberbia hacer osado  
 Ostentacion de su poder prestado.

.....  
 ....

## AÑO DE 1818

---

Al triunfo de nuestras armas en los llanos del rio Maipo,  
el dia 3 de Abril de 1818

---

¿ Era que Jove habia  
Nuestro baldon eterno sancionado,  
Y que tornára un dia  
Para siempre á la Patria malhadado ?  
¿ O nos guardaba la voluble suerte  
Llanto sin fin, asolacion y muerte ?

¿ Y tanta y tanta gloria,  
En ocho años de afanes conseguida,  
Ser debió transitoria,  
Y, gozada no bien, cuando perdida ?  
El sud, ya libre, volveria al cabo  
Del déspota español á ser esclavo ?

Los que en Maipo acabaron  
Una noche tremenda así creyeron, (\*)

(\*) En la noche del 19 al 20 de Marzo de 1818, fué sorprendido y dispersado por las tropas españolas, en Cancha-rayada, el mismo ejército que, pocos dias despues, triunfó completamente de ellas en Maipo.

Noche en que no lograron  
 Sobre los bravos que vencer quisieron,  
 Sino aumentar el fuego de venganza,  
 Y provocarlos á mayor matanza.

El campo sorprendido,  
 Nuestra hueste dispersa, y el Ibero,  
 De sombras protegido,  
 Vibrando impunemente el duro acero,  
 Y repartiendo inesperada muerte,  
 “ Triunfamos, dijo ; se fijó la suerte. ”

Como en Pérgamo el Griego  
 En noche infanda derramó su enojo,  
 Y del inmenso fuego  
 Fué la ciudad de Priamo despojo,  
 Sin que de sus cenizas renaciera ;  
 Así pensó triunfar la hueste Ibera.

Pero el jefe invencible,  
 A quien nunca abandona la Victoria,  
 Y en lance mas terrible (\*)  
 Cubrió sus armas de brillante gloria,  
 Hurta el momento á la Fortuna ingrata,  
 No duda de su triunfo, y lo dilata.

De la Luna al amparo,  
 Con honor salva su dispersa jente,  
 Y cuando Febo claro

(\*) En el paso de los Andes, y batalla de la cuesta de Chacabuco, que dió la libertad á Chile. Se dió esta memorable batalla el día 12 de Febrero de 1817.

Se sepultó de nuevo en occidente,  
 Iban ya las falanjes aguerridas  
 Por su jefe hácia Maipo conducidas.

Llegó, llegaron ellas,  
 Y San Martín exhorta, increpa, enciende  
 Las cubiertas centellas  
 Del fuego pátrio, que doquier se extiende.  
 El soldado recobra su bravura,  
 Y vencer ó morir mil veces jura.

Ya, ya los campeones  
 En la sed de venganza se abrasaban,  
 Y sus aclamaciones  
 El triunfo de sus armas presajaban,  
 Cuando el fiero enemigo se descubre,  
 Y la llanura inmensa erguido cubre.

Le ven los inmortales,  
 El grito todos de victoria alzarón,  
 Y los filos fatales,  
 Los rayos de la muerte prepararon.  
 Los tiranos entónces se acobardan,  
 Y pavoridos otra noche aguardan.

¿ Pero quién el deseo  
 De venganza ó de muerte refrenaba ?  
 Precipitarse veo,  
 Cual torrente, que un dique represaba,  
 Le rompe, y todo arrasa, á nuestros bravos  
 Sobre la multitud de los esclavos.

La colina escalando,  
Rayos de guerra los Iberos lanzan,  
Y los bronces tronando  
Reparten muertes por do quier alcanzan ;  
Pero el soldado en quien el Sud confia  
Solo en la punta de su acero fia.

Moribundos amigos,  
Y alfombras de cadáveres pisando,  
Hácia los enemigos  
Marchan, corren, se acercan, y, en llegando,  
Mil arroyos de sangre de la altura  
Hirviendo bajan hasta la llanura.

San Martin los furores  
Gobierna del intrépido soldado,  
Y el riesgo y los horrores  
A despreciar enseña denodado.  
Si Marte mismo tal bravura viera,  
En Marte mismo algun pavor cupiera.

Empero los Hispanos,  
Precipitados de la fuerte altura,  
Renuevan en los llanos,  
Sin esperanza, la batalla dura ;  
Que su hado inevitable los persigue,  
Y muy mas grande la matanza sigue.

No sigue, que allí empieza ;  
Porque el bruto á la guerra acostumbrado  
Se lanza con braveza,

Por el dragon invicto gobernado,  
Y tropella y derriba, y el guerrero  
Lleva la muerte á do volvió el acero.

¡ Ibéria! Tus caudillos,  
En la lid hasta entónces no domados,  
Dejaron los cuchillos  
De los libres del sud ensangrentados.  
Allí espiró su saña: allí mordieron  
El suelo mismo do mandar quisieron.

Largo tiempo el tirano  
Disputa el campo y la tenaz victoria;  
Pero disputa envano,  
Que ella, cubierta de esplendor y gloria,  
Con guirnalda de lauro inmarcescible  
Las sienes coronó del invencible.

¡ Oh, San Martin! Tu nombre  
De edad irá en edad, de jente en jente  
Miéntras dure el renombre  
Del grande Americano continente,  
Y brille de los Andes la alta cumbre  
Con nieve eterna y con cercana lumbre.

---



En elojio de los señores Jenerales D. José de San Martin y D. Antonio Gonzalez Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del rio Maipo, el 5 de Abril de 1818.

---

(En el canto que vá á leerse tambien se hace mencion de la célebre batalla de Chacabuco. Cuando él se escribió, por insinuacion de personas inmediatas al Gobierno, ya todos los poetas de Buenos Aires habian celebrado, de un modo digno, la victoria de Maipo. Parece que la autoridad deseaba entónces ensalzar el mérito del Sr. Balcarce, que contribuyó no poco á este triunfo, y cuyo mérito habian olvidado nuestros poetas. De todos modos, esta composicion, y la que la precede, son, á mi parecer, las que necesitan mas induljencia entre las mias).

Amados de Caliope, hijos de Febo,  
Del Parnaso en las cimas educados,  
Perdonad, si los tonos elevados  
De vuestro canto á interrumpir me atrevo.  
    Sé que pulsar no debo  
    La pobre lira mia;  
    ¿Mas quién podrá este dia  
El ardor refrenar que el pecho inflama?  
Veo dos héroes; su renombre solo  
Del entusiasmo la sagrada llama  
Enciende, y siento que me inspira Apolo.

San Martin y Balcarce, dos guerreros,  
A quienes justa nuestra edad aclama,



Y cuyos hechos cantará la Fama  
 En la serie de siglos venideros.  
     Temblad, temblad, Iberos ;  
     Vuestro fin se aproxima ;  
     Que San Martin la cima  
 De montes, que su frente han escondido  
 En las regiones donde el trueno rueda,  
 Amenaza escalar, y destruído,  
 Si lo ejecuta, vuestro imperio queda.

Quedará vuestro imperio : en movimiento  
 Ya las falanjes van ; la falda pisan,  
 Y la altura tambien ; de allí divisan  
 En Chacabuco una bandera al viento.  
     Como huracan violento,  
     Que brama en la alta sierra,  
     Los hijos de la guerra  
 Fieros se lanzan ; el cañon retumba,  
 Y ellos la espada fulminante vibran :  
 En la cuesta el tirano halló su tumba,  
 Y á Chile triste las lejonas libran.

El venerando Maipo, que, en la hondura  
 De sus puros cristales retirado,  
 Era un rio sin fama, destinado  
 A dar inútil riego á una llanura,  
     De su mansion oscura  
     Oyó el clamor guerrero,  
     Y oyó el grito primero  
 Que, al desplegar sus alas, dió la Fama,  
 A San Martin cantando sonora.

Alegre entónces á sus Ninfas llama,  
Y sobre el agua alzó su faz rugosa.

Convocólas, y dijo: “ Yo esperaba  
“ Qué era de haber un dia, en que esté imperio  
“ Al déspota feroz de otro hemisferio  
“ *No soy tuyo* dijera. Escrito estaba  
    “ Que á esta rejion esclava  
    “ Un jenio de la guerra,  
    “ Desde la opuesta tierra,  
“ Mole inmensa de montes traspasando,  
“ Vendria victorioso; y en un dia  
“ Siglos y siglos de maldad vengando,  
“ El oprobioso yugo romperia.

“ Su nombre allá en el libro de los hados  
“ En pájinas de luz escrito estaba;  
“ Jove empero su nombre reservaba,  
“ Y los tiempos al triunfo señalados.  
    “ *Cuando sea que osados*  
    “ (Dijo el Tonante un dia)  
    “ *En la alta serrania*  
“ *Ejércitos batallen, sangre corra,*  
“ *Vague muerte sin fin, la Fama cante,*  
“ *Llegó el feliz momento en que socorra*  
“ *Al Araucano el adalid triunfante.*

“ Hoy en la cuesta yo sentí fragores;  
“ En Chacabuco las cavernas roncás  
“ Del monte retumbaron; voces broncas  
“ Escuché de feroces contendores;

- “ Y despues los clamores  
 “ De la Fama se oyeron :  
 “ San Martin, repitieron,  
 “ San Martin es el héroe; Chile vive.  
 “ Me alzo yo entónces, y en la cumbre veo  
 “ Al capitan ilustre, que recibe  
 “ De manos de Mavorte el gran trofeo.
- “ Pero no se acabó : ¿ veis estos llanos,  
 “ Delicia un dia de araucana jente?  
 “ ¿ Veis los que, yermos, del arado el diente  
 “ Sentido no han, ni laboriosas manos ?  
 “ Sepulcro de tiranos  
 “ A ser vendrán un dia :  
 - “ La iberá sangre impia  
 “ Dará fertilidad á mis llanuras :  
 “ Un nuevo atleta pisará mi arena,  
 “ Y otro Marte mayor, lides mas duras  
 “ Entónces hé de ver con faz serena.
- “ Balcarce llega ya : mi vaticinio  
 “ Es funesto y cruël para el tirano,  
 “ Que ostenta su poder en Talcahuano,  
 “ Y ha jurado de Chile el exterminio.  
 “ En vano á su dominio  
 “ Ya sujetar intenta  
 “ A una nacion que cuenta .  
 “ Con la ayuda de jenios denodados.  
 “ Los libres triunfarán ; y en mi llanura  
 “ Los monumentos, á su gloria alzados,  
 “ Dirán sus triunfos á la edad futura. ”

Así predijo el venerando Rio;  
Luego á la capital su blanca frente  
Vuelve, mira, y aumenta de repente  
Con llanto de placer su raudal frio.  
Cesó el dolor impio  
De las Náyades bellas,  
Y, en vez de sus querellas,  
Los ecos sus cantares repetian.  
Por la orilla festivas divagaron,  
Y, á una seña del Dios que obedecian,  
Con el Dios á las ondas retornaron.

En tanto el primer héroe, que gozosa  
La madre Patria en sus anales cuenta,  
En Santiago, ya libre, se presenta,  
Mas no en Santiago su valor reposa.

La lejon animosa  
De nuevo al campo guia,  
Y raya al fin el dia

En que se muestra el campeõn ausente  
Ansiaban ambos la postrer victoria,  
Y ambos conducen la aguerrida jente  
A do se cubra de mas alta gloria.

El tirano tambien, que, rencoroso,  
De Chacabuco la pasada afrenta  
Lavar en sangre americana intenta,  
Y de nuevo imponer su yugo odioso,

A Talca presuroso  
Conduce los soldados,  
En Europa educados  
En arrastrar el carro de Mavorte,

Y afrontar mil de veces mil de muertes;  
 Aquí esperanza de su avara corte,  
 Como allá azote de los Galos fuertes.

Con sus antiguos triunfos engréidos,  
 A Talca llegan, y en furor aguardan  
 A los guerreros que á su enojo tardan,  
 Y á quienes ven, sin peleär, vencidos.

Los hijos escojidos  
 De la Patria entretanto  
 Miraron sin espanto

La muchedumbre inmensa : ronco suena  
 El bélico clarin ; el jefe manda,  
 Las huestes paran, y con faz serena  
 Se espera el dia de matanza infanda.

Pero vino una noche, que Fortuna,  
 Avergonzada ya, borró del año ;  
 Noche de estragos y de horrible daño,  
 Noche funesta á Chile cual ninguna.

De la traidora luna  
 Protejido el Ibero,  
 Cual suele tigre fiero

De improviso caër sobre la presa,  
 Marcha en silencio, llega, nadie advierte,  
 Y los patrios soldados en sorpresa  
 Circundados se ven de inmensa muerte.

¡ Héros del canto mio ! ¡ Campeones,  
 En quienes Chile tiene su esperanza !  
 ¿ No impediréis la bárbara matanza ?  
 ¿ Impunemente morirán lejiões ?

¡ Mañana los pendones  
 Del opresor de Lima  
 Verá el sol de su cima  
 Flamëar, en afrenta de su prole,  
 Sobre montones mil de cuerpos muertos?  
 ¡ Ah! ¡ Tanta vida envano no se inmole?  
 Salvad los restos de pavor cubiertos.

Y los salvaron. San Martin ajeno  
 De vil temor á la Fortuna instable,  
 Y Balcarce, y Las Heras indomable,  
 Cual nunca ostentan su valor sereno.  
     Se oye su voz cual trueno,  
     Y con la diestra fuerte  
     Repartiendo la muerte,  
 Y abriendo entre la turba anchos caminos,  
 La retirada ordenan al soldado;  
 Y, cediendo un momento á los destinos,  
 Dejan por fin el campo abandonado.

Su triunfo oscuro al enemigo ciega,  
 Y su ilusion acrece y su confianza;  
 Hácia los libres denodado avanza,  
 Y en el llano los vé que Maipo riega;  
     Y marcha, y corre, y llega,  
     Y, de la guerra al grito,  
     Desde el hondo Cocito  
 Muerte y Discordia acuden. De repente  
 El clamor en silencio se há mudado,  
 Uno al otro se mira el combatiente,  
 Y teme acaso y tiembla el mas osado.

Mas dió el bronce la seña de matanza,  
 Y las patrias lejiones al momento  
 Se desprenden, cual rayo, de su asiento,  
 Que llegaron las horas de venganza.

No, Musa, no; no alcanza

El entusiasmo á tanto.

¿Cómo podrá mi canto

Producir una imájen de aquel dia,  
 A la Muerte por Jove abandonado,  
 Y á los horrores de la guerra impia?  
 Cante otro jenio lo que á mí no es dado.

Mi voz á los dos ínclitos varones  
 San Martin y Balcarce es consagrada:  
 Ni yo diré la lucha encarnizada,  
 Y el destrozo feroz de las lejiones.

Las brillantes acciones,

Y el estrago horroroso,

Y el triunfo portentoso,

Obra fué toda de ellos. Los Iberos  
 Los vieron con asombro, batallando,  
 Cruzar por entre el plomo y los aceros,  
 Trofeos á trofeos aumentando.

Por tres veces la Parca en la matanza  
 De los dos héroes el morir decreta,  
 Y, al descargar el golpe, los respeta,  
 Y dirige á otra parte su venganza.

Al cabo la balanza

Se inclinó de los hados;

Redoblan los soldados

El bélico furor, la justa saña;

Sangre y mas sangre por do quier se vierte,  
 Y, donde ántes guerreros de la España,  
 Solo se ven despojos de la Muerte.

Triunfamos; lo vió Febo, y, afijiendo  
 Los brutos de su carro, al occidente  
 Baja, y al viejo mundo hasta el oriente  
 El triunfo de sus hijos fué diciendo.

El sacro Maipo viendo

Su presajio cumplido,

El curso reprimido

Soltó de nuevo de su linfa pura.

“ Vivid, héroes, envidia de guerreros, ”

“ Vivid siempre, exclamó; que en mi llanura

“ Disteis sepulcro á mis tiranos fieros. ”

Y la América allá en la erguida sierra,  
 Do un jenio singular la vió sentada, (\*)  
 Su faz de llanto en de placer mudada,  
 Se vió ya la señora de la tierra.

Héroes, mi Musa cierra,

Cierra ya el labio osado;

La Patria, que há logrado

Por vuestro esfuerzo libertad y gloria,

Y renombre y poder irresistible,

Sabrá inmortalizar vuestra memoria

En el mármol y bronce indestructible.

(\*) D. Estéban d- Luca, en su canto al triunfo de Maipo, pinta á la América como á una Diosa, llena de magnificencia, que, sentada en la mas elevada cumbre de los Andes, domina desde allí nuestras felices rejiones.





Délia sobre todas

---

Perdonad, hermosas,  
Que amé en otro tiempo,  
Si en vuestros altares  
Ya no quemo incienso,  
Y á un ídolo solo,  
En su solo templo,  
Consagro mi culto  
Reverente, eterno.  
No penseis que se haya  
Extinguido el fuego,  
En que venturoso  
Ardí desde tierno ;  
Ni que ingrato olvide  
Los favores vuestros,  
Que en distintos dias  
Dichoso me hicieron.  
Pero Délia . . . ¡ Dioses !  
Todo el bien supremo,  
Toda la ventura  
Que promete el cielo,  
Todo es ella sola ;  
Y en el universo  
Lo que es ella nadie  
Fué, ni puedo serlo.

Perdonad, hermosas,  
Que amé en otro tiempo.  
Aunque acostumbrado  
Mi cariño incierto,  
En los juveniles  
Años inexpertos,  
A mudarse pronto,  
Como pluma al viento,  
Mi adorable amiga  
Fijó mis deseos ;  
Y ya en otra llama  
No arderá mi pecho,  
Ni otro nombre nunca  
Sonará en mis versos.  
Desde que ama á Délia,  
Y Délia mi afecto  
Bondadosa paga  
Con igual extremo,  
Cuanto veo amable,  
Cuanto veo bello,  
Todo lo comparo  
Con ella, y confieso  
Que al instante mismo  
Me corro de hacerlo.  
Perdonad, hermosas,  
Que amé en otro tiempo.

Laura mi inconstancia  
Cita por modelo ;  
La linda Dorila  
Con airado ceño

Desfigura, al verme,  
Su semblante bello;  
Y Cintia y Elvira  
Publican de acuerdo  
Que soy un perjuro,  
Que soy un perverso.  
Yo las hé querido  
Con amor sincero,  
Que mentidos nunca  
Mis afectos fueron;  
Y entónces creía  
Que era eterno el fuego,  
Que á la vez por ellas  
Abrasó mi pecho.  
Si fué de otro modo,  
¿ Yo qué culpa tengo  
De que haya una Délia  
En el universo,  
Y no haya querido  
Formar otra el cielo?  
Perdonad, hermosas,  
Que amé en otro tiempo.

¡ Ah ! Si todas fueseis  
Como es ella, cierto  
Que el primer cariño  
Seria el postrero,  
Y al primer suspiro  
El último aliento  
Fiel responderia  
En todos los pechos. .

Pero la inconstancia  
No tiene remedio;  
Porque Délia es una,  
Y el amor artero  
A todos y á todas  
Sujeta á su imperio.  
Perdonad, hermosas,  
Que amé en otro tiempo:  
Adios para siempre,  
Que Délia es mi dueño.\*

---

## El motivo de mi constancia

---

¿ Piensas que tus ojos  
Que al que miran matan ;  
Que tu linda boca,  
Nido de las Gracias ;  
Tu pecho nevado,  
Tu risa, tu habla,  
Tus mil atractivos,  
Conservan mi llama ?  
¡ Ah, Délia inocente !  
¡ Y cómo te engañas !  
Ojuelos vivaces  
Tambien tiene Laura,  
Y el labio de rosa,  
Y el cuello de nácar ;  
Tambien en su pecho  
Tuvo Amor entrada,  
Y en él há dejado  
Bien profunda llaga ;  
Y con todo pude  
Por fin olvidarla.

¿ Sabes, dulce amiga,  
La dichosa causa, .

Que ya no me deja  
Lugar á mudanzas ?  
¿Sabes el encanto  
Que, despues de tanta  
Llama pasajera,  
Fijó mi inconstancia ?  
Tu alma solamente,  
Bien mio ; tu alma,  
Cual un Angel, pura,  
Cual la cera, blanda,  
Y sencilla, y tierna,  
Y amante, y dotada  
De tantas virtudes  
Cuantas tienes gracias.  
Sí, Délia ; no puedo  
Dejar de adorarla ;  
Y si miéntas viva  
No me desamparas,  
Ni rompes el lazo  
Que une nuestras almas,  
Yo seré la envidia  
De todo lo que ama,  
Tú harás un dichoso,  
Obra reservada  
Al poder divino  
De Deidades altas.

---

## Mi motivo de hacer versos

---

¿ Riquezas? Por ellas  
Jamás me desvelo,  
Ni á sus escojidos  
El Númen de Délos  
Promete otra cosa  
Que el laurel modesto.  
Como Homero nadie,  
Y fué pobre Homero,  
Y lo fué Virjilio,  
Y todos con ellos.  
¿ Qué corra mi fama,  
Cuando ya esté muerto ;  
Y que, cuando vuelvan  
Los siglos que fueron,  
Me envidien, me alaben  
Mis últimos nietos ?  
¡ Hay tal niñería !  
No, no; ni por pienso  
La fama no libra  
Del avaro Averno,  
Ni yo merecerla  
Por mis versos creo ;  
Pues naturaleza  
No me hizo soberbio.



¿Favor de los grandes  
Será lo que anhele ?  
Ni ellos le dispensan,  
Ni yo le deseo ;  
Y aunque, por desgracia,  
De muchos dependo,  
A ninguno adulo,  
Y á ninguno temo.

¿ Y en cantar entónces  
Cual será mi objeto ?  
Tú, Délia, lo sabes,  
Que, oyéndome un verso,  
Solo por ser mio,  
Me das mil de besos ;  
Y entónces me abraso,  
Me ajito, me incendio ;  
Sobre tus mejillas  
Un momento muero,  
Y luego, al sentido  
Perdido volviendo,  
Torno con mas fuerza  
A cantar mas tierno  
Lo que pueden, Délia,  
Tus labios hibréos.

---

Mis designios frustrados

---

Un día en que lograron  
Las armas argentinas  
Contra el tirano un triunfo  
Que con celosa envidia  
En Santa Helena el corso  
Batallador sabria,  
Iba á subir al Pindo,  
Y, en elevada rima,  
Dar eternos loóres,  
A San Martin queria.  
Pero no bien trepaba  
La sagrada, colina,  
Cuando al encuentro mio  
Vino la Musa amiga,  
Y me puso en la mano  
Con graciosa sonrisa  
El instrumento mismo  
Que yo á buscar venia.  
Le tomé, y á tocarle  
En mis transportes iba,  
Mas quedaron burladas  
Las esperanzas mias;  
Que mi voz dijo *Marte*,  
Y sonó *Amor* la lira.

Soltéla con enojo,  
 Y dije: ¿ es este dia  
 “ Para cantar amores,  
 “ O guerras y ruínas?  
 “ ¿ Cuando airado Mavorte,  
 “ Belona enfurecida. . . . ”  
 Iba á seguir; empero,  
 Llegando Clio á prisa,  
 “ Canta, canta, me dijo,  
 “ Que mi númen te inspira:  
 “ Aquesta compañera  
 “ No dicta mas que risas,  
 “ Sin que otra cosa Apolo  
 “ En jamas le permita.”  
 El disorde instrumento  
 Volví á tomar con ira,  
 Y alzé la voz de nuevo,  
 Y sonó *Amor* la lira.

Clio despliega entónces  
 Una risa maligna,  
 Y me dice: “ ¡inocente!  
 “ Deja que Lopez siga,  
 “ Con Rodriguez y Luca  
 “ Y Rójas este dia, (\*)  
 “ El carro de la muerte,  
 “ Que al Orco precipita  
 “ A cuantos han mordido  
 “ El polvo en lid impia.

(\*) El Dr. D. Vicente Lopez, Fr. Cayetano Rodriguez, D. Estevan de Luca, y D. Juan Ramon Rojas, poetas porteños, cantaron muchas veces, de un modo digno, los triunfos de nuestras armas y las glorias argentinas.

“ Ellos, no tú, del héroe  
 “ Canten la sien invicta,  
 “ De palmas, y de gloria,  
 “ Y de laurel ceñida. ”  
 Entónces, por desquite,  
 Dije : “ la Délia mia  
 “ Vale mas que mil héroes ”,  
 “ Y retiréme á prisa.

Otra vez que en el templo  
 De Astrea ví injusticias,  
 Otras mil veces digo,  
 Porque ví repetidas,  
 Vengarlas quise en verso ;  
 Pero ; inútil porfia !  
 Al invocar á Témis,  
 Resonó *Amor* la lira.

Despues, cuando enseñada  
 Ví la filosofia,  
 Como en la culta Europá,  
 Aquí en la Patria mia,  
 Tributar me propuse  
 La alabanza debida  
 A Lafinur, al jóven (\*)

(\*) D. Juan Crisóstomo Lafinur, natural de Córdoba de Tucuman, y doctor en aquella Universidad, era, cuando se escribió esta pieza, catedrático de filosofia en la de Buenos Aires. Este jóven, hábil humanista, poeta distinguido, fué perseguido por los fanáticos defensores de los absurdos, que, con el nombre de filosofia, se enseñaban antiguamente. Dió Lafinur en Buenos Aires un curso lucidísimo; pero la ignorancia, la preocupacion, la envidia y la calumnia consiguieron hacerle abandonar su carrera. Resuelto á seguirla en Mendoza, experimentó allí las mismas contradicciones: se retiró en consecuencia al otro lado de los Andes, y murió en Santiago de Chile, en el año de 1823, á los 29 de su edad.

Es muy sensible que no exista una coleccion de sus muchas y bellas poesias; ella haria un grande honor al Parnaso Argentino.

A quien con rabia impia  
 El jenio furibundo  
 Del fanatismo mira,  
 Y á quien, desde muy tierno,  
 Tierna amistad me liga.  
 En el laudable empeño  
 Mi mente se fatiga,  
 Por encontrar palabras  
 De su alabanza dignas :  
 Pero rebelde el canto  
 Ni á la amistad se brinda ;  
 Que la invoqué anhelante,  
 Y sonó *Amor* la lira.

Con tanto desengaño,  
 Exclamé : “ ¡ Délia mia !  
 “ Si es que me há concedido  
 “ El hado larga vida,  
 “ Miéntas que corra el tiempo  
 “ En que las Parcas hilan,  
 “ Voy á escribir un verso ;  
 “ Pero tú, tierna amiga,  
 “ Serás el solo objeto  
 “ De las canciones mias.  
 “ ¿ Y qué quieres que cante,  
 “ ¿ Y qué quieres que diga,  
 “ Si *Amor* tan solamente  
 “ Sabe sonar mi lira ?

---

A un amigo, en su larga enfermedad

---

¿Cuál es la suerte del mortal que habita  
Este globo infeliz, mi dulce amigo?  
Pérfida y siempre incierta. Instable el hado  
Ora dichosos á las unos hace,  
Ora á los otros al dolor condena,  
Y hoy de improviso nos sorprende, y roba  
La Ventura de ayer. Juega insolente  
Con el linaje humano la Fortuna,  
Solamente constante en su inconstancia.  
Igual el bien y el mal, y repartidos  
Por ciega mano de voltaria suerte,  
El hombre en su razon tan solo encuentra  
Contra el rigor del hado firme apoyo,  
Y sabe el bien gozar sin engreirse,  
Como sufrir el mal sin desaliento.  
Iban ántes en larga bienandanza  
Tus dias, es verdad, sin ser sentidos;  
Y el placer te reía, y tu contento  
Nunca otro estado presajiarte pudo.  
Alzaba el almo Sol su rubia frente,  
Y te via feliz, y de tus gozos  
Era testigo, al esconder su llama.  
Un suspiro jamás, sin ser de amores,

Un deseo jamas, sin ser formado  
Por la ternura de que siempre lleno,  
Tu corazon está; la mediania,  
Que te daba el sustento y daba todo  
Cuanto, ansia el hombre honrado; tus amigos,  
Tus libros, tus amores; ¡ ay! ¿ entónces  
A la sed de gozar qué mas faltaba?  
¿ A las sed de gozar, que, miéntras vamos  
Riéndo de placeres en placeres,  
Nunca se satisface, y mas se ensancha  
El corazon avaro, que no sabe  
Qué mas hay que gozar, y mas desea?  
¿ Cuándo pesó en tus ojos la gravosa  
Lágrima del dolor? ¿ Su amargo acíbar  
Alguna vez probaste, deslizado  
Por tus mejillas hasta el labio yerto?  
¿ O allá en el hondo pecho hervir sentiste  
De pena cruda los sollozos roncós?  
¿ Sufriste alguna vez? ¡ Y qué! ¿ Creías  
De contento cargado ir á la tumba,  
Cuando el tiempo fugaz la mano helada,  
Que encanece el cabello, en tu cabeza  
Trémulo en fin pusiera? Lo creiste;  
Y repente tus dias se nublaron,  
Y el hombre de placer en la desgracia  
No tuvo faz serena. Congojosa  
Corrió la enfermedad negra cortina  
Al lecho del dolor, y en él te lanza,  
Y caes y yaces: tras un mal, mil otros  
De un variado sufrir amargo cáliz  
Apurar te hacen, y sus heces bebes,  
Y toleraste un tiempo; al cabo empero

Te ví desesperado. ¡ Amigo, amigo!  
 ¿ El hombre cuándo es hombre? ¿ Cuándo claro  
 Alumbra todo Sol sus dias bellos,  
 Y opaca niebla de congoja acerba  
 Jamas sobre el placer su velo tiende?  
 No, No; que entonces el corazon cerrado  
 Está á virtudes que el sufrir enseña,  
 Y que aprenderse deben. La desgracia  
 Es la escuela del hombre. Si no hubiese  
 En la tormenta una ancla; si, irritado  
 El cielo contra tí, todo su enojo  
 De hoy en mas en tu vida derramára,  
 Y te vedase el esperar siquiera;  
 Entónces... ni aun entónces... ¡ Qué! ¿ No escucha  
 El hombre á su razon? ¿ Y la alma noble  
 No muestra su valor en conformarse?  
 ¿ Mas por qué no esperar? ¿ Acaso, un dia  
 Mas constante que el bien el mal há sido?  
 ¡ La rueda de Fortuna, que hora pasa  
 Rápida sobre tí, mañana un vuelco  
 No dará, y otra vez veráste alzado?  
 ¿ O el hombre jime siempre, ó siempre goza?  
 Y la Esperanza, ese vivir del triste,  
 Esa Diosa benéfica, que alivia  
 El peso de los males miéntras duran,  
 Y anticipado el bien gozar nos hace,  
 ¿ No te merece culto? Amigo mio,  
 Vivir para el dolor es triste suerte;  
 Pero palabras de consuelo escucha,  
 Y en brazos de la Muerte no te arrojes.  
 ¡ Desesperado, que á la Parca invocas!  
 Ayúdate á tí mismo, que te amenguas,



Si aumentas tu sufrir con tu abandono.  
 Harto hambrienta la Muerte, carnicera  
 En tí y en todos cebará algun dia  
 Tanta voracidad: pero nosotros  
 ¿ Por qué al encuentro al despiadado golpe  
 Habrémos de salir?—¿ Amigo ! ¿ Fátuo,  
 Insensato de mí ! ¿ Lúgubre acento  
 Hago yo resonar en tus oídos,  
 Cual si la tumba vieras ? ¿ Qué ! ¿ Mañana,  
 Si, mañana, gozoso no hé de verte  
 Saltar del lecho, y, á mi brazo asido,  
 Los sitios solos, que á pensar convidan,  
 Pasëar con pié firme y alegrarte ?

¿ Te acuerdas de los ratos en que, juntos,  
 Atras dejando el bullicioso pueblo,  
 Y desdeñando la molesta turba,  
 Que el ócio hace vagar en la ancha plaza,  
 Del corazon y de la mente encanto  
 Ya de Virjilio los primores eran,  
 Ya del tierno Melendez la dulzura ?  
 Ora, sentados cabe el grande rio,  
 Aspirando frescor, y respirando  
 Amistad y llaneza, mudas iban,  
 Y rápidas á un tiempo, alegres horas ;  
 Ya el tardo pié moviendo hácia el Retiro,  
 Diciendo versos, recordando escenas  
 De placer y ternura, todo daba  
 Pábulo al fuego de amistad sencilla.  
 ¿ Y qué, cuando, en las pláticas de amores,  
 Del primer beso de tu esposa bella  
 Te acordabas amante, y de mi amada

Me acordaba tambien? ¡ Ah! Nueva entónces  
La que era antigua llama ¡ cuánto ardia!

¿ Lo recuerdas, querido? Todo, todo  
Va á tornar prontamente; tú lo quieras,  
Y prontamente tornará. ¿ No miras  
Que anhelan todos tu salud, y presto  
A recobrarla vas? Tierna, oficiosa,  
Los ya pesados ojos con el llanto  
Levanta al cielo tu aflijida madre,  
Y los vuelve á tu lecho, y te acaricia,  
Y otra vez llora, y tu tristeza condena.  
Tu amante esposa, á quien el cielo há dado,  
Pródigo en bienes, cuantas gracias pueden  
Ornar su sexo y en cuya alma moran,  
Hijas de la ternura, las virtudes,  
¡ Cuánto se afana, se acongoja cuanto,  
Porque tú mismo tu penar aumentas,  
Y desoyes su voz consoladora!

¡ Confía, tierno amigo. ¡ Cuántos jimen  
Hoy mucho mas que tú! pero mañana,  
Libres del peso del dolor, en risa  
Se volverá su llanto; y lo presienten,  
Y presintiendo viven. La Esperanza. . . .  
¡ Qué no hace la Esperanza! Si te entregas  
A sus brazos de paz; si te abandonas  
A los consejos de tu tierna madre,  
Tu dulce esposa, tu ferviente amigo,  
Verás cuan claros y cuan presto lucen  
Los dias que anticipa mi deseo.  
Ya su Aurora dichosa se adelanta,  
Y mi verso profético la canta.



# AÑO DE 1819

---

## E l e n o j o

---

Con Délia enojéme,  
Pero nadie sabe  
Enojós con Délia  
Después lo que valen.  
Satisfecho, alegre,  
Amado y amante,  
Sin zelos de Délia,  
Sin Délia zelarme ;  
Temores un día  
Sentí apoderarse  
Del pecho, y el pecho  
Palpitar, temblarme,  
Circular mas pronto  
Mi sangre que ántes,  
Y en la mente dudas,  
Y en la alma combates,  
Y cosas que nunca  
Podrán esplicarse.

Yo no sé ; yo quise  
De Délia quejarme,

Y ni hallaba queja  
Fundada que darle,  
Ni ménos podia  
Mi amor aquietarse.  
La razon. . . ¿ Cuando hubo  
Razon en amantes ?  
Ríjida y severa,  
Jamás tiene parte  
En lo que sucede  
A dos pechos que arden.  
¿ Y es preciso acaso  
Razon para amarse ?  
El corazon solo  
Sabe lo bastante,  
Y él hace los nudos  
De amor y deshace.

Al fin, al bien mio  
Dije mis pesares,  
Mis fieros temores,  
Mis ansias fatales,  
Mis dudas, y nada ;  
Porque ¿ qué imputarle ?  
Escuchóme atenta  
Y, en vez de excusarse,  
Rióse la hermosa,  
Y luego á mirarme  
Se vuelve, y su labio  
Segunda vez abre  
Con otra sonrisa  
Que el pecho me parte.  
Amor, que en sus ojos

Está, y nunca sale,  
Tambien se reía,  
De ver aquel lance ;  
Pero yo irritéme,  
Y en aquel instante  
Zeloso, ofendido,  
Volé inconsolable  
A do, solo y triste,  
Llorar mis pesares  
Pudiera, y de Délia  
Y el cielo quejarme.  
Así todo un dia  
Pasé, cual no cabe  
Que amadores pechos  
Igual otro pasen.

Por fin á las plantas  
De Délia á arrojarme  
Volví nuevamente,  
Y volví á quejarme,  
Y á llamarla ingrata,  
Y á que me matase,  
Si acaso el olvido . . . .  
Pero Délia, amante  
Mas que nunca entónces,  
Mas que nunca amable,  
Ya llora conmigo,  
Ya me satisface ;  
Consiente que guste  
Su beso inefable,  
Y enjuga mi llanto ;  
Y vuelve á abrazarme ;

Y nunca sus labios  
Como entonces arden,  
Y nunca otro néctar  
Me dió mas sūave,  
Ni fueron tan tiernos  
Sus suspiros ántea  
Mil veces, mi Délia,  
Volviera á enojarme,  
Aunque me costára  
Mayores pesares,  
Si con igual fuego  
Volvieses á darme  
Eso que me diste  
Por desenojarme.

---

A L a f i n u r

---

O Lafinur, tú pierdes  
Sensiblemente el tiempo,  
Revolviendo los libros  
De autores mil diversos,  
Y en pos de inútil ciencia  
Afanoso corriendo.  
De la filosofía  
Enseñando el sendero,  
A la Verdad conduces  
A tus jóvenes tiernos,  
Y toda tu ventura  
Consiste solo en eso.

Desengáñate: hubo  
Para mí cierto tiempo,  
En que también Minerva  
Me introdujo en su templo,  
Y subió en sus altares  
El humo de mi incienso.  
Entonces yo creía  
Que solo aqúeste empleo  
Era digno del hombre,  
Y me engañaba necio.



Porque, dime, querido,  
 ¿ Qué te importa en efecto  
 Que el hombre solo piense  
 A fuer del sentimiento,  
 O que piense, movido  
 De principio diverso?  
 ¿ Qué te importa que, fijo  
 El Sol en medio cielo,  
 Jire la Tierra en torno  
 Por el espacio inmenso,  
 O que, fija la Tierra,  
 Jire en contorno Febo?  
 ¿ Qué importan las distancias  
 Que hay de Mercurio á Vénus,  
 O de Marte á Saturno,  
 O de Saturno al centro?  
 Han de volar tus años,  
 Y cuando el cano tiempo  
 En tu cabeza blanca  
 Ponga el pesado dedo,  
 Dime ¿ de tanta ciencia  
 Qué há de quedarte luego?  
 Corta la Parca el hilo,  
 Vas al sombrío reino,  
 Y el que pasó la Estijia  
 No vuelve del Averno,  
 A empleär de otro modo  
 Los perdidos momentos.

Haz tu deber, amigo;  
 Que si dió vida el cielo  
 Al mortal desgraciado,

Para que muera luego,  
 El destino del hombre  
 En amar está puesto ;  
 Y es instante vacío,  
 Y de ningun provecho,  
 En el que no exhalamos  
 Algun suspiro tierno.  
 ¿ Conoces á mi Délia,  
 A mi adorado dueño ?  
 Pues otra Délia busca,  
 Querido amigo, luego.  
 Como la mia nunca  
 La encontrarás, es cierto ;  
 Pero Cupido sabe  
 Herir tambien los pechos,  
 Que, cuando estan tocados  
 De su divino fuego  
 Toda querida es Diosa,  
 Todo lo amado es bello.

Mírame á mí, encerrado  
 Del gabinete en medio,  
 Cercano á los que rijen  
 La suerte de los pueblos,  
 A do vine arrastrado  
 Por un destino ciego,  
 Esto, á que llaman dicha  
 Los aspirantes necios,  
 ¿ Piensas que satisface  
 Ni aun el menor deseo,  
 Cuando no se há nacido  
 Con corazon de fierro ?

¡ Ah, Lafinur ! Te engañas ;  
 Dejo el palacio, y vuelo  
 A los labios de Délia,  
 Que me esperan sedientos ;  
 Y el sumo de las flores  
 Que, con prolijo aseo,  
 Las abejitas liban  
 Para su miel, es ménos  
 Dulce que el dulce néctar  
 Que de su boca bebo.

Esto solo es fortuna ;  
 Esto es vida ; y si muero,  
 Y recoge mi Délia  
 Mi postrimer aliento,  
 Me quedaré en sus brazos  
 Como en un blando sueño.  
 Que si hay memorias tiernas  
 Allá en el hondo seno,  
 Adonde todos vamos,  
 De donde nadie há vuelto,  
 Yo, habitador tranquilo  
 Del país de los muertos,  
 Me acordaré de Délia,  
 Y esperaré el momento  
 De su hado inevitable,  
 Para unirme de nuevo  
 A la que, sombra entónce,  
 No será amada ménos.

Ea, querido amigo,  
 Aprovecha tu tiempo ;

Que uno al otro los días  
Se atropellan violentos,  
Como si fuera largo  
El plazo que tenemos.

---



## El Amor

---

Cual jóven incauta,  
Que una rosa linda,  
Que el prado le brinda,  
Se atreve á tomar ;  
Y siente su mano  
De espinas punzada,  
O muy pronto ajada  
Su flor vé quedar :

Tal el pecho triste,  
Que al amor aspira,  
O al momento mira  
Su pena nacer,  
• O su gloria instable,  
Su vano contento,  
Húyen como el viento,  
Para no volver.

Sólo yo, de Délia  
Amante dichoso,  
Si lloro es de gozo,  
Jamás de dolor ;

Y ella por momentos  
Olvida . . . ; oh delicia !  
La usada caricia  
Por otra mayor.

---

El Jardin de Délia

---

Ya pasó el crudo Invierno,  
Que con su mano yerta  
Desnudó el verde prado,  
Yermó la hojosa selva,  
Y llevó sus rigores  
Hasta el jardin de Délia.

Ya pasó el crudo Invierno,  
Y la alma Primavera  
Por valles y por montes  
Va derramando esencias ;  
Por montes y por valles  
Su venida risueña  
De nueva vida anima  
A la natura muerta,  
Y el primero que vive  
Es el jardin de Délia.

Ayer, al darme el beso  
De su boquita bella,  
“ A este sitio (me dijo)  
“ Cuando mañana vuelvas,  
“ Te daré en otro beso



“ Alguna hojita fresca  
“ De aquella rosa linda,  
“ Que será la primera  
“ Que se abrirá olorosa  
“ En el jardin de Délia. ”

Esta mañana, ansioso •  
Con tan dulce promesa,  
Volví, volví volando  
A buscar á mi bella,  
Que ya triste culpaba  
Mi tardanza molesta.  
Halléla reclinada  
Sobre la muelle yerba,  
Fijos los lindos ojos  
En la rosita abierta,  
Que meciéndose estaba  
En la planta materna,  
Y dando envidia á flores  
En el jardin de Délia.

Vióme la hermosa, y luego  
Se levantó contenta ;  
Llegué, llegó á la rosa,  
Arranca una hoja de ella,  
Y, puesta entre su labio,  
Voló hácia mí risueña ;  
Y su labio y la hojita  
A mi boca sedienta  
Gustaron como á Dioses  
El delicioso néctar,

Y el aura embalsamaron  
En el jardin de Délia.

¡ Oh dulce beso ! ¡ oh rosa !  
Cuando la Primavera  
Los soles del Estio  
Dentro de poco tema,  
A tu rosal se acoja,  
Bajo su sombra duerma.  
Sean sus florecitas  
Causa de mas finezas,  
Incentivo de amores,  
Adornos de mi bella,  
Y yo vendré á regarle  
En el jardin de Délia.

---



## AÑO DE 1820

---

A un amigo, en la muerte de su padre

---

Mira lo que es el hombre. Angosta fosa,  
Do yacen los cadáveres en polvo,  
Es la hondura insondable, que divide  
Los que la horrenda eternidad abarca.  
De los que alumbra el Sol. Dulce es la obra  
Que al hombre da la vida; pero apénas  
A la primera luz los ojos abre  
El mísero mortal, fiero la Parca  
Le envidia su vivir, y avara fija  
La aciaga hora, que, por mas que tarde,  
Siempre llega temprano: corto espacio  
Entre la cuna y el sepulcro media.  
¿Do está tu padre ya? Los tristes ecos  
Resonarán de tu lamento envano,  
Llamando mil de veces en el dia  
Al autor de los tuyos. Ponderosa  
La lápida cayó sobre su tumba,  
Y sobre ella los siglos eternals.  
Las sombras no responden, y la Muerte  
Despiadada desoye nuestras voces;

Que, hecha una vez la presa, á nadie es dado  
 De su garra arrancarla. Tuve padre,  
 Y le perdí cual tú. ¡Cómo le amaba!  
 Esta ternura que en el pecho anido;  
 Este anhelar el bien; el dulce llanto,  
 Que vierto siempre sobre el mal ajeno;  
 Esta tendencia á amar; dado fué todo,  
 Todo dado por él. Yo de su labio  
 Cuando el endeleble pié movia apénas,  
 Las lecciones del bien ya recibia,  
 Y él la semilla de virtud regaba  
 Que en mi pecho plantó. Si mis amigos  
 En mi oscuro vivir quizá me juzgan  
 Digno de ser amado cual los amo,  
 ¿ A quién piensas, Manuel, que yo lo deba?  
 ¡ Ah! memoria, memoria! La honda herida,  
 Que en mi azorado pecho abrió tal golpe,  
 Todavía reciente, está sangrando.  
 Un jiro apénas el planeta nuestro  
 Há dado en torno al Sol, desde la noche  
 En que, bañado en mi copioso llanto,  
 Y desgarrado el corazon, mil besos  
 ¡ Ultimos besos! en la yerta frente  
 Dí al amado cadáver, y de pronto  
 De mis brazos amantes le arrancaron,  
 Y le escondieron en la horrenda huesa,  
 Donde quizá con las de algún perverso  
 Se mezclaron cenizas respetables.  
 ¡ Oh Señor de la vida y de la muerte!  
 ¿ Por qué no me escuchaste? Yo, humildoso  
 Mi faz cosia con el polvo negro,  
 Y te rogaba que el instante aciago,

Señalado al morir del padre mio,  
 Lentamente viniera, y tarde entrára  
 En la série constante de las horas.  
 ¿Por qué no me escuchaste, y en mis ojos  
 Perenne manantial de amargo llanto  
 Sin piedad has abierto? Si una sombra  
 Era de unirse á las del reino oscuro,  
 ¿Mi vida aquí no estaba? En flor yo hubiera  
 A la tumba bajado, y ningun hijo,  
 Ninguna esposa en mi morir penára  
 ¡Oh Dios! ¡Oh Dios terrible! ¿Que, no viste  
 Que condenabas con tu horrendo fallo  
 Diez hijos inocentes á las penas,  
 Y una esposa infeliz al abandono  
 De la horfandad y la viudez llorosa?  
 Perdóname, Manuel, si en vez de darte  
 Alivio en tu dolor, te lo redoblo  
 Con recordar el mio. Amigos siempre,  
 Y siempre en suerte igual, también ahora  
 Nuestro acerbo penar aduna el hado.

Lloro, lloro, querido; este consuelo,  
 Dado á los pechos tiernos, es el sólo  
 Que, en su enojo terrible, el cielo mismo  
 No te querrá robar. Lloro, tu padre  
 Lágrimas pide, y la pesada losa,  
 Que de tu vista le ocultó, bañada  
 Debe en lágrimas ser. El poderoso  
 Baja á la noche del sepulcro, y lleva  
 Tras sí la maldicion del miserable,  
 La execracion comun; con ojo enjuto  
 Todos miran su fin; el arte entónces

Sus primores apura ; letras de oro,  
 Mauséolos erguidos, que levantan  
 Su escandalosa mole á mas altura  
 Que el fúnebre cipres que los rodea ;  
 La pompa, en fin, de sus funestos dias,  
 Llevada hasta la tumba con sus vicios,  
 Enseña á las edades venideras  
 El sitio donde yace ; quien? un mónstruo,  
 Qué negaba el sustento y el vestido  
 A la viuda infeliz, cuando mil veces,  
 Desde el pié de la escala, que subida  
 Daba al soberbio alcázar, le mostraba  
 Excuálido á su niño, único resto  
 De su pasada gloria y sus amores.  
 Le negaba el sustento, y entretanto  
 ¿ Lo creyeras, Manuel? los vicios todos  
 Compraba con el oro, y en el juego  
 El pan de cien familias devoraba.  
 Mas la Parca asaltóle, y, miserable,  
 Cerró sus ojos al eterno sueño,  
 Y los cerró ; que horror ! sin ser llorado ;  
 Que hasta sus hijos, á su ejempló viles,  
 Con ávido placer vieron el oro,  
 Amargo fruto de violencias largas.

Pero el bueno no así ; no así tu padre ;  
 La amistad, la ternura, los amores,  
 Y las virtudes todas presidieron  
 Su plácido nacer ; su cuna todas  
 Mecieron á la par, y hasta la tumba  
 Le acompañaron fieles. ¿ No le viste  
 Dar sin temor el postrimero paso

En la carrera de la vida? Amigo,  
 El pavor y la duda punzadora  
 Que asaltan al mortal, cuando ya pisa  
 Los lóbregos umbrales de la Muerte,  
 Y la espantable eternidad descubre,  
 Son hijos del tenaz remordimiento,  
 Que róe el corazon de los malvados;  
 Son hijos. . . . si; pero ¡ ay ! que igual balanza  
 Del ímprobo y del justo pesa siempre  
 El menguado vivir. Igual la Muerte  
 Huella la torre del monarca excelso,  
 Y á la cabaña baja; y cual si fueran  
 La virtud al poder, y al crimen torpe  
 La probidad humilde comparables,  
 Así la dura en los olvidos largos  
 De la noche sin fin los hunde ciega.

Todo acaba, Manuel, todo obedece  
 La ley de destruccion; el opulento,  
 Y el mendigo infeliz; el poderoso,  
 Y el que la faz en su presencia inclina;  
 El que ama la virtud, y el que la insulta;  
 El fresco jóven, y el temblon anciano;  
 Los hombres y sus obras; todo, todo  
 A un mismo fin camina: un mismo dia.  
 Vé caer con estruendo añoso roble,  
 Que fatigaba al tiempo, y vé á la rosa,  
 Hija lozana del frescor del alba,  
 A la par perecer; sin que al primero  
 Valer pudiera tanto sol vencido,  
 Ni á la flor tiernequita el ser aquella  
 La primera mañana, en que modesta



Rompió el verde boton, embalsamando,  
 Apénas al nacer, el aire en torno.

No se piensa en el mal, y el mal se acerca  
 Cuando se teme ménos: pero, amigo  
 ¿ Por qué há de ser igual la ley terrible?  
 ¿ Para todos igual? ¿ Cuándo tu padre  
 Mereció perecer? ¿ No es que há teñido  
 La probidad de blanco sus cabellos?  
 ¿ Por qué á tu amor filial fué arrebatado,  
 Cuando serenos tus alegres dias,  
 Mas serenos que nunca, te halagaban?  
 ¿ Por qué no tienen en el duro trance  
 Ni la honradez ni la virtud valia?  
 Tal es, querido, el horroroso fallo  
 De la tremenda ley; pero no pienses  
 Hallar en mi alma la crüel firmeza  
 Del que aconseja que se niegue el lloro  
 A las cenizas de los muertos caros.  
 ¿ Acaso alivia los dolores crudos  
 El ser comun el mal? ¿ O la alma tierna  
 Verá consuelos en la idea fria  
 De que el jemir y el llanto dar no pueden  
 Nueva vida á una sombra? Llorá, llorá;  
 Que aunque todos perezcan, si parece  
 El dulce objeto, al corazon querido,  
 Es bronce el corazon, si no derraman  
 Los ojos su dolor. Este consuelo  
 Es el que quiero á mi amistad que debas.  
 Yo lloraré contigo; en algun dia  
 Hemos llorado juntos, y conoces  
 Quanto mi pecho al sentimiento cede.

¿Te acuerdas de Rufino? ¿cómo amaba  
 A su adorable Elida! “Yo (decía  
 “En los transportes de su amor hirviente)  
 “En lazo eterno me uniré con ella;  
 “Yo haré su seno virjinal fecundo,  
 “Y los dos orbes del intacto pecho  
 “Dos veneros serán de miel y néctar,  
 “Do sus labios aplique el dulce fruto  
 “De nuestra union de amor, y beba en ellos,  
 “A la par del sustento, las virtudes  
 “Que en Elida adoré:” y oyó la Parca,  
 Y envidióle su dicha, y á la bella  
 Al punto lanza en la rejion de olvido.  
 ¡Oh! ¡cuál vimos entónces al cuitado!  
 ¡*Elida!* ¡*Elida!* en ronca voz decia,  
 Y decia, y lloraba, y sus dolores  
 Hondos entraban en el pecho nuestro,  
 Y su llanto con llanto acompañamos.

Sí, Manuel; si hay acaso sacrificios  
 Para aplacar los mánes, son tan solo  
 Los tributos de lágrimas, que pagan  
 A su memoria los sensibles pechos,  
 Que anidaron ternura: pero piensa  
 Que, al otro lado de la tumba helada,  
 Hay una vida de deleite puro,  
 Y deleite eternal; y que tu padre  
 El galardón del justo goza en ella,  
 Y en el seno de Dios sin fin descansa.

---



En la muerte del Exmo. Sr. Jeneral D. Manuel Belgrano

---

Si á tu poder fatal, Muerte implacable,  
Algún triunfo bastára,  
Que llenase tu cólera insaciable,  
Y todos tus trofeos coronára,  
¿ Cuál otro esperarías,  
Y cuando mayor llanto causarías ?

¿ Con qué al fin á Belgrano nos robaste,  
Y ciega y olvidada  
De su gloria y su mérito quedaste,  
Al levantar la diestra descarnada ?  
A una nacion entera  
Condena al llanto tu venganza fiera.

No heriste al adalid en tantos dias  
De mortandad horrible ;  
Al jénio de la guerra en él veías,  
Que á respetarle te obligó invencible,  
Y, vuelta á otro guerrero,  
Cebabas tu despique carnicero.

Para arrojarte al bárbaro atentado,  
Alevosa esperaste

Verle en el lecho del dolor postrado;  
 Y aun allí, cuando el crimen consumaste,  
     Te azoró tu delito,  
 Y te ocultaste horrenda en el Cocito.

Pero ¡ ay! que, puestos en igual balanza  
     El justo y el malvado,  
 Todos víctimas son de igual venganza;  
 - Y, perdida una sombra, á nadie es dado  
     Con el llanto y jemido  
 Evocarla del reino del olvido.

Faltas, Belgrano, faltas: ¡ y á la tierra,  
     Que defendió tu espada,  
 Todo lo que en tu túmulo se encierra <sup>(\*)</sup>  
 Quien podrá ya volver? <sup>(\*)</sup> Abandonada  
     La Patria al desconsuelo,  
 La copa apura del furor del cielo.

Y de furor sin fin. Al templo sacro,  
     A la Virtud alzado,  
 Ya no vá adorador: su simulacro,  
 Por el crimen triunfante profanado,  
     En trozos dividido,  
 Cayó hasta el polvo, en vilipendio hundido. <sup>(†)</sup>

Quizá tu vida, como el éter pura,  
     A los dias de duelo,  
 Y de desolacion y de amargura,

(\*\*) Los dos versos aquí anotados son de Cien fuegos.

(†) No deberán extrañarse muchas expresiones y conceptos de esta composicion, si se recuerda que el virtuoso Jeneral Belgrano murió en el periodo mas crítico del desgraciado año 820. Los mejores y mas decididos patriotas desesperaban entónces de la salvacion del pais. . . .

No debiera llegar; y justo el cielo  
 Inmaturo te lleva  
 Do salve tu virtud de dura prueba.

La salvará, es verdad; pero entretanto  
 ¿ A quien sus ojos vuelven  
 Los hijos de la Patria, en el espanto  
 En que tu muerte y su aficcion la envuelven?  
 Héla ya desolada,  
 Y á enojosa viudez abandonada.

La virtud, el valor, ya sin modelo,  
 No mas serán seguidos;  
 Que el teson incansable, el noble zelo  
 En llenar los deberes distinguidos,  
 No son mas que memoria  
 Que han dejado tus hechos y tu gloria.

¿ Do está la hueste que tu voz oía,  
 Y que á la Patria daba  
 Seguridad y honor? ¿ La que algun dia  
 Hueste de virtüosos se llamaba,  
 Y cuyo solo amago  
 Fuë tanta vez al enemigo estrago?

No ya tu dedo mostrará el camino,  
 Por do seguir debia;  
 Ni sus triunfantes sienes el destino  
 Coronará, cual coronó algun dia,  
 Cuando, fiel á tu mando,  
 Del laurel á la sombra iba marchando.

Ora sin jefes, sin virtud, sin freno,  
 La obediencia perdida,  
 No mas escucha de la guerra el trueno ;  
 Que, en pequeñas reliquias dividida,  
 Y acá y allá vagando,  
 Las banderas infiel va abandonando.

Por esto llora la Virtud; y hoy dia,  
 Que campos y ciudades,  
 Por la furia brutal de la Anarquia,  
 Son t  atro de sangre y de maldades,  
 La Patria sin consuelo  
 Su doliente clamor levanta al cielo.

Pero envano : el camino de la Parca  
 Nunca mas se atraviesa,  
 Y, si una sombra el Aqueronte abarca,  
 Nada es bastante   rescatar su presa ;  
 Que al reino del espanto,  
 Ni penetra el clamor, ni llega el llanto.

Vosotros, jenos, que en la fuente pura,  
 Bebisteis de Hipocrene,  
 Y   quienes, al cantar vuestra amargura,  
 Acompa a llorosa Melpomene,  
   Os negareis al canto  
 En este dia de comun quebranto?

  Ser  que nunca en metro doloroso  
 Alzeis   las estrellas  
 El renombre del h eroe virtuoso,

Que nunca quiso abandonar las huellas,  
Hoy de nadie trilladas,  
Por la virtud y el mérito estampadas?

No hagais que del honor triunfe el olvido ;  
Tomad mi pobre lira,  
Vuestro dolor la temple, y su sonido  
Será digno del númen que os inspira,  
Y del héroe la gloria  
Durará eternamente en la memoria.

¡ O Jefes de los pueblos ! A la frente  
No estais de sus destinos  
Para hacerlos jemir bárbaramente.  
Belgrano os ha mostrado los caminos  
Que llevan á la fama ;  
Oíd la voz que de su templo os llama.

Id á la tumba donde está encerrado  
El fríjido esqueleto ;  
Llegad, y el corazon sobresaltado  
Sentiréis de pavor y de respeto,  
Cual si os dijera él mismo :  
“ Evocad de mi tumba el patriotismo. ”

---





## ANO DE 1821

---

A la libertad de Lima, por el ejército libertador del Perú, al  
mando del Exmo. señor Jeneral D. José de San Martín,  
el día 10 de Julio de 1821.

---

¿Cuál embriaguez, cuál entusiasmo mi alma  
Hoy arrebatan? ¿y en la sangre mía  
Por qué un hervor desconocido siento?  
¿Quién, con alegre voz, la triste calma  
Se atreve á perturbar, en que yacia,  
Víctima inútil de un dolor violento!  
¿Sois, vosotras, ó vírjenes del Pindo,  
Las que ajitais mi pecho? Perdonadme,  
Si á vuestro imperio, dócil, no me rindo;  
Y de una vez dejadme  
Que, en lugar de mi canto,  
Vierta sobre mi Patria largo llanto.

¿Y como hé de cantar? Desde la orilla  
Del plateado rio hasta las cumbres  
De los montes que en Salta se levantan,  
¿No veis, no veis que la mortal semilla  
De discordia cundió? ¿Qué pesadumbres!  
¿Qué asolacion y lágrimas! Quebrantan

El freno las pasiones en un año :  
 ¡ Oh año veinte del siglo ! Tú pasaste,  
 Y contigo tu horror : empero el daño  
     Que tras de ti dejaste,  
     A la patria condena  
 A ignominiosa y duradera pena.

¿ Mas qué gozo hasta ahora no sentido  
 Mi corazon inunda de repente ?  
 ¿ Que Dios es este que mi pecho inflama ?  
 ¿ Será, será verdad que desmentido  
 Queda mi vaticinio eternamente,  
 Y que el llanto ya envano se derrama ?  
 Si, vírgenes, corred ; las victoriosas  
 Sienes de un heroe coronad festivas  
 De albo jazmin, y de laurel y rosas ;  
     Y, entre alabanza y vivas,  
     A los Libertadores  
 El camino cubrid de palma y flores.

Oigo el eco veloz, que, atravesando  
 Del Pacífico mar la quieta hondura,  
 Resuena de los Andes en la cima.  
 Ya, ya llega á nosotros, proclamando  
 De San-Martin el nombre, y la bravura  
 De los que dieron libertad á Lima.  
 ¡ Libertad ! ¡ Libertad ! no mas resuena  
 En todo el continente ; y el ruido  
 Del último eslabon de la cadena,  
     En trozos dividido,  
     Amedranta y aterra  
 A todos los tiranos de la tierra.

Y todo cierto fué. Los batallones  
 Condujo San Martín, y circundaron,  
 De los Reyes las hórridas murallas, (\*)  
 Do rujian de España los leones.  
 Los Iberos atónitos temblaron,  
 Cual si vieran al Dios de las batallas;  
 Y pávidos contemplan desde el muro  
 Al adalid, que la soberbia frente  
 De los Andes holló con pie seguro,  
     Y á su escuadron valiente,  
     Y el famoso estandarte,  
 Signo de libertad, honor de Marte.

Acudid, acudid con mano fuerte  
 Erguidos héroes de la erguida España;  
 Abrid las férreas puertas, y llevando  
 Las falanjes al campo de la muerte,  
 En el campo venced. La fiera saña  
 De vuestros duros pechos derramando  
 Sobre los libres que teneis al frente,  
 Vengaos en ellos: decidid ahora  
 Si el Perú debe ser independiente,  
     O si Lima, señora  
     De tan rica comarca,  
 Será siempre la esclava de un monarca.

Esos son, esos son los que dos veces,  
 En Chacabuco y Maipo, ya os mostraron  
 Que humillar saben el poder de Europa,

(\*) Lima era llamada *La Ciudad de los Reyes*

Y convertir sus lauros en cipreces.  
 El mismo rayo lanzan que lanzaron ;  
 Vibran el mismo acero ; esa es la tropa,  
 Y ese su jeneral. La misma guerra  
 Con que el suelo de Arauco han redimido,  
 Conducen hoy á la domada tierra,  
     Que el yugo aborrecido  
     De vuestra tirania  
 Sacudir sin su auxilio no podria.

¿ Y abandonais de un golpe las venganzas  
 A vuestro amo insolente prometidas,  
 Y el enconoso y temerario empeño ?  
 ¿ Oh ! Dejad, si podeis, las esperanzas  
 De los libres del Sud desvanecidas ;  
 El Perú conservad á vuestro dueño,  
 Y enseñadnos de nuevo á ser esclavos.  
 Pero ; que ! ¿ No salis del doble muro  
 A llamar al combate á nuestros bravos ?  
     ¿ Y su asilo seguro  
     Pávido no abandona  
 Fiero Español, que su valor pregona ?

¿ Mas qué estrépito horrisono en las plazas  
 De la oprimida capital se siente ?  
 ¿ Qué repentino movimiento lleva  
 Por do quier las falanjes ? ¿ Qué amenazas !  
 ¿ Qué clamor á la vez !—¿ Se cree valiente  
 El ibero crüel, y así se ceba  
 Del pueblo inerme en el brutal saqueo ?  
 ¿ Cobardes ! ¿ Ya perdida la esperanza,  
 Vuestro oprobio há de ser vuestro trofeo ?

¿Será que la venganza  
Hasta la afrenta os lleve?

Pero ¡cuando un tirano no es aleve!

Mas no osarán, ó San Martin terrible,  
Arrostrar tus enojos. Hélos, hélos,  
Que ya, la capital abandonando  
A tu poder tremendo, irresistible,  
De la encumbrada sierra por los hielos  
Asilo á su vergüenza van buscando.  
Donde la planta fijan allí imprimen  
La huella del horror. ¡Empero á donde,  
Cuando sus hados al malvado oprimen,  
De su furor se esconde?  
Sobre su cuello alzadas  
Ya estan de tus guerreros las espadas.

Entra, jenio inmortal : anega tu alma  
En el placer de libertar al suelo ;  
Entra en la gran ciudad, y los abrazos  
Recibe de los libres, y la palma  
Con que tu triunfo coronó tu anhelo.  
Has roto ya los apretados lazos,  
Y el férreo yugo del Perú oprimido :  
Por do quier haya libres en el mundo,  
Y resuene tu nombre, será oído  
Con respeto profundo,  
Y la Fama sonora  
Le cantará por cuanto Febo dora.

¡Cuál se goza la América, elevando  
Cada vez mas y mas su digno trono

Sobre ruinas de ambicion ibera!  
 Sus hijos, sus derechos recobrando,  
 El oprobioso nombre de colono  
 Para siempre borrarón. Nueva era,  
 Nuevo tiempo se cuenta: la memoria  
 De nuestra antigua servidumbre hundida  
 En el olvido quede; y si en la historia  
     Debe ser repetida,  
     Que solamente sea  
 Porque nuestra justicia el mundo vea.

¡ Preclaro Jeneral! Anníbal mismo  
 Envidiára tu nombre, si existiera,  
 Que en los Andes á Anníbal exediste.  
 ¡ Con qué placer su heroico patriotismo,  
 Reproducido en tí, Washington viera!  
 Su sombra ilustre por do quier te asiste,  
 Y tuyas son tus obras. No, no acabes,  
 Sin que acabe el tirano en justa guerra;  
 Y, cuando el crimen de tres siglos laves,  
     Da la paz á la tierra;  
     Que de hoy para entónces  
 Tuyo es el mármol, tuyos son los bronces

¡ Provincias, que, en el Sud del Nuevo mundo,  
 Disteis de libertad el primer grito,  
 Y el primer estandarte levantásteis!  
 Sobre vosotras, si, su aliento inmundo  
 La Anarquia sopló; pero al Cocito  
 El monstruo horrible de una vez lanzásteis.  
 El funesto año fué, y al negro olvido  
 Está ya su memoria encomendada,

Y á honor mayor volveis: tal, combatido  
 Por la mar irritada,  
 Vaga un bajel incierto,  
 Y escapa de la mar, y gana el puerto

¿ Mas vosotros qué haceis, imitadores  
 De Píndaro inmortal, hijos amados  
 Del padre de la luz y la armonia?  
 Cantad á San Martin, y sus loores  
 Llevad en vuestros metros delicados  
 Desde do nace hasta do muere el dia.  
 De todo triunfa el Tiempo; sin las Musas  
 Un heroe al fin no es heroe; que perdido  
 Debe quedar su nombre en las confusas  
     Tinieblas del olvido,  
     Si el sonoro verso  
 No recuerda su gloria al universo.

Solo al sublime canto y á los Dioses  
 Dado es vencer al Tiempo. ¿ Quien ahora  
 De Enēas las hazañas conociera?  
 ¿ Quien de Príamo triste los atroces  
 Dolores, y la llama asoladora  
 De su ciudad inmensa, si no fuera  
 La Musa de Maron? ¿ Y sin Homero,  
 Qué seria de Aquíles? Los lóores  
 Cantad, cantad del inmortal guerrero;  
     Y tributadle honores,  
     Que no puede mi lira,  
 Dignos dél y del Númen que os inspira.

---





En elojio de mi amigo D. Estéban de Luca, por su canto lírico á la libertad de Lima, publicado en Buenos Aires, en Octubre de 1821.

---

¿ Es este el jóven, que otro tiempo há hecho,  
Con encendido canto,  
Envidiables las ansias de su pecho,  
Su fogosa pasion, su dulce llanto,  
Los ojuelos de Amélia,  
Y el beso hiblëo que le daba Célia ?

¿ Es este el jóven, que la guerra infanda  
Y sus negros horrores  
Abominó sin fin ? ¿ Cuya alma blanda,  
Ilustrada, sencilla, los clamores  
No oyó del semejante,  
Sin que el llanto bañára su semblante ?

Yo le ví, yo le ví, cuando pulsaba  
Al son de amor su lira,  
Y con versos de miel nos enseñaba  
La primer ley que la natura inspira,  
La ley del sentimiento,  
De que mortal ninguno vive exento.

¿ No era que Apolo le negó algun dia  
 Que, en metros numerosos,  
 Cantar pudiera la fatiga impia  
 De alumnos de Belona sanguinosos,  
 Que con funesta guerra  
 Abruman fieros la angustiada tierra ?

¿ Cómo es que ahora denodado eleva  
 Muy mas soberbio vuelo;  
 Y del héroe del Sud el nombre lleva  
 De la honda tierra al encumbrado cielo ?  
 ¿ Los bélicos furores  
 Canta tambien el que cantaba amores ?

Si, si; pero su Musa no se goza  
 En la matanza horrenda,  
 Y en la rabia guerrera que destroza  
 La humanidad en bárbara contienda;  
 Ni en metros inhumanos  
 Héroes llamó jamas á los tiranos (\*)

Mas su Musa se goza, cuando advierte  
 Que jenios bienhechores,  
 Venciendo mares, precipicios, muerte,  
 Llevan la libertad, y los clamores  
 Del oprimido acallan,  
 Y al opresor indómito avasallan.

La humanidad entónces le arrebatata,  
 Y su misma blandura ;

(\*) Ni en metros inhumanos  
 Héroes hé de llamar á los tiranos. . . . Cadaíso.

Besa la mano fuerte, que desata  
Al Perú sus cadenas; la ventura  
Canta de sus hermanos,  
Y execra la maldad de los tiranos.

En su entusiasmo jeneroso sigue  
La hueste protectora  
Que al duro Ibero en el Perú persigue;  
Su jénio le arrebató, le acalora,  
Y, en feliz fantasia,  
Vé cuanto en Lima San Martín hacia.

A su mente fatídica es muy corta  
De este siglo la escena;  
El divino poeta se transporta;  
Vive en el porvenir, y á la cadena  
De las generaciones.  
Anuncia celestiales bendiciones.

A sus ojos no mas está patente  
El libro del Destino;  
Sus páginas de fuego de repente  
Manifiestas le son, y allí el camino  
Libre, feliz, glorioso,  
Que el cielo nos prepara, lee gozoso.

Y canta el vate: á San Martín entónces  
Ver inmortal quisiera;  
Empero no es el mármol ni los bronce  
A quienes esto es dado. Duradera  
Del héroe sin segundo  
Debe ser la memoria, como el mundo.

El cerro de los Andes, que mas lleve  
 De las nubes al seno  
 Su frente indestructible, y que se eleve  
 A las regiones donde rueda el trueno,  
 Cincelado, pulido,  
 Será en humana forma convertido.

Este es el monumento que eternice  
 Del heroe la memoria,  
 Y en los futuros siglos divinice  
 Por todas las naciones esa gloria,  
 Que ya el nuestro respeta;  
 Así lo canta el inmortal poëta.

Pero al humano esfuerzo está negada  
 La obra que concebiste;  
 Esa mole asombrosa, inalterada  
 Desde el nacer del mundo, se resiste  
 A que el mortal osado  
 Se eleve hasta donde ella se há elevado.

Tú solo harás, Estévan, con tu canto  
 Tan brillantes proezas  
 Duraderas y vivas, hasta tanto  
 Que el universo entero hecho pavesas,  
 Informe, destruido,  
 Caiga en el cáos de donde há nacido.

De San Martin el nombre que se lea  
 En todas las regiones;  
 Que tu nombre tambien con él se vea,  
 Y el del que hizo callar á las naciones,

Quando cantó exaltado—  
 “Oid, mortales, el grito sagrado.” (\*)

Entretanto, á los jenios que aspiraren  
 A los premios del Pindo,  
 Y á celebrar las glorias que alcanzaren  
 Los libres de mi Patria, yo les brindo  
 Tu grave canto, Estévan,  
 Por que bellezas, como en fuente, beban.



(\*) Este es el primer verso de nuestra canción ó himno nacional, obra del gran poeta Doctor Don Vicente López.



A D. Juan C. Varela, por su elogio á mi canto lírico sobre la  
libertad de Lima (\*)

---

¿ Es verdad, dulce Fábio, que mi Musa,  
Cuando las glorias atrevida canta  
De San Martin en Lima,  
Tu congojoso espíritu levanta  
Del Pindo á la árdua cima ?  
¿ Es verdad que há podido  
Su métrica armonia  
Tu númen inflamar en este dia ?  
¿ Pudo ser que, en un tono no aprendido,  
Digno solo del héroe que yo canto,  
Löor me tributases,  
Y, en tan grato löor, el hoúdo espanto  
Y el terror del tirano redoblases ?

Si, pudo ser: así me lo asegura  
De Fábio la amistad sincera y pura ;  
Así el fuego sagrado y noble aliento

(\*) Visto por mi amigo D. Estéban de Luca el anterior elogio á su *Canto lírico á la libertad de Lima*, me remitió en contestacion, desde Buenos Aires á Córdoba, donde yo me hallaba entónces, en clase de diputado por mi provincia, la composicion siguiente, que hé creído deber insertar en esta coleccion de mis piezas. Esta oda de Luca guarda tanta analogia con la mia que antecede, que deben ir siempre juntas, como correspondencia de dos amigos. Sin embargo, me hubiese abstenido de copiar entre mis obritas los elogios que me hace aquel, si no creyera que redundan mas en su alabanza que en la mia, y que este rasgo poético es una prueba mas de la justicia con que yo me determiné á encomiar las bellezas de su Musa. Añadiré solamente que el sufragio de Luca me es muy lisonjero. La Patria, las letras, y la amistad lamentarán siempre la prematura y desgraciada muerte de un jóven de tantas esperanzas.



Que ajitado respiro,  
 Cuando escucho su acento,  
 Cuando su verso numeroso admiro.  
 O dulce cante Fábio, ó heroico y grave,  
 Es siempre superior á mi deseo :  
 ¿ Mas como no há de ser, si siempre sabe  
 Arrebatár, como el divino Orfeo ?  
 Yo extático le escucho, yo me olvido ;  
 Y, aunque el Dios invocado ora me inspira,  
 A pagarle no alcanzan sus elojios  
 Los débiles acentos de mi lira.

Yo inflamarle logré; yo de la pena  
 Pude tal vez librarle, con que afije  
 La Discordia fatal su pecho blando.  
 No le torno al placer, cuando ella truena  
 En medio de los pueblos arrojando  
 Las sierpes venenosas,  
 Que horribles los ajitan,  
 Y al crimen y al furor los precipitan.  
 ¿ Qué mas premios, qué palmas venturosas  
 Pudiera desear, despues que hé sido  
 Gratamente acojido  
 Por tan insigne vate? Erato hermosa  
 Le inspira, cuando dulce canta amores ;  
 Caliope, cuando canta de la guerra  
 Los sangrientos furores,  
 Y amedrenta y aterra  
 A todos los tiranos de la tierra.

¿ Tu apruebas mi cantar, querido Fábio ?  
 Tú, que sabes de Apolo

Los dones conocer ? ¡ Tú, que de un polo  
 Al otro, con armónico concento,  
 Llevas el claro nombre  
 De patrios campeones,  
 Que en su heroico ardimiento  
 Fueron por la Victoria coronados?  
 Ya sus cantos oyeron las naciones  
 Con sorpresa y placer, sin que turbados  
 Fueran por los clamores de la Envidia.  
 Yo tu númen admiro, fiel le aprecio,  
 Y, si mi verso aplaudes, al profano,  
 Al insensato vulgo menosprecio ;  
 Y me rio de aquellos que, engreídos  
 Con las oscuras leyes que aprendieron,  
 La ley del sentimiento no entendieron ;  
 Y si una vez el nombre pronunciaron  
 De las sagradas Musas,  
 Sirenas peligrosas las llamaron.

Mas tú, á pesar del bárbaro destino,  
 Que á inútil padecer hoy te condena,  
 Cantas en faz serena,  
 Y con furor divino,  
 De San Martin el triunfo, que resuena  
 Por el inmenso indiano continente.  
 Al templo de la gloria arrebatados  
 Descubres á los heroes de repente ;  
 Y, al verse por tu lira celebrados,  
 Se oye que claman, desde el rubio oriente  
 Hasta el opuesto ocaso :  
 “ Diez años por la Patria combatimos ;  
 “ Nuestra sangre por ella derramamos ;

“ Libres empero al fin, hoy conseguimos  
“ El premio mas glorioso á que aspiramos.”

Así otro tiempo Píndaro sublime,  
Cuando el laüd armónico pulsaba,  
Como un Dios en la Grecia presidia.  
La llama del honor en ella ardia,  
Y osado el Espartano se arrojaba  
Al combate, á la muerte, á la victoria.  
Aun dura la alta gloria  
Del divino poëta ;  
Ni el Tiempo destructor en su carrera  
Podrá jamás borrarla. Así tu númen,  
Que se lanza, cual rápido cometa,  
Por la brillante y anchurosa estera  
De la imaginacion, eterno debe  
Ser encanto del hombre,  
Cuando, siglos y siglos ya pasados,  
Tu belísono acento les renueve  
La virtud, el valor, y alto renombre  
De los hijos del Sud siempre esforzados.

---

Mis recuerdos en la ausencia

---

Adios, primavera  
De vida feliz ;  
Adios, dulces horas,  
Queridas de Amor,  
Que raudas volasteis  
Sobre un infeliz,  
Y en cada recuerdo  
Dejais un dolor.

Adios : si tan presto  
Debisteis pasar,  
¡ Oh, nunca mis ojos  
Os vieran lucir !  
Que en sus años tiernos  
Quien supo gozar,  
En los venideros  
No sabe vivir.

Cinco lustros fueron  
De mi vida ya,  
Y ni sombra de ellos  
Tras ellos quedó.

Lo mismo la nave  
Por las aguas va,  
Sin dejar la huella  
Que pasando abrió.

Mi tiempo dichoso  
Sin sentir se fué:  
¡ Ya se ve! si todo  
Se pasó en amar.  
Mas todo lo bello,  
Yo no sé por qué,  
Apénas empieza,  
Se siente acabar.

El pecho un momento  
Se goza, y despues  
Convertido en penas  
El gozo quedó;  
Que instable Fortuna  
Hoy vuelca á sus piés  
Al que ayer en alto  
Su rueda llevó.

Así la rosita  
Un dia no mas,  
Al reír del alba,  
Da honor al verjel:  
Con lijeras alas  
El fresco fugaz  
Se vuela, y marchita  
Perece sin él.

Mi vivir pasado  
Gozando se fué,  
Y ora ya la vida  
Tormento me dá;  
Que hasta la memoria  
De lo que gozé,  
Como hiel, amarga  
Para el alma es ya.

Si el Tiempo en un punto  
Robase mi edad,  
Trayéndome pronto  
La lenta vejez,  
No me consumiera  
La triste ansiedad  
De gozar placeres  
Que gozé una vez.

¿ Pero habrá quien lleve  
Vida sin amor,  
Cuando de ella apénas  
Las primicias van ?  
¿ Cuando, de los años  
En todo el vigor,  
Cada nuevo aliento  
Es nuevo volcan ?

¡ Ay, besos de Délia,  
Por los que otra vez  
A los mas dichosos  
Mil envidias dí !

¡ Ay, besos de Délia !  
Ay, dulce embriaguez  
Del feliz que siente  
Lo que yo sentí !

¿ Y llaman deberes  
Del hombre social  
Los que al hombre arrancan  
De la paz de amor ?  
¿ Que Deidad es esta,  
Cebada en mi mal,  
Que me dá destinos  
A que tengo horror ?

Aquí, Délia, solo,  
Tan léjos de tí,  
Recuerdo aquel tiempo  
Del primer querer,  
Que llenó mi vida,  
Sin que hubiera en mí  
Mas deber que amarte,  
Y á tu lado arder.

Vosotros, dichosos,  
Que sabeis amar,  
A darme consuelos  
Volando venid ;  
Y, por los placeres  
Que podeis gozar,  
De la triste ausencia  
La pena medid.

Venid, y sabréis  
Que mi pecho ardió  
Cual otro, cual todos  
No ardieron jamas;  
Que ninguno há sido  
Dichoso cual yo,  
Y ni mas amado,  
Ni que amára mas.

Recuerdos de amores,  
Hoy vueltos dolor,  
¿ Qué quereis, decidme,  
Con un infeliz?  
¿ Acaso mitiga  
Del hado el rigor  
La memoria estéril  
De un tiempo feliz?

Dejadme, recuerdos;  
No volvais á mí,  
Ni en inútil fuego  
Me hagais abrasar;  
Que, desde el instante  
Que á Délia no ví,  
Ni el morir es pena,  
Ni el vivir gozar.

---





## AÑO DE 1822

---

A Délia, despues de la ausencia

---

Volaron, Délia, volaron,  
Y aquí en pos vinieron otros,  
Pero ¡qué distintos dias  
De los que perdidos lloro!  
Tanto mas temible el Tiempo,  
Cuanto rueda silencioso,  
Porque nadie se precava,  
Para atropellarlo todo,  
No hay cosa que no sepulte  
En los olvidos mas hondos.  
Él torna en estéril yermo,  
La pampa del bosque hojoso,  
En palacios las cabañas,  
Las ciudades en escombros,  
En desplacer el contento,  
Y la vida en frio polvo.  
Sus alas todo lo cubren,  
Y á su sombra muere todo,  
Bien como la luz febea.  
Al subir la Noche al polo.

El cuanto enjendra destruye ;  
 Pero, al vernos á nosotros,  
 ¿ Quién pensara que pudiese  
 Borrar con sn dedo corvo  
 Del libro de nuestra vida  
 Nuestro querer ardoroso ?  
 Yo sembré amor en tu pecho,  
 Me diste amor en retorno,  
 Y, de tanto amor por fruto,  
 Solo desamor recojo.  
 Lo mismo en terreno ingrato  
 El jardinero afanoso  
 Un año recoge rosas,  
 Y despues el triste abrojo.

¿ Qué es esto, Délia ? ¿ Ha volado  
 Todo tu amor como un soplo,  
 Y el lazo que nos ligaba  
 Una corta ausencia há roto ?  
 ¿ Qué has visto en mí, que desmienta  
 Aquellos fervientes votos,  
 Que formé desde el instante  
 En que te dije : “ te adoro ? ”  
 Tú sabes que de mi vida  
 Te hize total abandono,  
 Y tú misma confesabas  
 Que, como yo, ningun otro  
 Sacrificaba tan ciego  
 De amor en las aras todo.

¿ Has olvidado, bien mio,  
 Tanto rato delicioso

De embriaguez y de ternura,  
 En que, abrasados y solos,  
 Gozábamos cuanto tiene  
 El amor de misterioso?  
 Yo te miraba y temblabas;  
 Y tus adormidos ojos,  
 Y tus labios entreabiertos,  
 Y tu bellísimo rostro,  
 Como la rosa encendido,  
 Y mas que la rosa hermoso,  
 Los volcanes en que ardias  
 Me decian silenciosos.

¿Y yo, Délia? Delirante,  
 En el lánguido abandono  
 En que sumerje el deleite,  
 Cuando há llegado á su colmo,  
 ¿Te acuerdas que te decia:  
 “¿Délia de mi vida! ¿cómo  
 “Há espirado el universo,  
 “Y hemos quedado nosotros  
 “En el silencio de amor  
 “Viviendo y gozando solos?”  
 ¡Ay, amiga! Se borraron  
 Esas memorias muy pronto,  
 Y cuando, mas lleno de ellas,  
 Fiel á tu lado retorno,  
 Fria acojida me dice  
 Que ya no soy venturoso.  
 ¿Por qué me dejas? Si hubiese  
 Alguna razon; tus ojos  
 Si hubieran en este pecho

Penetrado algun trastorno ;  
 Si un corazon que era tuyo,  
 Y hecho para tí tan solo,  
 Hubiera sido en la ausencia  
 De ajena llama despojo ;  
 Entónçes, mi Diosa, entónçes  
 Fulmináras tus enojos  
 Contra el ingrato perjuro,  
 Que pudo ofenderte loco.  
 Pero, Délia, si yo nunca  
 Te adoré como te adoro,  
 Díme, ¿ por qué me abandonas ?  
 ¿ Será acaso que algun otro  
 Siente correr por sus venas  
 Mayor llama, ó por sus ojos  
 Llanto mas tierno que el mio,  
 Siempre que á tu lado lloro ?  
 No, Délia ; tú no me dejas  
 Por otro amor ; yo conozco  
 Tu corazon ; y mi mano  
 Cuando sobre el mio pongo,  
 Y sus latidos consulto,  
 Y lo siento tembloroso,  
 Me asegura que mi amada  
 No me desquiere por otro,  
 Y, si me deja, me deja  
 Cansada de amar tan solo.

¿ Cansada de amar ! ¿ Mudable  
 Te has hecho, mi bien ? ¿ Y cómo  
 Piensas vivir sin amante,  
 Despues de un amor dichoso ?

¿ Con qué llenarás, incauta,  
Aquel vacío tan hondo  
Que Amor vengativo deja  
En los corazones todos,  
Cuando á inútiles recuerdos  
Los abandona zeloso ?  
¿ Délia ! ¿ A la ausencia y al tiempo  
Cediste al fin ? ¿ Y á tu rostro  
El color de la vergüenza  
No se asoma ? Los viciosos,  
Los que jamas ven el alma,  
Porque sus inmensos ojos  
De penetrar no son dignos  
Los misterios deliciosos  
De lo que es amor, ¿ qué triunfo  
Van á celebrar gozosos !

Délia, adios ; eras mi vida  
En tiempo mas venturoso,  
Y á no merecida muerte  
Hoy me condena tu enojo.  
Vive contenta ; y que el cielo,  
En pago de este abandono,  
Colme tu vida de bienes,  
Y tu corazón de gozo.  
Nunca del dolor el llanto  
Anuble tus bellos ojos,  
Ni mi memoria importuna  
Turbe tu feliz reposo.

---



## La reconciliacion

---

Otra vez á llorar, iré á rogarte,  
Despiadada, otra vez; iré, y tu triunfo  
Contemplantas soberbia, mientras baje  
Hasta tus piés mi boca, y allí el beso  
Estampe del dolor, y donde pisas  
Riegue, inútil quizá, mi llanto amargo.

Héme ya junto á tí: ¿ me ves, ingrata ?  
Mírame, si te atreves, y reprocha  
Alguna falta á mi querer eterno,  
Una siquiera á mi pasion terrible.  
Alza tu vista, Délia, y tus miradas  
Se encuentren con las mias. ¿ No estás viendo  
Que no vengo á quejarme, aunque pudiera,  
Y debiera tal vez ? De nada, nada  
Acusarte pretendo, y bien conoces  
Que un pecho, que no fuera el pecho mio,  
Lanzado hubiëra para siempre, siempre,  
De su seno amador la imájen tuya.  
Olvido todo, y á rogarte vengo,  
Cual si yo fuese quien rogar debiera.  
¿ Tal es el fuego que arde y que consume,  
Sin alivio, cruël, estas entrañas,



En que sola tu imájen no es pavesa!  
 Olvido todo; mírame; ¿qué dudas?  
 No es aquí el ofendido, es el amante  
 El que te viene á ver; ni los derechos,  
 Que sobre tí el Amor me diera un dia,  
 Pretendo hacer valer cuando te busco.  
 ¿No alzas tu rostro, Délia? ¿De qué tiemblas?  
 ¿Qué temes! ¡oh! tú temes ablandarte,  
 Y cruël te resistes á tí misma.  
 No soy yo; tu conciencia, el pecho tuyo,  
 Son los que ahora en mi favor te arguyen;  
 Te confunde su voz, y eres tan dura,  
 Que de tí misma, Délia, estás triunfando,  
 Por que no triunfe yo; por que no triunfe  
 La razon de mi amor, que tú conoces,  
 Y para despreciarla te violentas.

Sea, sea cual quieres; yo me arrojo  
 Humildoso á tus piés, y respetando  
 La misma ingratitud que me condena,  
 La mano adoro, que, con golpe crudo,  
 El puñal y la muerte hundió en mi seno.

Yo soy, yo soy, amiga. En algun dia  
 (No va léjos aún) temblar he visto,  
 Al acercarme á tí, tu ebúrneo pècho,  
 Y al colocar en él, como en su trono,  
 La linda rosa, de las flores reina,  
 Arder bajo mi mano le sentia.  
 ¡Cuántas veces posaba en paz de amores,  
 Adorada mujer, sobre mis hombros

Tu frente placentera, y yo mi brazo  
 De tu espléndido cuello en torno echaba!  
 ¡Y cuántas á mi seno, de tus ojos,  
 Las lágrimas dulcísimas cayeron!  
 La Luna, el Sol, la fúljida mañana,  
 La luz ya desmayada de la tarde,  
 La densa niebla de la opaca noche,  
 Este lugar, aquel, y mil lugares,  
 Todos testigos son de los extremos  
 A que, cediendo á la amorosa llama,  
 Se abandonaba tu alma gozadora.  
 ¡Nada te dicen ellos? ¡Nada, ingrata?  
 ¡Así desóyes su lenguaje mudo,  
 Que, á tu pesar, el corazon penetra?  
 Desóyelo; lo puedes; pero al ménos  
 Escucharás mi voz interrumpida,  
 Y que el sollozo y la vergüenza ahogan.

¡Qué te hize yo, mi bien? (porque no puedo  
 Llamarte de otro modo, aunque me vendes).  
 ¡Qué pude hacerte yo, que así tornára  
 Todo el fuego de amor en todo el hielo  
 De inesperado olvido? ¡Y estos eran  
 Aquellos juramentos, que envidiaron  
 Los Dioses mismos que tu voto oyeron?  
 ¡Qué te dice tu pecho, ingrata mia?  
 Ingrata y adorada, ¡qué te dice?  
 ¡Y qué fatal firmeza te sostiene  
 Contra el remordimiento que te ajita?

Pero yo no pretendo confundirte,  
 Ni que cielos y tierra se conjuren

Contra mi solo amor. ¿Y qué ganára  
 Con irritarte mas, cuando en tu oído  
 Sonará como insulto temerario  
 El decirte siquiera: *te perdono?*  
 Hé venido á rogar, á suplicarte  
 No me dejes morir amante y jóven,  
 A tu desprecio injusto abandonado.  
 ¡Délia! ¡Adorable Délia! ¿En este pecho  
 Tal incendio de amor por qué encendiste,  
 Si era de haber un dia, en que tú misma  
 Quisieras sin razon verle apagado?

Ese dia llegó: no fué mi voto  
 Quien acercó su luz; ni mi deseo  
 Distinto le quisiera de otros dias,  
 Que coronaron mi pasion inmensa.  
 Toda eras mia entónces, y, engreído,  
 Mi pecho á tanta gloria no bastaba.  
 Allá en tu corazon está la huella  
 De tu pasion á mí, y el labio tuyo  
 Aun saborea el dejo deleitoso  
 Que queda en pos del regalado beso.

¡Cuántas cosas, ó Délia, á tu memoria  
 Pudiera yo traër! ¡Y cuántas quejas  
 Con tan dulces recuerdos te daria,  
 Si no fuera mi llanto quien te hablára!  
 Permíteme llorar; deja que bañe  
 Mis mejillas un agua, que otro tiempo  
 No brotó de dolor, brotó de gozo,  
 Y empapó tus entrañas en deleite.

¿ Y qué quieres de mí? ¿ Quiéres que viva  
 Sin tu amor, si tu amor es solamente  
 Quien anima mi ser y me conserva?  
 Retírame tu mano, ingrata mia,  
 Y me verás morir entre dolores,  
 Inocente morir. Yo nunca, nunca  
 Pude ofenderte, amiga: ¿ y tú te olvidas  
 De cuanto un dia interesarte supo?  
 ¿ No te hago falta ya? ¿ No te hace falta  
 Mi pobre corazon? Tú misma, Délia,  
 Me llamabas amable por amarme,  
 ¿ Y ora me dejas, cuando ya hé probado  
 Lo que vale querer y ser querido?  
 ¿ Ser querido por tí, que es mas ventura  
 Que la que espera la virtud en premio?  
 Délia, no me abandones; tan siquiera  
 Dame tiempo, mi bien, á prepararme  
 Al duro golpe de tu injusta mano;  
 Ni así, cual rayo, en un instante mismo,  
 Tu improviso furor estalle y mate.

¿ Mas tú, mi bien, suspiras?—Délia amada,  
 ¿ Qué movimiento, qué pasion te ajita?  
 ¿ Quieres hablarme tímida, y las voces  
 Perturbacion extraña no te deja.  
 Encontrar ni elejir?—¿ Lloraste, amiga?  
 ¿ Son tuyos estos brazos, que del suelo  
 Temblando me levantan, y mi frente  
 En tu seno dulcísimo reclinan?  
 ¿ Es tuyo el beso que en mi boca vaga?  
 ¿ Tuyo es el llanto que mi rostro moja?  
 ¡ Ah! cese de una vez llanto tan tierno!

Yo no quise afijirte, ni afijido  
Está tu amante ya, ¡ Cuanto han borrado  
Las lágrimas de Délia! ¡ Cuanto gozo  
Vuelven al corazon! ¡ No ves, querida,  
Como ni tú ni yo romper podemos  
Los vínculos que ligan nuestras almas?  
¡ Ay! ¡ A que nueva vida, dueño amado,  
Del umbral de la muerte me has llamado!

---

Al incendio del pueblo de Cangallo en el Perú, ejecutado por el Jeneral Español Carratalá, y aprobado por el virey La Serna, en decreto de 11 de Enero de 1822.

---

¡ Venganza eterna ! ¡ Sin piedad, venganza !  
Hijos del Sol, ¿ qué haceis ? Ahora, ahora  
Renazca el odio y el rencor inmenso,  
A que provoca la feroz matanza,  
La sed de sangre que sin fin devora  
A los tigres de Ibéria. El humo denso  
Mirad cual forma impenetrable nube,  
Y el éter todo en derredor se inflama ;  
Oíd, mirad que la enemiga llama  
Hasta los astros sube,  
Y entre ardientes escombros y ceniza  
Un pueblo de patriotas agoniza.

¿ No sabeis ? ¿ No sabeis ? El fiero hispano,  
Estirpe atroz del execrando Atila,  
En el Perú desesperado brama ;  
Y, en su última impotencia deshumano,  
Con bárbaro furor quema, aniquila,  
Y se goza el feroz en ver la llama.  
¡ Cangallo miserable ! ¡ Pueblo-amigo !  
Destinado á llenar en nuestra historia

Las pájinas de llanto! Tu memoria  
No pereció contigo; (\*)  
Vengarte en esos bárbaros juramos,  
Vengarte, si, y á la venganza vamos.

---

(\*) El incendio del pueblo de Cangallo dió lugar á que el gobierno de Buenos Aires decretára, en 1822, que una de las principales calles de la capital llevára el nombre de aquel pueblo.

La gloria de Buenos Aires (\*)

---

CORO

Eleve mos, ó Patria, tu gloria  
A los cielos en dulce cantar,  
Y de Ocaso á la Aurora tu nombre,  
Buenos Aires, se escuche sonar.

En la orilla del rio Argentino  
Levantó Libertad sus altares,  
Y los libres del mundo á millares  
Agolpados se ven acudir.  
Incesante el incienso á los astros  
Entre voces de júbilo sube,  
Escuchando la diosa en la nube  
*Libertad, Libertad* repetir.

CORO

Sobre olvido de oprobio pasado  
Buenos Aires su nombre levanta,

(\*) Este himno fué compuesto para la apertura de la academia de música y canto instalada en Buenos Aires, el 1<sup>o</sup> de Octubre de 1822. No debe extrañarse que esta coleccion de poesias contenga, mas que en los otros años, en los de 822 y 23 composiciones hechas en honor de Buenos Aires. Su propiedad y su gloria eran entónces grandes; y no puede recordarse aquella época sin que el patriotismo se conmueva, y sin sentir el dolor mas profundo por la desolacion é ignominia en que, ocho años despues, se há visto sumerjida la Patria. ¡Quiera el cielo que se levante pronto de su actual humillacion!



Y la fama le admira y le canta  
 Por do Febo derrama su luz :  
 Que los dias de luto volaron  
 De funesta y horrible memoria,  
 En que timbres, honores y gloria  
 Se envolvieron en negro capuz.

CORO

Desplegando sus alas el jenio  
 Que á los libres del mundo preside,  
 Por el mar, que la tierra divide,  
 Atraviesa con curso veloz ;  
 Y repite en el otro hemisfério,  
 Que no siente pesar sus cadenas :  
 “ Buenos Aires empaña de Aténas  
 “ El remoto inmortal esplendor.

CORO

“ Su poder encontraron las leyes,  
 “ Encontró la Justicia su templo ;  
 “ Buenos Aires presenta el ejemplo  
 “ Que la tierra debiera imitar.  
 “ Há dejado la exelsa morada  
 “ De los cielos Astrêa divina,  
 “ Y en la playa feliz argentina  
 “ Vió gozosa elevado su altar.”

CORO

Esta voz en contorno retumba  
 Del ibérico bárbaro tronó,  
 Y sus garras en hórrido encono

El Leon contra sí convirtió ;  
 Y erizada la sórdida greña,  
 Y brotando la llama en sus ojos,  
 Un rujido mostró los enojos  
 De que el libre del Sud se burló.

## CORO

Pero España tambien restituye  
 El imperio sagrado á las leyes,  
 Y el poder absoluto en los reyes  
 Se avergüenza por fin de sufrir. (\*)  
 A sus hijos, que en sangre tiñeron  
 Otra vez nuestro suelo inocente,  
 Nuestros ojos verán de repente  
 Al abrazo de paz acudir.

## CORO

Entretanto á las otras naciones  
 El honor de la nuestra arrebatá,  
 Y á los hijos del Rio de Plata  
 Ya saludan en dulce amistad ;  
 Y sus naves, surcando las olas  
 Del abismo salado y profundo,  
 Abandonan las playas de un mundo,  
 Por buscar en el otro igualdad.

## CORO

Buenos Aires es patria de libres,  
 Y esta gloria le dieron sus hechos ;

(\*) Alusion al sistema constitucional, que regia entónces á la España y que Fernando abolió poco despues.

De los hombres que tienen derechos  
Buenos Aires es patria comun ;  
Que los rotos pedazos de hierro  
De la antigua pesada cadena  
Nuestro rio revuelve en su arena,  
Irritando sus olas aún :

## CORO

Nuestro Sol nos saluda festivo,  
Al mostrarnos la faz en Oriente,  
Y, al hundir en Ocaso la frente,  
Se despide festivo tambien ;  
Y la Patria se goza en sus hijos,  
Bendiciendo á los niños que crecen,  
Que fervientes su voto le ofrecen,  
Y que siempre serán su sosten.

---

## En honor de Buenos Aires

---

*Verùm hæc tantùm alias inter caput extulit urbes,  
Quantùm lenta solent inter viburna cupressi.*

VIRG., Egl. 1. 3

Era la noche ; y la ciudad, amada  
    Por el Dios de los Libres,  
Tranquila en brazos de la Paz dormia,  
En profundo silencio sepultada.  
La mole de sus torres parecia  
    Antiguo monumento,  
Allá en remoto siglo levantado,  
Para grandioso y digno enseñamiento ;  
    Y ora mudo, olvidado,  
Pero del crudo tiempo respetado.

De lumbreras menores rodéada  
    La Luna en medio cielo.  
En su carroza de ébano sentada,  
Con su luz melancólica y serena  
    Bañaba el quieto suelo ;  
Y el grande rio de la Patria mia

De su orilla feliz la suelta arena  
 Suavemente en sus aguas revolvía ;  
 A la luz de la Luna así brillando,  
     Cual una copia inmensa  
 De derretida plata brillaría,  
 Trémula, undante, en movimiento blando.

Dejando el lado de mi dulce dueño,  
 Que, en esas horas mudas, misteriosas,  
 Ya descansaba el delicioso sueño  
 De las fatigas del amor preciosas,  
 Contento el corazón, suelta la mente,  
     Me sentí de repente  
     A la lira impulsado,  
     Cual de poder divino,  
     Y á cantar el destino  
     Del suelo afortunado  
 En que la suerte plácida me diera  
 Abrir mis ojos á la luz primera.

¡ Buenos Aires ! ¡ Mi patria ! En algún día  
     La maldición del cielo  
 Tu recinto inundó, y oscuro velo  
 Tus inmortales glorias encubría.  
     En su carro de espanto  
 Rodando por tus calles la Anarquía,  
 Tus calles anegaba en sangre y llanto,  
 Y en fraticida mano se ajitaba  
     De la Discordia impia  
 El tizon infernal. Entónces era  
 Cuando ní el hijo al padre respetaba,

Ni el hermano al hermano  
 Debida parte en su cariño diera.  
 De las leyes al solio soberano  
     Subió el crimen triunfante,  
 Y el altar de la ley cayó al instante,  
     En trozos dividido,  
 Por entre el polvo en vilipendio hundido.  
 Los Dioses tutelares nos miraron  
 Con ojos sin piedad, y á su desgracia  
 La ciudad infelice abandonaron.

Ese tiempo voló, y en nuestra historia  
 No borrará el honor de tu memoria,  
 Inmortal Buenos Aires: hoy levantas  
 Sobre los otros pueblos tu grandeza,  
     Cual alza su cabeza  
 A la nube el cipres, entre las plantas  
     Y arbustos pequeñuelos,  
 Que apénas se levantan de los suelos.

¡ Gloria eterna á tu nombre ! Por do quiera  
     Presentas, Patria mia,  
 Un motivo de asombro á las naciones.  
 Creyeron que el olvido te embriera,  
 Y que tu noble fama moriria  
 Entre nuestras funestas disensiones ;  
 Pero tú resplandeces mas glorioso,  
     Despues de disipados  
     Los hórridos nublados  
 De la civil contienda borrascosa :  
 Bien como el alto Sol en alto cielo

Brilla mas refulgente,  
 Tras tempestad sombría, cuyo velo  
 Nos robaba la lumbre de su frente.  
 Yo admiro tu esplendor, y le contemplo  
 Y le admiro otra vez. Mi incierto paso  
 Se dirige hácia allá, y entro en el templo  
 Donde la ley se dicta en tono digno,  
 Sin que lo estorve prepotente brazo,  
 Ni se oiga del poder ultraje indigno.  
 Con tal triunfo engreído el ciudadano,  
     Obedece gustoso  
 Las leyes que le mandan ser dichoso,  
     Y bendice la mano  
     Que firmó su fortuna,  
 Y la del hijo de su amor precioso,  
 A quien la Libertad mece en la cuna.

Hácia acá vuelvo, y al poder encuentro  
     Noblemente ocupado  
 En proteger al débil, al malvado  
 Castigar, corregir, y hacer el centro  
 Del comercio y las luces protectoras  
     Al pueblo afortunado,  
 Que se puso en sus manos bienhechoras.  
 ¡Tiranos ¡ah! los que afijis al hombre!  
 Sonará con horror eternamente  
     Vuestro execrando nombre;  
 Y vosotros, vosotros, que á la frente  
     Estais de los destinos  
 De mi pueblo feliz, vuestros caminos  
 Los de la Fama son; y cuando el bronce

Se pula en nuestro suelo, ¡ cuánto entonces  
 Honrará nuestro artista la memoria  
 De los que dieron á su patria gloria!  
 ¿ Pero quien me transporta á los altares  
     Dó Minerva se adora,  
 Y los dones celestes atesora,  
 Que prodiga sin fin y sin medida?  
     ¡ Juventud escojida  
 Del escojido pueblo! Yo á millares  
     Agolpada te veo  
 A la fuente correr, en que se bebe  
 La ciencia y la inmortal sabiduria;  
     Ni mi ardiente deseo  
     Mira distante el dia  
     En que la Patria debe  
     Fiarte su ventura,  
 Esperando le pagues con usura.

¡ Esparta libre! ¡ Aténas ilustrada!  
 ¡ Remotos nombres, que al remoto tiempo  
 Pasaréis con honor! Pues imitada  
 En Buenos Aires fué la inmensa gloria,  
 Que en edades de atras os dió renombre,  
     Y hace que vuestra historia  
 Hoy todavia al universo asombre;  
 Buenos Aires unida en adelante  
     Irá á vuestra memoria,  
     Y, cuando ella se cante  
 En los siglos que vengán, nuestros nietos  
 Tributarán iguales sus respetos  
     Al pueblo que há imitado  
 Los modelos que al mundo habeis dejado.



Así cantaba yó ; pero entretanto  
Mostró la Aurora su rosada frente,  
De grana y oro se vistió el Oriente,  
Y, cansada la lira, cesó el canto.

---

## La supersticion (\*)

---

¡ Oh vil supersticion ! funesta plaga  
De la aflijida tierra,  
Mas terrible mil veces,  
Y mas asoladora que la guerra.  
La impostura es tu madre, nuevas créces  
La sencillez te da, y en el instante  
El poder se fomenta,  
Y sus aspiraciones alimenta.  
En todo tiempo la maldad triunfante,  
Bajo doloso velo,  
Há cubierto de crímenes el suelo,  
Y tú les diste de virtud el nombre.  
En todo tiempo el hombre,  
Supersticioso, débil, engañado,  
Oráculos falaces há escuchado,  
Que la mentira por verdad vendieron,  
Y al universo en su interes dijeron :  
“ Oye, cree, y enmudece ;  
“ El cielo te lo manda, y obedece. ”

(\*) Debe tenerse presente al leer esta composicion, que fué hecha en una época en que se habia exaltado furiosamente el fanatismo, con motivo de la reforma eclesiástica, sabiamente ejecutada en Buenos Aires por el gobierno.

Ciego, ciego el mortal obedecia;  
 Y, contra el mismo corazon luchando,  
 Y contra su conciencia batallando,  
 Corazon y conciencia sujetaba  
     A la voz que le hablaba  
     En nombre de los cielos,  
 Y en nombre de los cielos le mentia.

Viérase entónces, al rayar el dia,  
     Engañado el Ejipto,  
 Postrarse con sacrílego respeto  
     Ante el primer objeto  
     Que presentó á su paso  
 La fatalidad ciega del acaso.  
 Viérasele despues correr el Nilo  
     Con afan presuroso,  
     Y al feroz cocodrilo  
     Tributar humildoso  
     La adoracion debida  
 Al Ser que diera al universo vida.

Viérase como, en Aúlida, Ifijenia,  
     De Cálcas al mandato,  
 Fué del beso materno arrebatada,  
     Y en aras homicidas  
 Con horrenda piedad sacrificada,  
     Consintiéndolo Atridas (\*);  
 Y el ejército iluso, y tantos reyes,  
 El fuego de las aras encendiendo,

(\*) Atridas: patronímico. Agamemnon, padre de Ifjenia, era hijo de Atréo.

Y á las bárbaras leyes  
 Del sacrificador obedeciendo,  
 Imaginaban Dioses  
 Como Cálcas tiranos y feroces.

Mas bárbaros despues, mas inhumanos  
 Los sacerdotes de una ley de gracia.  
 Que manda nos amemos como hermanos,  
 Con sacrílega audacia  
 Del código divino que rompieron  
 Los intérpretes santos se finjieron ;  
 Y, sujetando al hombre á un yugo fuerte,  
 La ley de caridad fué ley de muerte.  
 ¡ Oh Religión de paz y de consuelo !  
 ¿ Siempre há de ser tu nombre profanado ?  
 ¿ Y eternamente el fanatismo osado  
 Cubrirá sus horrores con tu velo ?  
 Si del mísero pueblo en la ignorancia  
 Estriban su poder y su arrogancia,  
 ¿ Nunca penetrará tu lumbre pura  
 Del error comunal la niebla oscura ?

Pero escucho una voz, que, repitiendo  
*Libertad, Libertad*, en dulces tonos,  
 A los pueblos despierta, estremeciendo  
 En su cimiento los soberbios tronos.  
 Al romperse los duros eslabones  
 Que forzó el despotismo,  
 Se romperá tambien esa cadena  
 Con que ató á la razón el fanatismo,  
 Y brillará serena  
 La aurora de la paz en las naciones.

Su vivo resplandor que ya se acerca,  
Deslumbra á los iníquos impostores,  
Y, entre el temor horrible que los cerca,  
Redoblan sus engaños y furores.  
Pueblos, no los oigais; ellos violaron  
De la razon los fueros,  
Al cielo y á los hombres insultaron,  
Y su interés es siempre embrutecéros.

---

Al bello sexo de Buenos Aires

---

Así cual mira, tras borrasca fiera,  
El triste navegante  
Aparecer el Sol sobre la esfera,  
Y á la mar bramadora en un instante  
Restituir la calma placentera ;  
Así, Argentinas bellas, os miramos  
Derramando consuelos  
Sobre los que, ya libres, habitamos  
La tierra mas amada de los cielos.

El pátrio campëon, que en la milicia  
Pasó sus verdes años ;  
El ministro imparcial de la justicia ;  
El sabio que destruye los engaños ;  
Consagrados tal vez por la malicia,  
El mercadante activo y afanoso ;  
Todos, todos, oh bellas,  
A vuestro lado olvidan deleitoso  
Penas á un tiempo, y la memoria de ellas.

La juventud se agolpa á vuestros pasos,  
Y, ciega, arrebatada,  
Cae en los blandos amorosos lazos  
En que se engrie de mirarse atada ;

Os formó el mismo Amor ; y los abrazos  
 De la Diosa sin par de la hermosura,  
     Con otras tan ingrata,  
 Colmaron de belleza y de ternura  
 A las hijas del Rio de la Plata.

Mostrándose la Luna majestuosa,  
     Vive y se alegra el cielo ;  
 Y así gallarda la Porteña hermosa  
 Da vida y alegría á nuestro suelo :  
 Pues le dieron con mano bondadosa  
 Vénus sus ademanos espresivos,  
     Los amores su risa,  
 Las Gracias su donaire y atractivos,  
 Y el pudor sonrosado su divisa.

Buenos Aires soberbio se envanece  
     Con las hijas donosas  
 De su suelo feliz, y tal parece  
 Cual rosal, lleno de galanas rosas,  
 Que del amor en la estacion florece.  
 Todas son bellas, y la mano incierta  
     Que al rosal se adelanta,  
 Una entre mil á separar no acierta  
 Entre la pompa de la verde planta.

¿Cuál es el pecho de metal formado,  
     Cuál corazon de peña,  
 Que al mirar espresivo y delicado,  
 Al dulcísimo hablar de una porteña,  
 Puede permanecer desamorado ?  
 ¡ Hijas del primer pueblo americano !

Ostentad vuestra gracia,  
Y cesen ya de presumir en vano  
Beldades de Jeörgia y de Circasia.

¿ Qué quereis? ¿ Quéreis templos en que vamos  
A dar adoraciones  
A vosotras, oh Diosas, que admiramos?  
Vuestros altares son los corazones,  
Nuestro incienso el suspiro que exhalamos,  
Nuestros votos amor; y, mil de veces  
Mortal afortunado,  
Que el corazon á la Argentina ofreces,  
Y la Argentina te llamó su amado!

Mas no solo á vosotras la belleza,  
Porteñas adorables,  
Pródiga quiso dar naturaleza;  
Porque, para formáros mas amable,  
Há llenado vuestra alma de grandeza;  
Y en vosotras unida la hermosura  
Al sentimiento, al jenio,  
Dominais en nosotros por ternura,  
Dominais en nosotros por injenio.

Vuestra imaginacion, cual vuestro rio,  
Ensanchada, atrevida,  
Corre con majestuoso señorío,  
Sin que pueda mirarse contenida.  
Aumentad vuestro hermoso poderío  
Con los adornos útiles del alma;  
Y goze á vuestro lado



El tumulto de amor, la dulce calma  
A un tiempo el amador embelesado.

Adios, hermosas de la Patria mia,  
¡ Feliz, feliz mi verso,  
Si pudiera lograr que en algun dia  
Llenase vuestro nombre el universo !  
Y sí lo llenará. La luz que envia  
Al anchuroso mundo el Sol benigno,  
Es en todos lōada,  
Aunque en labio y en metro menos digno  
Llegue á ser por alguno celebrada.

---

Sobre la invencion y libertad de la imprenta

---

Amor, que sobre todas las Deidades  
Has recibido adoraciones mias,  
Tu dulce poderio y tus bondades  
Ya celebró mi canto

En lo florido de mis frescos dias,  
Y regué tus altares con mi llanto.  
Canté lo que sentí. Despues mi rima,  
Resonando entre gritos de victoria,  
Hizo volar por cuanto Febo anima  
Los nombres de los ínclitos varones  
De perenne memoria,  
Que las iberas huestes debelaron,  
Y el suelo de mi Patria libertaron.

Canté lo que debí: y hora la mente,  
De un entusiasmo nuevo arrebatada,  
Trasportada se siente  
Hasta el templo del Jenio, donde mora  
La Invencion crëadora;  
Templo en cuyos altares,  
De la turba vulgar no frecuentados,  
Seres privilegiados  
Presentan sus ofrendas singulares,  
Y á par de la Deidad son adorados.

Extraño ardor me inflama ;  
     Y, en mi rápido vuelo,  
 Allá me encuentro en el helado suelo  
 Do Guttemberg nació. Quintana solo  
     Supo ensalzar su nombre,  
 Quintana, el hijo del querer de Apolo,  
 Émulo de Tirteo en fuerte canto,  
     Y á quien solo se diera  
 Que, de su lira al sonoro encanto,  
 Digno de Guttemberg su verso fuera. (\*)

Arrastrando los carros de la guerra,  
 Jenios de destruccion al Rhin llevaron  
 La plaga asoladora de la tierra ;  
 Y el renombre del Rhin eternizaron  
     Solamente á los ojos  
     De los hombres feroces,  
 Que, sedientos de sangre y de despojos,  
 La humanidad y sus derechos huellan,  
     Y del cielo y natura  
 Las leyes sacrosantas atropellan.  
 ¡ Oh Rhin ensangrentado ! No tu fama  
 Deberás al furor: el Dios del verso,  
 Los veraces anales de la historia,  
     El jénio, el universo,  
     Celebrarán tu gloria,  
 No porque oíste el horroroso estruendo,  
 Sí porque viste á Guttemberg naciendo.

(\*) Guttemberg inventó la imprenta. El desgraciado poeta español, D. Manuel José Quintana, cantó aquella invencion de un modo digna de ella.

El inventó la imprenta, y del olvido  
 Redimió grandes nombres;  
 Que el invento atrevido  
 Eternizó las obras de los hombres,  
 Y ató todos los tiempos al presente.  
 Todo cuanto la mente  
 De algun mortal contemplador concibe,  
 O exaltada imajina,  
 Si libre, inmensa, por do quier camina;  
 Cuanto precepto la razon prescribe;  
 Todo, todo estampado,  
 Y en copias mil y mil multiplicado,  
 Cruza la erguida sierra,  
 Cruza el ponto profundo,  
 Que divide la tierra de la tierra,  
 Y atraviesa veloz el ancho mundo  
 Del ecuador al polo,  
 Y del Ocaso, do la Noche mora,  
 Hasta el fúljido reino de la Aurora.  
 ¡ Tanto puede la imprenta ! Ni esto solo  
 A su poder es dado;  
 Que los sabios del tiempo que há pasado  
 Hoy con nosotros hablan;  
 Y, quando el postrer siglo haya llegado,  
 Hablará el mas lejano descendiente  
 Con ellos y nosotros igualmente. (\*)  
 Así la ilustracion, como la llama  
 Del Sol inapagable,

(\*) Las ideas á que se refiere esta nota, y otras muchas espresadas en esta composicion, son tambien aplicables á la simple escritura; pero es indudable que pueden referirse con mayor exactitud y estension al uso de la imprenta, por quanto ella nos trasmite los escritos anteriores de un modo mas general, mas fácil y duradero.

Que enseñorea inmóvil la natura,  
De un día en otro sin cesar renace,  
De un siglo en otro permanente dura.

¡ Loor á Guttemberg ! ¡ Ni quien creyera  
Que su invencion benéfica, sublime  
En algun tiempo fuera  
Causadora de males,  
Que empaparon en sangre los mortales ?  
El Fanatismo y el Poder, que siempre  
En daño de los hombres se adunaron,  
Del invento feliz se aprovecharon,  
Y el sirvió á los horrores  
Que al universo aflijen,  
Cuando aquellos desplegan sus furoros,  
Y con vara de fierro al mundo rijen.

La imprenta publicaba  
Que al mas vil, al mas bárbaro tirano,  
Si en un infame trono se sentaba,  
Del mismo Dios la sacrosanta mano  
Daba el cetro gravoso,  
Que en yugo ignominioso  
A los míseros pueblos abrumaba.

Envano, envano la Filosofía,  
Siempre amiga del hombre,  
Descubrir el engaño pretendia,  
Disimulado con mentido nombre.  
De la Verdad severa  
La penetrante voz no bien se oyera,

Cuando atroz Fanatismo,  
 Evocando las furias del abismo,  
 Soplaba airada la funesta hoguera,  
 Y la execranda llama consumia  
 Las páginas de luz, que se atrevia  
 Algun sabio á escribir con libre mano;  
     Que el desusado tono  
     Estremeció al tirano,  
 Y sintió bajo el pié temblando el trono.

Así quedó, cegado  
 El canal que la imprenta en algun dia,  
 Para dar curso á la sabiduria,  
 Benéfica mostró. Desde el momento  
     A nadie le fué dado  
 Disponer de su libre pensamiento,  
 Cual si le fuera por merced prestado.  
     Cuando un nuevo camino  
 A los hombres se muestra, y las Deidades  
 Ofrecen nuevo don, ¿ será destino  
 Ingratos abusar de sus bondades,  
     Y hacerlas instrumento  
     De crímenes sin cuento,  
 De opresion, de venganzas y maldades?  
 ¡ Ah! ¡ Qué proterva condicion del hombre!

Así llegó de la fecunda tierra  
 Al seno enjendradora su osada mano,  
     Y el metal que se encierra  
     En las hondas entrañas  
 De las erguidas ásperas montañas,

Arrebatára á la caverna oscura  
 Do plugo sepultarlo á la natura.  
 El ríjido metal se convertia  
     En surcador arado,  
     Y el campo alborozado  
 Una mies abundosa prometia.  
 Pero pronto sonó de guerra impia  
     La maldecida trompa,  
 Y el metal en espada convertido,  
 Y en dura lanza que los pechos rompa,  
     Todo el campo cubierto  
     De cadáveres fuera,  
 Y la sangre humeando discurriera  
 Por entre el surco del arado abierto.

Así la selva sus robustos pinos  
     A la mar vió lanzados,  
 Y, venciendo las ondas denodados,  
     Hallar nuevos caminos  
 Que de un mundo conducen á otro mundo,  
 Y hermanan las naciones del Oriente  
 Con los pueblos lejanos de Occidente.  
 Mas tambien pronto por el mar profundo,  
 Preñados de furores y venganza,  
 Los armados bajeles navegaron,  
 Y en llanura de bárbara matanza  
 Los piélagos inmensos transformaron.

¿ De qué no abusa el hombre ? Así la imprenta,  
     Un tiempo envilecida,  
 O brutales caprichos adulaba

De la Ambicion sedienta,  
 O, al Fanatismo pérfido vendida,  
 Mentia en cada letra, y blasfemaba  
 Del mismo Dios excelso,  
 Cuyo nombre sacrílega estampaba.

Esas negras edades  
 De ignorancia y maldades,  
 Y universal error, ya son pasadas ;  
 Y el hombre, dueño de su pensamiento,  
 Libre como su hablar y sus miradas,  
 Libre como la luz y como el viento,  
 En rasgos indelebles lo publica.  
 Su tesoro de ciencia comunica,  
 O, de temor seguro,  
 Juzga al déspota duro,  
 Veraz y mensurado le condena,  
 Y sin violencia su furor refrena :  
 Y de la Hipocresia  
 Los simulados crímenes delata,  
 Y á la Impostura pérfida arrebatada  
 El doloso disfraz que la cubria.

¡Feliz, feliz el suelo  
 Donde los hombres gozan  
 De tanta libertad ! Los que destrozan,  
 Allá bajo otro cielo,  
 La triste humanidad, y en los sudores  
 Y en el llanto infeliz del miserable  
 Se bañan con placer abominable,  
 ¿Que harian si la prensa sus furores



Al sometido pueblo revelára,  
 La amenaza llevase á sus oídos,  
 Y el odio de los buenos concitára,  
 Del opreso acallando los jemidos?  
 Temblad, tiranos, miéntras libre sea  
 El ejercicio de escribir honroso:  
 Y siempre lo será; que el mundo ahora  
     No es ya cual lo desea  
 Vuestra ambicion fatal y asoladora.

Mas yo me vuelvo á venerar al hombre  
 Que cultiva el saber, y que el tesoro  
 De su mente prodiga. Su renombre,  
     Con caracteres de oro  
 Escrito en los anales de la ciencia,  
 Irá á la mas remota descendencia.  
 Es premio de su afan: no quiso avaro  
 Sus luces ocultar: pudo dejarlas  
 En resplandor universal y claro,  
 Y no debió en la tumba sepultarlas.  
 Libre escribió lo que en tenaz empeño  
 Arrancó á la recóndita natura,  
     Y de la lengua pura  
     De la Filosofía  
 Escuchó con anhelo en algún dia.  
 Aprendió y enseñó: tantas lecciones  
 Prepagaron las prensas: las naciones  
 Perecerán despues, y otros imperios  
     Se verán levantados  
 Sobre antiguos imperios derrocados:  
 Empero el sabio sin cesar renace,  
 Que asi la imprenta sus prodijios hace.

Por esta noble libertad se llama  
El siglo en que vivimos  
El siglo de las luces, aunque brama  
Sañudo el Fanatismo, que quisiera  
Muchos lustros al Tiempo en su carrera  
Hacer retrogradar, porque tornára  
Su poderio infausto, abominable,  
Antes por la ignorancia respetado,  
Pero, en dias felices, execrable  
Al universo en fin desengañado.

¡ Oh Patria en que nací, digna morada  
De la alma Libertad, en donde el jenio  
Se remonta brillante !  
Si la imprenta afanada  
Los frutos del saber y del ingenio  
Multiplica y derrama á cada instante,  
Esa, mi amada Patria, esa es tu gloria.  
Coronada tu frente  
Mil veces del laurel de la victoria,  
La libertad, la ciencia solamente  
Te han sublimado á la envidiada altura,  
Donde el orbe te mira,  
Y á do envano procura  
Encumbrarse en tu honor mi humilde lira.

---



## A la juventud Argentina

---

¡ Hijos felices de infelices padres !  
¡ Jeneracion presente !  
Jeneracion de luz, á cuyo oriente  
Se disipan las nieblas tenebrosas  
Que el Sol de libertad nos encubrian.  
Libertad y razon aquí yacian  
Atadas con cadenas ponderosas,  
Cuando el brazo crüel del Despotismo,  
Cuando el poder atroz del Fanatismo  
El trono sostenian  
Á la negra Ignorancia levantado,  
Y, en tres siglos de oprobio, respetado.

Vuestros padres sintieron,  
Juventud Argentina,  
La horrible humillacion en que vivieron ;  
É impávidos alzaron de repente  
La faz que al polvo la opresion inclina  
En el esclavo tímido, indolente.  
Lágrimas encendidas de sus ojos  
De indignacion brotaron,  
Y por los hijos de su amor juraron

Desafiar del tirano los enojos,  
Y dar la libertad al patrio suelo.  
    Oyó propicio el cielo  
    El juramento santo,  
Y en el alto sitio tembló de espanto  
    El opresor erguido,  
Y al polvo luego descendió vencido.  
Sus brazos á la lid apercibieron  
    Los nuevos campeones,  
Del grito aterrador que al aire dieron  
El eco por la América resuena,  
Y, trozando los duros eslabones  
    De la antigua cadena,  
    Vengaron en un dia  
    Sesenta lustros de opresion impia.  
Con tan rara y espléndida victoria  
Nació á la libertad un mundo entero,  
Y el argentino pueblo fué el primero  
Que se cubrió de tan inmensa gloria.

¡Honor eterno á los eternos nombres  
De los que al nuevo mundo libertaron,  
    É intrépidos osaron  
Revelar sus derechos á los hombres!  
¡Honor mil veces mas! Sus dignos hijos  
Son hijos de la Patria, que gozosa  
La juventud admira numerosa  
Que será su sosten, y que algun dia  
    Hará en nuestro hemisferio  
    Perdurable el imperio  
De la alma celestial sabiduria.

Jeneracion presente, tú levantas  
     El formidable muro,  
 Que el ya pasado tiempo, del futuro  
 Dividirá por siempre: tú quebrantas  
 El yugo ignominioso cuyo peso  
 Abrumó á la Razon envilecida,  
 Y en las tinieblas del error dormida.  
 Tus ojos pueden ya mirar ahora  
 Los torrentes de luz que triunfadora  
     La gran Filosofía,  
     Desde el trono fulgente  
 En que preside al mundo, al mundo envia ;  
 Y cuando ya no rueda estrepitoso  
 Del belígero Dios el carro horrendo,  
 Minerva de su templo luminoso  
     Las puertas de oro abriendo,  
 A sus altares, juventud, te llama,  
 Y sobre tí sus dádivas derrama.

¡ Ah ! Yo te veo alegre y presurosa  
 Acercarte á las aras de la Diosa,  
     Y, de entusiasmo llena,  
     Beber de aquella fuente  
 Que al mismo pié de los altares nace ;  
 Ni tu ansia de saber se satisface  
 Sin bañarte ambiciosa en su corriente.  
 El genio de la Patria embebecido,  
     O juventud, te mira,  
 Y el genio de la Patria enternecido  
     Te bendice, te admira,  
 Y al fruto de tu verde primavera

Sus esperanzas libra. Nueva éra  
 En tí comienza ahora,  
 Y la alma Libertad, desde sus aras,  
 Se engrie vencedora  
 En el gran porvenir que le preparas.

Pero ¡ ay ! que la Ignorancia se reviste  
 Del furor de los monstruos: á la Envidia  
 Pide su hiel, su saña al Fanatismo,  
 Y encarnizada lidia  
 Por arrancar del fondo del abismo  
 Todos los medios que á su triunfo ayuden.  
 En su favor acuden  
 La vil Hipocresia,  
 La estúpida Arrogancia,  
 Y el Engaño, y la Astucia, y la Falsia.  
 Protejida de todos la Ignorancia,  
 Se arrastra simulada en dobles jiros,  
 Y cual sierpe enconada y venenosa  
 Que se oculta en la yerba maliciosa,  
 Dirije astuta sus infestos tiros  
 Contra la incauta juventud preciosa.  
 Ella cultiva empero  
 Virtud y ciencia con igual esmero,  
 Y los caminos de la gloria aprende.

Al resplandor de la sagrada llama  
 Que en vuestros pechos prende,  
 Jóvenes tiernos, descubrid la trama  
 Del hipócrita artero,  
 Y si iracundo y despechado brama  
 El fanático fiero,

Despreciad sus clamores. Un demente  
Podrá intentar con una sola mano  
    Atajar la corriente  
Del caudaloso rio; pero en vano:  
Que un dique tan pequeño no contiene  
    La fuerza con que viene  
El raudal cristalino y sonoro.  
Así há intentado el Fanatismo odioso,  
Irritado y demente en su agonía,  
Salirte, amable juventud, al paso,  
    Esperanzado acaso  
En que otra vez envuelto quedaria  
En la antigua tiniebla el nuevo día.  
    Pero tú, arrebatada  
Del fuego de los libres, y á la ciencia  
Con ardor juvenil precipitada,  
Arrastrarás tambien en tu carrera  
Al fascinado que impedirla quiera.

---





Profecía de la grandeza de Buenos Aires (\*)

---

¡ Cuál te admiro, Natura, en esos jenios  
Que, ostentando tu fue za creãdora,  
Produces rara vez! El que preside  
Los trastornos del orbe, y los modera,  
El Ser universal, que todo abarca,  
Al inmortal Colon escojer quiso,  
Y revelarle solo los misterios  
Que á las tres partes del antiguo mundo  
La série de los siglos ocultára.  
Al resto de la tierra ignotos eran  
Otra tierra, otro mar: el Dios de todo  
Dijo: " Colon parezca: " el héroe nace,  
Su mente ajita inspiracion divina,  
En demanda de un mundo parte, le halla,

(\*) Pocos objetos dieron tanta materia á la mordacidad de los enemigos del gobierno, en el año de 1822, como el empeño con que la autoridad promovia y fomentaba los trabajos hidráulicos. En una ciudad como Buenos Aires, que carece de aguas corrientes; en una campaña en que son tan escasas; en un territorio en que los medios de conduccion son tan difíciles; en un puerto tan abierto, tan inseguro, y tan poco profundo como el nuestro; las experiencias hidráulicas que pudieran dar por resultado allanar estos inconvenientes, debian ser uno de los primeros cuidados de un gobierno patriota y hábil, á pesar de la animosidad de sus enemigos. Lo fueror en efecto; y si la rabia de los partidos no hubiese posteriormente despedazado el pais, puede ser que la República fuese ya deudora á un puñado de hombres beneméritos de mejoras tan importantes. De todos modos, la perspectiva halagüena y grandiosa que presentan á la imaginacion aquellos objetos, aun sin verlos realizados, es capaz por sí sola de aninar el jenio poético, y se presta fácilmente á sus inspiraciones. No sé si será una prueba de ello la composicion que va á leerse, escrita á los primeros anuncios de aquellas obras; pero si yo hé sabido sacar partido del asunto, él no será por eso ménos digno de la lira.

Y de la creación se ostenta el lujo.  
 Estas rejiones son donde la mano  
 Del Supremo Hacedor está marcada,  
 Ni saber al mortal es permitido  
 Porque le plugo el esmerarse en ellas.

A todos los países dió Natura  
 Parte de sus tesoros, pero á todos  
 Algo quiso negar, porque se hallára  
 Allá en remoto clima, y en el cambio  
 La hermandad de los hombres se estrechase,  
 Ligando el mismo lazo á los de Aurora  
 Y á los hijos lejanos de Occidente.  
 El hombre todo corrompiólo un día.  
 ¡ Que no corrompen la ambicion y el oro !  
 Tornóse la hermandad en guerra infanda ;  
 Y sed de humana sangre y de riquezas  
 Fué la sola pasion de los mortales,  
 Que, en el delirio de adquirir matando,  
 Todos los lazos de amistad rompieron.

Ávido empero de la nueva gloria  
 Digna de su valor, Colon se lanza  
 A mar no conocido, le atraviesa,  
 Y, en premio del milagro, al fin descubre  
 Las playas de la paz, y la gran parte  
 Nunca sentida en el inmenso todo. (\*)  
 Al descubrirlas, la Natura en pompa

(\*) La expresion *inmenso todo*, aplicada aquí á solo el globo terráqueo, es empleada por otros poetas para significar toda la creacion.

Al universo atónito se muestra ;  
Y en el boato de sus nuevas galas  
La vió el habitador del viejo mundo,  
Envidioso despues, primero absorto.  
La tierra de Colon era la tierra  
De la Naturaleza. En ella á un tiempo  
Portentosa, terrible; al hombre infunde  
El miedo santo á las eternas causas,  
Y á un tiempo en mano pródiga le brinda  
Todos los dones que en distintas playas  
De la tierra partió, dando á las unas  
Lo que á las otras misteriosa niega.

Yo ví en los Andes la preñada nube  
Mas baja que la cima, y en los cerros  
Rodando el trueno, y aterrando al valle,  
Que en torrentes las aguas inundaban,  
Blancas de espuma, y entre piedra rotas.  
Yo ví los llanos de la Patria mia,  
Anchos, inmensos, do sin fin, en torno,  
Cual la imaginacion, la vista vaga,  
Y en la hermosa planicie nada encuentra  
Mas que verde extension, y el horizonte  
Así parece cual si asiento fuera  
Del vastísimo cóncavo del cielo.  
Naturaleza allí clama por brazos  
Que el seno vírgen de la tierra rompan,  
Y que llenen su voto, la simiente.  
Do quier echando en el fecundo suelo ;  
Do quier abriendo los canales hondos  
Por do corran las aguas, ó robadas,  
Para el riego benéfico, al gran rio

Que cantó Labarden (\*), ó desde el centro  
 Avaro de la tierra, do se ocultan,  
 Por una mano hidráulica arrancadas.

¡ Cuantos prodijios en la idea veo !  
 Y á mí querida Patria ¡ cuanta gloria  
 Fatídica la mente pronostica !  
 Veo brotando los raudales puros  
 De la linfa fugaz, y la llanura  
 Aquí tornada en selva populosa,  
 Donde el ramoso roble crezca y sea  
 Mudo testigo del morir de siglos,  
 Y el pino se alze á la superna nube  
 En mole jigantea, y las raices  
 A la honda entraña de la tierra lleve.  
 Allí el terreno nivelarse miro,  
 Y sustentar jimiendo el peso enorme  
 De la gran caseria, do la lana,  
 En vistoso tejido convertida,  
 La fábrica extranjera no visite  
 Para volver en delicada tela  
 A ser adorno de la linda vírjen  
 Que las orillas arjentinas pisa.

Vendrá la primavera, precedida  
 De mansa lluvia, que fecunde el campo,  
 Y el prado vista de florida alfombra.  
 El zéfiro la mueva, y en la nube  
 Se temple el rayo, pero no se apague,  
 Del Sol enjendrador. En el estío  
 A Céres grata la campiña amena,

(\*) Alude á la *Oda al Paraná*, del poeta porteño D. Manuel de Labarden.

Cúbrase toda de materna espiga ;  
Y ría el labrador, mientras el viento  
La blonda mies ondea, y sus sudores  
Los parvulitos y la tierna esposa  
En dulces besos doblemente pagan.  
Llegue el Otoño, y entre parra verde  
Su sien corone con las anchas hojas,  
Y entre los mostos del lagar se bañe.

Corren las aguas en distinto rumbo,  
Y á par de ellas corriendo los raudales  
De nacional riqueza, el orbe todo  
Se agolpa á nuestras playas. Las familias  
Del europeo, que en cansada guerra  
Y en miseria vivió, su hogar odioso  
Con placer abandonan, y á las popas  
De los bajeles, que á la mar se fian,  
Suben á despedirse de aquel suelo  
Que les negára el pan, ingrato siempre.  
Al arjentino puerto leda arriba  
Preñada de hombres la lijera nave,  
Y el suelo besan, que promete al cabo  
Sustento á sus hijuelos, y reposo,  
Cuando la ancianidad tardía venga,  
Y el tiempo pese en la cabeza cana.  
A la campaña corren, y entregados  
Al trabajo rural, y á los amores  
Que nacen en la paz, se multiplican  
Cual la simiente que en el suelo arrojan,  
Y el Jenio de la Patria los bendice.  
La poblacion se aumenta: el campo entónces  
No pide brazos, ni desierto llora ;

Y Céres y Pomoná, y las Deidades  
 Tutoras de las artes y la industria,  
 Se gozan presidiendo los trabajos,  
 Cual si volviesen las edades de oro.  
 El indio rudo, que rencor eterno  
 Heredó de sus padres, su venganza  
 Entónces depondrá, ó allá en las sierras,  
 Do como él es inculta la natura,  
 Pasará solo su salvaje vida ;  
 Ni, como ahora, en el veloz caballo  
 Discurrirá por la llanura inmensa,  
 Talando campos y sembrando muertes.

¡ Oh poder de los hombres ! Tú alcanzaste  
 A medir de los astros la carrera,  
 A seguir de la luna el presto paso,  
 Y del cometa la escondida marcha.  
 Las aguas fujitivas detuviste  
 En su curso veloz y deleznable,  
 Y, cual si fueran sólidas, tu mano  
 Sobre montañas conducir las supo,  
 Precipitarlas al sediento valle  
 Por los caminos que mas bien quisiste,  
 Y en nuevo lecho adormecerlas luego.  
 La Hidráulica á las ciencias, á las artes,  
 A la industria social, nuevos tesoros  
 Próvida muestra, y á la Patria mia  
 Larga fortuna para siempre ofrece.  
 Ni solo al campo quedará ceñido  
 El beneficio de la diestra ciencia  
 Que ayuda á producir á la natura.  
 Súbito el noto al Argentino encrespa,

Que, en bramadoras olas levantado,  
 La nave embiste, que al recorvo diente  
 Clavára en vano en la tenaz arena.  
 Las indómitas aguas, algun día  
 En mas seguro puerto encarceladas,  
 No harán temblar al nauta miserable,  
 Como tembló en Agosto, cuando el rio  
 Los males aumentó del año infando. (\*)

Aquí en la capital las anchas plazas  
 Se adornarán tambien, cuando las fuentes (\*\*)  
 El agua arrojen que en cambiantes varios  
 El rayo vuelva que despida Febo ;  
 Y, con vistosos juegos, detenidas  
 A las hermosas en su marcha tenga,  
 Mientras yo las alabo con mi verso,  
 Salpicada la frente en linfa pura.  
 ¡ Os vea yo correr, vistosas fuentes !  
 ¡ Os vea yo correr ! y desde entónces,  
 Para siempre jamas, solo vosotras  
 Mi Aganipe seréis y mi Hipocrene.  
 Yo volaré á vosotras cuando el estro  
 Hierva en mi fantasia, y en la mente  
 Ardor de canto irresistible sienta.  
 Los hombres que estos bienes á mi Patria  
 Supieron prodigar, asunto digno  
 De mi verso serán, y á las estrellas  
 Volará en mis loores su renombre ;

(\*) El año de 1820 es deplorablemente célebre entre nosotros. El temporal del 20 de Agosto de ese mismo año, es memorable tambien.

(\*\*) Estaba decretada la colocacion de dos fuentes, llamadas del *25 de Mayo*, y de la *Independencia* ; la primera en la plaza de aquel nombre, la segunda en la de la Victoria



**Y de Colon los venerables mánes  
Se gozarán entre la tumba helada,  
Al ver al cabo que en la tierra suya  
Hay un país que afortunado goza  
De paz, de libertad y de abundancia.**

---

## Epigramas

---

No acertando un buen casado  
Con algun nombre bonito,  
Que poner á un angelito  
Que su mujer le habia dado ;  
Ella le dijo : “ querido,  
Lo del nombre es poca cosa,  
La empresa dificultosa  
Es dar con el apellido. ”

Un soldado bravo y fiel,  
Cayendo de la metralla,  
Exclamó : “ mi coronel,  
Digan en algun papel  
Que yo hé muerto en la batalla. ”  
“ ¿ Quién ha de hablar de un soldado ?  
(Respondió el jefe altanero).  
Yo sí seré celebrado,  
Que una bala me há pasado  
Por las plumas del sombrero ”.

Todo, todo es corrupcion,  
(Dijo airado un litigante :)  
El escribano es ladron,

Mi abogado es un bribon,  
Vendido á mi contrincante:  
El juez enseña al testigo  
Lo que há de hablar: un cadalso  
No basta para castigo.  
¡ Y yo no encuentro un amigo  
Que quiera jurar en falso !

Blas en un corro decia :  
“ No hay mujer tan apegada,  
Tan fiel, tan enamorada,  
Tan tierna como la mia. ”

Un su amigo que le oyó  
Me dijo: “ mas la alabára,  
Si entre él y la tal pasára  
Lo que pasa entre ella y yo. ”

Hablando de una batalla,  
En que cierto militar,  
Furibundo en el hablar,  
Se escondió como un canalla;  
Un chusco le preguntó:  
“ ¿ Y en tan sangriento embolismo  
Usted á cuantos mató ? ”  
El guapeton respondió:  
“ Yo no me alabo á mí mismo. ”

---

# AÑO DE 1823

---

Cancion para las jóvenes de la academia de música, en  
la celebridad del 23 de Mayo.

---

CORO

Venid, amadoras  
De bella harmonia,  
A cantar el dia  
De la libertad.

En Mayo cambiaron,  
A impulso divino,  
Su triste destino  
Los hijos del Sud ;  
Y sesenta lustros  
De horrores sin cuento  
Un solo momento  
Borró de virtud.

CORO

El luciente padre  
Del dia y del verso

Por el universo  
Tanto honor cantó;  
Y la Fama al punto,  
Doblando su vuelo,  
De la tierra al cielo  
Tambien le llevó.

## CORO

Sus garras entónces  
El león de España  
En hórrida zaña  
Volvió contra sí;  
Y lanzó la fiera  
Tremendo rujido,  
Do quiera temido,  
Despreciado aquí.

## CORO

Del hermano, el padre,  
El hijo, el esposo,  
El brazo nervioso  
Entónces se armó;  
Y el llano y el cerro,  
La arena y la óla  
La sangre española  
Copiosa tiñó.

## CORO

La madre, en las filas  
Abrazando al hijo,

“ No vuelvas, le dijo,  
 “ Sin gloria, ” y lloró;  
 Y la tierna esposa  
 Al jóven guerrero  
 Le ciñó el acero,  
 Y un beso le dió.

## CORO

Así libertada  
 La domada tierra,  
 Calló de la guerra  
 Al cabo el clarin ;  
 Y campos que fueran  
 Alfombra de muertos,  
 De espigas cubiertos  
 Miramos al fin.

## CORO

Hoy el Sol saluda,  
 Desde el alto cielo,  
 A su amado suelo  
 Ya libre y en paz ;  
 Que los duros tiempos  
 De muerte y furores,  
 De sangre y horrores,  
 No vuelven jamas.

## CORO

Venid, y ciñamos  
 Nuestra sien de rosa,

No porque la hermosa  
Nunca esté mejor ;  
Si porque llevamos,  
En honor del día,  
Signos de alegría,  
Coronas de flor.

## CORO

Venid, entonemos  
Virginales coros ;  
Mirad los tesoros  
Que nos dá la paz ;  
Mirad como vienen  
Por el mar profundo  
Los libres del mundo  
Al suelo feraz.

## CORO

Hoy nos vió la Aurora,  
Al nacer, cantando ;  
Que el Sol, en bajando,  
Nos mire también ;  
Pues ya de la Patria  
Todo mal se aleja,  
Y el cielo nos deja  
Gozar tanto bien.

## CORO



## La corona de Mayo (\*)

---

*Deus nobis hæc otia fecit.*

VIRG., Eclog. 1.

Este es el sitio ¡ oh Dios ! este es el sitio  
Del horror y la muerte. En algun dia,  
    Por el cóncavo techo,  
En roncós ayes resonar se oía  
    El lúgubre jemido  
De víctima infeliz, que al triste lecho  
Atada con horrisona cadena,  
    Al cielo endurecido  
Decia envano su cansada pena.  
De este lugar hasta el cadalso horrible,  
En el carro de muerte arrebatados,  
Iban los infelices destinados  
Al desagravio de la ley hollada,  
Y de la sociedad menospreciada.

(\*) Dió motivo á esta composicion la funcion de música y canto, con que la *sociedad filarmónica*, que existia entónces en Buenos Aires, solemnizó el aniversario de Mayo, como por corona de las festividades de aquel año. Para evitar notas que interrumpirian la lectura de esta pieza, no está demas advertir que el salón de la predicha sociedad era uno de los edificios llamados antes la *Cuna*. En Buenos Aires se sabe con cuanta razon se habia hecho odioso este nombre; y seguramente la autoridad hizo bien en vender aquella casa á un particular, quien la ha destinado á usos que harán olvidar su aborrecible memoria. Algunos nombres que se leen en esta pieza métrica son los de las personas que mas contribuyeron á la brillantez de la funcion.



Pero mas todavia : mas odiosa  
Para los libres era  
Esta estancia horrorosa,  
Por las escenas bárbaras que viera  
En las horas de luto, que cubrieron  
El suelo en que algun día  
La libertad y la igualdad nacieron.  
Los grandes héroes de la Patria mia,  
Los ilustres varones  
Que el primer grito levantar osaron,  
Y, con pasmo de todas las naciones,  
Al merecido abismo  
Despeñaron el fiero despotismo ;  
Esos patriotas de memoria eterna,  
Encarcelados por ingrata mano,  
Aquí en dolor jimieron,  
Y víctimas del odio deshumano  
De los partidos y la envidia fueron.

Mil de veces al cielo demandamos  
Un rayo vengador, que este edificio  
En polvo convirtiera ;  
Y al cielo, á nuestros votos impropicio,  
El rayo suspendió ; pero ya era  
Prometido otro tiempo venturoso,  
En que libre gozára el Arjentino  
De la tranquila paz el don divino,  
Ya luce esplendoroso  
Ese dia feliz : el fiero Marte,  
Y el carro en que atropella la Anarquia,  
Cuando sus serpés y su horror reparte,

Gozosa solo en la nefanda guerra,  
Pasaron ya otro día  
Para no más volver, y en nuestra tierra  
Ni la huella dejaron  
Que señale el lugar por do rodaron.

Este Mayo lo vió : su bella Aurora,  
En el fúlgido oriente levantada,  
Miró la tierra por el cielo amada,  
Y miró paz y union. En esa hora,  
Se elevó nuestro canto al firmamento,  
Y el alijero viento  
Desde el cielo á la tierra lo volvía,  
Mientras la Fama rápida volaba  
Y á todo el universo lo anunciaba.

Mayo fué cual ninguno ;  
Y reservada su corona estaba  
Al Dios de la harmonia,  
Que invisible y gozoso presidia  
El coro de amadores  
De la música y canto ;  
El los colmó de todos sus favores,  
Y del mágico encantō  
Que todas las pasiones adormece,  
Y todos los sentidos embelece.

Hoy es templo de Apolo  
Este lugar de llanto y de tormento ;  
Y donde ántes el eco del lamento  
Se levantaba desoido y solo,  
Al fin se siente un día  
Todo el placer que causa la harmonia.

¿ Pero donde mi verso  
 Podrá empezar alabador, y donde  
 En esta nueva escena corresponde  
 Redoblar mi loor? Jovenes bellas,  
 Que así como en el cielo las estrellas  
     En una noche hermosa,  
 Así en la concurrencia habeis lucido  
     De otra noche dichosa,  
     Que la corona há sido  
 De la fiesta de Mayo mas pomposa ;  
 Vosotras me diréis á quien mi rima  
 Primero nombrará : solo vosotras,  
     Si mi verso menguado  
 De su objeto al nivel no se sublima,  
 Con elogio podréis mas delicado  
     Decir lo que allí visteis,  
 Decir, bellas, mas bien lo que sentisteis.

Sonó la cancion pátria : al escucharla  
     En la lid el soldado,  
 En todo tiempo el pecho denodado  
 Presentó al plomo, ó á la punta fiera,  
     Y aquel canto le hiciera  
     O vencer en la lucha,  
 O morir sin dolor, pues que lo escucha,  
     Pero nunca há sonado  
     El himno de los libres  
 Como sonó esa noche. Trasportado  
     El auditorio inmenso  
 Al templo de la gloria se sentia,  
     Y el corazon, suspenso;  
 En fuego patrio, como nunca, ardia.

Impresion tan profunda, fuego tanto  
¿Quién pudiera apagar, sin el hechizo  
De otro mas dulce y melódioso canto?  
Micaëla cantó, y ella deshizo  
De nuevo el corazon en tierno llanto.  
En otro tiempo Circe, aquella maga,  
    Aquella encantadora,  
Hija del astro que el oriente dora,  
Su voz omnipotente levantaba,  
Y al momento á los socios infelices  
    Del afamado Ulíses  
Con su voz á su arbitrio trasformaba.  
    Ella el hondo cimiento  
Hizo temblar del globo, el firmamento  
    Oscureció mil veces.  
Hizo volver la mar, y amedrentados  
Ir á otras aguas los enormes peces.  
Pero nunca, jamas, los corazones  
Supo mover su voz, como conmueve  
    El dulcísimo acento  
Que Micaëla plácida levanta,  
Cuando su labio lisonjera mueve,  
Cuando, orgullosa de sus artes, canta.  
Cármén cantó con ella: ¿y cual há sido  
    El corazon de bronce,  
Cual el pecho de acero defendido,  
Que de placer no palpitára entonce?  
¿Y que fiereza habrá que no desarmen,  
Trinando juntas, Micaëla y Cármén?  
Esa noche las Gracias se ausentaron  
    Del templo de Citéres,  
Y sola, sola, en el altar dejaron

A la madre de Amor y los placeres,  
 Por venir á llenar de un nuevo encanto  
 A las que sin su auxilio pueden tanto.

¡ Oh poder sin igual de la harmonia !  
 Cuando en nave traidora  
 El Lésbico Arion el mar surcaba,  
 Tocó su harpa sonora,  
 Y el delfin, que en las ondas la escuchaba,  
 Al músico en su espalda recibiera,  
 Y á la orilla inofenso le trajera.  
 Un instrumento igual con igual arte  
 Escuché yo esta vez, pero tañido  
 Por diestra mano de argentina airosa.  
 Le escuché, y hé creido  
 Que desde su caverna tenebrosa  
 Pudo el delfin salir, que el ponto pudo  
 Deponer su furor, y, quieto y mudo,  
 Conducir en la calma mas serena  
 Al músico de Lésbos á la arena.

Pero el genio se pierde: cierto es todo.  
 Lo que dicen de Orféo,  
 Cierto tambien lo que de Anfion se cuenta:  
 Con arte celestial hallaron modo  
 De conmover á la natura, atenta  
 Al harmónico son; y á su deseo.  
 Las encinas del bosque obedecian,  
 Las piedras de los montes se movian.  
 Todo, todo es verdad; que yo á Massoni  
 Hé visto cuando el arco  
 A la cuerda multísona aplicaba;  
 Y por un raro encanto

Sentí que su instrumento remedaba  
 Del jilguerillo el harmonioso canto,  
     O la flauta sonora  
 Con que Mercurio adormeció los ojos  
 Del Árgos velador, en una hora  
 En que del grande Jove los enojos  
     Del todo rebosaron,  
 Y del Argos la muerte decretaron.  
     Massoni es el amado  
 Del Dios de Délos, y su hermoso coro,  
     Y dispensa á su agrado  
 De la harmonia el celestial tesoro.

Tú, Esnäola, tambien debida parte  
 En mi verso tendrás: tu edad temprana,  
 Tu talento sublime y prematuro,  
     La perfeccion de tu arte,  
 Todo viene en tu honor; y estás seguro  
 De que tu sien alguna vez Apolo  
 Coronará con el laurel, que solo  
 Suele adornar privilegiadas sienes.  
 ¡ Tanto derecho á sus favores tienes !

Mas, si mi labio la alabanza mueve,  
     O musa, ¿ á quien no debe  
 Mi loor alcanzar? ¡ Ah! perdonadme,  
 Vosotros, que á la escena contribuisteis,  
     Vosotros, que supisteis  
 Hacernos olvidar en un momento  
 El justo horror con que la planta hollaba  
     El ancho pavimento  
 Qué ántes el llanto del dolor bañaba.

Si, perdonadme ; y permitid que pueda  
    En el débil estilo  
Que á mi verso impotente se conceda,  
Invocar á la Patria, y la memoria  
    Del bienhadado dia,  
    Que la llenó de gloria,  
Y sepultó en el Sud la tirania.  
    ; Oh Mayo venturoso !  
Mes de los meses, pero mas dichoso  
Esta vez que jamas : *un Dios há sido*  
*Quien la calma de paz al fin nos diera.*  
Felices nos has visto : en su carrera  
No se detiene el tiempo : cuando tornes  
    En años venideros,  
Mas felices tal vez, mas placenteros  
Tu Sol nos hallará ; y otro poëta  
    De Apolo mas querido,  
No con mal hado, como yo, nacido,  
Celebrará ese Sol, y su alabanza  
Alcanzará á do su lumbre alcanza:

---

A la Paz; con motivo de la convencion preliminar, celebrada en 1823, entre el gobierno de Buenos Aires, y los comisionados españoles cerca de él.

---

Monarcas de la tierra,  
¿ La misera plegaria  
No escuchais de los pueblos que os imploran?  
Poned, poned un término á la guerra.

*Quint. Od. á la Paz.*

Baja tu vista, ordenador del mundo,  
Alza tu diestra valerosa, y hunde  
    En el seno profundo  
    De la abrumada tierra  
Al monstruo horrible de la infanda guerra.  
La luminosa página, gravada  
En el eterno libro del Destino,  
Al siglo diez y nueve prometiera  
La paz y libertad. ¿ Cual asesino  
Contrasta el hado, y en su saña fiera  
Bebiendo sangre, y empapando el suelo  
    En mas sangre y mas llanto,  
Destruye al hombre, y menosprecia al cielo ?  
El malvado en su furia puede tanto,  
¿ Y tu brazo, gran Dios, no lo aniquila ?  
Pon término, Señor, á nuestros males,  
Derrama tus enojos iracundo



Sobre el mortal que afije á los mortales :  
Baja tu vista, ordenador del mundo.

Allá do el Sol se eleva, aquí do esconde  
Su esplendorosa faz, horror y guerra,  
Y nada mas alumbra. ¿Dónde, dónde  
Está el asilo de la Paz? ¿Qué mano  
Derrocó sus altares en la tierra?

Al feroz Otomano

Mirad allá embriagándose con sangre,  
Que de los descendientes de Leonidas  
Se derrama á raudales,  
Porque abrieron un dia sus anales,  
Y vilmente perdidas  
Su independencia y libertad miraron,  
Y de vergüenza y de dolor lloraron.  
Esparta, Aténas, Salamina, todo  
A su mente volvió; y el pecho griego,  
Escandecido al cabo,  
Se mostró griego, y convirtió en venganza  
El deshonor y timidez de esclavo.  
Trozaron fieros la cadena, y luego  
Del mismo fierro que forjóla un dia  
Instrumentos hicieron de matanza,  
Y el grito ¡guerra! retumbó en Turquía.

Infelices, ¿do vais? En vano, en vano  
Los tiempos revelaron á los hombres  
Lo que es la humanidad, y lo que valen  
De patria y libertad los santos nombres.

Do quier hay un tirano;  
Do quier hay viles que á su voz acuden;

El rayo lanzan, el acero esgrimen,  
 Las sierpes venenosas se sacuden,  
 Los parvulitos y las madres jimen,  
 Y á vuestra destruccion nada se opone:  
     Que hay bárbaros que ayuden  
 A que el crimen al crimen se amontone.

¿Y el nombre griego, y la valiente empresa,  
 Digna del nombre, y de victoria y fama,  
 En nada quedarán? ¿Y el vilipendio  
 Y el escarnio del turco será acaso  
 Debido premio á la ferviente llama,  
 Que en Grecia cunde, y se procura paso  
 De pecho en pecho, y á los héroes llama  
     A la muerte, á la gloria,  
 Que no siempre consiste en la victoria?

Mas ellos triunfarán: las libertades  
 Triunfan en este siglo. Los delitos  
 De los tiranos que á la guerra incitan,  
 Y, sin oír de humanidad los gritos,  
 De furor en furor se precipitan,  
 Nunca mayores fueron que en la éra  
     En que, ociosa la espada,  
 Del moho y del orin se consumiera,  
     Si no hubiese asesinos,  
 Que, queriendo oponer á los destinos,  
     Luchan contra el torrente  
 En que va envuelto el mundo. En algun dia,  
 No está léjos quizá, la tirania  
 Será cual era gigantesca mole,

Que de Febo los rayos atajaba,  
 Y las auchas comarcas asombraba ;  
 Y, al huracan cediendo de repente,  
     Desde la altiva frente  
 Hasta el hondo cimiento desquiciada,  
 Sus ruinas largamente se tendieron.  
 Muchos con ella, á su caer, cayeron,  
 Empero nunca mas será agoviada  
 La tierra con su inmensa pesadumbre,  
 Y la que fué el escándalo algun tiempo  
     Del llano y de la cumbre,  
     Será del caminante  
 El escárnio y la mofa en adelante.

La Grécia lo verá ; verálo luego  
     La malhadada Ibéria,  
 Que zelosa miraba como ardia  
 En la sencilla América ese fuego  
     En que ella misma hoy dia  
 Consumiéndose está, porque, despierta  
     Del profundo letargo,  
 En que há yacido en cautiverio largo,  
 Se acuerda de su honor, y esta memoria  
 La impele al fin á recobrar su gloria.  
 ¿ No lo veis ? ¿ No lo veis ? El galo astuto,  
 Trastornador del orbe, há derramado,  
     Desde el alto Pirene  
 Hasta el muro de Gádes afamado,  
 Los rencores del trono. ¿ Cómo viene  
 A hollar vuestros derechos ? ¿ Qué razones,  
 Españoles, habrá para oprimiros ?  
 La guerra es la razon de los Borbones.

Acaso la justicia vengadora  
 Del árbitro y Señor de todo imperio,  
     Sentir os hace ahora  
 Los horrores que en todo este hemisferio  
 Pesaron sin cesar, en tres centurias  
 De un poder ejercido por las Furias.  
 Nos cansamos al fin : vosotros mismos  
     Pusisteis en la mano  
 Del apacible y blando americano  
     La espada fulminante  
 Que tanto en vuestra sangre se há teñido,  
     Mostrándose triunfante  
 Donde quier en trece años há lucido.

Y ¡ qué ! ¿ no basta ya ? ¿ Nuestros derechos  
 No son como los vuestros ? ¿ Qué muralla  
 Presentaréis mejor que vuestros pechos  
 A la rabia implacable en que batalla  
     En su hórrida agonía  
 La espirante y odiosa tiranía ?  
     Libres seréis : nosotros  
 Lo somos ya, lo somos : no hay potencia  
     Que baste á contrastarnos,  
 Ni poder en la tierra que robarnos  
 Pueda ya libertad é independencia.  
 Desde los llanos que Arjentino baña  
 Hasta las cumbres del Perú fragoso ;  
 Desde el suelo fructífero de Chile  
     Hasta el istmo famoso,  
 Y hasta la tierra que codicia suma  
 En la sangre empapó de Motezuma,  
     Mil templos se han alzado

A la alma Libertad, y enteramente  
 En la feliz América inocente  
 Su numen bienhechor será adorado.  
 ¡ Y por que no se envainan los aceros ?  
 ¿ El sagrado motivo no há cesado  
     Que los hizo algun dia  
 Con estrago lucir? Los campos yermos  
     Mirad, en que debia  
 La espiga levantarse, y abundosa  
 Crecer en medio de la paz, y henchirse  
 Del grano que dá vida; y sonreirse  
 El labrador, cuando á su tierna esposa  
 Alegre el primer fruto presentára,  
 Y ella el sudor del rostro le enjugára.

Hora corre el sudor, pero mezclado  
 Con la sangre y el polvo de las lides,  
 Y todavia el bárbaro soldado  
     Pisa la mies naciente,  
 Quema feroz las enramadas vides,  
 Destruye y mata: ¿ y para que? ¿ No es dado  
 Vivir en brazos de la paz, siquiera  
     Cuando la ley severa  
     De la necesidad no nos obliga  
     A la crüel fatiga  
 De atropellar la humanidad y hollarla?  
 ¿ Viviremos sin paz, pudiendo hallarla?  
     *¡ Oh jefes de la tierra !*  
     *¿ La mísera plegária*  
*No escuchais de los pueblos que os imploran ?*  
*Poned, poned un término á la guerra.*

Su término será. ¡Patria querida!  
 ¡Inmortal Buenos Aires! De tu seno  
 Los primeros guerreros se lanzaron,  
     Que con paso sereno  
 El inmenso país atravesaron  
     Entre muerte y horrores,  
 Y donde quier al enemigo hallaron  
 Los miró el enemigo triunfadores.  
 De tu seno salieron; pero ahora  
     Ya tu misma preparas  
 Los bienes de la paz consoladora,  
     Y acudes á tus aras,  
 De todos tus rivales vencedora.  
 ¡Oh jefes de los pueblos! Los oídos  
 Abrid al cabo al grito penetrante  
 Del huérfano y la viuda desvalidos,  
 Y de la vírjen que perdió á su amante,  
 Cercano el día de llamarse esposa.  
 La guerra lo robó: la tez de rosa,  
 Pálida ya y sin brillo, se há empañado  
 Con el largo llorar. ¡Nefanda guerra!  
 El suelo está de crímenes preñado,  
 ¡Y á tanto crímen como el suelo encierra  
 Bárbaros todavía añadirémos  
     Los que vienen contigo,  
 Cuando en la furia del combate vemos  
 En lugar de un hermano á un enemigo?

¡Guerra! ¡Execrando nombre! ¡cuánto, cuanto  
 El suelo de la América ha sufrido  
 Por tan terrible azote; y há corrido  
     Cuanto de sangre y llanto

En trece años de horrores ! ¿ Y esto llama  
 Timbre y honor la historia ? ¿ Y á la Fama  
 Se atreve á encomendar la poesia  
 Ese número inmenso de atentados  
 Que los anales de la guerra llenan,  
 Por la lira y el canto consagrados ?  
 ¿ Para qué son los rayos ? ¿ Por qué truenan  
     Los cielos sin objeto,  
 Pudiendo aniquilar al insensible,  
 Que de la humanidad huella el respeto,  
 Y, por no dar al hombre lo que debe,  
 A fiar á la guerra aborrecible  
 El interes de su ambicion se atreve ?

¡ Paz, paz, Americanos ! Ya la España  
 Sabe que toda vez que la justicia  
 Nos há inspirado belicosa saña,  
 Sabemos combatir, y siempre fieles  
 A nuestro empeño y nuestro honor, cubrirnos  
 En medio de la muerte de laureles.  
 Pero baste de muertes y de horrores ;  
 Dad olivo á mi sien, dadme que cante  
 La quietud de la paz en adelante.  
 Dadme que pueda en metro delicado,  
 Y no en un verso duro, ensangrentado,  
     Llevar de polo á polo  
 El nombre de los jenios bienhechores  
 Que los primeros á la paz llamaron.  
 Si, yo los cantaré, y el mismo Apolo  
     Asistirá á mi canto.  
 ¡ De la paz la dulzura puede tanto !  
 Mirad los campos y los anchos rios

En vital movimiento,  
Y el comercio y la industria sus tesoros  
En la tierra verter, y en vez de lloros,  
Risas, placer, y universal contento.  
Haced la paz, y todas las Deidades,  
Amigas de la paz, en nuestro suelo  
Fijarán su morada :  
Y cuando el jenio de la guerra añada  
Maldades á maldades  
Allá en el mundo que se llama antiguo,  
Aquí en el nuevo, en hermandad dichosa,  
Que nunca turbará la furia insana,  
La madre Patria mirará gozosa  
Una sola familia americana.

---





## AÑO DE 1825

---

En un convite de amigos: con motivo del triunfo de  
Ayacucho

---

¡ Patria ! ¡ Dulce amistad ! ¡ Nombres sagrados,  
Que, llenando de gozo nuestro pecho,  
Con estro y entusiasmo pronunciados,  
Llenais el ancho techo  
Del soberbio salon ! Llenad ahora  
Mi corazon fogoso de alegria,  
De fuego movedor mi voz sonora,  
De imágenes y ardor mi fantasia.  
Este es, este es el dia  
Por Apolo y las Musas esperado.  
Suene la lira, y el poëta cante ;  
Y si un noble entusiasmo le arrebatara,  
A quien se sienta sobre el trono espante,  
A quien desprecie la amistad combata.

### CORO

Suene la lira, y el poëta cante ;  
Y, si un noble entusiasmo le arrebatara,  
A quien se sienta sobre el trono espante,  
A quien desprecie la amistad combata.

¡ Cantar ! Yo, amigos, con placer cantára,  
Y, llevados mis ecos por el viento,

Si mi sencilla voz tanto alcanzára,  
 Volaría del suelo al firmamento.  
 Mas ¿ cómo hé de cantar? Oíd la guerra;  
 Mirad los campos dó creció la espiga,  
 Ved como los holló planta enemiga,  
 Y al punto en sangre se empapó la tierra.

Ved los ancianos padres  
 Como el rostro del hijo en llanto mojan,  
 Y luego al campo de la lid le arrojan,  
 Y muere la esperanza de las madres.  
 Vuelve la vista la llorosa vírgen,  
 Y hasta los astros sube  
 De denso polvo tenebrosa nube,  
 Que no le deja ver su tierno amante.

El entretanto marcha  
 De todos los guerreros adelante;  
 Llega el combate, y combatiendo muere.  
 La fama su catástrofe refiere.  
 Y de la vírgen en la tez de rosa  
 Se vé marchita pálida azucena,  
 Cuando, de amor y de esperanzas llena,  
 Iba, al volver su amado, á ser esposa.  
 ¡ Guerra! ¡ Execrando nombre! De mi verso  
 No llenes mas las sílabas sangrientas,  
 Y, pues la paz del universo ahuyentas,  
 Como yo te aborrezca el universo.

CORO

¡ Guerra! ¡ Execrando nombre! De mi verso  
 No llenes mas las sílabas sangrientas,  
 Y, pues la paz del universo ahuyentas,  
 Que como el te aborrezca el universo.

Mas ya pasó el horror. Así el torrente  
 Los diques rompe, inunda, todo arrasa,  
 Y arrebatada en su rápida corriente  
 Cuanto estorba su furia; pero pasa.  
 ¡ Bolívar ! ¡ Jenio, cuyo nombre estaba  
     En páginas de fuego  
     Y con buril divino  
 Gravado allá en el libro del destino,  
 Desde que Dios los mundos arreglaba !  
 El alma de Washíngton te movía,  
 El ardor de Leonidas te animaba,  
 Y el jénio de Colon se conmovía  
     En el seno profundo  
     De su tumba callada,  
 Por ver sin libertad su amado mundo.  
     Pero lució tu espada,  
     Y desde el Istmo á Lima,  
 El rio, el valle, la nevada cima  
 La miraron triunfante; y, no cansada  
     De escarmentar tiranos,  
 A Sucre la entregaste por tus manos,  
 Para que consumára la venganza  
 El dia de la última matanza.  
 Ese dia lució: dad á mis sienes  
 La oliva de la paz: dadme que cante  
 Solo de la hermandad los dulces bienes,  
 Al sonar de mi lira en adelante.

## CORO

Ese dia lució: dad á sus sienes  
 La oliva de la paz: dadle que cante  
 Solo de la hermandad los dulces bienes,  
 Al sonar de su lira en adelante.

Al escuchar el grito levantado  
 En el campo terrible de Ayacucho,  
 Y el himno á la victoria consagrado,  
 Alíjera la Fama se desprende  
     De la enriscada altura,  
 De do miraba la batalla dura,  
 Y rauda como el viento el aire hiende ;  
 Y cruza con insólita presteza  
 Del Pacífico mar la quieta hondura,  
 De los nevados Andes la aspereza ;  
 Y, al clamor repetido de victoria,  
 La argentina ribera há resonado  
 Con los ecos sublimes de la gloria.  
 Ya el labrador no teme que el soldado  
 Queme la mies naciente ; en paz amiga  
 Crece en el campo la abundosa espiga ;  
 Tranquilo el tardo buey lleva el arado  
 Cae la simiente en la fecunda tierra,  
 Y ella la cubre, y abundancia encierra.  
 Sin miedo al cabo sus hijuelos besa  
 La madre cariñosa, y de su seno,  
     De vida y néctar lleno,  
 Los vé pendientes sin pavor. Un dia  
 Sostendrán su vejez, sin que en las lides  
 Perezcan en su verde primavera,  
 Y viuda y sola inconsolable muera.  
 La intacta vírjen y la fresca esposa  
     Al consorte, al amado,  
     En su pecho nevado  
 Reclinarán en paz ; y si rebosa  
 Y dentro hierve el amoroso fuego,  
 En un beso de amor diranle luego :

“ Ya no irás á la guerra ; combatamos  
 “ A ver quien ama mas, y así muramos.”  
 Cantemos, pues, la paz. Ceñidme un dia  
 De mirtos, y de pámpanos y trigos,  
 Y dadme vino de la tierra mia,  
 Con que pueda brindar á mis amigos.

## CORO

Cantemos, pues, la paz. Ceñidlo un dia  
 De mirtos, y de pámpanos y trigos,  
 Y dadle vino de la tierra suya,  
 Con que pueda brindar á sus amigos.

¿ Y allá en Europa, sobre el alto trono,  
 De crímenes y sangre circundados,  
 Aun hay tirano que con bronco tono  
 Del hombre el exterminio há decretado ?  
 De nuestra Patria en el altar juremos,  
 A vista de estos heroes, que miramos  
     Con respeto profundo, (\*)  
 Que nunca atravesar al nuevo mundo  
 El furor del antiguo dejarémos.  
     Un límite fijemos  
 En cuanto el ancho mar abarca inmenso,  
     Y este límite extenso,  
 Desde este dia para siempre al cabo,  
 Divida al hombre libre del esclavo,  
 De la amigable paz la guerra impia,  
 Al bárbaro opresor del oprimido,  
 Y de la libertad la tirania.

(\*) La sala del banquete estaba adornada con los retratos de Bolívar, de San Martín, y de otros ilustres Jenerales Americanos.

## CORO

Divida al hombre libre del esclavo,  
 De la amigable paz la guerra impia,  
 Al bárbaro opresor del oprimido,  
 Y de la libertad la tirania.

¡Ea, amigos, bebamos!; y que ahora  
 En el pecho y la copa brindadora  
 Los placeres diversos se confundan;  
 Y cual los rayos de Titan inundan  
     De fulgorosa lumbré  
     La atmósfera y los mares,  
     Los valles y la cumbre,  
 Así este día á nuestras almas traiga  
 Especies todas de placer unidas,  
 Y, cuando el vino á nuestro pecho caiga,  
 Destierre los cuidados homicidas.  
 Beba el amante por su dulce amada,  
 El tierno esposo por su esposa beba,  
 Mientras al labio de los padres lleva  
 La salud de los hijos este vino.  
 Celebrad nuestro plácido destino,  
 Bebed por Sucre y su valiente tropa,  
 Y amor y libertad, Patria y amigos,  
 Confúndase en el pecho y en la copa.

## CORO

Celebrad nuestro plácido destino,  
 Bebed por Sucre y su valiente tropa,  
 Y amor y libertad, Patria y amigos,  
 Confúndase en el pecho y en la copa.

---

## La Gaceta

---

PARÓDIA DE UNA LETRA AJENA

---

Para ver hechos diversos,  
E imponerse en un segundo  
De lo que pasa en el mundo  
Y hacen algunos perversos ;  
Y para imprimir sus versos  
El que la eche de poëta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para herir hoy, y elojiar  
Mañana á los funcionarios,  
Llamar revolucionarios  
A los de opuesto pensar,  
Protestando no insultar,  
Cuando á nadie se respeta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para que luzca mejor  
El que por sabio es tenido,  
Siendo un fátuo presumido  
Que no pasa de hablador,



Y **por** alborotador  
No hay cosa en que no se meta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para proclamar abusos,  
Finjiendo que se critican,  
Y á todos los que replican  
Llamar idiotas ilusos,  
Que no conocen los usos  
De la tierra del Profeta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para mentir sin vergüenza,  
Contradecirse de paso,  
Creyendo que en todo caso  
Todo lo sufre la prensa,  
Y que el vulgo que no piensa  
No conocerá la treta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para que hombres de otro mundo  
Vengan á llamarnos bobos,  
Y con piel de oveja lobos  
Nos traten de un modo inmundo,  
Con un desprecio profundo,  
Con avilantez completa,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para ostentar mucha ciencia  
Con ajenas producciones,  
Dándolas como lecciones

De nuestra propia experiencia,  
Contando con la paciencia  
Del que paga su peseta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para formar un Estado  
En ménos de media hora,  
Antes que luzca otra aurora  
Darle vuelta al otro lado,  
Y meternos de contado  
Al laberinto de Creta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para escribir cada dia,  
Sin exámen lo que venga  
A la cabeza, y convenga  
A la presente mania,  
Y seguir en la porfia  
De cambiar con la veleta,  
Es lo que hay una Gaceta.

Para que, por conclusion,  
Sepamos algo de todo,  
Quien es patriota, quien godo,  
Quien no tiene educacion,  
Porque en esto la nacion  
Encuentra ganancia neta,  
Es lo que hay una Gaceta.

---



## AÑO DE 1826

---

Al armamento de la República Argentina, contra el emperador del Brasil, Pedro I

---

“¿ Donde está la nacion, que en solo un dia  
Vengó tres siglos de oprobioso llanto,  
Y, al son de la cadena que rompía,  
Marchaba triunfadora,  
Precedida de estragos y de espanto?  
¿ Donde estan los laureles,  
Las palmas donde, que el Perú produjo?  
¿ Donde está el estandarte que condujo  
Al fértil Chile las legiones fieles,  
Que abrumó de trofeos y de gloria  
En Chacabuco y Maipo la Victoria?  
Se acabó tanto honor: que al fin es mia  
Gran parte de la tierra  
Que á esa rival nacion pertenecía;  
Y ella lo vé y lo sufre.” Así decia  
El déspotá altanero  
Que en el Brasil domina;  
Mas del insulto fiero  
Al eco ignominioso

Movióse la República Argentina,  
 Y sacudió el letárgico reposo.  
 El platëado rio en el momento  
 Hincha sus olas, y en su espalda inmensa  
 Las naves lleva que el honor guiaba,  
 Y el jenio de la guerra destinaba  
 A la justa venganza de la ofensa.  
 Y miéntas tanto en Sarandí mordian  
 Los esclavos del déspota la tierra,  
 Y raudales de sangre le advertian  
     Que aquel era el ensayo  
 De los horrores de tan dura guerra.

Ya está suspenso el rayo  
 Sobre el trono que insulta á un mundo entero;  
 Y el valor argentino há renacido  
 Al eco grande del clamor guerrero,  
 Al eco fuerte del honor herido.  
 Los hijos de la Patria le escucharon,  
     Y con terrible acento  
     El terrible escarmiento  
 Del insolente usurpador juraron.  
 Tomad, romped mi lira,  
 Que hasta aquí solamente acompañaba  
 El blando canto que el amor inspira,  
 Y tan languidamente resonaba.  
 Dadme, Lopez, la trompa con que un dia  
     Entonasteis el himno  
 Sonoro, grave, de Tirteo digno,  
 Que el guerrero en las lides repetia.  
 . . . Dádmela, y yo podría  
 Hacer entónces que mi fuerte aliento,

Lanzado en las orillas de occidente,  
 Atravesase raudo por el viento,  
 Y fuese á resonar en el oriente :  
 Yo exitaria allí mayor venganza,  
 El bélico furor irritaria,  
 Y en cada campo de feroz matanza  
 Su escarmiento al tirano mostraria.  
 ¿ Mas qué continuo movimiento ajita  
     Las opuestas riberas ?  
 ¿ Qué muchedumbre aquí se precipita  
     A las naves veleras,  
 Allá descende, vuelven afanadas,  
 Y de hombres parten otra vez cargadas ?  
     Si; que ni las caricias  
 Del tierno fruto de una union dichosa,  
     Ni sabrosas delicias,  
 Gozadas en los brazos de la esposa,  
     Detienen al guerrero,  
 Que, á su vista ciñéndose el acero  
 Recibe el beso del amor, mezclado  
 Con llanto que el dolor há derramado.  
 ¿ Por qué se lanzan á la opuesta orilla ?  
 ¿ Por qué abandonan los paternos lares,  
 Los fuegos del amor, la paz sencilla ?  
 ¿ Por qué ?—Porque peligran los altares  
 Que á la alma Libertad alzar supimos  
     En todo este hemisferio,  
 Si por mas largo tiempo consentimos  
 Que insulte á la República un imperio.  
  
 Y no la insultará: volad, valientes,  
 Y aprenda esta leccion ese tirano :

“ Los tronos en el suelo americano  
Son una mancha que borrarse debe;  
Y el que insolente á provocar se atreve  
El valor arjentino,  
Siempre se estrellará contra el Destino.”

---

Al aniversario del 25 de Mayo

---

Es lento el aprender de las naciones,  
Y largo su sufrir; mas raya un día  
En que al cabo la misma tiranía  
De los pueblos completa las lecciones,  
    Apura el sufrimiento,  
Y obra la indignación un escarmiento.

¿Cuándo fué, para ejemplo  
De los que al mundo su placer oprimen,  
Que de tres siglos el antiguo crimen  
Castigado quedó, y el santo templo  
Resonó con los himnos de victoria?  
¿No es hoy el día de tamaña gloria?  
¿Pues quien nubla su esplendor divino?  
¡Anublarle! Jamas. Con sangre nueva  
Hoy escribe su historia el argentino,  
Escarmentando al déspota que lleva  
    Al frente de sus haces  
Las imperiales águilas rapaces.

El padre de la luz se alza esplendente  
    En el día de Mayo,  
Y divisa en los campos del Oriente



Cruzar ardiendo de la guerra el rayo.  
 ¡Salud! ¡Salud, guerreros  
 Que en tan dichoso día  
 Aflais nuevamente los aceros  
 Que en Sarandí brillaron! Hoy os guía  
 El genio de la Patria á la victoria.  
 ¡Cuanta, cuanta memoria  
 Con este sol renace!  
 Y ¡cuanto vuestro honor se satisface  
 De que os haya la Patria encomendado  
 El conservar la gloria que le dieron  
 Los que en el primer Mayo han destrozado  
 Las cadenas que siglos la oprimieron!

Mas ¡ay! que el pensamiento  
 Atras se vuelve, y del oscuro olvido  
 Rasgarse el velo impenetrable siento.  
 ¡Son esos los anales  
 De la Patria infeliz en que hé nacido?  
 Esos son, esos son; acerbos males,  
 Opresion, fanatismo, tirania,  
 Ignorancia, miseria;  
 Eso te debe, Ibéria,  
 La que fué tuya América algun día.  
 Con sangre estan escritos  
 Los fastos de la historia americana,  
 Y todos nuestros fastos son delitos,  
 Mientras nos dominabas inhumana:  
 Delitos tuyos son. El Dios de todo  
 “Hasta aquí, dijo, consentir me plugo;  
 “Húndase la Ambicion en el abismo;

“ No jima un mundo bajo infame yugo,  
“ Y que llore á su vez el Despotismo.”

¡ Héroses de Mayo ! Autores de una gloria  
Que no será en el orbe transitoria,  
Miéntras Febo, abrazando en su carrera  
    Los ámbitos del cielo,  
Recuerde el dia en que la vez primera  
La voz de *Libertad al patrio suelo*  
Hicisteis resonar, vuestro renombre  
    Resonará igualmente,  
    Para ejemplo del hombre,  
Para que todo déspota escarmiente.

---



## Cancion marcial

---

### C O R O

¡ A la guerra, á la guerra, Argentinos !  
El acero empuñad vengador ;  
Que la Patria y la gloria nos llaman,  
Y es un vil quien no acude á su voz.

De la raza funesta de reyes  
Abortó Portugal un tirano,  
Que ambicioso pasó el Océano  
Y altanero estas playas holló.  
Al escándalo nuevo y horrible  
De mirar en América un trono,  
En los libres renace el encono  
Que esa estirpe fatal inspiró.

### C O R O

Sorprendido, impotente, doblaba  
El Brasil la cerviz orgullosa,  
Y el tirano con planta imperiosa  
De sus hijos el cuello pisó.  
Vanidoso del pérfido triunfo,

No bastó una nación á su enojo,  
 Y engreído, con bárbaro arrojo,  
 Nuestra Patria en su furia insultó.

## CORO

El valiente Argentino dormía  
 A la sombra de palma y laureles,  
 Que otra vez en batallas crüeles  
 De la garra arrancó de un León :  
     Pero, el grito feroz del agravio,  
 Despertó del letargo profundo,  
 Y una voz repitió por el mundo :  
 “ Ya está en paz la terrible nación. ”

## CORO

¡ Argentinos valientes, al arma !  
 Que la trompa sonó de la guerra ;  
 Y no impune profane la tierra  
 De los reyes un vástago vil.  
     El conduce á morir sus esclavos :  
 Morirán ; mas nosotros marchemos,  
 Y, pisando sus cuerpos, gritemos :  
 “ ¡ Libertad, libertad al Brasil ! ”

## CORO

Hoy de tanto guerrero argentino  
 Se conmueve la tumba gloriosa,  
 Y, arrojando la fríjida losa,  
 Se presentan con nítida faz.

Ellos gritan : “ tomad nuestra lanza,  
 O vivientes ; seguid nuestro ejemplo,  
 Y ofreced de la gloria en el templo  
 De la vida el momento fugaz. ”

## CORO

Reposad, reposad, raza de heroes ;  
 Nuestro ejemplo á la lid nos convida ;  
 De la Patria á quien disteis la vida  
 Vuestros hijos son hijos tambien :  
 Hoy por fin nos unió la venganza ;  
 A vencer al tirano volamos,  
 Y volver de la lucha os juramos  
 De laurel coronada la sien.

## CORO

¡ Argentinos, union ! y marchemos  
 A humillar al tirano insolente,  
 Que usurpó nuestros campos de Oriente,  
 Y pretende vejar la nacion.

Escarmiente ese déspota altivo  
 Que á insultar nuestra Patria se atreve,  
 Y que léjos de América lleve  
 A los reyes la horrible leccion.

## CORO

Argentinas hermosas preparan  
 El jasmín, la azucena y la rosa,

Con que adornen sus manos la fosa  
Del valiente que espire en la lid.

Pero no; que preparan coronas  
Con que ciña su frente el guerrero,  
Cuando envaine triunfante el acero  
Que tremendo se mira lucir.

CORO

---

## AÑO DE 1827

---

Al Jeneral Brown; en una reunion de amigos

---

En un pecho magnánimo la suerte  
Poder ninguno tiene :  
Superior á los hados y á la muerte,  
El corazon del héroe se sostiene  
Con su sola firmeza,  
Y se estrella el destino en su entereza.

Verdad será que, caprichosa y ciega  
La Fórtuna inconstante,  
Con el linaje humano fácil juega  
Al volver de su rueda; y que, constante  
Tan solo en las mudanzas,  
Se burla de las grandes esperanzas.

Del jenio no se burla: el heroismo  
Favores no mendiga ;  
El siente que, bastándose á sí mismo,  
La suerte al cabo á sus empresas liga,  
Y que logra fijarla,  
Porque tiene el poder de dominarla.



Si, tiene tal poder; y Brown lo tuvo,  
    Cuando, en un año entero,  
Contra el hado y la fuerza se mantuvo,  
Siendo espanto y terror del Brasileiro,  
    Y arrancando con gloria  
El laurel de la mano á la Victoria.

---

## C a n c i o n

---

### C O R O

¡ Al Brasil, Argentinos !  
Marchemos al Brasil ;  
Que allí crecen laureles  
Con que la sien ceñir.

Bajó del cielo el Númen  
Que la Nacion adora ;  
De guerra vengadora  
Los ecos escuchó ;  
Y vió del Arjentino  
La belicosa pompa,  
Cuando la ronca trompa  
Del crudo Marte oyó.

### C O R O

¡ Cuan bella hácia nosotros  
La Libertad descende,  
Y los pechos enciende,  
Si alguno no arde ya !  
La victoria la sigue,  
Y con sus alas cubre

El campo en que descubre  
Que el Argentino está.

## CORO

Un tirano insolente,  
De otros tiranos hijo,  
"Mia es la tierra", dijo,  
Y profanó el umbral:  
Pero en el sitio mismo  
Donde pasó la afrenta,  
De venganza crüenta  
Se dió la gran señal.

## CORO

Alzó el Dios de la guerra  
Su formidable lanza ;  
El campo de matanza  
Con ella señaló,  
Y en él la Muerte dura,  
Que oyó el feroz llamado,  
Su carro ensangrentado  
Crujiendo despeñó.

## CORO

Pero el valiente entónces  
A la consorte, al niño,  
Dá el beso del cariño,  
Dá el beso del amor ;

Y rompiendo al momento  
El delicioso abrazo,  
Arma el nervioso brazo  
De acero vengador.

## CORO

El argentado río,  
Que furibundo azota  
A la enemiga flota  
Que quiebra su cristal,  
Manso y tranquila lleva  
Los bajeles veleros,  
Donde van los guerreros  
A la orilla oriental.

## CORO

Llegaron, y el esclavo  
Del tirano inclemente  
La avergonzada frente  
No pudo mas alzar ;  
Y á la distancia larga,  
Y tras del muro fuerte,  
La inevitable muerte  
Temblando ve llegar.

## CORO

Sobre él van los guerreros  
Que á Chile libertaron ;

Sobre él los que marcharon  
Con paso vencedor,  
Llevando sus banderas  
Del Tucuman á Lima,  
Del Plata al Apurima,  
De Oriente al Ecuador.

## CORO

Si los Andes no fueron  
Barreras á su saña,  
Y humilde la montaña  
Sus cimas abatió;  
En el Brasil abrigo  
Contra el furor guerrero  
Su déspota altanero  
Envano hallar pensó.

## CORO

Al formidable golpe  
Del arjentino bravo,  
Del déspota el esclavo  
La tierra morderá:  
Y escribiráse entónces  
Con la sangre enemiga  
El decreto que diga:  
“ No hay un imperio ya.”

## CORO

Cuando el tirano vea  
Brillar nuestros alfanjes,

Segundo sus falanjes  
En medio del Brasil,  
De libertad las voces  
Oirá también alzarse,  
Y el trono sepultarse  
Bajo su planta vil.

## CORO

Volad, volad, valientes,  
Despedazad los lazos,  
Con que ese rey los brazos  
De una nación ató;  
Y aprenda que, si alguno  
Tolera indiferente  
Que insulte al continente,  
El Argentino nó.

## CORO

---



En el regreso de la expedición contra los indios bárbaros,  
mandada por el Coronel D. Federico Rauch

---

Jóven terrible, rayo de la guerra,  
Espanto del desierto,  
Cuando vuelves triunfante á nuestra tierra,  
Del negro polvo de la lid cubierto,  
Te saluda la Patria agradecida ;  
Y la campaña rica,  
Que debe á tu valor su nueva vida,  
Tus claros hechos, y tu honor publica.

¡ Gloria al valiente Rauch ! Suelo extranjero  
Su cuna vió mecer: del Rhin helado  
Fueron las aguas que bebió primero ;  
Y amó la Libertad, y abandonado  
Con noble intrepidez á su destino,  
Vino por medio de la mar furiosa  
A defender las aras de la Diosa  
En la orilla feliz del Arjentino.  
Desde entónces la espada fulminante,  
En sosten de la Patria que elejia,  
Cual hijo de la Patria el mas amante,  
El intrépido huésped se ceñia ;  
Y mientras tanto el bárbaro indomable,



El indio rudo, habitador del yermo,  
 Con estrago espantable  
 Por toda la comarca discurria,  
 Y su rencor antiguo, inaplacable,  
 De horfandad y miseria la cubria.

Como suele caer de la montaña,  
 Precipitado al llano de repente,  
 Con estrépito horrísono el torrente,  
 Y retiembla á lo léjos la campaña,  
 Y arrebatan las ondas victoriosas  
 El pastor, el ganado, la cabaña,  
 Las mieses y las vides pampanosas ;  
 O como suele con bramido horrendo  
 El huracan pasar, y, por do pasa,  
 Rauda y vertijinoso todo arrasa,  
 Y todo se desploma con estruendo ;  
 El salvaje feroz no de otro modo  
 En clamorosas bombas se lanzaba  
 Del fondo del desierto,  
 Y nuestros ricos campos inundaba.  
 A la piedad y á la ternura muerto  
 Su corazon ferino, y abrasado  
 De la sed de rapiña y de matanza,  
 El brutal indio, rudamente armado  
 Del fuego, de la flecha, y de la lanza,  
 Volaba en el alípedo caballo,  
 Derramando á torrentes su venganza.

A la plácida luz de la alba luna,  
 Que nunca horrores alumbrar debiera,  
 Acometia sin barrera alguna

De los salvajes la caterva fiera ;  
Y el súbito alarido,  
Y la hórrida algazara, interrumpian  
El sueño fementido,  
En que, fiados en la paz yacian  
Del campo los tranquilos moradores.  
Ese era el sueño precursor de muerte.  
¡ Era el último sueño ! Los amores  
Tal vez de la consorte y las caricias  
Al lecho humilde de la humilde choza  
Le hicieron descender entre delicias.  
¿ Y el miserable esposo  
Volverá de tan plácido reposo,  
Al grito de la turba despiadada,  
Para caer en brazos de su amada,  
Exánime, sangriento, moribundo,  
Verla insultar por un salvaje inmundo  
Con brutal osadía,  
Y espirar en tan bárbara agonía ?

Si ; que ya el fuego abrasador devora  
Los apacibles lares ;  
Y el temblon viejo, que abrigado mora  
Allá en los mas recónditos hogares,  
El descarnado pecho atravesado  
De saeta homicida,  
Lanzó el cansado aliento por la herida ;  
Y entretanto, del lecho immaculado  
Arrebata con brazo ensangrentado  
A la intacta doncella  
Otro bárbaro atroz, y la destina

Para esclava de torpe concubina,  
Sin apiadarse al llanto de la bella.

¿ Y tan negros horrores  
Impunemente cometer dejamos,  
Sin levantar la diestra al escarmiento?  
La riqueza adquirida con sudores,  
La poblacion del campo, y su ornamento,  
Se roba, se destruye, ¿ y no vengamos  
El repetido ultraje  
Con el castigo del feroz salvaje?  
¿ Qué mengua! ¿ Qué vergüenza? Rauch no pudo  
Mas tiempo tolerar; y concitando  
Contra la ruda chusma insolentada  
La valerosa hueste de su mando,  
La condujo al desierto denodada.

Ajil muy mas que el indio, y atrevido  
Como feróz aquel, pisa el soldado  
El terreno hasta entónces oprimido  
Solo de planta bárbara, y surcado  
Por la reja jamas. La turba impia  
Entraba ya á la tosca tolderia, (\*)  
Y de pingüe ganado rica presa  
Entre sí dividia,  
Ajena de temor; mas la sorpresa  
Fué mayor que el placer; pues de repente,  
Como en dia sereno  
Alguna vez se siente

(\*) Este es el nombre que se dá entre nosotros á las informes chozas de cuero en que habitan los salvajes.

Allá á lo léjos retumbar el trueno,  
Sintieron á sus pies temblar la tierra,  
Al repetido golpe de la planta  
Del cuadrúpedo amigo de la guerra,  
Que fogoso contra ellos se adelanta ;  
Y el jinete, vibrando el corvo acero,  
Y Rauch, de la lejion á la cabeza,  
Arremeten con ímpetu mas fiero,  
Con mas estrago, con mayor braveza,  
    Que el incendio violento,  
Cuando vuela en la selva con el viento.

Reliquias de la inmensa muchedumbre  
    Salvan del grande estrago,  
Y, atravesando de la sangre el lago,  
Escalan fujitivas la alta cumbre  
    De la helada montaña,  
Que domina soberbia la campaña.  
    De su primer espanto  
    En la fragosa altura  
    Recobrados un tanto,  
Creyeron su existencia ya segura,  
Y defenderse intentan nuevamente  
Con tosca ardid de inusitada guerra,  
Cual el que allá, en la infancia de la tierra,  
    El primer combatiente  
Osaria tal vez; pero el valiente,  
Conducido por Rauch á la victoria,  
    Arredrarse no sabe,  
Ni abandonar las sendas de la gloria.  
Con firme pié, por la pendiente grave  
    De la cuesta fragosa,

### La leñon animosa

Con el rayo en la mano se aproxima:  
Y mientras tanto, desde la alta cima,  
Con estruendo espantoso despeñadas,  
Ruedan moles injentes por la sierra,  
Al empuje del bárbaro arrojadas.  
Toda retumba en derredor la tierra,  
Al repetido golpe de la roca  
Que con las otras estridente choca;

Pero el fuerte soldado  
Entre la dura lluvia se abalanza,  
Y, venciendo el peligro denodado,  
El plomo al cabo del mosquete lanza;  
Y luego, luego, en la enemiga altura  
Pone el pie vencedor, y largos corren  
Los arroyos de sangre á la llanura.

¡ Pudo llevarse en fin el escarmiento  
A los campos lejanos,  
Que habitan los salvajes inhumanos!  
¡ A tanto alcanza el bélico ardimiento!  
Pudo llevarse por la vez primera;  
Y de playa extranjera  
Vino á las nuestras un guerrero experto,  
A exterminar la raza carnífera  
De los tigres feroces del desierto.

---

Campaña del ejército republicano al Brasil, y triunfo  
de Ituzaingó

---

CANTO LÍRICO (\*)

---

Las barreras del Tiempo  
Rompió al cabo profética la mente,  
Y atónita se lanza en lo futuro,  
Y la posteridad mira presente.  
¡ Oh porvenir, impenetrable, oscuro !  
Rasgóse al fin el tenebroso velo  
Que ocultó tus misterios á mi anhelo :  
Partióse al fin el diamantino muro,  
Con que de mi existencia dividias  
Tus hombres, tus sucesos y tus dias.

(\*) DEDICATORIA—Al señor Jeneral del ejército republicano, Brigadier D. Carlos Alvear.

Exmo. señor: Tengo el honor de presentar á V. E. el adjunto *Canto lírico*. El no tiene otro mérito que el que le dan su asunto y el nombre de V. E.

Si vinieran Luca, Lafinur, Rodriguez y Rojas, jenios que tanto honor hicieron al Parnaso Argentino, ó si pulsara Lopez su lira armoniosa y sonora, las glorias de la Patria y de V. E. serian cantadas de un modo digno de ellas.

Pero espero que se sirva V. E. acoger mi *Canto lírico*, como un tributo humilde de mi respeto á su persona, y á su mérito.

B. L. M. de V. E.

Señor—

J. C. V.

Buenos Aires, Marzo 22 de 1827.

Mil siglos ya volaron  
 Ante los ojos míos : mil naciones  
 Con ellos perecieron,  
 Y otras jeneraciones  
 Y otros imperios á su vez nacieron ;  
 Empero á la República Argentina  
 Salvarse miro de la gran ruína.  
 Presente allá en las pósteras edades,  
 Veo que no há quedado ni memoria  
 De Griegos y Romanos : otra historia  
 De admiracion embarga al universo :  
 Otros hechos sublimes, otros nombres  
     Miro allí consignados  
 En las líneas fatídicas del verso,  
 Y en páginas eternas ; y los hombres  
 Los pronuncian de asombro penetrados,  
     Con respeto profundo,  
 Por los inmensos ámbitos del mundo.

No suenan las Termópilas ; los llanos  
     De Maraton no suenan ;  
     Platéa y Salamina  
 Cual si no fueran son, y ya no llenan  
 Leonidas y Temístocles el orbe ;  
 Que otra gloria perínclita domina,  
 Y la atencion del universo absorbe.  
 Esos nombres ilustres se eclipsaron,  
 Los de Alvëar y Brown los remplazaron ;  
 Y en todos los anales de la guerra  
 Ituzaingó y el Uruguay escritos,  
 Enseñan á los reyes de la tierra  
 Que los libres no sufren sus delitos.

Descended hácia mí, Númen del canto,  
Mientras el jenio de la Historia corta  
La pluma de oro, que á la tierra deje,  
Cual yo la miro en el momento, absorta.  
Miéntras jaspes, y mármoles, y bronces  
    El buril no penetra,  
    Y á los siglos de entónces  
Gravada pasa indestructible letra ;  
O miéntras en estátuas colosales  
El mundo no conoce todavia  
Esos republicanos inmortales,  
Blason eterno de la Patria mia,  
Descended hácia mí, Númen del canto ;  
Y si un mortal feliz pudiese tanto,  
Mi verso irá por cuanto Febo dora,  
    Del Austro á los Triones,  
Y, leído en las playas de Occidente,  
Llevado por la Fama voladora,  
Admirará despues á las naciones  
Que reciben la lumbre refulgente  
Del rosado palacio de la Aurora.

Sepultado en el báratro profundo,  
Y respirando rencorosa saña,  
Porque ya no asolaba al Nuevo mundo,  
Como cuando triunfamos de la España,  
El monstruo de la guerra concitára  
    A la Ambicion sedienta,  
    Y la Ambicion sangrienta,  
Que del monstruo los ecos escuchára,  
Usurpadora al llamamiento acude.  
La Venganza sus crímenes prepara,



La Discordia sus víboras sacude,  
 Y atruenan sus ruidos el Averno.  
 Estos jeníos del mal luego quebrantan  
 Las eternas puertas del infierno,  
 Con hórrido alarido al mundo espantan,  
     Y al Brasil se lanzaron,  
 Y el estruendoso carro despeñaron.

Entónces ese déspota insolente,  
     Que en el Brasil domina,  
 Tiende á los bellos campos del Oriente  
 Una mano alevosa y asesina ;  
 Y con enojo horrible y bronco tono,  
 “ No puede ser (clainó) que el Argentino  
 Asi se burle de la voz del trono,  
 Y tenga mas poder que el del destino.  
 El mio es dominar un hemisferio,  
     Que tuvo la osadia  
 De aspirar á ser libre en algun dia ;  
 Ni basta á mi ambicion mi solo imperio.”

Así dijo el tirano : pero escrito  
 Estaba ya en el alto firmamento  
 Con caracteres ígneos su delito,  
 Con caracteres ígneos su escarmiento.  
 Escrito estaba, y de la voz divina,  
 El fallo irrevocable, el cumplimiento  
 Confíóse á la Republica Argentina.  
 Ella llamó á sus hijos, y sus hijos  
 El flamijero acero descolgaron,  
 Esos mismos aceros que algun dia  
 Las falanjes ibéricas segaron, .

Cuando otro rey imbécil nos quería  
Arrebatat la independencia cara,  
Y que el baldon de América durára.

Ya tremolante veo  
Aquel mismo estandarte,  
Que en otro tiempo vió Montevideo,  
Cuando sañudo Marte  
El muro amenazaba y los pendones  
Ornados de castillos y leones.  
Ya las voces escucho  
De los mismos guerreros,  
Que fueron el terror de los Iberos  
En Tucuman, en Maipo, en Ayacucho;  
Guerreros Arjentinos, que llevaron  
Triunfantes sus banderas,  
Desde la márjen del undoso Plata  
Hasta el opimo Chile. Las barreras  
Eternas de los Andes se allanaron  
Al marchar de los fuertes campëones;  
Parten de allí, cual rayo, á otras rejiones,  
Y con igual decoro  
En el Perú la espada desnudaron,  
Y de sangre enemiga la lavaron  
En las corrientes del Rimac sonoro.  
El Ecuador los vió, Quito amagada  
Miró Arjentinos, y quedó asombrada;  
Y hélos de nuevo aquí, y arder de nuevo  
En bélico furor toda la tierra.  
Justo rencor á la nacion conmueve,  
Justa venganza cada pecho encierra,  
¿ Y quien es el valiente que se atreve

A conducir los bravos á la guerra?  
 ¿ Quien es el Jeneral que en sí confia?  
 ¿ Cual es mas fuerte, si el acero blande?  
 ¿ A quien la Patria sus venganzas fia?  
 ¿ Cual es el heroe que á los heroes mande?  
 Alvëar se mostró : toda la hueste  
 Con víctores festivos le aclamaba :  
*¡ Este es el vencedor, el jenio es este !*  
 Y sus triunfos la hueste presajaba.

La espalda en tanto del inmenso rio  
 Las naos brasileras  
 Oprimen formidables y altaneras.  
 En marcial fuego y belicoso brio  
 Arda la capital, los campos ardan :  
 ¿ Mas como irán á la oriental ribera  
 Los fuertes adalides, que ya tardan,  
 Y de cuyo ardimiento solo espera  
 La libertad el oprimido Oriente?  
 ¡ Tardar ! No lo consiente  
 El marino impertérito, terrible,  
 Que sintiéndose intrépido, invencible,  
 Se decide á forzar á la Victoria  
 A que empiece á tejerle la corona,  
 Con que muy pronto en Uruguay las sienes  
 Se adorne del laurel de que blasona.

Alzóse Brown en la barquilla débil  
 Pero no débil desde que él se alzára ;  
 Y la espumante prora,  
 Que divide las ondas cristalinas,  
 Convierte al enemigo vencedora.

Le arroja de las aguas argentinas,  
 Y, en un combate y mil, al mundo enseña  
 Que el poder es ser bravo, y que Fortuna  
 Del sublime valor, que la desdeña,  
 No tiene en las hazañas parte alguna.  
 Mientras que, vencedor por su destino,  
 Brown combatia la tremenda flota,  
 Quedaba libre el líquido camino,  
     Y á la playa remota  
     Volaban las lejiones  
 Que al causador de tan inícua guerra  
 A mostrar iban ya nuestros pendones  
 Triunfantes en las aguas y en la tierra.

“ ¡ Salud, hijos de Oriente valerosos,  
 Ya en Sarandí cubiertos de alta gloria !  
     No basta una victoria  
 Para humillar tiranos orgullosos :  
     Ya la Patria os saluda ;  
 Sus hijos sois ; y uniendo el Occidente  
 Su esfuerzo á los esfuerzos del Oriente,  
 Vuestros hermanos manda en vuestra ayuda. ”  
 Así dijo Alvëar, y en la ribera  
 Mandó plantar la bicolor bandera  
     De su nacion preclara,  
 Insignia á la Victoria siempre cara.

Otra vez os imploro,  
 O Númenes del canto ;  
 Pulsad mi lira con el plectro de oro,  
 O borro el verso que no alcanza á tanto.

Oiga yo resonar. . . . Mas ¿qué interrumpe  
 El eco celestial de la armonía?  
 ¿Quién en voces horrísonas prorrumpe,  
 Y destruye su grata melodía?  
     ¡Ay! que sonó la trompa,  
 La ronca trompa del feroz Mavorte,  
     Y en belicosa pompa  
 Se desprendió del campo la cohorte.  
 ¡Oh madres argentinas! en el pecho  
 Estrechad, estrechad al tierno infante,  
 Que ya no tiene padre en adelante.  
 ¡Esposas! empapad el yerto lecho  
 En llanto de dolor, que ya partieron,  
 Y la Orfandad y la Viudez amarga  
 La marcha del soldado precedieron,  
 Derramando tras sí miseria larga.  
 Pero no: presentad á vuestros hijos  
 El valor de sus padres por modelo,  
 Y dejad á las madres brasileras  
 Llanto sin fin, inacabable duelo;  
 Que sus hijos estan en las hileras,  
 Al filo vengador de las espadas,  
 Y al altar de la Muerte destinadas.

¡Tirano del Brasil! ya nuestros bravos  
 Traspasaron el límite anchuroso,  
 Que divide la tierra de los libres  
 De la tierra infeliz de los esclavos.  
 Ahora es tiempo de que el rayo vibres  
 Con que nos amagabas jactancioso,  
 Cuando inmensas distancias separaban  
 Ejércitos y ejércitos, ni Marte

En tus campos plantaba su estandarte,  
 Ni nuestro Sol tus águilas miraban.  
 ¡ Tirano del Brasil ! ¿ Adonde, adonde  
 Los ministros estan de tu venganza ?  
 O cual es el lugar en que se esconde,  
 Huyendo de la bárbara matanza,  
 Ese grupo venal, en cuya frente  
 Miró la marca del esclavo impresa,  
 Afrentando el valor del combatiente ?  
 ¡ Déspota ! Tú, que conservar pretendes  
 La posesion de una provincia ajena,  
 ¿ Tu mismo patrimonio no defiendes ?  
 ¿ Y cual es el poder de que blasonas,  
 Si apenas nuestro intrépido soldado  
 El umbral del imperio há traspasado,  
 El suelo del imperio le abandonas ?

¡ Oh Dios ! ¡ Y un pueblo entero  
 Su honor, su suerte, su vivir te fia !  
 ¿ Quién lo defiende del furor guerrero ?  
 ¿ Son las breñas de la alta serrania  
 La palestra en que esperan tus soldados  
 De glorioso laurel ser coronados ?  
 Esas armas, que brillan en la cumbre  
     Del escarpado monte,  
 Como la luna con aciaga lumbre,  
 Cuando pálida sube al horizonte ;  
     Esos brazos inertes,  
     Con oro vil comprados,  
 Y solo á la cadena acostumbrados,  
     ¿ Son los que has elejido  
 Para vencer los adalides fuertes,  
 Que larga y cruda guerra há endurecido ?

Si ; que yo veo la caverna oscura  
Preñada de armas y hombres, sin lanzarlos,  
Si no van nuestros bravos á buscarlos  
Al mismo pié de la dolosa altura.

Así el astuto Griego,  
Para envolver en una noche infanda  
La ciudad de Neptuno en sangre y fuego,  
Solo esperó en la necia confianza  
Con que hasta el pié del pérfido caballo  
El troyano imprudente correría,  
Y, sin prever la bárbara asechanza,  
A su sombra tranquilo dormiría.  
Pero así no será ; porque el guerrero  
En quien hoy la República confía,

Si es que aprendió de Marte  
Frio valor en el combate fiero,  
No ostenta ménos el saber y el arte  
Con que prevé, dirige, determina,  
Y el arma del soldado, su ardimiento,  
El tiempo, la distancia, el movimiento,  
Y las dos fuerzas y el lugar combina.  
Desde hoy, Alvëar, tu nombre aumenta  
La lista de los grandes Jenerales,  
Que ya la historia de la guerra cuenta,  
Y á quienes glorifica en sus anales.  
¡ Tal premio há merecido tu pericia  
En el arte fatal de la milicia !

Fatal y necesario—Derramado

Por la extension desierta,  
Donde horroriza la natura muerta,  
Nada es que el Sol abrasador hostigue  
Al escuadron valiente,

Y no haya fresca linfa que mitigue  
 La sed rabiosa, inaplacable, ardiente:  
     Su gloria es la fatiga,  
 Y la bóveda espléndida del cielo,  
 O de la húmeda noche el negro velo,  
 El solo techo que al guerrero abriga:  
     Marchar es su descanso,  
 Y áridos arenales sus caminos;  
 Pero tienen valor, son Arjentinós.

Abreme tus volúmenes, Historia,  
     Y muéstrame aquel hombre,  
 Que fatigó á la tierra con su gloria,  
 Y fatiga tu pluma con su nombre.  
 Del Ejipto en los vastos arenales  
 Le halla mi acalorada fantasia,  
 Seguido de franceses inmortales;  
 Y se goza feliz la Musa mia  
     En ver que el mismo verso  
 Que esa campaña describir podria,  
 La de Alvëar tambien describiria;  
 Y atónito observára el universo  
 Que del gran capitan el gran modelo  
 No envano se há gravado en la memoria,  
     Y que tenemos gloria  
 Parecida á la suya en nuestro suelo.

Mas ya salen del yermo inhospitable  
     Las huestes arjentinás,  
 Y mostraron su frente deleitable  
 De Bayés las bellísimas colinas.  
 ¡Brasileros! Mirad los que pregonan



Su renombre y sus triunfos hazañosos ;  
 Mirad esos soldados que blasonan  
 De que armaron sus brazos poderosos  
 Por defenderos hoy, como abandonan  
 Al furor militar del extranjero  
 Vuestro honor, vuestra vida. ¿ Y qué sería  
 De vosotros, ó pueblos, este día,  
     Si el arjentino acero  
 Fuese instrumento vil en viles manos  
 De la ambicion fatal de los tiranos ?

¿ Que haceis, que haceis, soldados,  
 Que ya no descendéis de la alta cumbre,  
 Y, por estas llanuras derramados,  
 Ostentais vuestra inmensa muchedumbre ?  
 ¿ Todo el tesoro que Bayés encierra  
 Abandonais así ? ¿ No sois testigos  
 De que recojen ya los enemigos  
 Las ansiadas primicias de la guerra ?  
 ¿ Y estan entre vosotros los valientes  
 Que allá en el Volga y en el Rhin bebieron,  
 Y, á la ambicion y al despotismo fieles,  
 A playas remotísimas vinieron,  
 En demanda de gloria y de laureles ?  
 ¡ Que ! ¿ No hay audacia en el feroz Jermáno,  
 Y audacia no hay en el Sicambro fiero,  
     Para bajar al llano  
     Con ímpetu guerrero,  
 Y que triunfe el valor y no la suerte  
 En los campos horribles de la Muerte ?  
 ¡ Vano esperar ! Ni en la enriscada altura  
 Defendidos se creen : asi, acosada

Del veloz cazador, tímida cierva,  
Mas y mas se enmaraña en la espesura  
Y aun su pavor conserva  
Ya del venablo y del lebel segura.  
Mirad, mirad la marcha triunfadora,  
Con que avanza la hueste vencedora,  
Conquistando los pueblos del imperio.  
Pero ¡ que conquistar ! despedazando  
Los grillos de oprobioso cautiverio,  
Y por todo su tránsito sembrando  
La semilla del árbol, que algun dia  
Cubra todo el Brasil, como há cubierto,  
Del frio Septentrion al Mediodia,  
El suelo que Colon há descubierto.  
Pero Alvëar, siguiendo á la Victoria,  
Quiere que el lauro de la lid le brinde,  
Y envano, envano, San Gabriel se rinde,  
Que un pueblo sin defensa es poca gloria.

Como cuando retiembla el pavimento,  
Del fuego subterráneo conmovido,  
Y el rio, en encontrado movimiento,  
O retorna al lugar donde há nacido,  
O, en curso desusado,  
Baña los campos que no habia bañado ;  
Así retiembla la campaña en torno,  
Bajo el pié del alípedo caballo,  
Y así en varias y opuestas direcciones  
Corren los formidables escuadrones,  
Y ya la falda de la sierra tocan,  
Que inexpugnable al enemigo abriga,  
Y ya vuelven al llano y le provocan,

Sin perdonar trabajo ni fatiga.  
 ¡Campos de Ituzaingó! Los que valientes  
     Os cubrirán de gloria,  
 Y harán que se conserve entre las jentes  
 Con respeto y honor vuestra memoria,  
     Hoy se ven precisados  
 A simular pavor y retirarse,  
 Por probar si se atreven á lanzarse  
 De la sierra esos tímidos soldados:  
 Mas del castigo tiemblen espantoso,  
 Con que habrán de pagar en algun día  
     La torpe villanía  
 De obligar al ardid á un valeroso.  
 Así dijo Alvëar, y á las lejiones  
 Que ansiaban el momento de venganza,  
 Ordenó que siguieran sus pendones  
 Hasta el campo de próxima matanza.

El enemigo entónces, que cobarde  
 Ocultó en las montañas su pavura,  
 De tardio valor haciendo alarde,  
 Inunda con sus haces la llanura.  
 ¡Infelices! Marchad; la Muerte espera;  
 Para saciar su saña nunca es tarde,  
 Y ella os vá á sorprender en la carrera.

El Sol sepulta en tanto  
 Su carro esplendoroso en occidente,  
 Y abandona el Olimpo refulgente  
 A la callada noche: el negro manto  
 Cubre la frente de la luna clara,  
 Y el trémulo brillar de los luceros,

El horror que en el campo se prepara,  
 Y el bélico furor de los guerreros.  
 En la densa tiniebla de la noche  
 Mil sombras pavorosas divagaban,  
 Cuyo lamento y míseros jemidos  
 Las huestes enemigas aquejaban,  
 Y, por lúgubres ecos repetidos,  
 Sangre, horrores y muerte presajiaban.

    Pero al campo arjentino

    No así el pavor cubria

En tan terrible noche: de contino  
 Alvëar su recinto recorria,  
 Y ora dispone qué escuadron tremendo  
 Siga á Lavalle en su feroz avance,  
 Ora elije el lugar de donde lance  
 El tronador cañon su globo ardiendo.  
 Este es el sitio que el infante guarde,  
 Aquella el ala que primero parta,  
 Aquí la muerte una falanje aguarde,  
 Allá la muerte otra lejion reparta.  
 Diestro, sereno, activo, todo ordena

    Para el trance cercano,

Y la enemiga fuerza de antemano  
 Desbarata en su mente y desordena.

La pavorosa expectacion del dia  
 Hizo cesar el Sol; y el brasilero,  
 Que en fuga vergonzosa nos creia,  
 Atónito, azorado,  
 Mira á su frente al enemigo fiero,  
 A espantable venganza preparado.  
 ¡ Oh dia de prodijios y de horrores !

¡ Día de luto, asolacion y llanto !  
 No, no te puede celebrar mi canto ;  
 Perdonadme, terribles vencedores,  
 Que este asunto no es mio :  
 Toma tu trompa, ensalzadora Clio.

Antes que los mortales  
 La industria de matar adelantáran,  
 Y el rayo á las esferas celestiales  
 Atrevidos robáran,  
 Y en los hórridos bronces le encerráran,  
 Con no ménos furor, con ménos arte,  
 A los campos de Marte  
 Los feroces guerreros descendian  
 En silencio espantoso, y mas de cerca  
 Mas segura la muerte repartian.  
 Así en Ituzaingó silencio horrible  
 Reinaba en toda la extension del campo,  
 Y con paso terrible,  
 Y con serena frente,  
 Se acercaba uno al otro el combatiente.  
 La presencia del riesgo, la certeza  
 De morir en la lid, si no vencian,  
 Infundieron valor, dieron fiereza  
 A los mismos soldados,  
 Que en las breñas poco ántes abrigados,  
 Parecian un grupo de indolentes,  
 Timidos, pusilánimes, indignos,  
 De matar y morir entre valientes.  
 Ya se acercan las masas condensadas  
 De los fieros Teutones,

De agudas bayonetas erizadas,  
 Cercadas del cañon : sus batallones  
 Muros parecen que moviera el arte;  
 Inexpugnable muro ; no hay guerrero  
 Tan formidable que contra él se estrelle,  
 Ni rayos suficientes á abrasarle,  
 Ni fogoso bridon que le atropelle,  
 Ni pujanza bastante á derribarle.

Solo el patrio soldado,  
 Que vencer ó morir habia jurado,  
 La tremenda falanje  
 Pudiera ver llegar, y no temblára ;  
 Y la vió y no tembló, y el corvo alfanje  
 Desnudó con que pronto la segára.

Pero el bronce tronó ; la Muerte fiera  
 Subió en su carro á la señal de Marte,  
 Y se lanzó en el campo carnicera.  
 El belicoso bruto al punto parte,  
 Que ya el audaz jinete  
 Alzó el acero y le soltó la brida,  
 Y, al ímpetu feroz con que arremete,  
 Retiembla la campaña combatida.  
 De temor que el estrago á la distancia  
 No tan sangriento sea,  
 Y de que silbe el plomo en la pelea,  
 Sin herir, sin matar, los escuadrones  
 Acometen, se encuentran, se rechazan,  
 Y se estrellan lejiones con lejiones,  
 Y con mútuo furor se despedazan.  
 Queda encerrado en el fusil entónces  
 El plomo matador, callan los bronces ;

Y el puñal fiero y el recorvo sable,  
 La bayoneta y la tremenda lanza,  
 Sirven mas al furor de la venganza,  
 Y en silencio horroroso y espantable  
 Se ejecuta la bárbara matanza,  
     Sin eleccion de muerte  
 Ciega revuelve su fatal guadaña,  
 Y ciegamente hiere; rinde al fuerte,  
 Ceba en el débil su sangrienta saña,  
 Y ningun bando es suyo. En la campaña  
 La sangre amiga y la enemiga sangre,  
     Con furia igual vertidas,  
 En un mismo raudal corren unidas;  
 Brazo á brazo pelea el combatiente,  
 No hay punta aguda ni tajante acero  
 Que no penetre el pecho de un valiente,  
 Que no corte la vida de un guerrero.

Mas no ciego furor, razon serena  
 De Alvëar los esfuerzos dirijia,  
 Y del duro soldado la osadia  
 Ora estimula mas, ora refrena:  
 Su ánimo imperturbable no se inmuta,  
 Y en el confuso caos mantenía  
 La inalterable calma del que ordena,  
 La ardiente intrepidez del que ejecuta.  
 De en medio de la lid llamando á Brandzen,  
 “Allí (dijo) el combate es mas sangriento,  
 Y nuestra Patria, amiga, este momento  
 Entre el honor y la ignominia lucha.”  
 No dijo mas: el heroe que lo escucha,  
 Fiero, orgulloso de que así lo mande,

Y allí le envíe donde el riesgo es grande,  
A la arena con ímpetu desciende :  
El rayo está en su mano, y en sus ojos  
La llama brilla que el honor enciende.  
La presencia de Brandzen los enojos  
Redobló del soldado : tal un día  
Allá á los campos de la antigua Troya  
    Héctor descendería,  
Con un valor igual, con igual suerte,  
En demanda de Aquíles y la muerte.  
Y el momento llegó : la Parca avara,  
De matanza vulgar no satisfecha,  
Una víctima grande señalára,  
Y Brandzen espiró . . . . ¡ Golpe terrible ! . . . .  
¡ Oh Brasileras huestes ! Mas valiera  
    Que tal honor el hado  
En este día atroz no os concediera.  
La sangre que el campeón há derramado  
Mil vidas vale, y el estrago horrendo  
Ahóra empezará. “ ¡ Venganza ! ” grita  
El intrépido Paz : “ ¡ venganza ! ” clama,  
Ardiendo en ira, el escuadrón tremendo,  
Y “ ¡ venganza ! ” Alvëar también responde.  
Toma el lugar de su difunto amigo,  
Hondo en el pecho el sentimiento esconde,  
Y se lanza, cual rayo, al enemigo.  
El soldado le sigue : vanamente,  
Con la muerte de Brandzen orgulloso,  
El experto jinete brasileiro  
Oponerse pretende al horroroso  
Al repetido choque : allí el acero  
Corta, hiende, destroza, despedaza,



Como torrente, el escuadron furioso  
 Por sobre miembros palpitantes pasa,  
 Por sobre moribundos atropella,  
 Atraviesa de sangre el ancho lago,  
 Deja á su espalda el espantoso estrago,  
 Y en sólida falanje al fin se estrella.  
 La aguda bayoneta la defiende  
     De aquel ímpetu ciego,  
 Y el mortífero plomo se desprende  
     De su prision de fuego ;  
 Pero mas bravo el arjentino avanza  
 Por el camino que le abrió la lanza,  
 Y del fogoso bruto el ancho pecho.  
 Ciérrase luego : el escuadron deshecho  
 Vuelve, júntase, estréchase, acomete  
 Con ímpetu mayor, con mayor ira,  
 Y otra vez y mil veces se retira,  
 Y otra vez y mil veces arremete,  
 Asi las olas la muralla embaten,  
 Y, contra ella rompiéndose estruendosas,  
 Retroceden, y vuelven, y furiosas  
 Con repetido empuje la combaten ;  
 Hasta que se desploma á lo mas hondo  
 La contrastada mole, y victoriosas  
 Revuelven los escombros en el fondo.  
 No de otro modo allí desaparecieron  
 Esas fuertes columnas, esperanza  
 Del vil usurpador : en la matanza  
 Tambien algunos libres perecieron ;  
 Mas, cayendo opresores á millares,  
     Digno holocausto fueron  
 A las sombras de Brandzen y Besares.

La lid por todas partes entretanto  
     Es, como aquí, sangrienta,  
     Y, como aquí, se aumenta  
 Por todas partes el horror y espanto.  
 Asorda el trueno del cañon: su fuego  
     La árida yerba inflama  
 Que todo el campo cubre; cunde luego  
 La abrasadora inextinguible llama, (\*)  
     Mientras el aire hienden  
 Globos ardiendo que tambien lo encienden.  
 Pelea el combatiente enfurecido  
 Entre el incendio, el humo, la ceniza;  
 Y el grito lamentable del herido,  
 La hórrida convulsion del que agoniza,  
 La sangre que en el campo corre hirviendo,  
 Los miembros de sus troncos separados,  
 Y á la llama de pábulo sirviendo  
 Muertos y moribundos hacinados;  
 Tal es el cuadro que la lid presenta.  
 ¿Y ya no es tiempo, ¡Oh Dios! de que se sienta  
 De la afijida humanidad el llanto?  
 Basta para triunfar. ¡Que! ¿la Victoria  
 Vende tan caramente sus laureles?  
 ¿Las palmas de la gloria valen tanto,  
 Que se compren con muertes tan crúeles?

¿Y, en medio del estrago,  
     Adonde está el guerrero,  
 Cuya presencia triunfa, cuyo amago

(\*) Nada en Ituzaingó fué tan horrible, como el incendio jeneral del campo, en medio de la batalla. El fuego prendió en el pasto, demasiado alto, y ya seco por la fuerza de los soles, y cundió con extraordinaria rapidez. Muchos heridos perecieron ábrados, sin haber sido posible libertarlos de las llamas.

Pavor infunde al enemigo fiero,  
 Y cuyo brazo el jenio de la guerra  
 Armára él mismo del fulmíneo acero,  
 Para que hiciera estremecer la tierra?  
 ¿Lavalle dónde está?—Cual raudo viento,  
 Que arrebatara en furioso remolino  
 Cuanto encuentra en su paso, y que, violento,  
 Derribando no mas, se abre camino;  
 O cual de la alta cumbre de repente,  
 Las desquiciadas voces arrastrando,  
 Rápido se despeña algun torrente,  
 Y á los llanos con ímpetu bajando,  
 Todo arranca en su curso, todo arrasa,  
 Y sobre escombros espumante pasa;  
 Así Lavalle y su escuadron valiente  
 Atropellan, derriban este dia  
 A todos los que hubieron la osadia  
 De ponerse insensatos á su frente.  
 Muy mas allá del campo de batalla  
 Los siguen, los persiguen, los acosan,  
 Los acaban en fin, y no reposan,  
 Y á la lid vuelven que pendiente se halla.

Llegaron, y al instante  
 Disipada la nube que ocultaba  
 La faz del Sol, que su zénit tocaba,  
 Se mostró, mas que nunca, radiante.  
 De lo mas elevado  
 De los aires desciende de repente  
 Un trono refulgente,  
 De azul, y de oro, y resplandor cercado.  
 Armoniosos cantares

Mil coros celestiales repetian,  
 Y las sombras de Brandzen y Besáres  
 El pedestal del trono sostenian.  
 Belgrano estaba en él: su frente orlaba  
     El laurel de la gloria,  
     Y en su mano brillaba  
 La espada que nos daba la Victoria  
 Cuando Belgrano fué.—“ Basta de sangre  
 “ (El héroe prorrumpió) ; que este es el día  
     “ En que, en otro Febrero,  
 “ Rendir vió Salta el pabellon ibero, (\*)  
 “ Y cubrirse de honor la Patria mia.  
 “ Este estrago terrible, este escarmiento  
 “ Es sacrificio á mi memoria digno,  
 “ Y digno de la Patria el vencimiento.  
 “ Argentinos, triunfad. ” Dijo, y benigno  
 A la sien de Alvëar en el momento  
 Hizo el lauro bajar que le adornaba,  
 Y la vision desapareció en el viento.

En el medio del campo se entroniza  
 Entónces el Terror : el brasilerero  
 El estrago contempla, se horroriza,  
 Y deja el premio del combate fiero  
 A quien ganarle supo. El arjentino  
     Tambien vuelve y se asombra  
 De mirar á sus pies la horrible alfombra  
 Que le dejó la Muerte por despojos.

(\*) El 20 de Febrero de 1827 fué la batalla de Ituzaingó; y en el mismo día del año de 1813, el ejército patrio del Perú, al mando del Jeneral Belgrano, obligó á rendirse en la ciudad de Salta, despues de una sangrienta refriega en sus inmediaciones, á todo el ejército español, con sus armas y bagajes, desde su Jeneral D. Pio Tristan hasta el último soldado.

Ella su vista en el estrago ceba ;  
 Y, no bien satisfechos sus enojos,  
 Por sobre muertos su carroza lleva.

¡ Ilustre Jeneral ! ¡ Oh, si mi verso  
 Al del cisne de Mantua se igualára !  
 ¡ Como entónces por todo el universo  
 Orgullosa mi Musa te aclamára !  
 Y á la paz vuestro nombre ensalzaria,  
 Soler, Oribe, Paz, Olavarria,  
     Preclaros adalides,  
 Vencedores en estas y otras lides.  
 Ni tu nombre, Vilela esclarecido,  
     Fuera por mí olvidado ;  
 Tú al campo del honor has conducido  
 Pacíficos vecinos (\*), que al soldado  
 Dieron grandes ejemplos de bravura,  
 Cual si en la escuela de la guerra dura  
     Educado se hubiesen,  
 Y á sus horrores avezados fuesen,  
 ¡ Vivid, vivid, guerreros ! Las hileras  
 Que en el campo formais, son hoy la Patria ;  
 Solo cubren su honor vuestras banderas.  
 Hija de la Victoria, ya de léjos  
 Os saluda la paz, y á los reflejos  
     De su lumbre divina,  
 Triunfante, y de ambiciosos respetada,  
 Libre, rica, tranquila, organizada,  
 Ya brilla la República Argentina.

(\*) El rejimiento de caballeria de milicias, conocido jeneralmente por el nombre de *Colorados de las Conchas*, al mando de su coronel D. José Maria Vilela, se portó en toda la campaña, y en el acto de la batalla, como el mejor de los cuerpos veteranos.

ANO DE 1830

---

A las Musas

---

Merced, Ninfas sagradas,  
Del Parnaso y del Pindo habitadoras,  
Merced, Musas amadas,  
Mis fieles bienhechoras,  
Que en la desgracia no me sois traidoras.

No la faz importuna  
De la desdicha os arredró, ni el vuelo  
Seguis de la Fortuna;  
Y en extranjero suelo  
Me dais, ó Musas, celestial consuelo.

Cuando el aura süave  
De la prosperidad la vela inflaba  
De mi pequeña nave,  
Miéntras el mar tragaba  
Grandes bajeles en tormenta brava.

Del Pindo con las flores  
Vosotras coronabais mi barquilla;

Y, con vuestros favores,  
 A mi Délia sencilla  
 Canté, y el fuego que en sus ojos brilla.

Canté la inmensa gloria  
 Que á mi Patria perínclita cubria,  
 Cuando de la victoria  
 Los frutos recojia,  
 Y con lauro inmortal su sien ceñia.

Sus leyes protectoras,  
 Que, obedecidas con respeto santo,  
 En mas felices horas  
 Le dieron lustre tanto,  
 Fueron asunto digno de mi canto.

Asunto digno fueron  
 Las ciencias y las artes, que, á porfia,  
 La cuna ennoblecieron  
 De un pueblo que nacia  
 Entre el estruendo de la guerra impia.

Y la paz, don del cielo,  
 No ménos fué en mi verso celebrado,  
 Cuando del patrio suelo  
 Huyó precipitada  
 La guerra por las madres detestada.

Y tu lúgubre acento,  
 O Melpómene trájica, me diste,  
 Y tu puñal sangriento-;

Y resonar oïste  
El gran tēatro con mi verso triste ;

Que son las duras leyes  
De la desdicha iguales : ella oprime  
A los excelsos reyes,  
Y el magnate sublime  
Tambien hundido en la miseria jime.

Si mi pueblo algun dia  
Me escuchó con aplauso no pequeño,  
Y la Envidia veia  
El favor halagüeño  
Sesgos los ojos, iracundo el ceño ;

Si me cupo la gloria  
De ensalzar á los patrios adalides  
De perenne memoria,  
Que, rivales de Alcides,  
Contaron los trofeos por las lides ;

Y del rio Arjentino  
Las Ninfas mis cantares repitieron  
Con su labio divino,  
Y á mis cantares dieron  
Este premio que nunca merecieron ;

Vosotras sois las Diosas  
A quienes solamente lo hé debido,  
Piéridas hermosas,  
Y vuestro don han sido  
Los dias venturosos que hé vivido.



Perdonadme, si ahora  
Lo vengo á confesar, cuando há sonado  
La inesperada hora  
Del enojo del hado,  
Y en otro tiempo ingrato lo hé callado.

Así audaz marinero  
De los Dioses se olvida en la bonanza ;  
En el peligro empero  
Los llama sin tardanza,  
Y solo pone en ellos su esperanza.

Vosotras sois la mia ;  
Amparadme en el tiempo que me queda,  
Y la Fortuna impia  
Verá que, en calma leda,  
Me duermo al son de su estruendosa rueda.

Hoy mismo que, arrojado  
Léjos del seno de la Patria hermosa,  
Sin crimen castigado,  
Sin hijas, sin esposa,  
Arrastro una existencia fatigosa.

Alzo la voz del canto,  
Y siento en mi desgracia algun consuelo,  
Y el entusiasmo santo  
Con que pedir al cielo  
Que venga los ultrajes de mi suelo.

Cuando Dios irritado  
Decretó castigar la Patria mia,

Por crimen reservado  
 A su sabiduria,  
 Dióla ese monstruo que la aflije hoy dia.

Con mano sanguinaria  
 Robó, y abusa del poder robado ;  
 Y la turba nefária,  
 Por quien se vé ensalzado,  
 Se empuja de atentado en atentado.

Su audacia sin ejemplo  
 Echa por tierra con brutal violencia  
 De Libertad el templo,  
 Y alza con insolencia  
 Escandaloso altar á la Licencia.

El aleve asesino  
 Recibe de la sangre derramada  
 El precio en que convino ;  
 Y accion tan execrada  
 Es largamente ; Oh Dios ! recompensada.

La virtud desfallece,  
 El crimen triunfa, la inocencia jime,  
 Y la ley enmudece,  
 Cuando, en su nombre, esgrime  
 La espada el mónstruo que, en su nombre, oprime.

Do el orador famoso  
 Alzaba, en medio del senado augusto,  
 El eco victorioso,

Y con tono robusto  
Enseñaba las reglas de lo justo,

Hoy palaciego astroso  
Repite la leccion que le há dictado  
El déspota furioso  
Que lo tiene comprado,  
Y sanciona delitos el malvado.

Pisó el feroz salvaje  
Con planta inmunda la ciudad insigne;  
Y del horrendo ultraje  
No hay pecho que se indigne,  
Y que á la humillacion no se resigne;

Que, proscriptos los bravos,  
Oprimidos los buenos, y en cadenas  
Los que no son esclavos,  
En tan negras escenas  
El llanto femenil se sufre apénas.

Basta, Musas, de llanto.  
En mi patria infeliz tambien proscrita  
Está la voz del canto,  
Y vuestro culto irrita:  
Hüid, hüid de la rejion maldita.

La Ignorancia y Torpeza,  
Que vuestro templo nítido escalaron,  
Con bárbara rudeza  
Vuestras aras hollaron,  
Y en lo alto del altar se colocaron.

Volved cuando, irritado,  
Alze la diestra el vengador Tonante,  
Y, de sufrir cansado  
La iniquidad triunfante,  
Con su justicia al universo espante.

Empero ya me abruma  
Del infortunio la insufrible carga,  
Y el Tiempo, que consume  
Nuestra existencia amarga,  
Me dé una vida miserable y larga ;

Ya en un punto mis penas  
Cesen, y viva venturoso luego ;  
Siempre, dulces Camenas,  
Que conserveis os ruego  
Estro en mi mente, y en mi pecho fuego.

---



A Délia, desde mi destierro

---

Miéntras el cielo  
Próvido quiera  
Prestarme vida,  
Cándida Délia,  
Y yo tu llama  
Férvido sienta,  
No en hado triste  
Tímida creas ;  
No te acobarde  
Bárbara ausencia,  
Ni del tirano  
Pérfido veas  
El vil semblante,  
Cándida Délia.

El que en un tiempo  
Alcázar era,  
Donde moraban  
Témis y Astrea,  
Es estos dias  
Hórrida cueva,  
Donde la Envidia  
Lívica reina,

Y á la Venganza  
 Víctimas muestra.  
 Lamentos la alta  
 Bóveda llenan,  
 La voz del llanto  
 Lúgubre suena,  
 Y al infortunio  
 Bárbaro befa  
 El mónstruo que oye  
 Mísera queja.  
 ¡ Huye del mónstruo,  
 Cándida Délia!

¡ Ay! Qué yo nunca  
 Prófugo sepa  
 (Mas bien te llore  
 Pálida, yerta)  
 Que de mi amiga  
 Lágrimas tiernas  
 Los piés del tigre  
 Vándalo riegan ;  
 Ni que á su oïdo  
 Súplica extrema,  
 Por su proscripto,  
 Trémula; lleva  
 La mi inocente  
 Cándida Délia,

¡ Oh, Buenos Aires,  
 Nítida, bella,  
 Cuando Fortuna  
 Pródiga fuera

De lo que hoy día  
Pérfida niega!  
Negros horrores,  
Crímen y afrenta  
Contaminaron  
Próspera tierra,  
Que tantas glorias  
Inclita cuenta.  
Por esto sufras  
Intima pena;  
Llores por esto,  
Cándida Délia.

Deja que siga  
Sórdida secta  
Nueva doctrina,  
Práctica nueva;  
Y que consagre  
Máximas fieras,  
De las que el mismo  
Déspota tiembla,  
Y con asombro  
Fálasis viera.  
Justo es que tantos  
Crímenes tengan  
Digno castigo;  
Y época llega  
En la que el alto  
Númen encienda  
Rayo que lance  
Fúljida diestra.



Tú no le temes,  
Cándida Délia.

Adios, ~~mi amada,~~  
Mi única prenda;  
Mientras ausente  
Lánguida penas,  
Amor, que un día  
Plácido uniera  
Mi alma á la tuya,  
Plácido vela  
Sobre nosotros,  
Cándida Délia.

---

De mi muerte

---

Ora benigno me dilate Jove  
Estos momentos que llamamos vida,  
Ora le plazca que el presente sea  
Mi último dia :

Bien me acostumbre la dolencia larga  
A ver de léjos que la Muerte llega,  
Bien como rayo, que improviso hiere,  
Súbito venga :

Ya me arrebate del festin alegre,  
Entre los brindis del lijero Baco,  
Ya cuando, á solas, de mi Patria lloro  
Triste los hados ;

Sin que me aflija roëdora duda,  
Bajaré impávido á la eterna noche,  
Y las riberas pisaré tranquilo  
Del Aqueronte

Iré á presencia de mi juez severo  
Sin ese miedo que al impio turba ;

Que por mi causa no corrió en la tierra  
Lágrima alguna.

Tiemble el malvado, que, evitar pudiendo  
Llanto y dolores, corazón de piedra  
Al afijido, que á su vista jime,  
Bárbaro muestra.

Torpe calumnia, que mi vida amarga,  
Fiero me pinta con colores negros,  
Y el pecho blando que me dió natura  
Finje de acero.

Mas, como el Númen que al mortal espera  
En las rejiones donde no se miente,  
No me hará cargo de dolor ajeno,  
Mi alma no teme.

O cielo, escucha mi ferviente voto,  
Y no me niegues lo que solo ruego  
Para el momento en que la tumba helada  
Me abra su seno

Muera primero que mi tierna esposa,  
Primero muera que mis dulces hijas,  
Y, moribundo, con errante mano  
Pulse la lira.

---

En un convite de amigos, en el aniversario del 23 de Mayo

---

¡ Oh Baco bullicioso,  
Oh padre de las viñas,  
Desterrador de penas,  
Enjendrador de dichas !  
Deja tu ronco carro,  
Que horrendos tigres tiran,  
Deja los aparatos  
De la feroz conquista,  
Y ven con los adornos  
Que te prestó la risa,  
Despues que subyugaste  
Al universo un dia.  
No traigas, Dios amable,  
El tirso por insignia,  
Sino en la diestra mano  
El fruto de la viña,  
En la otra un vaso lleno  
De su licor de vida,  
Y la sien temulenta  
De pámpanos ceñida.  
Ven, ó Baco, y preside  
La reunión festiva ;  
Giró de buena gana

Te cederá su silla (\*),  
 Porque tú eres al cabo  
 El Dios de la alegría,  
 Y este es el día grande  
 Entre los grandes días:

No quiero yo que Apolo  
 Pulse esta vez mi lira,  
 Ni el coro de las nueve  
 A mi placer me sirva.  
 Beban otros poetas,  
 Que á gran renombre aspiran,  
 Las aguas de Hipocrene,  
 Las de Aganipe linfas;  
 Pero yo en otra fuente  
 No beba la alegría,  
 Mas que del dulce néctar  
 En la ancha copa henchida.  
 Bebamos, pues, amigos.  
 ¿Por quien?—Por las queridas,  
 Los que aun al himeneo  
 Dura cerviz no rindan.—  
 ¿Por quien?—Por las esposas,  
 Los que en nupciales dichas  
 Apuran inocentes  
 La capa de delicias.—  
 ¿Por quien?—Por los guerreros,  
 A quienes Marte tizna  
 Con el oscuro polvo  
 De la sangrienta riña,

(\*) Así se llamaba el individuo que presidía la mesa.

Y que, tremendos, fuertes,  
En los aciagos días  
Nuestra patria salvaron  
De la guerra homicida  
Del león que en Iberia  
Está ruiendo de ira.—  
¿ Por quien?—Por los patriotas,  
Primeros estadistas,  
Que, el primer veinticinco,  
Del cieno en que yacian  
Se alzaron, y, al alzarse,  
Dieron á un mundo vida.  
¡ Ea, amigos ! Bebamos  
En cordial alegría,  
Apuremos los dones  
Con que Liéo brinda,  
Y con tiernos recuerdos  
Nutramos nuestra dicha.  
Vayan y vengan copas ;  
Vuela, ó Baco, este día  
Desde un extremo al otro  
De la mesa festiva,  
Como vuela Cupido,  
El Dios de las delicias,  
Del Ida al Amatonte,  
Del Amatonte al Ida ;  
Y concede propicio  
A todos los convivas  
Arder en igual fuego  
Que el que mi pecho ajita.

---



## La Matrona de Éfeso

---

Cuento, traducido de La-Fontaine.

---

Si hay algun cuento usado, y repetido  
Hasta el fastidio por el mundo todo,  
Es el que me há ocurrido  
Narrar en estos versos á mi modo.  
¿Y entónces, para qué le has elejido?  
¿Quién te empeña, poëta, en un asunto,  
Que de tantos escritos ya lo há sido?  
¿Pues tendrá tu matrona, te pregunto,  
Alguna gracia rara,  
Si con la de Petrónio se compara?  
¿Cómo harás tú que nos parezca nueva?  
Sin responder, censor, porque seria  
Lo de nunca acabar, haré la prueba:  
Verémos si la tal rejuvenece  
En mis versos, y déjame que empieze.

En otro tiempo en Efeso vivia  
Una dama modesta y virtüosa,  
Cual nunca fué mujer; y se sabia,  
Por la pública fama,



Que en su amor conyugal era extremosa.  
 No se hablaba en el pueblo de otra cosa  
 Que de la honestidad de dicha dama ;  
     Iban todos á verla,  
     Como á un raro potente,  
 Que era honor de su sexo, y ornamento  
 De su patria, feliz con poséerla.  
 Cada madre á su chica la mostraba  
 Como el dechado que imitar debiera :  
 Cada esposo en presencia la ensalzaba  
     De su fiel compañera,  
 Y el suyo con locura la adoraba.

Murió el hombre : decir de que manera  
 Una frivolidad inútil fuera.  
 Murió el hombre ; y déjole en testamento  
     Tanto y tanto legado,  
 Que la infeliz se hubiera consolado,  
 Si aliviasen los bienes el tormento  
     De perder á un marido,  
 Tan buen amante como bien querido.  
     Mil viudas sin embargo,  
 Y de las que se arrancan los cabellos  
     En su dolor amargo,  
     Fijan los ojos bellos,  
 Nublados con el llanto, en la moneda,  
 Y hacen la cuenta de lo que les queda.

Pero la nuestra todo alborotaba  
 Con gritos, y lamentos, y clamores,  
 Y, entregada á sus bárbaros dolores,  
 Todos los corazones traspasaba :

Y eso que bien se sabe  
Que, por grande que sea  
La desesperacion que en la alma cabe,  
Hacemos todos que mayor se vea;  
Por que siempre un poquito  
De ostentacion se mezcla con el llanto,  
Y en el mayor quebranto  
Es mas agudo que el dolor, el grito.

Cada cual consolaba á la aflijida,  
Diciendo que en el mundo  
Todo tiene su término y medida,  
Y que aquel sentimiento tan profundo  
Pudiera ser culpable por exeso;  
Y la afijan mas diciéndole eso.  
Ella, en fin, renunciando á la luz pura,  
De que ya no gozaba  
El querido consorte á quien lloraba,  
Entra en su tumba oscura,  
Con el propósito invariable y tierno  
De unirse con la sombra en el infierno.

Mas vease de paso lo que puede  
Una amistad sincera,  
Porque á veces sucede  
Que tambien en locura dejenera.  
Una jóven esclava, lastimada  
Del dolor de la bella,  
La acompañó á la lúgubre morada,  
Pronto á morir con ella;  
Pronto, se entiende, porque solo habia  
Examinado á medias el proyecto :

Que, en llegando al efecto,  
 Quien sabe aquel coraje adonde iria.  
     Juntas se habian criado  
     La señora y la esclava,  
 Y el recíproco amor que las ligaba  
 Al paso de la edad se habia aumentado ;  
     Ni acá en el bajo suelo  
     En dos hembras se hallára  
 De tal inclinacion otro modelo,  
 Aun cuando con linterna se buscára.

Como tenia mas discernimiento  
     La esclava que la dama,  
     Dejó pasar en ella  
     El primer movimiento,  
 Y despues procuró volviere su ama  
     A la trillada huella  
 Del comun y ordinario sentimiento.  
 Pero envano ; porque ella, inaccesible  
     A cuanto era consuelo,  
 Tan solo examinaba con desvelo  
     Todo medio posible  
 De seguir á su muerto al reino oscuro.  
 El camino mas corto y mas seguro  
     Fuera el puñal sin duda ;  
     Mas la amante viüda  
     Todavía anhelaba  
     Apacentar sus ojos  
 Con los queridos fríjidos despojos  
     Que la tumba encerraba ;  
     Ni usó de otro alimento  
 Sepultada en el triste monumento.

Esto quiere decir que, entre mil puertas  
 Que, en cualquiera ocasion y á cualquiera hora,  
 Para salir del mundo estan abiertas,  
 Escojió la del hambre la señora.

Se pasó el primer dia,  
 Y se pasó el segundo,  
 Sin mas mantenimiento  
 Que el suspiro profundo,  
 Y la frecuente queja, y el lamento.  
 Natura, Dioses, y Fortuna impia,  
 Todo, todo acusaba  
 La dama inconsolable  
 En su querella inútil, perdurable,  
 Y su extremo dolor nada olvidaba,  
 Si es que explicarse sabe  
 Tan retóricamente un dolor grave.

El caso es que otro muerto residia  
 Cerca de donde estaba nuestra jente ;  
 Mas de un modo bastante diferente,  
 Porque mas monumento no tenia  
 Que la altura eminente  
 De una horca fatal de que pendia.  
 Estaba aquel cadáver destinado  
 A servir de escarmiento á malhechores,  
 Y, bien recompensado,  
 Custodiaba el depósito un soldado.  
 Pero los superiores  
 Mandado habian que, si algun pariente,  
 Un amigo, ó los otros salteadores,  
 Robasen el cadáver, en caliente

Pasára el centinela descuido  
A ocupar la vacante del colgado.  
Era mucho rigor sin duda alguna,  
Mas la utilidad pública exijia  
Que el soldado corriese esta fortuna.

Volviendo al monumento, en él habria  
Sin duda alguna raja ó hendedura,  
    Por donde una luz clara  
El guarda vió brillar de noche oscura,  
Cosa en aquel lugar bastante rara.  
    Su colgado abandona,  
Corre curioso allá, y sus oídos  
    Hirieron desde léjos los jemidos  
Con que poblaba el aire la matrona.  
    Llega, y entra, y se admira,  
Pregunta á la mujer porque suspira,  
Por que se queja, y grita, y llora tanto,  
A que viene, por fin, tan triste canto,  
Tan negra y melancólica morada?  
La dama, en sus lamentos ocupada,  
De frívolas preguntas no hizo caso;  
El muerto solo, sin gastar saliva,  
Diciendo estaba el lúgubre fracaso  
Que la obligaba á sepultarse viva;  
Y añadió la criada: “ hemos jurado  
“ Esperar y sufrir la muerte lenta  
“ Del dolor y del hambre.” Aunque el soldado  
En línea de orador no entraba en cuenta,  
Les hizo concebir lo que es la vida;  
Y la dama esta vez estuvo ántenta,  
    Que un poco adormecida

Ya su pasión estaba,  
 Y el poderoso tiempo mudo obraba.  
 El soldado siguió: “ si un juramento  
 “ Os impide probar el alimento,  
 “ Ved solamente como el mío tomo;  
 “ Que no porque mireis como yo como,  
 “ Há de ser ménos cierta vuestra muerte. ”

Este temperamento  
 A las dos hembras agradó, de suerte  
 Que permiso le dieron  
 Para traer su cena,  
 Y muy pronto de vuelta le tuvieron.

La esclava, en esta escena,  
 Ya á renunciar dispuesta se sentía  
 Del difunto la triste compañía.

“ Una idea, señora,  
 “ Acaba (dijo) de asaltarme ahora.  
 “ ¿ Que importa á mi señor, que en paz descanse,  
 “ Que dejéis de vivir? ¿ Teneis por cierto  
 “ Que, si vos ántes que el hubieseis muerto,  
 “ Fuera hombre de seguiros al alcance?  
 “ No, señora; él querria  
 “ Terminar su carrera,  
 “ Y la nuestra pudiera  
 “ Ser larga todavía,  
 “ Si vuestra voluntad lo consintiera.  
 “ ¿ A que fin á la muerte anticiparnos,  
 “ Y en la tumba á veinte años encerrarnos?  
 “ Las horas de la vida son escasas,  
 “ Harto tiempo tendremos  
 “ De habitar estas casas,

“Y, pues que no nos corren, esperemos.  
 “Yo de mí sé decir que me alegrára  
 “De morir con arrugas en la cara:  
 “¿Y de vuestros brillantes atractivos  
 “Vos intentais privar en adelante,  
 “En favor de los muertos, á los vivos?  
 “¿De que os podrá servir estar entre ellos?  
 “Poco há que, fija en vuestros ojos bellos,  
 “Y contemplando atenta ese semblante  
 “En que todo su esmero el cielo há puesto,  
 “Por darle la belleza que admiramos,  
 “Decia yo: ¡que lástima que vamos  
 “Nosotras mismas á enterrar todo esto!”

Al discurso halagüeño  
 La matrona volvió como de un sueño,  
 Y la ocasion entónces aprovecha  
 El Dios que enciende del amor la llama.

Como una aguda flecha  
 De su carcax dorado  
 De medio á medio traspasó al soldado,  
 Y otro de refilon hirió á la dama.

Jóven, bella, y graciosa,  
 En medio de las lágrimas tenia  
 Mas brillo su hermosura portentosa;  
 Y el de gusto mas fino y delicado  
 Ciertamente podria,  
 Aun siendo su mujer, haberla amado.  
 El militar una pasion furiosa  
 Al punto concibió: mujer hermosa  
 Es mas bella otro tanto,  
 Cuando por sus mejillas corre el llanto.

Hé aquí que nuestra viuda ya comienza  
A escuchar la alabanza,  
Veneno que al amor allana el paso ;  
Héla ya que el soldado que la incensa  
No solo no la cansa,  
Sino que amable le parece acaso.  
El pudo tanto con su tierno ruego,  
Que logró que comiese la señora ;  
El pudo tanto, que agradó muy luego ;  
Y, de halago en halago, en una hora  
El soldado se hizo  
Mas digno á la verdad de ser amado  
Que el muerto mas bizarro y bien formado.  
Poco á poco deshizo  
El proyecto fatal de la viüda ;  
Poco á poco tambien ella se muda,  
Hasta que en risa al fin paró su llanto,  
De lo que ciertamente no me espanto.  
Por no perder un tiempo tan precioso,  
La desolada al punto  
Hizo del fresco amante un nuevo esposo ;  
Todo, todo á la barbas del difunto.

Miéntas este himeneo se trataba,  
Un ladron atrevido,  
Del descuido del guarda prevalido,  
El racimo de la horca descolgaba.  
Como en la tumba se sintió el ruido  
Salió mas que de prisa el veterano,  
Y allá se fué corriendo, pero envano,  
Porque ya era negocio concluído.  
A contarles el cuento



Vuelve muy aflijido al monumento,  
 Y todo era temor y conturbarse,  
 Sin saber atinar donde ocultarse.

Viéndole así perdido,  
 Dijo la esclava: “¿con que os han robado?  
 “El muerto consabido,  
 “Y el rigor de las leyes extremado  
 “Decís que, en tal desgracia,  
 “No permite que el juez os haga gracia?  
 “Pues, si mi ama quisiera,  
 “Pronto remedio á todo yo pusiera.  
 “Al muerto que tenemos por delante  
 “Colguemos en lugar del otro muerto:  
 “¿Y quien lo advertirá? Nadie, por cierto.”  
 La dama consintió.—¿Sexo inconstante!  
 Mujer siempre es mujer. Las hay muy bellas,  
 Las hay que no lo son: si en todas ellas  
 Fidelidad se hallára,  
 Cualquier otro atractivo les sobrara.

Gazmoñas, desconfiad de vuestras fuerza,  
 Y no forméis designio que se tuerza.  
 Si son vuestras plausibles intenciones  
 Resistir incentivos y ocasiones,  
 Las nuestras son muy buenas igualmente;  
 Pero, en la ejecucion, muy comunmente  
 Nos engañamos hembras y varones:  
 La matrona da de ello testimonio.  
 Y, no lo lleve á mal el buen Prétrónio,

El caso de este cuento  
No es tan raro portento,  
Que á la edad venidera  
Proponer por ejemplo se debiera.  
Lo que yo encuentro malo en esta viuda  
Es el proyecto de enterrarse viva,  
Mal formado sin duda,  
Y la bulla que armó tan exesiva ;  
Porque eso de colgar á su marido,  
Cuando ya era cadáver, es sabido  
Que no debió ser cosa de importancia.  
Salvaba el muerto al vivo ; y en sustancia  
Considerado el hecho,  
Y á todas luces bien examinado,  
Soldado en pie derecho  
Vale mas que monarca sepultado.

---



## ANO DE 1831

---

### A m i l i r a

---

Ven, mi blanda lira,  
Mi solo tesoro,  
Y tus cuerdas de oro  
Den dulce sonido,  
Que temple mi llanto,  
Y acalle el jenido,  
Y acompañe al canto.

Ven, mi amada lira,  
Presente de Apolo,  
A quien debo solo  
Mi pasada gloria,  
Y, en este momento,  
La grata memoria  
Que alivia el tormento.

Se olvida contigo  
La negra perfidia,  
Y envano la Envidia  
Aguza su diente,

Que envenena tanto ;  
Pues nada se siente  
Con tu dulce canto.

Roncos alaridos  
De plebe altanera,  
Que á venganza fiera  
Caudillo provoca,  
Que en ella confía,  
Plácida sofoca  
Tu bella armonía.

Escuchar no deja  
Tu sonido blando  
El eco nefando  
De calumnia horrenda,  
Y el grito no espanta  
Que en civil contienda  
La rabia levanta.

¿ Qué importa que intruso  
Perjuro tirano  
Con sangrienta mano  
De mi hogar me expulse,  
Mi patria me vede,  
Sin que yo te pulse  
Privarme no puede ?

¿ Si impedir no pudo  
Que, en prófuga nave,  
Mi acento süave

Se elevára al viento,  
 Tú le acompañáras,  
 Y el Noto violento  
 Y el mar aquietáras?

Ven, mi blanda lira:  
 Pero ya no quiero  
 Al amor artero  
 Rendir homenaje,  
 Que ingrato no paga,  
 Ni sufrir que aje  
 Mi enconada llaga.

¡ Demasiados triunfos  
 En mis frescos años  
 Prestó á sus engaños  
 Mi verdad incauta;  
 Surcando afanoso  
 Inexperto nauta  
 Su mar proceloso !

Sobre siete lustros  
 Dos inviernos cuento,  
 Y en largo escarmiento  
 Prudente me hice.  
 No mas desvarios,  
 Que amor ya no dice  
 Con los años míos.

Tampoco, mi lira,  
 Llevemos al cielo  
 De mi amado suelo

La perdida gloria.  
 ¡ Ah ! ¡ Su actual estado  
 Ojalá la historia  
 Dejase olvidado !

Y cuando contára  
 Nuestros hechos grandes,  
 Vencidos los Andes,  
 Naciones creadas,  
 Rendidas naciones,  
 Huestes debeladas,  
 Armas y pendones.

Dijese: “ cerraron  
 “ Carrera brillante  
 “ Postrados delante  
 “ De la Paz hermosa,  
 “ Y habitan su templo,  
 “ Y de union dichosa  
 “ Dan al mundo ejemplo.

“ Mas dirá : la gloria  
 “ Del pueblo arjentino,  
 “ Su noble destino,  
 “ Su gran nombradia,  
 “ Fueron vanas voces :  
 “ Solo hay guerra impía,  
 “ Crímenes atroces.

“ Convirtió en tēatro  
 “ De horror y maldades -

“ Campos y ciudades  
 “ La civil discordia,  
 “ Y arrojó deshechos  
 “ De dulce concordia  
 “ Los lazos estrechos.

“ Contra el ciudadano  
 “ Se volvió el acero,  
 “ Que á enemigo fiero  
 “ Mejor inmolára,  
 “ Y son desoidos  
 “ De la Patria cara  
 “ Los hondos jemidos.

“ Sangre de Arjentinos,  
 “ Que arjentino brazo  
 “ Vierte á cada paso  
 “ En sus propios láres,  
 “ Lleva el grande rio  
 “ A los anchos mares  
 “ El tributo impio.”

O lira, dejemos  
 Que historia severa  
 Ni excuse siquiera  
 Crímenes tan feos ;  
 Y tú la voz mia,  
 Fiel á mis deseos,  
 Acompaña hoy dia.

La gratitud sola  
 Hoy mi pecho ajita,



Y á cantar me incita  
Al pueblo de Oriente,  
Pueblo virtuoso,  
Que cuanto es valiente  
Tanto es jeneroso.

¡ Ah ! ¡ Dado me fuera  
Con verso inspirado,  
En tono no usado  
Y en cántico nuevo,  
Hasta donde alcanza  
La lumbre de Febo  
Llevar su alabanza !

Al hijo de Aténas,  
Proscripto, vencido,  
Espartano erguido  
La tierra negára ;  
Pero al punto abiertas  
Tebas y Megara  
Se muestran sus puertas.

Así al Arjentino,  
Con furia arrojado  
De un déspota odiado  
Por mano nefaria,  
La oriental ribera,  
Grata, hospitalaria,  
Luego recibiera ;

Y el muro que vence  
De la mar la saña,

Y bella campaña  
Do rie natura,  
Dan al desterrado  
Morada segura  
Y asilo sagrado.

¿ Dónde están tus leyes,  
Buenos Aires triste ;  
Despoblar te viste,  
Y oprimida callas ?  
Te habitan tiranos,  
Buscas y no hallas  
A tus ciudadanos.

Si en tu seno algunos  
El mónstruo conserva,  
Fiero los reserva  
Para atroz injuria.  
¡ Oh Dios ! ¿ No levantas  
Tu brazo, y la furia  
Del mónstruo quebrantas ?

Consuélete al ménos,  
O Patria adorada,  
Si en pena extremada  
Cabe algun consuelo,  
Saber que á tus hijos  
Da alivio este suelo  
De males prolijos.

Del déspota infame,  
Que altivo te humilla,

Tocan esta orilla  
 Los verdugos fieles ;  
 Las áncoras echan,  
 Y de sus bajeles  
 Nuestro asilo acechan.

O, cual si viniesen  
 A caza de fieras, (\*)  
 Por estas riberas  
 Sagaces se ocultan,  
 Buscando proscritos,  
 Y la tierra insultan  
 Con nuevos delitos.

El redil seguro  
 Del manso cordero  
 Tigre carnicero  
 Lo mismo rodea :  
 La cerca le estorba,  
 Y contra ella emplea  
 Diente y garra corva ;

Mas viendo que envano  
 La estacada mide,  
 Que saciar le impide  
 Su sed sanguinosa,  
 Cólerico brama,

(\*) Cuando el Gobierno de Buenos Aires llegó á temer que los proscritos y emigrados, residentes en el Estado Oriental del Uruguay, intentasen pasar á Entre-Ríos, provincia argentina, mandó una escuadrilla, con el objeto de impedirlo. El jefe de estas fuerzas navales, remitiendo presos á Buenos Aires seis individuos, que habia tomado en la costa de Entre-Ríos, dijo, en comunicacion oficial á su gobierno, que los *habia podido cazar*. Estos cazadores de hombres violaron despues el territorio de la República Oriental, independiente y amigo.

Y espuma rabiosa  
En torno derrama.

No de otra manera  
El furor insano  
A tu vil tirano  
Devora impotente,  
Porque no nos niega  
Su asilo el Oriente,  
Ni vil nos entrega.

Pero no sus iras  
Diga mas mi verso ;  
Harto de un perverso  
Ya el renombre aterra,  
Y el cielo irritado  
Lavará la tierra  
De tanto atentado.

Hoy triunfa el delito :  
Mas tú, lira mia,  
Espera que un dia  
Venturoso torne,  
Y á la Patria amada  
La gloria retorne  
Que le fué robada.

Envaño colosos  
Que levanta el crimen  
A la tierra oprimen,  
Y su fama suena :  
Un soplo del viento

Se lleva la arena  
Que fué su cimiento ;

Y entónces, cayendo  
Con grande fracaso,  
Da el terrible caso  
Leccion á los hombres,  
Y marca la historia  
Los hechos, los nombres,  
La infame memoria.

Si á tu trono llega,  
Deidad del Oriente,  
La voz reverente  
De la Musa mia,  
De este pueblo aleja  
La discordia impía  
Que á mi patria aqueja.

Y haga de tus hijos  
La union venturosa  
Una numerosa  
Familia de hermanos,  
Envidia del suelo,  
Terror de tiranos,  
Y el amor del cielo.

---

Traducción de algunas Odas de Horacio

---

ODA I DEL LIBRO I

---

O Mecénas ilustre  
Por tu réjio linaje,  
O tú, mi dulce gloria,  
Y amparo mio jeneroso y grande : 4

Hay á quienes agrada  
Que su carro levante  
El olímpico polvo ;  
Y, si llegan las ruedas humeantes 8

Al término, y veloces  
Revuelven sin tocarle,  
Noble palma los alza  
A la par de los Dioses inmortales. 12

Al uno lisonjean  
Puestos y dignidades,  
Honosres que prodiga  
La tumba de Quirites inconstante : 16

Mientras quisiera el otro  
Que en su granero entrase

- Cuanto trigo se coje  
En los terrenos de Africa feraces. 20
- Al que la tosca azada  
Toma sin desdeñarse,  
Y en cultivar se goza  
El campo que ha heredado de sus padres. 24
- De Atalo las riquezas  
Ofrecerás en balde,  
Porque el mar borrascoso  
Surque, pávido nauta, en Cipria nave. 28
- Con las Icárias olas  
Cuando el Austro combate,  
La quietud de su aldea  
Alaba temeroso el mercadante; 32
- Pero luego repara  
La henchida barca, y parte,  
Porque no sabe, dócil,  
Con la dura pobreza conformarse. 36
- Tal hai, que, reclinado  
Cerca de donde nace  
La sacra linfa pura,  
O á la sombra en los verdes madroñales, 40
- Y de Másico añejo  
Con la copa abundante,  
Aprovecha las horas  
Que roba á sus tareas principales. 44

A muchos de la trompa  
Y del clarin aplacen  
Los mezclados sonidos,  
Y la lid detestada por las madres. 48

El cazador se olvida  
De su consorte amable,  
Y al raso en día crudo  
Sufre el rigor del frío penetrante, 52

Ya la tímida cierva  
Vean sus fieles canes,  
Ya las espesas redes  
El Marso jabalí rompa pujante. 56

Pueda mi sien empero  
De yedra coronarse,  
Premio de doctas frentes,  
Que á los Dioses supremos me levante; 60

Euterpe no me niegue  
Flauta tocar süave,  
Ni Polimnia las cuerdas  
De la Lésbica lira resonante; 64

Y de los frescos bosques  
La sombra deleitable  
Cantaré, y de las Ninfas  
Con los ligeros Sátiros los bailes. 68



Pero si tú me cuentas  
 Entre líricos vates,  
 Con mi frente sublime  
 Tocaré las estrellas rutilantes.

72

NOTAS—*Mecénas* Vers. 1.—Cayo Cilnio Mecénas, privado de Augusto, y gran protector de Horacio, Virgilio, Propertio y otros injénios célebres.

*Y si llegan las ruedas humeantes—Al término, y veloces—Revuelven sin tocarle.* Vers. 8, 9, 10. (Metaque fervidis evitata rotis.) Habia en la extremidad del circo una especie de pirámide, que era la *meta*, y en torno de ella debian jirar los carros, sin tocarla.

*De Atalo las riquezas—*Vers. 25. (Attalidis conditionibus.) Fué Atalo un riquísimo rey de Pérgamo.

*En Cipria nave—*Vers. 23. (Trabe Cypria;) bajel de Chipre por cualquier bajel; lo mismo que, en el verso precedente el original, *mare Mirtoum*, por cualquier mar. Chipre es una isla de Asia en el Mediterraneo.

*Con las Icárias olas—*Vers. 29. (Icariis fluctibus.) Sabida es la fábula de Icaro, que dió su nombre al mar en que cayó.

*Másico añejo—*Vers. 41. El monte Másico en Campania era célebre por sus vinos.

*El Marso jabali—*Vers. 56. (Marsus aper.) Los Marsos eran los habitantes del país que hoy se llama Abruzo, en cuyos bosques se criaban javalies.

*Euterpe, Polimnia.—*Vers. 61, 63. Dos de las nueve Musas.

*Lésbica lira—*Vers. 64. (Lesboum barbiton.) Alceo y otros célebres líricos, eran naturales de Lésbos.

El sentido de la anterior traduccion, desde el verso 57, que corresponde al *me doctorum edere præmia frontium*, hasta el fin de la oda, es el mismo en que la tradujo Búrgos; entendiendo aquel pasaje de la pieza del modo que lo interpretaron Acron y Porfirio.

## ODA XV DEL LIBRO I.

Cuando el pérfido pastor  
 A Helena que le hospedára,  
 Por los borrascosos mares  
 Llevaba en naves Idálias,  
 Neréo á los vientos hizo 5  
 Quedar en ociosa calma,  
 Y así le cantó los hados  
 Horribles que le esperaban.

“ Con siniestro agüero llevas 10  
 A la que pronto en tu patria  
 Con ejército incontable  
 Buscará la Grecia, armada  
 Para destrüir, ó Páris.  
 De tal ultraje en venganza,  
 El reino antiguo de Príamo, 15  
 Y tus bodas temerarias.  
 A caballo y caballero  
 ¡ Ay! ¡ cuanto sudor aguarda!  
 ¡ Y á la troyana nacion  
 Cuanto funeral preparas! 20  
 Que ya iracunda apercibe  
 Yelmo, escudo, y carro Pálas.”

“ Envano engreído y fiero, 25  
 Por cuanto Vénus te ampara,  
 Peinarás tu cabellera,  
 Y versos que ellás aplaudan  
 Cantarás entre mujeres,

Al son de cítara blanda;  
 Y de tu tálamo envano  
 Querrás apartar las lanzas, 30  
 Y evitar la aguda punta  
 De la saëta de Cándia.”

“ Ya estrepitoso te sigue  
 El velocísimo *Ajax*;  
 No escaparás, y, aunque tarde, 35  
 En castigo de tu infamia,  
 Tus perfumados cabellos  
 Há de ser que el polvo barran.  
 ¿ Ves al hijo de *Laërtes*,  
 Exterminio de tu patria? 40  
 ¿ Al Pílio *Nestor* no miras;  
 Y que intrépidos te asaltan  
 Ya *Teucro* el de *Salamina*,  
 Ya *Estenelo*, en las batallas  
 Diestro, y auriga fogoso 45  
 Cuando los caballos manda?  
 También verás á *Merion*;  
 Y *Diomédes*, de mas alma  
 Que su padre, ardiendo en ira  
 Por encontrarte se afana. 50  
 Huyendo dél sin aliento  
 Irás con trémula planta,  
 Cual ciervo que há visto al lobo  
 En la parte mas lejana  
 Del valle, y huye medroso, 55  
 Olvidado de la grama:  
 Y no así lo prometiste,  
 A tu hermosura robada.”

“ Resentimientos de Aquiles  
 Alargarán la esperanza,  
 Y los dias de Ilion,  
 Y de las madres troyanas ;  
 Mas, pasados ciertos años,  
 Arderá la griega llama,  
 Que convertirá en ceniza  
 Todas las casas Iliacas.”

60

NOTAS—*A Helena que se hospedára.*—Vers. 2. Esta Helena, hija de Júpiter y de Leda fué mujer de Menelao; y robada á su marido por Páris, hijo de Priamo rey de Troya. acarreó sobre esta ciudad todo el furor de la Grecia.

*Neréo*—Vers. 5. Dios marino, padre de las Nereidas.

*Ajax*—Vers. 34. Hubo dos de este nombre en el sitio de Troya; Ajax Telamon y Ajax Oileo. El primero es célebre por su contienda con Ulises, sobre la adjudicacion de las armas de Aquiles: el segundo, de quien aquí se habla, fué muy distinguido por su valor y por su impiedad.

*Tus perfumados cabellos.*—Vers. 37. El orijinal dice *adulteros crines*: yo no creo que pueda traducirse literalmente á ninguna lengua viva esa atrevidisima expresion.

*¿ Ves al hijo de Laërtes ?*—Vers. 39. El hijo de Laërtes es Ulises.

*Al Pilio Nestor.*—Pilos, ciudad del Peloponeso, era la capital del distrito que Nestor mandaba. Este adquirió gran reputacion en el sitio de Troya.

*Teucro el de Salamina*—Vers. 43. Era hijo de Telamon y de Hesione: se distinguió mucho en el sitio de aquella famosa ciudad.

*Estenelo.*—Vers. 44. Hijo de Capaneo y Evadne: fué de los que entraron á Troya dentro del célebre caballo.

*Merion*—Vers. 47. Hijo de Molo, y cochero de Idomenéo: se distinguió en esta famosa guerra.

*Diomédes*—Vers. 48. Hijo de Tidéo; hizo prodigios de valor en los campos de Troya Pálas le hizo inmortal.

*Resentimientos de Aquiles*—Vers. 59. (Iracunda diem proferet Ilio etc.) Irritado Aquiles contra Agamemnon, se habia retirado á sus naves, negándose á combatir; y, en su ausencia del campo, los troyanos triunfaron en todos los encuentros con los griegos. Pero al fin Aquiles, por vengar la muerte de su amigo Patroclo, olvidado de sus resentimientos, volvió á los combates.

## ODA XXXIV DEL LIBRO I

Yo que, en errados caminos  
De desatinada ciencia,  
Poco ó nada he adorado  
A las Deidades supremas,  
Me veo forzado ahora 5  
A volver atrás la vela,  
Y, dejando esta derrota,  
Seguir mi antigua carrera.  
Porque muchas veces Jove,  
Con la radiante centella, 10  
Partió la nube, y veloces  
Por las rejiones etéreas  
Los tronadores caballos  
Llevaron la ronca rueda.  
Con el estruendoso impulso 15  
Retembló la inerte tierra,  
Y los vagarosos rios,  
Y la Estijia, y la tremenda  
Mansion del Ténaro odioso,  
Y de Atlas la plaga extrema. 20

Dios puede en profunda sima  
 Convertir la mole excelsa,  
 Humilla al prócer, y en alto  
 Al desconocido muestra;  
 Y de allí rapaz Fortuna  
 La cumbre de la grandeza  
 Con grande estridor arranca,  
 Y la pone aquí contenta.

25

NOTAS — *De desatinada ciencia.* — Vers. 2. (Insanientis sapientiæ.) Búrgos interpreta: “de una sabiduría que, fundada en la impiedad, corrompe, infatúa, enloquece, y es mas perjudicial que la ignorancia misma.” Esta interpretacion parece la cierta; porque Horacio en esa oda no hace mas que detestar su antigua impiedad, y empieza arrepiñtiéndose de haber desdeñado el culto de los Dioses.

*Estijia* — Vers. 18. Rio ó laguna de los infiernos.

*Ténaro* — Vers. 19. Era el Ténaro un promontorio de Lacónia, en el que habia una caverna, por la que se decia que se bajaba á los infiernos: así es que estos tambien se llaman el Ténaro.

*Y de Atlas la plaga extrema.* — Vers. 20. (Atlanteusque finis.) Un comentador dice que la extremidad de la tierra se fijaba entonces en el Oceano Atlántico, así llamado del monte Atlas.

## ODA V DEL LIBRO III

El trueno anuncia que el supremo Jove  
Es Dios del cielo; y lo será en la tierra  
El grande Augusto, que aumentó su imperio  
Con los Britanos y tremendos Persas.

¿ Con qué el soldado á quien mandaba Craso                   5  
Vivió ligado con indigna afrenta  
A una consorte bárbara? ; Oh trastorno  
En las costumbres de la patria! ; Fuera,  
Fuera creíble que el guerrero Marso  
Y el guerrero de Apúlia envejecieran                   10  
Labrando el campo de enemigos suegros,  
Y atados de un rey Medo á la cadena?  
¿ Y que, existiendo el Capitólio y Roma,  
Así perdido la memoria hubieran  
De los broqueles sacros, de la fama,                   15  
Y de la toga, y de la eterna Vesta?

Esto el gran Régulo evitar queria,  
Al desechar con próvida entereza  
La torpe condicion de su rescate;                   20  
Por no dar un ejemplo, que pudiera  
Ser pernicioso al venidero siglo,  
Si Roma no mostraba la firmeza  
De abandonar su juventud cautiva  
A perecer, sin apiadarse de ella.

“ Clavadas en los templos de Cartago  
“ Yo he visto (dijo) las banderas nuestras,

“ Y las armas que, en sangre no teñidas,  
 “ Arrebatadas al soldado fueran. 30  
 “ Yo ví los ciudadanos, que nacieron  
 “ Para la libertad, atar con fuerza  
 “ A las espaldas los torcidos brazos;  
 “ He visto de Cartago abrir las puertas,  
 “ Y cultivar aquellos mismos campos  
 “ Que nosotros talamos en la guerra. 35

“ ¡ Y que! ¿ El soldado á quien redima el oro  
 “ Ha de ser mas valiente cuando vuelva?  
 “ No será, senadores; ni á su crimen  
 “ Tal pérdida agregueis. No recupera  
 “ Teñida lana su color perdido; 40  
 “ Ni el valor verdadero, que se deja  
 “ Del corazon salir, de nuevo vuelve  
 “ A los ya envilecidos. Si pelea,  
 “ Despedazando las espesas redes,  
 “ Con el modesto cazador la cierva, 45  
 “ Entónces será fuerte aquel soldado  
 “ Que al enemigo pérfido se entrega,  
 “ Y entónces á las púnicas lejiones  
 “ Arrollará terrible en otra guerra  
 “ Aquel que en sus lagartos los cordeles 50  
 “ Apretar se dejó sin resistencia,  
 “ Y que temió morir. Hubo romano  
 “ Que no supo en sus armas la defensa  
 “ De su vida encontrar, y ; por hallarla,  
 “ De la lid hizo paces. ¡ Oh vergüenza!  
 “ Oh gran Cártago, de la triste Italia 55  
 “ Con la oprobiosa ruina mas soberbia! ”



Habló, y es fama que, evitando el beso  
 De púdica consorte, y á su tierna  
 Prole de sí apartando, como esclavo  
 Fijó su rostro varonil en tierra;  
 Hasta que en el senado vacilante  
 Logró que su opinion prevaleciera,  
 Y que el duro consejo se siguiese,  
 Nunca por otro dado. Con presteza  
 Entónces sigue el desterrado ilustre  
 A los tristes amigos que le cercan.

60

Pues bien sabia que le preparaba  
 Extranjero verdugo muerte fiera;  
 Y sin embargo despidió á sus deudos,  
 Y al pueblo opuesto á su temida vuelta,  
 Como si á las campiñas de Venafro,  
 O si á Tarento á solazarse fuera,  
 De sus clientes en los largos pleitos  
 Obtenida la última sentencia.

70

75

NOTAS—*¿ Con que el soldado á quien mandaba Craso.*—Vers. 5. En los años 701 de Roma, marchó Craso contra los Partos con cien mil romanos, y pereció con sus mejores tropas. En 734, Augusto, sin combatir, obligó á Trates á que entregase las águilas romanas, y los soldados hechos prisioneros en la derrota de Craso. Debe advertirse que Persas, Partos, Medas, son nombres de una misma nacion, usados promiscuamente por Horacio con mucha frecuencia.

*El guerrero Marso, el guerrero de Apulia*—Vers. 910. Ya se há dicho en otra ocasion que los Marsos habitaban el pais hoy llamado Ab uzo: la Apulia se llama Pulla en el dia  
*De los broqueles sacros.*—Vers. 15. (Anciliorum.) Llamaban los romanos *ancilia* á los broqueles sagrados, depositados en el templo de Marte. Decian que uno de ellos habia caido del cielo en el reinado de Numa.

*La torpe condiccion de su rescate.*—20. Régulo, uno de los heroes de la primer guerra púnica, fué hecho prisionero al fin por los cartajineses. Estos le enviaron á Roma, con condicion de que volviera, si el senado romano no pasaba por un tratado, en el que, entre otras condiciones desventajosas para la república, entraba la de rescatar con oro á los prisioneros. Régulo aconsejó que no se admitiesen semejantes proposiciones; el senado las desechó, cediendo á su dictamen, y aquel republicano volvió nuevamente á poder de sus enemigos, quienes le dieron una muerte atroz. El discurso que Horacio pone en boca de Régulo, es uno de los mas bellos trozos de aquel grande lírico

## ODA IX DEL LIBRO III

---

Díálogo entre el Poeta y Lidia

HORACIO

Mientras yo te agradaba,  
Y á tu cuello nevado  
Rival afortunado  
Sus brazos no enlazaba,  
Era mas venturoso  
Que el monarca de Persia poderoso.

LIDIA

Mientras que tú estuviste  
Solo en mi llama ardiendo,  
Ni á Lída posponiendo,  
A Clöe preferiste,  
Era mas afamada  
Que la romana Ilia renombrada.

HORACIO

Tan solo me enamora  
Hoy Clöe la de Trácia,  
La de cantar con gracia,  
Y cítara sonora:  
Yo por ella muriera  
Si la Parca mas vida así le diera.

LIDIA

Por Cálais el Turino  
 Mi corazon se inflama,  
 Y en recíproca llama  
 Ardemos de contino:  
     Yo dos veces muriera,  
 Si la Parca mas vida al jóven diera.

HORACIO

¿ Y si al pecho volviese  
 Aquel mi amor primero?  
 ¿ Si fuerte, como acero,  
 Su yugo nos uniese?  
     ¿ Si á Clöe despidiera,  
 Y mi puerta otra vez á Lída abriera?

LIDIA

Aunque él es mas hermoso  
 Que un astro, y tú lijero  
 Como la arista, y fiero  
 Como mar borrascoso,  
     Contigo viviria  
 Y contigo contenta moriria.

---

# ÍNDICE

---

PÁJINAS

---

## AÑO DE 1817

Mi inclinacion primera.....	5
A un sueño.....	7
Mi pasion.....	11
Fragmentos de La Elvira.....	17

## AÑO DE 1818

Al triunfo de nuestras armas en los llanos del rio Maipo, el dia 5 de Abril de 1818.....	45
El elojio de los señores Jenerales, D. José de San Martin y D. Antonio Gonzalez Balcarce, por el triunfo de nuestras armas á su mando, en los llanos del rio Maipo el 5 de Abril de 1818.....	51
Délia sobre todas.....	61
El motivo de mi constancia.....	65
Mi motivo de hacer versós.....	67
Mis designios frustrados.....	69
A un amigo en su larga enfermedad.....	73

## AÑO DE 1819

El enojo.....	79
A Lafinur.....	83
El amor.....	89
El jardin de Délia.....	91

## AÑO DE 1820

A un amigo en la muerte de su padre.....	95
En la muerte del Exmo. S. Jeneral D. Manuel Belgrano....	103

## AÑO DE 1821

A la libertad de Lima, por el ejército libertador del Perú, al mando del Exmo. señor Jeneral D. José de San Martín, el día 10 de Julio de 1821.....	109
En elojio de mi amigo D. Estévan de Luca, por su <i>Canto lírico á la libertad de Lima</i> , publicado en Buenos Aires, en Octubre de 1821.....	117
A D. Juan C. Varela, por su elojio á mi canto lírico sobre la libertad de Lima. (Poesia de Luca).....	123
Mis recuerdos en la ausencia.....	127

## AÑO DE 1822

A Délia, despues de la ausencia.....	133
La reconciliacion.....	139
Al incendio del pueblo de Cangallo, en el Perú, ejecutado por el Jeneral español Carratalá, y aprobado por el virrei. La Serna, en decreto de 11 de Enero de 1822.....	145
La gloria de Buenos Aires.....	147
En honor de Buenos Aires.....	151
La supersticion:.....	157
Al bello sexo de Buenos Aires.....	161
Sobre la invencion y libertad de imprenta.....	165
A la juventud arjentina.....	175
Profecia de la grandeza de Buenos Aires.....	181
Epigramas.....	189

## AÑO DE 1823

Cancion para las jóvenes de la academia de música, en la celebridad del 25 de Mayo.....	191
---	-----

	PÁGINAS
La corona de Mayo.....	195
A la paz.....	203

## AÑO DE 1825

En un convite de amigos: con motivo del triunfo de Ayacucho	213
La Gazeta.....	219

## AÑO DE 1826

Al armamento de la República Arjentina, contra el emperador del Brasil, Pedro I.....	223
Al aniversario del 25 de Mayo.....	227
Cancion marcial.....	231

## AÑO DE 1827

Al Jeneral Brown; en una reunion de amigos.....	235
Cancion.....	237
En el regreso de la expedicion contra los indios bárbaros, mandada por el coronel D. Federico Rauch.....	243
Campaña del ejército republicano al Brasil, y triunfo de Ituzaingó. Canto lírico.....	249

## AÑO DE 1830

A las Musas.....	273
A Délia desde mi destierro.....	281
De mi muerte.....	285
En un convite de amigos, en el aniversario del 25 de Mayo...	287
La matrona de Efeso. Cuento, traducido de La Fontaine.....	291

## AÑO DE 1831

A mi lira.....	303
Traduccion de algunas ódas de Horacio, Oda I del libro I....	313

	<u>PÁJINAS</u>
Oda XV del libro I.....	317
Oda XXXIV del libro I.....	320
Oda V del libro III.....	322
Oda IX del libro III. Diálogo entre el poeta y Lidia.....	425

---

# D I D O

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

POR

JUAN CRUZ VARELA

1 8 2 3





# ACTORES

---

DIDO,           Viuda de Siquéo, y Reina de Cartago.  
ANA,            Hermana de Dido.  
ENEAS,         Rey elejido por los Troyanos que escaparon del incendio  
                  de su patria.  
NESTEO,        } Dos de los gefes Troyanos.  
SERGESTO,     }  
BARCENIA,     Dama del Palacio de Dido.

La escena es en Cartago, en un salon del Palacio de la Reina.

---



# AL SR. D. BERNARDINO RIVADAVIA

MINISTRO DE GOBIERNO Y RELACIONES ESTERIORES

---

Señor:

*En una época en que todo marcha en nuestro país rápidamente hacia la perfección, cada individuo particular se siente arrebatado del movimiento común, y sus ideas insensiblemente se elevan. Mi pobre musa también ha sido envuelta en esta revolución general; y olvidándose que, cuando más, solo puede serle permitido el tocar la lira, ha tenido la audacia de aspirar á mayor sublimidad, y se atreve á ofrecer á V. S. su primer ensayo en la tragedia. He meditado tanto sobre este género de composiciones, y estoy tan penetrado de las dificultades que ellas presentan aun á los mejores poetas, que conozco que hay algo de temeridad en haber emprendido esta obra: pero dedicándola á V. S.*

“¿QUID TENTASSE NOCEBIT?”

*La indulgencia con que V. S. ha mirado siempre mis composiciones en otro género, me ha inspirado esta confianza. Mi DIDO será feliz si, en alguno de los ratos que dejen á V. S. libres sus vastas atenciones, consigue escitarle ese dulce placer que nace de saber sentir. Por lo demás, yo quisiera que mi temeridad sirviera de estímulo á algunos de nuestros jóvenes privilegiados por la naturaleza; que ejercitaran sus talentos en el drama; y que algún día una musa argentina llegue á merecer que se diga de ella;*

“SOLA SOPHOCLEŒ TUA CARMINA DIGNA COTHURNO.”

*Tengo el honor de ser con el mas profundo respeto*

• Señor:

*Atento servidor*

Juán Cruz Varela

---



# DIDO

## TRAGEDIA EN TRES ACTOS

---

### ACTO PRIMERO

---

#### ESCENA I

Nestéo, Sèrgesto

SERGESTO

Fuera mengua, en verdad, si hubiera Enéas  
Formado tal designio: mas, Nestéo,  
¿No miras tus sospechas disiparse  
Bien como el humo se disipa al viento?  
El amor á la gloria y á la fama  
Es superior á todo; y los inciensos  
Que los héroes ofrecen, nunca suben  
En honor de otro Dios, ni en otro templo.  
Dido es hermosa, es reina; nuestras naves  
En paz amiga recibió en sus puertos;  
Y desde aquella noche, en que, pendiente  
De los lábios de Enéas, el suceso  
Oyó de Troya, y nuestros crudos males,  
La flecha del amor hirió su pecho.  
Todo es verdad: pero jamás podria  
Nuestro rey humillarse hasta el extremo  
De olvidarse á si mismo, porque Dido

No se acuerda de sí. Nunca, Nestéo,  
 Me quise persuadir que el mismo Enéas  
 Manchase así la historia de sus hechos.  
 En fin, ya tú lo ves: nuestros bajeles  
 Las velas hoy ofrecerán al viento;  
 Y mañana la Aurora, al levantarse,  
 Nos verá en alta mar, lejos de un puerto  
 Do se respira un aire ponzoñoso  
 Destructor de la gloria, y en que el tiempo  
 En ócio muelle y femenino halago  
 Se pierde sin honor y sin provecho.  
 Enéas juntamente con nosotros  
 Se lanzará á la mar; él el primero  
 En paz serena afrontará el peligro,  
 Y á insultar á la muerte aprenderemos.

## NESTEO

Mi sospecha, Sergesto, si crecía,  
 Era porque crecía mi deseo  
 De abandonar cuanto antes unas playas  
 Que á los Troyanos ha negado el cielo.  
 Los restos de Ilion son destinados  
 Para dar nueva forma al universo,  
 Y hacer que las edades venideras  
 Repitan con asombro nuestros hechos.  
 ¿Que debía yo creer, cuando miraba  
 Pasarse tantos soles, y con ellos  
 Enéas entregarse á los placeres  
 Que, de la reina en el delirio ciego,  
 Le ofrece este palacio?—Es necesario  
 De bronce duro amurallarse el pecho  
 Contra el halago de mujer que adora,  
 Contra la astucia del amor artero.  
 Enéas lo hizo ya: cuando la noche  
 Cielos y tierra con oscuro velo  
 Cubra, y entregue los mortales todos  
 Al letargo pacífico del sueño,

Entonces nuestras naves silenciosas  
 Al mar se confiarán: tal es al menos  
 La orden que Enéas á Cloanto diera  
 Cuando á su estancia lo llamó en secreto  
 Al rayar este día, en que la gloria  
 A mostrársenos vuelve.—Yo, Sergesto,  
 Reviví con la nueva; y de mi engaño  
 Yo solo sé con que placer he vuelto.  
 Otra vez en Enéas hallo al héroe  
 Que, de mi patria en el fatal incendio,  
 Me enseñó en una noche solamente  
 Como puede un mortal hacerse eterno.

## SERGESTO

Siempre debiste hacer esa justicia  
 Al mérito de Enéas. Tantos hechos,  
 Tantas proezas, y un renombre claro  
 No se mancillan pronto, y mucho menos  
 Por el débil amor, cuyos placeres  
 Tan solo afectan femeniles pechos.

## NESTOR

Cuando inundaron los troyanos campos  
 Las falanges inmensas de los griegos,  
 Tres lustros no contabas, y de entonces  
 Sonó en tu oído de la guerra el éo.  
 Diez años de un combate continuado  
 A la ruina de Troya precedieron,  
 Y, en tan largo período, el pecho tuyo  
 Solo en justa venganza estuvo hirviendo.  
 Gritos feroces, moribundos ayes,  
 Ríos de sangre, asolación y muertos,  
 Tal era el cuadro de la patria nuestra  
 En tantos días de furor inmenso;  
 Y tal escuela á conocer no enseña



El corazón del hombre.—Yo, Sergesto,  
 Con pocos años mas de los que cuentas,  
 Sé cuanto puede amor. Cuando los griegos  
 Vinieron sobre Troya, las troyanas  
 Solamente bastáran á vencerlos,  
 Si los griegos tuvieran corazones  
 Que no fueran de tigres ó de acero.  
 Cuando yo á Aquiles conocí, y á Ulises,  
 Y á los dos hijos del soberbio Atréo,  
 Ya habia conocido la violencia  
 Con que arde á veces del amor el fuego,  
 Y cuan difícil es ahogar su llama  
 A quien se goza con su mismo incendio.  
 Por esto, amigo, cuando ya seis lunas  
 Ha que pisamos de Cartago el suelo,  
 Sin que hasta hoy Enéas se acordase  
 De su honor y de Itália, en el silencio  
 Mi sospecha oculté: pero he temido  
 Que en el altar de amor quemára incienso,  
 Y que la gratitud de ser amado  
 Amante lo tornára, posponiendo  
 Su antigua gloria, y la mayor que resta  
 Con llenar del destino los decretos.

## SERGESTO

Pues de otro modo há sido.—El Sol ya brilla (\*)  
 Sobre la cima de los altos cerros  
 Que á Cartago dominan: el instante  
 Es ya llegado en que cumplir debemos  
 La órden que, por medio de Cloánto,  
 Enéas nos ha dado. Con secreto  
 De nuestra pronta fuga, y de la hora  
 En que es preciso concurrir al puerto,  
 Avisemos á todos los troyanos:

(\*) Dice esto como en actitud de mirar afuera por alguna ventana del salon.

Y do el honor nos llama, allá volemos,  
Y nunca Énéas sienta haber nombrado  
Por uno de sus jefes á Sergesto.

NESTEO

Vamos, amigo.—¡ Malhadada reina ! (\*)  
¡ Cuanto tu suerte y tu dolor lamento (†)

ESCENA II

D i d o , A n a

DIDO

¡ Ay, Ana ! Tú lo sabes : la primera  
Te abrí mi corazon ; y mi secreto,  
Hasta que el fondo te mostré del alma,  
Tus ojos penetrantes no leyeron.  
Mi ardor no es obra tuya : yo no imputo  
Ni imputaré jamás á tus consejos  
El repentino estrago de esta llama  
Que ya en pavezas convirtió mi pecho.  
Frenética era ya, cuando tu lengua  
Aun no aprobára mi furor inmenso,  
Ni tu cariño á la infelice Dido  
Te hiciera tolerables sus excesos.  
Esta insana pasion me lleva toda,  
Y todo abrasa cuanto en torno veo.  
¿ Será que tal volcan, Ana querida,  
En mi daño los Dioses encendieron ?  
Perdona á mi dolor : deja que llore,  
Y derráme mis ansias en tu seno . . . .  
Yo no sé, yo no sé que abismos hondos  
Cabarse bajo de mi planta siento. (‡)

(\*) Aparte.

(†) Se van los dos.

(‡) Se inclina unos instantes en el seno de su hermana.

¿ De cuándo acá, mi Dido, ese lenguaje  
 De desesperacion ? ¿ esos afectos  
 De uua inquietud ansiosa y affigente,  
 Contrarios hoy á los de ayer serenos ?  
 Troya y Enéas en igual renombre  
 Sonaban en Cartago, y el incendio  
 De la ciudad mas populosa de Asia  
 Ya llenaba de asombro el universo.  
 Tú admirabas al héroe que, entre llamas,  
 Penates, padre, esposa, el hijo á un tiempo  
 Supo salvar con valerosa mano ;  
 Sin que de Atridas los soldados fieros,  
 Ni los horrores de la noche infanda  
 Pudieran contrastar su noble esfuerzo.  
 Tú lo admirabas ; y en las nuevas salas  
 Sirven de adorno á tu palacio régio  
 Los animados lienzos, do trazaron  
 Tantas hazañas los pinceles diestros.  
 En ellos ¡ cuantas veces hemos visto  
 Entre escombros, y ruina, y humo, y fuego,  
 Vibrar de Enéas la tremenda espada,  
 Y circundar mil muertes á los griegos !  
 Allí se mira entre falange espesa  
 Las puntas despreciar de cien aceros,  
 Solo animar desesperanzada hueste,  
 Solo triunfar del bárbaro Androgéo  
 Y vengar solo los airados manes  
 De los fuertes de Ilion, que perecieron  
 En el largo período de diez años  
 Contra toda la Grecia combatiendo.  
 ¡ Dido ! tú lo mirabas ; y el destino  
 Todavía ocultaba entre sus velos  
 Del grande Enéas la futura suerte,  
 Y tu suerte tambien ; ni al pensamiento  
 Pudo venir jamás que nuestras playas  
 Vieran de Troya los preciosos restos.

Ellos se fiaron á merced del ponto ;  
 Y al ponto amotinaron tantos vientos  
 Cuantos de Juno á la inmortal venganza  
 Y al eterno rencor obedecieron.  
 Otro Dios los salvó: las rotas naves  
 Arribaron por fin á nuestros puertos,  
 Y Enéas á tus ojos se presenta  
 Muy mayor que su fama.--Cuando el cielo  
 Se ocupa de un mortal, y lo reserva  
 Para obrar sus prodijios ¿ qué recelo  
 Puede inspirarte la pasion mas digna  
 Que abrigára jamás humano pecho ?  
 ¿ Temes amar lo que los Dioses aman ?  
 ¿ O son que Dido las Deidades menos ?

## DIDO

¡ Ay, hermana ! perdona . . . no es mi llama,  
 Es mi destino cruel al que yo temo.  
 Yo le ví, tú le viste ; y era Enéas,  
 Mas que un mortal, un Dios ; hijo de Vénus,  
 Amable, tierno, cual su tierna madre,  
 Grande su nombre como el universo,  
 Me miró, me incendió ; y el lábio suyo,  
 Trémulo hablando del infausto ruego  
 Que devoró su patria, mas volcanes  
 Prendió con sus palabras aquí dentro,  
 Que en el silencio de traidora noche  
 Allá en su Troya los rencores griegos.  
 Amor y elevacion eran sus ojos,  
 Elevacion y amor era su acento ;  
 Y, al mirar, y al hablarme, yo bebía,  
 Sedienta de agradarle, este veneno  
 En que ya está mi sangre convertida,  
 Y hará mi gloria ó mi infortunio eternos.  
 Al principio dudé si el pecho mio  
 Sería digno de su heróico pecho.

No he fijado, aunque reina, las miradas  
 De los moderadores de los cielos ;  
 No soy mas que mortal ; y yo creía  
 Ver brillar en Enéas un reflejo  
 De aquella lumbre celestial, que pasa  
 Del rostro de los Dioses al de aquellos  
 Que su amor soberano arrebataron,  
 O de tan alto origen descendieron.  
 Mi temor era justo ; pero pronto  
 No pudo mas el alma obedecerlo,  
 Y cedió á su pasion : los ojos mios  
 Declararon por fin al extranjero  
 El arñor que en mis venas discurría,  
 Penetrando sutil hasta los huesos.  
 Su corazon, hermana, solo es duro  
 Enfrente de la muerte, cuando lleno  
 De corage sañudo en los combates,  
 La venganza y furor hinchán su pecho :  
 Pero, al lado de Dido, si es que pudo  
 Resistir al amor, no quiso al menos  
 Negar el paso á los ardores mios,  
 Y los dejó llegar hasta su seno.  
 Mil de veces pedíle en ruego blando  
 Que me quisiera referir de nuevo  
 Los hados de su patria, y mil de veces  
 Los escuché con redoblado anhelo.  
 ¡ Astúcias de mi amor !—Mientras su lábio  
 Pendiente me tenía, yo en los besos  
 Me gozaba de Ascánio, y en el hijo  
 Encontraba á su padre mi deseo.  
 Todo fué Enéas para mí de entonces ;  
 Enéas eran mis dichosos sueños,  
 Enéas era mi vijilia ansiosa,  
 Y mi palacio, de su nombre lleno,  
 Y Cartago tambien, de mis furores  
 Testigo todos con asombro fueron.  
 Esta ciudad reciente, cuyos muros

Empeñé con afán, de su cimiento  
 No los vé ya subir; los torreónes  
 Que elevar á las nubes se debieron,  
 Para defensa de Cartago un día,  
 Apenas se alzan del nivel del suelo;  
 E, interrumpidas ya las obras todas,  
 Mi sola ocupacion es mi amor ciego.  
 Pero ayer . . . ; ay hermana ! . . . los destinos,  
 Los destinos de Dido la perdieron  
 No nací para tanto . . . ; Nunca, nunca,  
 Llegáran sus bajeles á mis puertos.  
 Y nunca, nunca tu infeliz hermana  
 Sufriera tan atroz remordimiento !  
 ¡ Ay, Ana ! ¿ Ya lo sabes ? ¿ Qué querias  
 De una flaca muger, contra el incendio  
 Que, entre la sombra de callada selva,  
 La abrasaba en presencia de su objeto ?  
 ¡ Día de perdicion ! ayer luciste.  
 ¡ Silencio de los bosques ! ¡ Oh silencio  
 Peligroso al pudor ! Deja que oculte  
 Mi vergüenza, Ana mia, y mi secreto. (\*)

ANA (†)

¿ Y así rehusas nuevamente abrirte  
 A la que sola te dará consuelos ?  
 Ignoro tu pesar : pero ¿ en que parte  
 Vas á encontrar alivio á tu tormento,  
 Si en mi seno amoroso y compasivo  
 No quieres descargar su enorme peso ?  
 Quanto mas delicada, es mas espuesta  
 Una intensa pasion á contratiempos,  
 Y quanto mas incendio, mas temores  
 Tal vez circundan los amantes pechos.

(\*) En ademan de irse.

(†) Deteniéndola.

Háblame, Di lo; que quizá tu llanto  
 Discurre en vano por tu rostro bello;  
 Y quizá en vano se atormenta un alma  
 Que debiera nadar entre contentos.  
 Las veces de razon, querida hermana,  
 La amistad hace en los amantes ciegos,  
 Y la mia merece lo que anhela,  
 Porque no anhela mas que tu sosiego.

DIDO

Ver no quiero, Ana mia, convertidos  
 Tu amistad y cariño en menosprecio.  
 Si desato mi lengua, y en su claro  
 Te pongo el corazon, todo tu afecto  
 Se cámbia en ódio á la infelice Dido,  
 Y todo, todo, hasta mi hermana pierdo.  
 Ya se vengaron los airados Dioses,  
 Y ya el castigo de mi culpa siento:  
 No aumentes mi dolor con la verguenza  
 De confesar yo misma mis excesos.  
 No me creí culpable; pero anoche  
 Crímen y pena me ha mostrado un sueño,  
 Y estoy abandonada á la venganza,  
 A la justa venganza de los cielos.  
 No me aborrezcas, Ana, en mi desdicha,  
 Que bastante yo misma me aborrezco.

ANA

¡ Ingrata! ¡ ingrata! ¿ Alguna vez por suerte  
 Te faltó mi amistad? ¿ ó en largo tiempo  
 El dolor te amargó, sin que mi mano  
 Derramára dulzuras en tu seno?  
 ¡ Aborrecerte yo! ¿ Pudiste, Dido,  
 Así ofenderme, cuando no te ofendí?  
 ¿ Este retorno á las finezas mias  
 Debiste prepararme, ó yo temerlo?

Si Enéas y su amor te ocupan toda,  
Y si él solo te basta, por lo menos,  
La amistad de tu hermana merecía  
Un galardón mejor que tu desprecio.

DIDO

No insultes mi dolor, ni más agravies  
Un tierno corazón, en que reservo  
La sola parte que á mi hermana toca  
Sin entregarla al que prendió este fuego.

ANA

¿Y en que te obstinas, ó por que no admities  
La sola mano que te dá el remedio ?

DIDO

No hay remedio, querida ; si mi labio  
El misterio revela, no por eso  
Esperes aliviar las ansias mías.

ANA

Te ayudaré á sentir, si más no puedo,  
Y ¡ que dulce es llorar, cuando se mezclan  
Lágrimas de amistad al llanto nuestro !

DIDO

¿ Lo quieres ? Está bien. ¡ Así quisiera  
Mis ansiedades aquietar el cielo !  
Oye la causa de mi mal, y mira  
Si te sabré querer, cuando me atrevo  
A descubrirte la vergüenza mía.  
¡ Oh ! ¡ si como es oculta al universo,  
Así lo fuese á las Deidades todas  
Cuya venganza desde anoche temo,  
Y que en sueño espantoso me mostraron  
Que fui culpable, sin pensar en serlo !



Sal; vé si alguno el importuno paso  
 Hacia esta estancia mueve, y al momento  
 Hazlo retroceder, no siendo Enéas.  
 El solo escuchar puede los tormentos  
 Que desde anoche el corazon desgarran;  
 El solo puede, pues por él padezco. (\*)

## ESCENA III

D i d o ( s o l a )

DIDO

¿ Qué la voy á decir? ¿ Por dó mi lengua  
 Primero empezará? Sino refiero  
 El crimen que me abrumba, ni la causa  
 De mis terrores referirla puedo.  
 ¡ Crimen! Enéas es esposo mio:  
 Si decirlo á la faz del orbe enterero  
 De mi estrella el rigor no me permite,  
 Testigo ha sido de mi union el cielo.  
 En el fuego del rayo que cruzaba  
 Prendió su antorcha el plácido himené ),  
 Fué nuestro altar un álamo del bosque,  
 Y la selva frondosa nuestro templo.  
 ¡ Crimen! Mi corazon exento y libre  
 Quedó desde la muerte de Siquéo;  
 Y si no quise darlo al duro Yarbás,  
 Al blando Enéas entregarlo puedo. . . .  
 Mas, Dido, tú deliras. . . . te fascinan  
 Tu pasion miserable y tu deseo.  
 Si la culpa no és tnya ¿ cómo anoche  
 ¡ Criminal! ¡ criminal! te dijo el cielo?  
 ¿ Y cómo tu razon, cuando volviste  
 Del horrífico espanto de aquel sueño,  
 Te empezó á condenar, y te condena  
 Siempre que á la razon das un momento?

(\*) Ana se va.

¡ Dioses, que el fondo de mi pecho visteis,  
 Y las ansias mirais en que peléo !  
 ¿ Sois Dioses sin piedad ? . . . ¿ y abandonada  
 Podré verme de Enéas ? . . . ¿ será cierto  
 Lo que entre sombras ví ?—Vuelve, querida ;  
 ¡ Ay, Ana ! vuelve, y me darás consuelo. (\*)

## ESCENA IV

D i d o , A n a

ANA

Nadie se acerca, hermana : del palacio  
 Dicen que Enéas se ausentó, al momento  
 Que el primer rayo, precursor del día,  
 Con oro el horizonte fué vistiendo.  
 Cloánto iba con él, y á poco rato  
 Nestéo, añaden, que salió, y Sergesto. (†)  
 Es rara esta conducta, yo á Barcénia  
 Encargué que indagára con secreto  
 El motivo que pueda ocasionarla,  
 Y que á informarnos regresara luego.  
 Mas no vendrá tan pronto que no puedas . . . .  
 Pero, Dido, ¡ que extraño abatimiento !  
 Héme á tu lado nuevamente, amiga ;  
 Deposita tus penas en mi pecho ;  
 Que, si acaso aliviarte no me es dado,  
 Sabré contigo perecer al menos.

DIDO

¡ Cruel ! ¡ cruel !—¿ Qué nueva me has traído ?  
 ¡ Qué puñal, sin saberlo, hasta mi seno . . . .  
 ¿ Lo vés ? ¿ lo vés ? . . . ya se cumplió . . . . No habia  
 La luz del sol esclarecido el cielo,

(\*) Dice esto como llamando á su hermana; y, en acabando de hablar, quedará la escena en silencio por un breve rato, pasado el cual Ana se presentará en ella.

(†) Mientras Ana está refiriendo esto, Dido mostrará su sorpresa y su inquietud.

Cuando Enéas . . . ¡ oh Dios!—¿ Y donde ha ido?  
 ¿ A qué fin á la aurora, y en silencio,  
 Del palacio salir?—¿ Qué nuevos pasos!  
 ¿ Qué no debo temer de este misterio!  
 ¿ Ves como erá verdad; verdad terrible,  
 La que anunciaba mi horroroso sueño?

## ANA

Depon, querida, turbacion tan grande.  
 ¿ Qué sueño es ese, que á tan duro extremo  
 De dolor te arrebata?—Ya no es justo  
 Atormentarme mas con tu silencio.

## DIDO

Pues oye, y tiembla, como yo he temblado,  
 Y vé si encuentras á mi mal remedio.  
 Desde que Enéas arribó á mis playas  
 No tuve mas afan que complacerlo,  
 Estudiar sus miradas, sus acciones,  
 Anticiparme á todos sus deseos,  
 Idolatrarlo, en fin.—Diestro en la flecha,  
 Era la caza su mayor recreo;  
 Y tú me has visto las mañanas todas  
 Acompañarle por el bosque espeso,  
 Por la llanura de los verdes valles,  
 Y por la cumbre de los altos cerros.  
 Ayer sereno, como nunca, el dia  
 En oriente lució: los compañeros  
 De Enéas, los magnates de mi corte,  
 Y Ascánio mismo, con nosotros fueron.  
 Mas, no bien se esparciera por los campos  
 El venatorio bando, cuando el trueno  
 Empezó á retumbar y en negra nube  
 Cubrirse el sol, y encapotarse el cielo.  
 Ardiendo el rayo sin cesar cruzaba,

Y el aire todo convertido en fuego,  
 El miedo santo á las eternas causas,  
 El pavor inspiraba, y el respeto.  
 Toda !a comitiva disipóse ;  
 Y en las cabañas, ó en los hondos senos  
 De las cavernas dó las fieras moran  
 Buscaron un asilo los dispersos.  
 A Enéas y á tu hermana un bosque amigo  
 Amparo les prestó, y en su silencio  
 Solo la voz de amor fué triunfadora,  
 Y empezó á resonar dentro del pecho.  
 Ana, si Dido fué culpable, ha sido  
 Cómplice de su culpa el mismo cielo.  
 El suspendió sus rayos y sus iras  
 En el momento que en el bosque espeso  
 Penetró nuestra planta ; cual si fuera  
 La tormenta terrible, de himenéo  
 La precursora pompa. Aquel instante  
 Estalló mi volcan, y . . . . ¿qué te puedo  
 Decir yo con mi voz, que no te diga  
 Mejor que con mi voz, con mi silencio ? (\*)

ANA

Prosigue, Dido: de tu blanda hermana  
 No esperes otra cosa que consuelos.

DIDO

Tal es mi culpa, si llamarse culpa  
 Puede el amor, y la pasion que debo  
 A un héroe que ya miro como esposo,  
 Y que sin duda ló es . . . . pero yo tiemblo  
 Al recordar la noche que ha seguido  
 A un dia que empezó tan placentero.  
 Llegó la hora en que recibe á todos

(\*) Dirá esto cubriéndose el rostro, como avergonzada.

--

En paz amiga el regalado sueño,  
 Y en que los miembros fatigados hallan  
 El plácido descanso en blando lecho.  
 No bien entré en el mio, y mis sentidos  
 Ocupaba el sopor, cuando del templo  
 Donde reposan en la yerta tumba  
 Las frías cenizas de Siquéo,  
 De repente las bóvedas temblaron;  
 Y, arrojando con furia el pavimento  
 Las lozas sepulcrales, fué mi esposo  
 Entre los descarnados esqueletos  
 El que primero conmovióse miro,  
 Y acercarse hácia mí con paso lento.  
 Su mirar era horrible, y en mi oído,  
 Sonó ronca su voz, cual suena el trueno,  
 Cuando, de monte en monte retumbando,  
 Lejos se escucha resonar el éco.  
 “ ¡ Perjura ! ” (dijo), y al decirlo airado,  
 Me arrancó con violencia de mi lecho,  
 Y, llevándome al borde de su tumba,  
 “ Este es (añade) tu debido premio.  
 “ Has roto el juramento sacrosanto  
 “ Que pronunciaste al espirar Siquéo,  
 “ Y que oyeron los Dioses infernales,  
 “ Que presiden la muerte y el silencio :  
 “ Ven á sufrir tormentos espantosos  
 “ En la mansion callada de los muertos. ”  
 Sus palabras horrisonas entonces  
 Los cadáveres todos repitieron,  
 Y ya lanzaban en la horrenda huesa  
 A tu hermana infeliz, cuando su acento  
 “ ¡ Enéas ! (exclamó,) ven á librarme  
 “ De los horrores que por tí padezco. ”  
 A mi voz los espectros, silenciosos,  
 El mar me señalaron, y cubierto  
 De bajeles el mar, el mismo Enéas  
 Iba huyendo de Dido en uno de ellos.

Entonces desperté. y, abandonada  
 Al furor de las sombras, aquel sueño  
 Hubiera puesto término á mi vida,  
 Si en fuerza del pavor no me despierto.  
 Un sudor frio, anunciador de muerte,  
 Bañaba todos mis cansados miembros,  
 Y la imaginacion me presentaba  
 En cada nuevo instante horrores nuevos.  
 Al fin brilló la luz, que nunca, nunca  
 Ha tardado como hoy á mi deseo.  
 Ana, ya tú lo viste: el alba apenas  
 Apagaba su lumbré á los luceros,  
 Cuando volé á tu estancia; de la mia,  
 Y de mi lecho, y de mí misma huyendo.  
 Ya sabes mi delito y mis temores:  
 Si el primero no es tal ¡ pluguiera el cielo  
 Que estos no fuesen mas que sombra vana,  
 Y que volasen cual voló mi sueño!

ANA

¿Y así, Dido, te entregas al prestigio  
 De una ilusion soñada?—¡ Que!—¿ Los celos  
 Es tan fuerte pasion que sus furores  
 Lleve hasta las mansiones de los muertos?  
 A los que yacen en la tumba ¿ piensas  
 Que ni tú ni tu amor. . . .

DIDO

Sí; ya lo veo:  
 Mas, si nada hay comun`entre el que goza  
 La luz del dia, y el que fué; á lo menos  
 Es muy posible que un amante ingrato  
 A quien vive por él deje muriendo.

ANA

Mas ¿ qué razon á tus temores hallas?  
 ¿ Qué mudanza ves tú que yo no veo?

Esta es la hora, y este mismo el sitio  
 A que todos los días el primero  
 Concorre Enéas, y de aquí á la caza  
 Conmigo sale.—¿ Donde está ?—Yo temo  
 Que la primera vez que falta Enéas  
 No sé que me prepara de funesto.

## ANA

Tal vez no tardará: pero siquiera,  
 En tanto que el motivo no sabemos,  
 No anticipes tu mal. ¿ A quien, hermana,  
 Para ser infeliz le falta tiempo ?  
 Tu verás como Enéas. . . . mas Barcénia  
 Hácia aquí viene ya: todo el misterio  
 De su lábio sabrás; verás cual vuelves  
 A tu tranquilidad y tu sociego.

## ESCENA V

Dido, Ana, Barcénia

## DIDO

¿ Qué me dices Barcénia ?—¿ Son fundados,  
 O no debo dar crédito á mis sueños ?

## BARCÉNIA

No os comprendo, señora; ni tampoco  
 De comprender acabo lo que vengo  
 De escuchar y de ver: de nuestras playas  
 Hoy los troyanos se despiden creo.  
 Unos á otros en secreto se hablan,  
 En confuso tropel bajan al puerto,  
 Y Enéas, y Cloánto, y otros jefes,  
 Parecen ordenar un movimiento

Que debe hacer la armada. En tal conducta  
 Hay algo ciertamente de misterio :  
 Los tírios y troyanos ya no forman,  
 Como hasta el día de hoy, un solo pueblo ;  
 Desconfían, se evitan, y parece  
 Mostrarse mutuamente algun recelo.  
 Se habla de un modo vário de la causa  
 Que ha producido tan extraño efecto :  
 Todos se encuentran, se preguntan todos,  
 Y nadie sabe responder lo cierto ;  
 Pero yo temo que tal vez mañana . . .

DIDO (\*)

Basta, Barcénia.—¿ Y es posible, cielos,  
 Que así se burle, sin hallar castigo,  
 De una reina infeliz un extranjero ?  
 ¿ Qué mas hé de saber ¿ —¿ Hermana ! ¡ amiga !  
 Vé, dí á ese monstruo que deseo verlo,  
 Verlo la última vez : tú sola puedes  
 Librarme en tantas ansias : el perverso  
 A tí sola se abría, y te confiaba  
 Su doble corazon y sus secretos.  
 Ana, él te amaba, y á tu hermana triste  
 Mostraba solo su mentido fuego.

ANA

No mas insultes mi amistad, querida ;  
 Que ya bastante en tu dolor padezco.  
 Buscaré á tu enemigo ; mal hé dicho :  
 No lo será tal vez : . . . en fin, yo vuelo  
 A encontrarme con él : es imposible  
 Que quepa tal perfidia en tales pechos.

(\*) Prorumpirá con ímpetu, y su agitacion irá creciendo por grados hasta finalizar el acto.



Vé, vuela, llama al cruel : dile que Dido  
 Arde mas en su amor cada momento ;  
 Dile que se consumen mis entrañas  
 En destructor inapagable incendio,  
 Y que todo mi ser . . . no digas nada . . .  
 Deja que me abandone.—Yo ¿ qué pierdo  
 Si he perdido mi paz, mi dulce calma,  
 Y quizá mi virtud, por un perverso ?  
 La muerte nada mas . . . tal vez la hora  
 Es esta ya, en que, tranquilo y quieto,  
 Se lanzará á la mar, y de mi pena  
 Se burlará con otros, convirtiendo  
 Hácia Cartago la insultante vista  
 Y gozando en mi mal . . . ¿ Vés como el tiempo,  
 Ana mia, se vá ?—Vuela, querida ;  
 Pide, ruega, importuna : yo no creo  
 Que tanto mienta el exterior de un hombre . . .  
 ¡ Tórnelo yo á mirar, y parta luego !  
 Pero no huya de mí sin que mi lengua  
 ¡ Ingrato ! ¡ ingrato ! le repita al menos.

*Fin del acto primero.*

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA I

Enéas, Nesteo

ENÉAS

Era mejor que el corazón, amigo,  
Hecho de bronce ó de diamante fuera,  
Y que nunca, jamás, en él tuviesen  
Algun poder las impresiones tiernas.  
Mi trabajada vida ningún paso  
Me ofreció tan difícil; y más cuesta  
En la lucha de afectos encontrados  
Hacer que al corazón la gloria venza,  
Que insultar los peligros y la muerte  
En el ardor feroz de la pelea,  
Y arrollar con denodo imperturbable  
En negra noche las falanges griegas.  
¿Quién creería que un pecho acostumbrado  
A los horrores de la cruda guerra,  
Fuese pecho amador, blando, sensible,  
Que á los encantos del amor cediera?  
Ello es así.—De mi valor, Nesteo,  
El esfuerzo mayor es esta ausencia.  
Dido se quejará de su destino,  
Pero nunca de mí. Por donde quiera  
Lléveme el hado; mas la imagen suya  
Estará siempre en mi memoria impresa;

Que el amor no degrada, y nunca puede  
Ser generoso quien ingrato sea.

## NESTEO

La pasion de la reina es acreedora  
A una pasion igual, y si no fueran  
Las órdenes del cielo . . . .

## ENÉAS

No, Nestéo ;  
Es grande mi pasion, mas no me ciega ;  
Y yo estoy bien seguro de mi triunfo,  
Pues mi primer deber lucha con ella.  
La victoria es costosa, pero al cabo  
Siempre fué necesaria : estas riberas  
No son en las que un dia los troyanos  
Hallar su patria y su fortuna esperan.  
Las reliquias de Troya, reservadas  
Para formar una nacion soberbia,  
Deben solo fijarse en las regiones  
Dó el Tiber corre, y el Latino reina.  
El oráculo santo lo ha ordenado ;  
Y á nosotros, amigo, solo resta  
Obedecer al cielo, y engreírnos  
De ser los instrumentos que quisieran  
Los Dioses elegir, para que un dia  
Su voluntad suprema se cumpliera.  
Mas, aunque las Deidades sus designios  
Hubieran ocultado, nunca Enéas  
Pudiera permitir que tantos héroes  
Como han sobrevivido á la funesta  
Destruccion de su patria, peregrinos  
En la extension de la anchurosa tierra,  
Mendigasen asilos extrangeros,  
Y esclavos fuesen de una ley agena.  
Atravesando mares, é insultando

La muerte, la desgracia, y la miseria,  
 Debiéramos buscar de cualquier modo  
 Entre nuevos peligros, glorias nuevas.  
 La historia de los héroes pocos dias  
 Debe marcar oscuros, y la nuestra  
 Há de servir de ejemplo á las edades,  
 Por mas que cueste al corazon violencia.

## NESTEO

Tal es mi parecer; y el lábio mio  
 Jamás desmiente mi interior. Quisiera  
 Que, mudos los oráculos, dejáran  
 A nuestra sola decision la empresa  
 De conquistar la fama; y que la gloria  
 De un inmortal renombre la debieran  
 A sí mismos, no al cielo, los troyanos.  
 Mas, por mucho que el alma se poséa  
 De esta noble ambicion, no puedo menos  
 Que lamentar la suerte de una reina. . . .

## ENÉAS

Es justo, amigo: como tú lamento  
 Su desventura yo: ¿ni quien pudiera  
 Con mas razon dolerse de sus males,  
 Que el mismo que los causa? La demencia  
 De la pasion de Dido, sus transportes,  
 El fuego abraasdor en que se incendia,  
 Estériles no han sido, y á mi pecho  
 Harto cuesta el sentirlos.—Era fuerza  
 Esperar en Cartago á que volviese  
 La estacion mansa de la primavera,  
 Para lanzar á un mar desconocido  
 Nuestras pequeñas naves; y la reina  
 En todo este período ha fomentado  
 La infundada esperanza de que Enéas,  
 Prestándose por fin á un himenéo,

No saldría ya mas de estas riberas.  
 Su amor pasó á mi pecho, pero nunca  
 Su ceguedad pasó; ni de mi lengua  
 El dictado de esposa escuchar pudo,  
 Por mas que quiso que su esposo fuera.  
 Si yo no me debiese á los destinos,  
 Solo á Dido, Nestéo, me debiera;  
 Porque al cabo la amé, ni vendrá dia  
 En que de haberla amado me arrepienta.

## NESTEO

¡ Dificil posicion! Y ¡ cómo á veces  
 Los cuidados que el cielo nos dispensa,  
 Y el interés que en nuestra dicha toma  
 Suspiros mil al corazon le cuestan!  
 Mas por esto, señor, mejor sería,  
 Pues no hay otro remedio, que la ausencia  
 Fuese como la fuga, sin mostrarnos  
 Otra vez á la vista de la reina.  
 ¿ A qué fin esponeros á reproches  
 Que ciertamente la razon condena,  
 Pero que el corazon, por mas que luce,  
 Encuentra justos, y en silencio aprueba?  
 Bien veis que á Dido ni el amor de gloria  
 Ni el destino arrebató: amante y ciega  
 Ni escucha mas razon que su cariño,  
 Ni siente mas que su pasion intensa.  
 O ¿ quereis que, abatida, desolada,  
 Desperada despues, vuestra presencia  
 Encone mas la herida de su pecho,  
 Y se deje llevar . . . ; Señor! es fuerza  
 Que huyamos de una vez: en su delirio  
 Una muger amante todo atenta,  
 Y quien sabo si Dido . . . mas, vos mismo,  
 Al rayar este dia, con la idea  
 Estabais de partir sin ser notado.  
 ¿ Qué causa puede haber que asi convierta . . .

## ENÉAS

Es verdad, lo pensé ; mas yo creía  
 Ocultar nuestra fuga de la reina,  
 Y que su desengaño le viniese  
 Cuando, léjos del puerto nuestras velas,  
 Ni yo viera su llanto, ni ella misma  
 Que yo insultaba su dolor creyera.  
 Se frustró mi designio, el movimiento  
 En que están los troyanos, la presteza  
 Con que acuden al puerto, mi salida  
 Temprano del palacio, y la sorpresa  
 Que há causado á la reina el que este día  
 Faltase yo del sitio en que me espera  
 Para ir á la caza, han escitado  
 Su amarga duda, y su cruél sospecha.  
 Yo lo temí cuando en la playa misma  
 En medio del concurso ví á Barcénia,  
 Y la curiosidad que la agitaba ;  
 Y sin embargo resistí esta prueba :  
 Mas la hermana de Dido de repente  
 Ansiosa entre el tumulto se me acerca,  
 Me aparta de Cloánto, de su hermana  
 Me pinta la aficcion, llora, me ruega,  
 Y yo entonces prometo . . . ¿ Quién resiste  
 Consolar á su amante, cuando ella  
 No exige mas consuelos que la vista  
 Del causador de sus amargas penas ?  
 Le prometí volver ; hé vuelto, amigo,  
 Y ; ojalá que mi pecho no sintiera  
 Lo terrible del lance ! mas, al menos,  
 Yo puedo resistir . . .

## NESTÉO

Podeis ; pero ella  
 Ni sabrá, ni podrá : no son consuelos,  
 Son causas de furor las que la reina

En su delirio busca ; la esperanza  
 Aun quizá la promete . . . . ¿ Quién consuela  
 A una mujer frenética ? Es preciso  
 Que vuestra pronta fuga la convenza  
 Que ya no hay esperar : entonces puede  
 Que, por creeros ingrato . . . .

## ENÉAS

¿ Y yo debiera  
 Darla motivo para que algun dia  
 Me impute con razon nota tan fea,  
 Y recuerde mi nombre como el nombre  
 De un insensible, que el dolor desprecia ?  
 No, Nestéo ; hé de verla : estoy seguro  
 De no olvidarme de quien soy : la reina  
 Sabrá que, si la dejo, en ningun tiempo  
 La dejaría, si no fuese Enéas.  
 Pronto debe venir hasta este sitio :  
 Retírate, Nestéo : en la ribera  
 Que todo se prepare, y vuelve al punto  
 En que deba mi nave dar la vela. (\*)

## ESCENA II

D i d o , E n é a s (†)

## DIDO

¿ Pudiste, pérfido, esperar ; creíste  
 Que el disimulo tu maldad cubriera ?  
 ¿ Y así, callado, entre ignominia y llanto  
 Dejarme abandonada ?—¿ Menosprecias  
 El hospedage que te dí officiosa,

(\*) Se vá Nesteo.

(†) Al empezar esta escena habrá algunos momentos de silencio, en los que Dido mirará á Enéas con cierto aire de indignacion ; y este manifestará lo indeciso y difícil de su posicion actual. Al cabo Dido prorumpirá exaltado ; y en t da la escena ambos actores variarán de voz, de expresion y de afecto, segun lo que espresen los versos.

Y que pude no darte ? ¿ la obsecuencia,  
 La amistad de los tírios ? mas que todo,  
 ¿ La pasion impetuosa de una reina ?  
 ¡ Perjuro ! ¿ sabes lo que á mí me debes ?  
 ¿ O el burlarte en mi mal crees que á tu nombre  
 Puede añadir honor ?— ¡ Qué es esto, Enéas !  
 Mi amor, la mano que te dí de esposa,  
 Este fuego voráz, que por mis venas  
 Circula, y cunde, y me consume toda,  
 Sin dejarme sentir mas existencia  
 Que la que siento para amarte ¿ nada,  
 Nada es bastante para hacer que vuelvas  
 A contemplar á Dido, y los horrores  
 En que la dejas para siempre envuelta ?  
 Bien lo predijo mi espantoso sueño . . . .  
 La tumba, nada mas, la tumba yerta,  
 La venganza terrible de los manes,  
 Ese es el premio que mi amor espera.  
 Anoche yo te ví, te ví, perjuro,  
 Abandonar á Dido ; y Dido, en presa  
 A los espectros, y á la horrenda muerte,  
 Conoció tarde lo que amarte cuesta.  
 Yo te llamaba, y te llamaba envano :  
 Héme ya junto á tí : puedes siquiera  
 Librarme de tí mismo, de los males  
 Que, aun en idea, sin piedad me aterran.  
 ¡ Ingrato ! ¡ ingrato ! tan siquiera aguarda  
 A que, mas decidida, te prometa  
 Un viaje fácil la estacion propicia.  
 Un dia, nada mas, un dia espera.  
 Yo no pretendo que en Cartago siempre  
 Vivas, y reines, y á mi lado mueras :  
 ¡ O h ! ¡ si pudiera ser ! pero te ruego  
 Que un breve espacio, una pequeña tregua  
 Prestes á mi dolor, mientras mi pecho  
 A vivir muertes en la horrible ausencia  
 Se puede preparar ; mientras la suerte  
 A saber ser tan infeliz me enseña.



¿ Me lo podrás negar ?—¿ Tendrás acaso  
 De bronce el corazon ?—Parta mi Enéas,  
 Parta á su Itália, y en remotos climas  
 Un bello reino y una amante bella  
 Busque en buenhora ; pero déme al menos  
 Derramar mi dolor en su presencia ;  
 Y esta inmensa pasion siquiera logre  
 Que quien la vió nacer, un dia vea  
 Hasta donde llegó . . . —¡ Miserá Dido !  
 ¡ Oh Dioses !—¡ Que furor ! . . . —Y si tuvieras  
 Pecho de bronce, y corazon de roca,  
 ¿ Qué mas harías con tu amante ?—¿ Cierras  
 El labio mentidor ?—¿ Nada respondes ?  
 ¿ Llegar pudiste hasta esperar mi afrenta  
 Para entonces, malvado, y solo entonces,  
 Abandonarme así ?—¡ Oh luz funesta  
 La que ayer me alumbró !—¿ Por qué no vino  
 Una fiera del bosque . . . —¡ Oh Dios !—Tu lengua  
 Hora calla, traidor ?—Mejor callára  
 Cuando á tu amante en su delirio oyeras.  
 ¡ Cruel ! ¿ Y no se asoma por tus ojos  
 Ni mentida, una lágrima siquiera ?

## ENÉAS

¡ Dido ! ¡ Miserá reina ! Yo conozco  
 La razon de tu amor : jamás Enéas  
 Se olvidará de lo que á Dido debe,  
 Y de los males que por él la cercan.  
 Si yo solo de mí y de mis acciones,  
 Como tú de las tuyas, dispusiera,  
 Nunca tendrías que llamarme ingrato,  
 Por mas que fuese tu pasion violenta.  
 No es para mí la vida que los cielos  
 Con afan cuidadoso me dispensan :  
 Me débito á sus designios ; y el Olimpo,  
 Cuando escoje á un mortal, marca la senda

Por dó debe marchar, ni le permite  
 Un solo paso separarse de ella.  
 No es una sombra vana, no es un sueño  
 Al que obedezco yo, ¿ni quién pudiera  
 Así curarse de ilusiones tales ?  
 Un Dios es, Dido, quien á mi me ordena  
 Buscar entre peligros y borrascas  
 Mas allá de los mares otra tierra.  
 Un Dios es, Dido, quien mis pasos mueve :  
 A la Deidad, no á mí. . . .

DIDO

¡ Malvado ! ¿ Piensas  
 Que tambien no hay un Dios que á Dido cuida,  
 Y del perjúrio y la traicion la vengá ?

ENÉAS

No soy perjuro ni traidor, querida :  
 Si así te llama y te llamó mi lengua  
 Nunca, jamás, la desmintió mi pecho,  
 Donde tu imágen y tu amor se encierran.  
 Bastantes dias ya, bastantes dias  
 Me reclama la gloria, que debieran  
 Solamente en buscarla haberse empleado,  
 Si nunca ardido en tu querer hubiera.  
 Mis compañeros de infortunio, aquellos  
 Que quisieron ponerme á su cabeza,  
 Y llamarme su rey, desde el momento  
 En que, entre el fuego y la matanza griega,  
 Los libré del incendio de su patria,  
 Despues que el cielo decretó perderla ;  
 Esos han acusado con justicia  
 Mi estacion en Cartago : ellos esperan,  
 Confiados en la fé de los oráculos,  
 Que Itália admire de la Troya nueva  
 El naciente esplendor : yo mismo, Dido,

A acusarme llegué ; ni pudo Enéas  
Esperar á que un Dios lo concitára,  
Si no te hubiera amado con vehemencia.

DIDO

No insultes mas en mi presencia al cielo.  
¿ De cuando acá los Dioses aconsejan  
El perjúrio, el engaño ; y autorizan  
A que un mortal sacrílego se atreva  
A cubrir con su nombre sacrosanto  
Las abominaciones que detestan ?

ENÉAS

Siempre el perjúrio y la traicion me imputas,  
Cuando mis sentimientos no se mezclan  
Con crímenes tan feos.—¿ En que tiempo  
Su juramento ha quebrantado Enéas ?  
Tè juré que te amaba ; y te amo, Dido,  
Y te amaré, mientras la lumbré vea  
Del sol vivificante, y esta vida  
Me dispense el destino que me fuerza.  
Yo debí obedecerle, y fué por eso  
Que consentir no quise en que encendiera  
Himenéo su antorcha, y nuestras almas  
Por siempre uniese en ligadura eterna.  
Nunca mi esposa te llamé, ni nunca  
Se escapó de mis lábios una prenda  
De tamaño valor : te alucinaste,  
Y á los delirios de tu pasion ciega  
Diste una realidad, que . . . .

DIDO

Tú, tú mismo  
Me hiciste concebir tan lisongeras,  
Tan dulces esperanzas.—¿ Con qué objeto

Fomentabas mi llama, y en mis venas  
 El veneno fatal á cada instante  
 Vertian tus palabras halagüeñas?  
 Pero yo ¿ dónde voy?—¿ Cómo pretendo  
 Con llanto débil ablandar la peña  
 De que es formado el corazon de un mónstruo?  
 Mis lágrimas ¿ qué valen? . . . —nada . . . —aumentan  
 El triunfo del malvado, y, engreído,  
 Contempla mi dolor y lo desprecia.  
 ¿ Se le oye algun suspiro?—¿ Algun sollozo  
 Interrumpe su hablar?—Quiere que crea  
 Que lo violenta un Dios; como si fuesen  
 Los Dioses como Dido, que no piensa  
 En nada mas que en él; como si un hombre,  
 Un hombre solo interesar pudiera  
 A los que en lo alto de su gloria miran  
 Como nada los cielos y la tierra.  
 ¡ Un Dios!—¡ Blasfemo!—Parte; parte, inícuo;  
 La ambicion es tu Dios: te llama; vuela  
 Donde ella te arrebatara, mientras Dido  
 Morirá de dolor: sí: pero tiembla,  
 Tiembla cuando, en el mar, el rayo, el viento,  
 Y los escollos que mi costa cercan,  
 Y amotinadas las bramantes olas,  
 En venganza de Dido se conmuevan.  
 Me llamarás entónces, pero entonces  
 Morirás desoído.—Cuando muera  
 Tu amante desolada, entre los brazos  
 De tierna hermana espirará siquiera.  
 Y sus reliquias posarán tranquilas,  
 Y bañadas de llanto en tumba régia:  
 Pero tú morirás, y tu cadáver,  
 Al volver de las ondas, será presa  
 De los marinos mónstruos: é, insepulto,  
 Ni én las mansiones de la muerte horrenda  
 Descansarán tus manes.—Parte, ingrato,  
 No esperes en Itália recompensas

Hallar de tu traicion: parte; que Dido  
 Entonce al menos estará contenta  
 Cuando allá á las regiones de las almas  
 De tu espantable fin llegue la nueva. (\*)

ESCENA III

Enéas (solo)

ENÉAS

¡ Dido! ¡ Dido infeliz!!—Ya no me escucha.  
 La triste se abandona á la violencia  
 De su pasion fatal; y yo, que la amo,  
 ¿ Qué puedo hacer por mitigar su pena?  
 Nada me es dado; nada: yo conmigo  
 Me llevo su dolor; pero esta ausencia  
 Se juzga ingratitude; y mi memoria,  
 Manchada de una nota que detesta  
 Mi corazon sincero, será odiada  
 De la muger que adoro.—Mas valiera,  
 Sí, mas valiera que la suerte oscura  
 Me hubiese confundido entre la inmensa  
 Muchedumbre vulgar: mi nombre entónces  
 Cuando muriere yo, tambien muriera,  
 Sin emplearse la fama en trasmitirlo  
 De una edad á otra edad: empero, exenta,  
 Mi vida fuera mia, y mi cariño  
 No costára á mi amante lo que cuesta.  
 ¡ Oh cielos! El tormento que yo sufro  
 No deberia ser la recompensa  
 Del sacrificio doloroso y grande  
 Que á nuestra voluntad consagra Enéas.  
 Perdonadme, Deidades inmortales:  
 Pero, ya que me disteis resistencia  
 Para acallar los gritos de mi pecho,

(\*) Se vá con precipitacion.

Y no escuchar mas voces que las vuestras,  
 Mirad á Dido con piedad un dia ;  
 Y llegue á persuadirse que su amante  
 Hasta un extremo tal supo quererla,  
 Que á una pasion tan dulce, nada, nada,  
 Que no fueran los Dioses prefiriera.  
 Pero, Enéas : ¡ qué es esto !—¿ Tu cariño  
 Puede cegarte ya ? Sigue la senda  
 Que la gloria te marca : los troyanos  
 Te eligieron su rey ; toda la tierra  
 Está pendiente de un destino nuevo :  
 • Las esperanzas de los tuyos llena,  
 Cual debieras hacerlo, aunque el Olympo  
 No se dignára dirigir la empresa.  
 Mucho tarda Nestéo : nuestras naves  
 Pudieran ya partir ; nada interesa  
 El esperar la noche, porque Dido  
 Ya penetró el misterio. ¡ Que violentas  
 Son ya las horas que en Cartago pasan !  
 Mas ¡ que será ! La hermana de la reina  
 Hacia esta estancia se dirige. ¿ A mi alma  
 Nuevos combates por mi mal esperan !

## ESCENA IV

A n a , E n é a s

ANA

En nueva vez os busco, para daros  
 Por mi infeliz hermana nuevas quejas.  
 ¿ Era posible que en el pecho vuestro  
 Se anidára, señor, una dureza  
 Que el exterior desmiente, y que parece  
 No poderse hermanar con vuestras prendas ?  
 En mí no vereis llanto ; y esto mismo  
 Me cierra la esperanza. Al que no mueva  
 Las lágrimas preciosas de su amante

¿ Que podrá ya mover ? Pero, ¿ no piensa  
 El héroe de Ilion en la desgracia  
 De Cartago, los tiros, y la ruina ?  
 Cuando arribasteis vos á nuestros puertos  
 En hora fortunada, estas riberas  
 Recien dejaba el implacable Yarbas.  
 Bien lo sabeis, señor ; en la demencia  
 De su pasión feroz, pidió de Dido  
 El tálamo partir, y que la diestra  
 Le entregára mi hermana, consintiendo  
 En un enlace que el amor detesta.  
 Dido se denegó, y él mismo entonces  
 Se presentó en Cartago. La fiera  
 De un carácter atroz, unida al fuego  
 De un amor tan furioso como aquella,  
 Se dejó ver en Yarbas : Dido opuso  
 Mas tenaz y mas justa resistencia  
 Al temerario empeño ; y, desesperado,  
 El amante feroz se ausenta de ella :  
 Pero, al partir, “ Yo volveré (le dijo)  
 “ No ya como á rogarte ; ni la tea  
 “ Que mi mano traerá podrá apagarse  
 “ Sin que en cenizas á Cartago vuelva.  
 “ Tú sola escaparás de tal incendio ;  
 “ Pero no mas que para ser la presa  
 “ En que se cebe mi rencor. Armada  
 “ A toda la Getúlia en mi defensa  
 “ Pronto verás venir ; y arrebatada  
 “ De en medio de los tuyos, en mis tierras  
 “ Serás esclava, pagarás bien caro  
 “ Tu orgullo, tus insultos, y mi afrenta ;  
 “ Y, si aquí á Yarbas conociste amante,  
 “ Allá conocerás cómo se venga ”.  
 Dijo, y partió ; y en los confines nuestros  
 Ya bramaban las fúrias de la guerra,  
 Cuando entraron, preñadas de troyanos,  
 A este puerto, señor, las naves vuestras.

Dido las recibió; y al ver un héroe  
De cuyo nombre sus comarcas llenas  
Estaban de antemano, y los soldados  
Que pelearon diez años contra Grecia,  
Ni ya temió de Yarbás los insultos,  
Ni pensó en levantar las fortalezas  
Que en el cimiento veis, y en que debían  
Ampararse los tirios en la guerra.  
La Fama al punto discurrió, y de Yarbás  
Llevó al oído la funesta nueva  
De tan próspero arribo, y los amores  
Que en el pecho encendisteis de la reina.  
Lo supo; y, si, temiendo á los troyanos,  
Contuvo sus furores la impotencia,  
La sed de su venganza mas se enciende:  
¿ Y cuál será su efecto cuando vea  
Que, abandonada la infelice Dido  
Del brazo que se alzaba en su defensa,  
En presa queda á los rencores suyos?  
¿ Cómo será su rabia, cuando aumentan  
Los zelos su furor? ¡ Señor! al menos  
Esperad unos meses, mientras puedan  
Levantarse los muros de Cartago,  
Ya que nos falta quien su vez hiciera.  
Esperad unos meses: el delirio  
Calmará de la reina, y ya dispuesta  
A miraros partir, no hará en su pecho  
El estrago que temo vuestra ausencia.  
¡ Enéas! ¿ No escuchais? Si en su infortunio  
A mi hermana mirárais, no cupiera  
Mas resistencia en vos: yo la he dejado  
En poder de sus tristes compañeras  
Abandonada á su dolor terrible,  
A un dolor que la mata: ni su lengua  
Pronuncia ya mas voz que la de *muerte*,  
Ni ya mi esfuerzo á consolarla llega.



## ENÉAS

Señora, vuestra hermana es la que causa  
 Que el favor que los cielos me dispensan  
 Tenga por infortunio; y que la gloria  
 Me parezca enfadosa, cuando vuelan  
 Todos mis compañeros en su busca,  
 Y ellos me llaman cual me llama aquella.  
 ¿Y qué quereis de mí?—Yo adoro á Dido;  
 Empero mas adoro la suprema  
 Voluntad de los Dioses: ellos mismos  
 Abatirse se dignan hasta Enéas,  
 Lo futuro me enseñan, y me mandan  
 Que parta al punto de esta dulce tierra:  
 Y yo ¿qué puedo hacer?—Mi amante mismo  
 La misma Dido ¿en mi lugar qué hiciera?  
 ¿Teme de Yarbas el rencor innoble?  
 Y antes que yo viniese ¿cual defensa,  
 Que no fueran los tírios, á la rabia  
 Del tirano vecino se opusiera?  
 Los tírios bastarán; estas murallas  
 Tienen tiempo de alzarse, antes que pueda  
 El duro Yarbas concitar su pueblo,  
 Reunirlo, armarlo, y emprender la guerra.  
 Además, el amor no dura mucho  
 En un pecho feroz; la llama tierna  
 Es extrangera en él, arde de paso,  
 Y luego lo abandona á su rudeza.  
 Así de Yarbas la pasion insana  
 Tal vez no existe ya, ni . . . .

## ANA

Si existiera

En nuestro pecho la que en otros días  
 A mi hermana jurasteis, no pudiera  
 La ingratitude dictaros los efúgios  
 Que vuestro mismo corazon condena.

## ENÉAS

Ni yo ni nadie condenarme puede.  
 Entre las esperanzas lisonjeras  
 De que una nueva Troya allá en Itália  
 Emúle de la antigua la grandeza,  
 Y de ver á los míos presidiendo  
 Los grandes cambios que la tierra espera,  
 Solo Dido me afije; solo Dido  
 Al hondo pecho los tormentos lleva  
 Que amargan mi ventura, y que me impiden  
 Ser feliz de una vez.—Jamás ausencia  
 Fué mas justa en amante que la mia :  
 Jamás hubo ninguno que cediera  
 A una necesidad mas imperiosa  
 Que la que á mi me arrastra. Si la reina  
 Piensa que solo en su ulcerado pecho  
 La hiel amarga del dolor se ceba,  
 Es porque todavia no ha acabado  
 De conocer el corazon de Enéas.  
 Pero Nestéo viene.

## ANA

¡ Oh Dios !

## ENÉAS

¡ Señora !

Quizá el momento de partir se acerca :  
 Volad á vuestra hermana, consoladla ;  
 Si á mi me fuera dado, yo lo hiciera :  
 Vuélvánla la razon vuestros consejos,  
 Mas no la aconsejeis que me aborrezca.

## ESCENA V

A n a , E n é a s , N e s t é o

## ENÉAS

¡ Cuál tardaste, Nestéo ! No tardaras  
 Si lo que siento yo tambien sintieras !

## NESTÉO

No de otro modo pudo ser: las naves  
 Estaban prontas ya, y solo á Enéas  
 Esperaba el navío de Cloanto,  
 Para tender al viento nuestras velas.  
 Yo volaba á llamaros, cuando siento  
 El náutico clamor desde la tierra,  
 Y observo á los pilotos prepararse,  
 Cual para resistir fiera tormenta.  
 El lejano horizonte iba cubriendo  
 Caliginosa nube, y densa niebla  
 Nos ocultaba el mar, mientras brillaba  
 En el resto del cielo, mas serena,  
 Del almo sol la esplendorosa lumbre. . . .

## ANA

¿ No veis, no veis, señor, lo que os espera  
 Si á la merced del pérfido elemento  
 Exponeis otra vez vuestra existencia ?

## NESTEO

No, señora ; los cielos han hablado  
 Mas que nunca esta vez. En la ribera  
 Conmigo estaba el sacerdote santo ;  
 Y, humillando su faz hasta la tierra,  
 Invocó en alta voz á las Deidades  
 Que al troyano protejen, y su lengua  
 Enmudeció despues: sus actitudes,  
 Su mirar, sus acciones, todo muestra  
 Que lo agitaba un Dios, y que á su vista  
 Los celestes arcanos se presentan.  
 Al cabo prorrumpió.—“ No pienses, (dijo)  
 “ Troyana gente, que segura senda  
 “ Nos abrirá la mar, mientras no tiña  
 “ La sangre de las víctimas la arena,  
 “ Y no presencie Enéas y sus jefes

“El sacrificio que Neptuno ordena.  
 “La conquista de Troya costó al Griego  
 “Sacrificar en Aulida á Ifigénia,  
 “Y el mismo dia se inmoló en las aras  
 “Del Dios del mar una hecátombe entera.  
 “Sin sangre de una virgen al Troyano  
 “El ponto se abre cuando á Italia vuela ;  
 “Que, inmolados tres toros á Neptuno,  
 “El mar y el viento su favor nos presta. ”

Dijo, y al punto el horizonte limpio  
 Quedó de nubes y de oscura niebla.  
 Yo dispuse al momento que Cloanto,  
 Sergesto, y los demás, que á la cabeza  
 Están de nuestra gente, se impusiesen  
 Del celestial portentoso ; y, con presteza,  
 Las naves por un rato abandonando,  
 Saltasen nuevamente á la ribera.  
 Os aguardan, señores, y el sacerdote,  
 Para empezar el sacrificio, espera  
 Que concurráis tambien : cuando termine,  
 El bélico clarín hará la seña  
 Del reembarco de todo.

## ENÉAS

¡ Ana ! Ahora,  
 Decid, ¿ nos habla el cielo ?—¿ Puede Enéas  
 Ser acusado con razon de ingrato ?  
 Vamos, Nestéo.

## ANA

Sí ; la triste reina  
 Tambien es una víctima inocente  
 Que sacrifica Enéas. Ifigénia,  
 Al puerto de Calcas inmolada,  
 En Aulida espiró. Su misma tierra  
 Verá morir á Dido, porque quiso  
 Un bárbaro troyano que muriera.

No mas, señora, atormenteis mi pecho :  
Si vuestro labio sin razon se niega  
A consolar á Dido, y al contrario  
Su desesperacion tal vez aumenta,  
Enéas hará mas ; vendrá de nuevo  
A ver si alcanza mitigar la fuerza  
Del dolor de su amante. Los momentos  
Que, en concluyendo el sacrificio, pueda  
Permanecer aquí, scrán de Dido ;  
Y cuando los clarines dén la seña  
Del instante postrero, de su lado  
Recien me apartaré ; que la terneza  
Del que llamasteis bárbaro, se extiende  
A mas de lo que creeis. - ¡ Pueda mi lengua  
Persuadir á mi amante, y las deidades  
Apartar de sus ojos esa venda  
Que no la deja ver, y que su hermana  
Se empeña en no rasgar, como debiera !

*Fin del acto segundo.*

## ACTO TERCERO

---

### ESCENA I

Dido Ana

DIDO

¿Aun dura el sacrificio? ¿Y el malvado  
 El castigo no teme de su audacia?  
 Implora á las deidades que le ayuden  
 A faltar á su fé.—¿Cuál arrogancia  
 Es igual á la suya?—¿Piensa acaso  
 Que un sacrificio en las mentidas aras  
 Comprometa á los Dioses, como á Dido  
 Comprometer pudieran sus palabras?  
 Pero ¡hermana! ¿se vá?—¿se vá, querida?  
 ¿Nada dice de mí?—¿Y abandonada  
 Así me deja á los furios míos,  
 Así me deja á la pasión de Yarbas,  
 Y á los horrores que en idea veo,  
 Y á la muerte infeliz que me amenaza?  
 ¡Ana! ¿No volverá?—Quizá mi llanto  
 Penetrará una vez en sus entrañas,  
 Y un pecho ablandará que no es de bronce;  
 Que al menos no lo fué—Dime, ¿lloraba  
 Cuando tú le pintaste mis dolores?  
 ¿Dió un suspiro á tus quejas, ya que nada  
 A mis lágrimas dió?—¿nada te dijo?  
 ¿Ni siquiera te dijo que me amaba?

## ANA

Lo repitió, querida; pero el duro  
 Miente como mintió; ni hay esperanza  
 De vencerle jamás.—Deja que vuele  
 A hallar la muerte en su anhelada Italia.  
 Tú, ya piensa en tí misma; y este llanto  
 Que sea el postrer llanto que derrama  
 Por un infame tu dolor terrible.  
 Llorar, mas con tus lágrimas apaga  
 Hasta el último resto del incendio  
 Que furioso en tu pecho se cebaba.  
 Llorar mas de una vez por un ingrato  
 Es un delirio que quizá. . . .

## DIDO

Ya basta ;  
 Basta traidora de rasgar mi pecho.  
 Cuando Dido indecisa batallaba  
 Entre la fé á Siquéo, y este fuego  
 En qué de pronto ardió, ¿no fué mi hermana  
 No fueron sus consejos lisongeros  
 Los que, adulando mi funesta llama,  
 Hicieron que, cediendo á su violencia,  
 Mi fé y mis juramentos olvidára?  
 Tuya es la culpa, tuya : ¿y como ahora  
 Pretendes que desame?—¿Piensas, falsa  
 Que hay poder en los cielos ni en la tierra  
 Capaz de hacer que de mi pecho salga  
 La imágen del perjuro que idolatre,  
 Y que en medio del alma está enclávada?  
 Sábelo si lo ignoras : este incendio  
 Que reduce á pavezas mis entrañas,  
 Y en vez de sangre por mis venas corre,  
 No es amor, no es pasión ; es la venganza  
 De algun ser superior, es el enojo  
 De todas las Deidades, conjuradas  
 En contra de esta triste; así llegaron,

Ya llegaron al colmo mis desgracias,  
 Y mi sufrir escede la medida  
 Que á un mortal la natura le señala.  
 ¿Lo sabes?—Oye mas,—Sí: tú, tú misma,  
 En mis males horrendos empeñada,  
 Quieres abandonarme.—¿A que, perjura,  
 A que me aconsejastes que le amara,  
 Si era de haber un dia en que tu labio  
 Así se desmintiera? ¿en que tu hermana,  
 Lejos de hallar consuelo en tu cariño,  
 Viera en tí á su enemiga?—¡ Oh Dios!—¡ Ingrata!  
 ¿ Quieres que deje que de mi se aparte?  
 ¿ Quieres que deje que se ausente á Italia,  
 Y otra muger feliz, y otros amores,  
 Y mi abandono. . . —¡ Cielo!—¡ Que!—¿ Pensabas  
 Que hay vida para mí sin que conmigo  
 Viva el amante que idolatra el alma?  
 ¿ Qué puede hacerme dulce la existencia?  
 Ni tu amor, ni tu fé.—¡ Qué fé!—ya falta  
 De tu pecho tambien: ya te pusiste  
 Del bando del malvado, y. . . .

ANA

¡ Dido! ¡ Amada!  
 Amada de mi vida, ¿ qué furor es,  
 Qué poder invencible te arrebató,  
 Y de tal modo trastornarte puede,  
 Que aun contra mí tu corazón se alarma?  
 ¡ Cielos!—¡ yo tu enemiga!—¡ yo ponerme  
 Del bando del perverso!—Me faltaba  
 Este género nuevo de tormento  
 Sobre el dolor que tu dolor me causa.  
 ¡ Yo engañarte, querida—¡ yo, que vivo  
 Para que vivas tú!

DIDO

Perdona, hermana;  
 Perdóname otra vez,—¿ De mí qué esperas?



Mi pecho sabe amarte como me amas  
 Pero yo estoy en presa á mis furores,  
 Y esta pasion . . . — ¡oh Dios!— Mi furia insana  
 ¿ Tal vez pudo ofenderte?— Dulce amiga,  
 ¿ Me querrás perdonar ?

ANA

Vuelva la calma,  
 Vuelva, mi Dido, á tu angustiado pecho  
 ¿ No soy tu hermana yo?—¿ No tienes tantas  
 Pruebas de mi amistad?— El labio mio;  
 Si alguna vez te dije que le amáras,  
 Fué porque nunca sospeché que Enéas . . .

DIDO

No me le nombres mas; deja que parta  
 Dó le llame el destino: será cierto  
 Que le llama tal vez?— ¡ Siquiera, gratas  
 Las Deidades que implora, facil senda  
 Por entre el mar y los escollos le abran  
 Y, ¡ ojalá que no envano se derrame  
 La sangre de la víctima en las aras,  
 Y los fervientes votos que alza al cielo  
 No los disipe el viento en nuestras playas.  
 Yo curaré mi mal: tambien á Dido  
 La escuchará algun Dios.— ¡ No miras, Ana,  
 Cual la tranquilidad vuelve á mi pecho,  
 Y la razon, triunfando de mi llama,  
 Ni grita envano, ni el furor impide  
 Que la obedezca ya ?

ANA

¡ Ah ! No burladas  
 Mis esperanzas queden — ¡ Qué dichosas  
 Fuéramos ambas, si el amor dejára  
 Su sitio á mi amistad ! ¡ Como mi mano

Derramaria bálsamo en tus llagas !  
Házmelo consentir.

DIDO

Ana; yo nunca  
Mis sentimientos te oculté: las ansias  
Te revelé de mi pasión furiosa :  
¿ Y podré reservarte la mudanza  
Que han obrado los cielos en mi pecho,  
Cuando menos mi pecho lo esperaba ?

ANA

¡ Ay, Dido !—¿ Será cierto ?—¡ Oh Dios !—¡ Qué nueva  
Tan lisonjera y dulce para mi alma !  
Bien : no lo veas mas : llama á Barcénia,  
Llámala de una vez : de aquí que vaya  
Hasta el lugar del sacrificio, y diga  
A tu enemigo que al momento parta ;  
Que no le quieres ver ; que . . . .

DIDO

No es posible.  
¡ Que no le quiero ver !—Ana, te engañas,  
Y me engaño yo misma . . . . —No, no creas  
Que le amo ya ; mas antes de que salga  
Para siempre de aquí . . . .—¡ Dios ! —¡ para siempre !  
¡ Qué idea tan atroz !—¡ Cómo desgarras  
De nuevo el corazón !

ANA

¡ Ah Dido ! ¡ Dido !  
¡ Cómo te burlas de tu triste hermana !  
Modera tus transportes, y refrena  
Esa pasión frenética . . . .

¡ Inhumanas

Mas que inhumanas las Deidades todas  
 Que el mortal reverencia !—Dido : basta,  
 Basta ya de sufrir : venga la muerte,  
 Y ahogue de una vez en mis entrañas  
 Este mal insanable, este veneno  
 Que me emponzoña toda.—¿ Piensas, Ana,  
 Que hay vida para Dido, si se lleva  
 Enéas mi vivir ?—Pero ¿ qué aguarda  
 Mi furor que no tienta los socorros  
 Que pueden valer ?—Sí : que á las armas  
 Vuelen mis tírios, y con los troyanos  
 En la defensa de mi amor combatan;  
 Incendien sus bajéles, y destruyan  
 De la agua en las orillas esas aras  
 Que alzó la iniquidad, y en las que ahora  
 El incienso en mi daño se levanta.  
 Venguen los tirios á su reina, y luego. . .

ANA

¿ Qué dices, Dido ? ¿ Bastarán las armas  
 De un puñado de hombres, que contigo  
 De la Fenicia huyeron, contra tantas  
 Legiones que obedecen al inícuo,  
 Y que arden todas por marchar á Itália ?  
 Pon un freno, querida, á tus transportes,  
 Y deja que la mar venga mañana  
 Sobre tu misma costa. . . .

DIDO

No lo creas :

Enéas partirá ; que nada basta  
 A poder detenerlo ; y á Cartago  
 Verás venir al indomable Yarbás ;  
 Verás destruir desde el cimiento mismo

Mi naciente ciudad; oirás la llama  
 Mas que en Troya estallar; y yo, cautiva,  
 Despues que de los míos la matanza  
 Y el esterminio vea, á los rencores  
 Seré de un rey feroz abandonada,  
 Enéas entre tanto. . . .

ANA

¿ Y desde ahora  
 Por qué no prevenimos las desgracias  
 Qué acabas de pintar? ¿ Por qué tus tirios  
 No seguirán alzando estas murallas,  
 Como antes que vinieran los troyanos  
 A sembrar el horror en tus comarcas !

DIDO

Déjame ya. Barcénia en los altares  
 No sé que puede hacer que tanto tarda.  
 Yo tambien á los Dioses en mi templo  
 Quize rogar por mí : tambien prepara  
 Ya la sacerdotiza el sacrificio  
 Que aplaque á Vénus, y en la tumba helada  
 La sombra aplaque del esposo mio.  
 ¿ Ultimo efugio que me resta, hermana ?  
 Si este me falta ¿ encontraré por suerte  
 El que de tu amistad mi pecho aguarda ?

ANA

¿ Y lo podrás dudar ?

DIDO

Dí, ¿ me prometes  
 Servirme de una vez ? y de las ansias  
 Que mi pecho devoran ¿ será dado  
 Que por la ayuda de una mano cara  
 Libre me pueda ver ?

DIDO

ANA

Háblame, Dido;  
 Háblame por piedad. ¿Qué quieres que haga  
 Para verte tranquila? Yo ¿que cosa  
 Te podré denegar?

DIDO

¡Querida! Nada.

ANA

Nada, querida; nada: si mi muerte  
 Puede librar tu vida. . . .

DIDO

Bien; pues arma,  
 Arma tu mano de un puñal, y luego  
 Aquí, donde está el fuego, aquí, mi amada,  
 Húndelo todo. . . .

ANA

¡Oh Dios! ¡Qué horror! ¿Y Dido  
 Tal se atreve á esperar? ¡Ingrata! ¡ingrata!  
 ¿Este es el premio de carino tanto?  
 ¿Así cual nunca, mi amistad agravias?  
 ¿No te estremeces, Dido?

DIDO

No: la muerte  
 Por una mano tan querida dada  
 ¡Qué dulce me sería! ¿Lo rehusas?  
 Puede ser que lo sientas.

ANA

¡Cielo! ¡Hermana!  
 Ten piedad de tí misma. ¡Oh Dios! Barcénia (\*)

(\*) Aparte.

Se acerca ; del horror viene agitada;  
 Y su rostro . . . . . ¿Será, será que á tantos  
 Otro motivo de furor se añada?

## ESCENA II.

Dido, Ana, Barcénia (\*)

DIDO

¿Qué te agita; Barcénia? ¿Qué terrores  
 Aumentas á los míos? Habla; acaba  
 De matarme tal vez. ¿Pudiera el cielo . . . .

BARCENIA

Señora; el cielo sin piedad aparta  
 Su bondad de nosotros. ¡ Ah! Yo tiemblo  
 De repetir, señora, lo que pasa  
 En el templo.—¡ Qué horror!

DIDO (†)

Prosigue.

ANA (‡)

Nada;

Nada será, querida: el miedo turba  
 Muy facilmente las vulgares almas.

BARCENIA

No enojeis mas al cielo, y á los Dioses  
 Que presiden la muerte.—Yo la causa  
 De tal portentoso ignoro: pero nunca  
 La Deidad al mortal mostró tan clara

(\*) Esta se presenta como horrorizada, y hasta en su modo de hablar indicará el espanto. Dido se poseerá cada vez mas de los mismos sentimientos.

(†) Con una inquietud animosa y afligente.

(‡) Con interés.

Su venganza terrible.—De la reina  
 Obedecí el mandato, y á las aras  
 Con la sacerdotiza me conduje.  
 Recien las libaciones preparaba  
 Y los santos licores, que debian  
 Verterse por sus manos en la llama,  
 Cuando el incienso ardió; y oscuro, y denso,  
 El humo, léjos de subir, se abaja,  
 Por invisible mano rechazado  
 Del aire y los altares.—Azorada .  
 La intérprete del cielo, los licores  
 Iba en el fuego á echar; pero apagada  
 La lumbre estaba ya, y el vino todo  
 En negra sangre convertido . . .

DIDO (\*)

¡ Hermana !

ANA (†)

¡ Dido ! ¡ Que horror !

BARCÉNIA

La tumba de Siquéo  
 Tres veces se abre entonces, y otras tantas  
 Cerrada con estrépito horroroso,  
 Sus hondas caridades retumbaban.  
 El espanto, señora, me ha apartado  
 Del ominoso templo; y, encargada  
 Por la sacerdotiza de que os llame,  
 Pude apenas llegar hasta esta estancia.  
 Sola os espera; porque sola, dice,  
 Que con la reina las Deidades hablan.

(\*) Temblando.

(†) Con una emocion que procurará dominar al momento.

ANA

No vayas, Dido, no : deja que aplaque  
Semira á la Deidad, si está irritada.

BARCÉNIA

No, señora; volad : Semira inmóvil  
En la puerta del templo. . . .

DIDO

Si : mi planta  
Apenas nuevo ya ; mas voy : los Dioses  
A la muerte, no al templo, á Dido llaman.  
Ninguna de las dos mis pasos siga,  
Ninguna de las dos.—Semira, aguarda. (\*)

## ESCENA III

Ana, Barcénia

ANA

¡Qué has hecho incauta! ¿No pudiste acaso  
Moderar tu pavor?—Mira : mi hermana .  
Ya sabes que ama á Enéas ; mas no sabes  
Cuantos horrores desde anoche á su alma  
Un sueño trajo, en que Siquéo mismo  
En vengadora voz la amenazaba:  
No sabes la partida del Troyano  
El atentado que tal vez prepara :  
Nada sabes, en fin : pero yo temo  
Lo que debes temer : vuela, insensata ;  
No abandones á Dido ni un momento ;  
No la abandones á su fúria insana.  
Yo tardo unos instantes porque espero  
Al que sus penas horrosas causa,

(\*) Dirá estos últimos dos versos con imperio, y con una serenidad como la de la desesperacion.— Se vá:



Y conviene que le hable, antes que Dido  
 Pueda volver aquí : parte : ¡ qué tardas !  
 Un momento que pase es una furia  
 Que entra de nuevo á devorarla . . . .

BARCÉNIA

¡ Y Ana,  
 Y Dido misma á la infeliz Barcénia  
 No quisieron hacer una confianza,  
 Que era justa quiza, que cuando menos ? . . .

ANA

No era preciso, amiga : yo bastaba,  
 O creía bastar : pero ha llegado ,  
 El instante en que tú . . . — ¡ Querida ! — ¡ Aguardas  
 A que otra vez mi lengua te repita,  
 Que Dido está en peligro ?

BARCÉNIA

¡ Oh Dios ! ¡ Y tanta  
 Amistad que mi pecho la profesa !  
 Voy, señora ; ya voy donde me llama  
 Mas que todo, el cariño.

ANA

Si, mi amiga ;  
 Obsérvala de cerca, y desalada  
 Vuela hácia mi en el punto en que . . . (\*) ¡ Dios santo !  
 ¡ Oyes la seña ? Esa es. ¡ Oyes ? Mi hermana  
 La escuchará tambien : ya parte Enéas :  
 Fué mentida su vuelta : vamos ; nada  
 Nos puede detener : vamos á Dido :  
 Volemos, dulce amiga á consolarla ;  
 Que este instante decide para siempre  
 De su suerte, Barcénia, y ya se pasa. (†)

(\*) Suena un clarin como á lo lejos. Se supone ser en la ribera.

(†) Se van con precipitacion.

## ESCENA IV (\*)

Enéas, Nestéo

NESTEO

Que insoñito silen cio ! Esté palacio  
Que siempre resonó . . . .

ENEAS

Nestéo, calla.

Vengo á cumplir los últimos deberes  
Que me impone el amor, y apenas basta  
A resistir mi corazon. Amigo;  
Te lo debo decir, si así te llama  
Mi pecho con verdad : voy á ausentarme  
Para siempre de Dido; y estas playas  
En jamás volverán á ver á Enéas,  
Ní Eneas á su amante desolada.  
Así lo quiere el cielo: mas mi vista  
De mirarla, Nestéo, no se sácia:  
El instante final es el mas fuerte  
De todos los instantes: nunca estalla  
Con mas furia el amor, que en el momento  
En que es preciso abandonar su amada.  
No me increpes, amigo: todo está hecho  
Para la gloria ya: permite que haga  
Algo por mis amores; y mi pecho  
Que tanto há suspirado en esta estancia,  
Suspire en ella por la vez postrera,  
Y oiga mi Dido mis postreras ansias.  
Ya la seña se dió; nuestras legiones  
Embarcándose están: mientras que tarda  
La última seña, que á partir nos fuerza,  
Y no permite espera, es justo salga  
Amor y nada mas, del pecho mio,

(\*) La escena estar: un breve rato en una soledad y un silencio profundo; pasado este, se presentará á los dos actores.

Amor, y nada mas. ¡ A bien que faltan  
 Muy menguados instantes!— Pero Dido  
 ¿ Donde se ocultará—¿ No habrá su hermana  
 Llegado á persuadirla que su amante  
 La adora mas que nunca la adoraba?  
 Nestéo, ¿ donde está?—¿ Será que crea,  
 Que todavia crea que es ingrata  
 Una alma en que ella vive, y fuera suya,  
 Si fuese mia, como son las almas  
 De todos los felices?

## NESTÉO

Es muy justo,  
 Es muy justo, Señor, que se deshaga  
 Un rato el corazon entre suspiros  
 Que una noble pasion del pecho arranca.  
 Os dignasteis llamarme vuestro amigo:  
 Lo soy, señor, lo soy: vuestra confianza  
 Probadme en esta vez: no se repriman  
 Vuestros sollozos mas: nunca degrada  
 El querer con nobleza: un pecho grande  
 Sensible debe ser.

## ENÉAS

Nestéo, basta.  
 Si el débil llanto de los ojos míos  
 Brotar pudiera alguna vez, brotára  
 Solo en esta ocasion. En ella al menos  
 Lo arrancaría la mas digna causa,  
 Y el secreto dichoso de tal llanto  
 En pecho como el tuyo se encerrára.  
 Mas el silencio del palacio crece,  
 Ni hay quien se acerque á estos lugares. . . .

## NESTÉO

Ana,  
 Parece dirigirse hácia este sitio.  
 ¿ No es ella?—¿ No la veis?

ENÉAS

Si amigo. ¡ Cuantas  
Tristes ideas con su vista llenan  
De sinsabor y de inquietud el alma !

ESCENA V

ANA, ENÉAS, NESTÉO

ANA

Tal vez ya no hay remedio — ¡ Oh Dios ! — ¡ Que véo !  
¿ Qué haceis aquí, señor ?

ENÉAS

¿ Y vuestra hermana ?

ANA (\*)

Mi hermana sufre mas de lo que Enéas  
Es capaz de gozar, cuando le llaman  
Cielos y gloria á un tiempo, y cuando llegan  
Las horas de partir. — ¡ Señor ! el alma  
De los grandes campeones no se vence  
Con amor ni con llanto. ¡ Que pensára  
De un héroe el universo, si pudiera  
Ceder el héroe á las pasiones blandas !  
En buen hora partid : lo que ya importa  
Es que Dido no tenga la desgracia  
De volveros á ver ; la herida suya  
Está sangrando sin cesar, y es rara  
Especie de crueldad venir vos mismo  
Otra vez, y otra vez á desgarrarla.

ENÉAS

¿ Hasta cuando, señora, mis dolores  
Han de ser descreidos ? — Esta llama

\*) Con cierto aire de ironía.

Que mentida pensais, y que en mi pecho  
 Encendió la pasión de vuestra hermana  
 Es una llama noble, duradera,  
 Que de un soplo imprevisto no se apaga,  
 Ni se complace en insultar los males  
 Del objeto adorado que la causa.

## ANA

Que sea cual decís: nada interesa  
 A Dios ser querido ó engañado  
 De vos en adelante: mas, si es cierto  
 Que os llega á lastimar su suerte infausta  
 Partid en el momento; mis esfuerzos  
 Bastarán, si es posible, á consolarla;  
 Y si no, lloraré, como ya lloro,  
 Los males que su amante la prepara.

## ENEAS

A prepararla vengo, y á pedirla  
 De nuevo que me crea. Mis palabras  
 La podrán persuadir de mis amores,  
 Y de la obligación que me arrebató  
 Tan lejos de su lado. Nunca Dido  
 Llegue á juzgarme ingrato: entonces, Ana,  
 Me ausentaré forzado, pero al menos  
 Me ausentaré sin que padezca el alma  
 Con la idea feroz de que mi amante  
 Juzga mentida mi pasión tirana,

## ANA

Del corazón en el primer desorden  
 ¿Cómo os podrá escuchar?—Vuestras miradas,  
 Vuestras voces, señor, serán puñales  
 Que en su pecho entrarán. Cuando la calma  
 La restituya su razón, entonces  
 Yo os prometo....—lo haré...—me obligo á hablarla.

Y á decirla tal vez cuanto vos mismo  
 La pudierais decir : ahora, parta,  
 Parta cuanto antes vuestra nave.—Dido  
 No tardará en volver hasta esta estancia,  
 Sola en su templo con Semíra queda;  
 Barcénia está esperándola que salga  
 Para no abandonarla un solo instante  
 A sus terrores y á su fúria.

NESTÉO

De Ana

El consejo seguid : vuestra presencia  
 Funesta puede ser ; y quien pensaba  
 Darla consuelos en su mal, acaso  
 Torne incurable la profunda llaga.

ANA

Si : sed piadoso en esta vez siquiera :  
 Si amais á Dido, por piedad dejadla,  
 Ya que no puede siempre á vuestro lado. . . .

ENÉAS

Apesar de la fuerte repugnancia  
 Que siente el corazon, estoy resuelto.  
 Adios, señora, adios. — ¡ Puedan mis ansias  
 Ser creídas de Dido, y mi memoria  
 No ser jamás aborrecida. — Parta,  
 Parta sin verla yo : decís que, si amo,  
 Lo debo hacer. . . .

ANA (\*)

Oh ! Dios.

(\*) Viendo á Ddo, y saliéndole al encuentro.

DIDO

¡Cuanta,  
 Cuanta crueldad en ese pecho anidas!  
 ¡Hijo de Vénus tú!—La tigre hircana,  
 Cuya leche ferina fué, en naciendo,  
 Tu sustento primero, tus entrañas  
 A ser feroces enseñó.—¿Pensaste  
 Que Dido acaso tu favor aguarda?  
 ¡A que vienes aquí?—Parte, perverso,  
 A mi? lo ves? la tumba helada  
 Se me abre á cada paso....—allí Siquéo  
 Me espera: sí: ¿no ves como me llama  
 A jurarme de nuevo entre las sombras  
 Un amor eternal? —¿Cenizas caras  
 De mi primer objeto! confundidas  
 Con las mias seréis.—¿No miras, Ana,  
 No miras en contorno los sepulcros,  
 Y los espectros, y la muerte....

ANA

¡Hermana!  
 ¡Dido de mi alma! Por piedad te ruego....

DIDO

No hay piedad para mí: si la encontrára  
 Maldijera el hallarla : ni en los cielos  
 La quiero ya esperar.—Parte á tu Italia:  
 ¡Qué aguardas ya?—lo ruego, te lo mando:  
 Esa es, Enéas, tu dichosa patria,  
 Y no aquel suelo engendrador de sierpes,  
 Que sostuvo de Troya las murallas,  
 Y qué algun dia la justicia griega  
 Estéril hizo en vengadora llama.  
 Vuela, vuela de mí.—Mis mismos Dioses  
 Impiadosos me arrojan de sus aras.  
 Y cuanto toco se convierte en sangre,

## ESCENA VI (\*)

Dido, Ana, Enéas, Nestéo, Barcenia

DIDO

¡Piedad! ¡Hermana!

ANA

¿Qué es esto, cielo santo?— ¡Qué terrores!  
 Barcénia, tú la sigues.—¿De que causa  
 Arranca este furor?

BARCENIA

Señora, tiemblo

De mirar á la reina. Cuanto pasa.  
 Me amedrenta y me aterra. Un atentado  
 Revuelve allá en su mente, y nada alcanza  
 A poder refrenarla. En los umbrales  
 Del templo me dejasteis: azorada  
 De repente la reina sale, y entra  
 Furiosa en su aposento: mis pisadas  
 De cerca la seguian; y observando  
 Que la observaba yo, vi que llevaba  
 La mano hácia su seno, y sin hablarme,  
 Salió otra vez despavorida....

DIDO

Nada;

Nada es, amiga.—¡Cielos! ¿Todavía  
 ¡Bárbaro! todavía no se sácia.  
 Tu impiedad de afligirme?—¿Qué haces?—¿Vienes  
 A mirar ya completa y consumuda  
 Tu obra de iniquidad?—¡malvado!—¿Esperas....

ENEAS

Espero; Dido, consólate.

(\*) Dido saldrá con toda precipitación, como horrorizada. Al encontrarse con su hermana, sin reparar en nadie, hará las escanaciones con que empieza esta escena y permanecerá como en un delirio en los brazos de Ana, hasta que vuelva á hablar Barcénia que la venía siguiendo



Y cuanto miro en derredor me espanta,  
 Y las serpientes de las Fúrias moran  
 Aquí, aquí. (\*) ¿ Las ves como desgarrar  
 El corazón sangriento, y envenenan  
 Hasta el aliento que mi lábio exhala?  
 ¿ Qué haces aquí, malvado?—¿ Ni á la tumba  
 Quiéres que baje con placer ?

ENÉAS

¡ Amada !  
 ¡ Amada mas que nunca !—No tu pecho  
 Así abandones al furor . . . . . (†)

DIDO

¿ Te llaman,  
 Te llaman, Dido, las terribles voces  
 Que en los sepúlcros retumbando vagan ?  
 Ana, ¿ no las escuchas ?

ANA

¡ Dios ! ¡ Enéas !  
 ¡ No pudierais partir sin que sonara  
 Otra vez un clarín que anuncia muerte ?  
 ¡ Esto hace, Enéas, quien á Dido amaba ?

ENÉAS

Parte, Nestéo; que Cloánto espere  
 Un momento no mas . . . .

NESTÉO

¡ Señor ! (‡)

DIDO

No partas ;  
 Deja que muera la infelice Dido,

(\*) Oprimiéndose con la mano el corazón.

(†) Suena como en la ribera la última seña del clarín.

(‡) Como increpándole su debilidad.

A los que vuelan á buscar á Italia  
 Gloria y renombre ¿interesar pudiera  
 Una flaca muger, la débil llama  
 De un corazon indigno de los héroes?  
 No, Nestéo. . . .—¡Ah! Yo tiemblo. . . .¿Puedes Ana,  
 Rogar al cielo. . . .pero ¡que! . . .—Semira  
 A mi lado en el templo le rogaba,  
 Y el templo todo repitió mil voces  
 De muerte, y nada mas. . . .—muerte sonaban  
 Las espaciosas bóvedas, y muerte  
 Las tumbas respondían.

ANA

Basta, basta:  
 Vuelve en tu acuerdo: te lo ruego, Dido:  
 Yo soy quien te lo ruego.

DIDO

Si, mi hermana:  
 Tranquila estoy, tranquila: tambien puedes  
 Tranquilizarte tu —Dido lo manda.

## ESCENA VII

Dido, Ana, Eneas, Nesteo, Sergesto, Barcenia

SERGESTO

Ya se há dado, señor, la última seña:  
 Ya se empieza á mover toda la armada;  
 Solo à vos y Nestéo en la ribera  
 Un corto resto de mi tropa aguarda.  
 El viento es favorable: apenas riza  
 La suma superficie de las aguas;  
 Y el sacerdote dice que los Dioses  
 Ya os acusan, señor.

Nestéo, ¿ falta

Aun algo que añadir á mi dolores?  
 ¿ Por qué no me ausenté sin que !legára  
 A este sitio la reina?—¿ Cómo puedo  
 En medio del furor abandonarla?

DIDO

Nada temas, Enéas. . . . —parte. . . . —¿ Dido! . . . .  
 Ya voy, ya voy, Siquéo. . . . —¿ Sombra airada,  
 No me persigas mas!. . . . —¿ Qué sudor frio  
 Discurre por mis miembros!—¿ Dios! *Helada*  
*Una mitad de mi ya no la siento.* - (\*)  
 ¿ Ana ! ; Barcenia !—Pero ; qué ! ¿ No basta  
 Mi mano á libertarme de mi misma?  
 Mira, traidor, y aprende. (†)

ENEAS

; Dido !!

ANA

; Hermana !?

NESTEO

; Qué horror !

SERGESTO

; Señor ! ¿ Qué haceis? ¿ qué haceis?—Huyamos  
 De este sitio espantoso.

(\*).....Helada

Una mitad de mí ya no la siento.—*Verso de Cienfuegos.*

(†) S. ca precipitadamente un puñal que habrá traído oculto, y se hiere.

DIDO (\*)

¡ Sombra amada !.....  
 Perdóname.....—te sigo.....—¡ Hermana !.....; Enéas !.....  
 Yo te amaba.....; cruel !.....y tu me matas. (†)

ENEAS

Nestéo ¿ qué hago yo ?

NESTÉO

Partir al punto.

ENEAS

¡ Qué funesto presájo llevo á Italia !

(\*) Moribunda

(†) Muere.

FIN



ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

POR

JUAN CRUZ VARELA

1824



*Al Sr. D. Joaquin Gonzalez Ledo.*

SEÑOR :

Ha sido demasiado pública mi desgracia, para que me retraiga de recordarla, cuando la gratitud me impulsa á hacer que sea conocido por todas partes un hombre generoso. A principios de Octubre del año pasado, me ví precisado á ocultarme en mi país; y mi conducta fué para mis paisanos, en aquella época, como un texto sobre el que cada cual hizo su glosa, por valerme de la expresion del célebre Boileau. Vd., como todos, creyó que yo habia fugado de Buenos Aires; y estando Vd. próximo á regresar á su pátria, me dirigió á la Colonia del Sacramento, donde suponía que yo me hallaba entonces, la carta siguiente :

SEÑOR :

No he tenido la fortuna de tratarlo; lo respetaba por sus talentos, lo lamento por su desgracia, y acuso la... con que se ha procedido. Soy extrangero aquí, y no puedo ofrecerle socorros; pero regreso á mi patria, donde tengo amigos, tengo una casa, y algunos medios de que puedo disponer. Sírvase Vd. de ellos, y cuente con todo, si quiere transportarse allí.

Perdóneme Vd. si lo averguenzo con esta carta; pero sepa que nadie está impuesto de su contenido. Tambien yo fuí desgraciado; y fuera de eso, *homo sum, et humanum nihil á me alienum puto.*

Soy, señor, su mas seguro servidor.

*J. G. Ledo.*

Buenos Aires, 7 de Octubre de 1823.



Si se considera, Señor, que Vd. dirigió esta carta á un hombre que no conocia personalmente; que Vd. debia suponerse que yo me hallaba en circunstancias de admitir sus ofertas; y que ponia Vd. á mi disposicion su fortuna, sin otra relacion ni interés que el de proteger á un desgraciado, no podrá extrañarse que yo manifieste del modo mas público mi gratitud hácia un extranjero sensible, que se ha portado de un modo tan contrario al de aquellos de mis paisanos, que, en mi fortuna, se llamaban mas mis amigos. Tambien es indudable que á muchos de mis compatriotas tengo que vivir eternamente agradecido: pero las circunstancias que hacen la accion de Vd. mas acreedora á mi reconocimiento, no me permiten perder la primera ocasion que se me presenta de hacer saber á todos que el nombre de LEDO debe aumentar la lista, harto diminuta, de los hombres verdaderamente generosos.

Este solo interés me ha decidido á poner el nombre de Vd. al frente de la primer composicion mia que se ha publicado desde la época de su carta; y á satisfacer, dedicándosela, la deuda que me ha hecho contraer su bondad. Felizmente tambien es Vd. un hombre de letras; y, si su prudencia sabrá excusar los muchos defectos de la pieza que le dedico, su ilustracion se dignará tal vez indicármelos, y darme así otra prueba del afecto con que Vd. se ha servido distinguirme.

Soy, Señor, con la mayor consideracion—

Atento servidor.—

*Juan C. Varela.*

Buenos Aires, Junio 20 de 1824.

---

## PROLOGO

---

La historia de los desgraciados hijos de Edipo, Polinício y Eteócles, es demasiado conocida, y ha dado asunto á tragédias terribles entre los poetas antiguos y modernos. La lectura del *Polinício* y la *Antigóna* del célebre Alfieri, me hizo concebir el plan de la pieza que presento al público. Argia, viuda de Polinício, hizo un viage desde Argos á Tébas, con el objeto de dar sepultura ocultamente á las cenizas de su esposo, cuyo cadáver habia mandado el usurpador Creón que quedara insepulto en medio del campo. Alfieri, en su *Antigóna*, supone que Argia llegó á Tébas, sin su hijo, y estando aun viva la princesa que dá el nombre á aquella tragédia. Yo he supuesto que Argia llegó á la córte de Creón, despues de muerta su cuñada Antigóna, y conduciendo á su hijo. Esto es accidental en composiciones de esta naturaleza, y en sucesos tan retirados de nuestra edad. Lo remoto de las épocas, perdidas entre los tiempos que se llaman fabulosos, dá libertad á los poetas para que, dejando en pié los hechos principales y conocidos, varien las circunstancias del modo conforme al plan cuya ejecucion se han propuesto.

Nada debo decir sobre el carácter de los personajes que he introducido en mi tragédia. El de Creón está pintado por el original Alfieri tal vez como el mas feroz que hasta ahora se ha presentado en la escena; y yo creo que los lectores de Argia, si conocen al trágico-italiano, conocerán tambien que quizá no son tan negros como los suyos los colores con que yo he pintado aquel monstruo; sin embargo, quiero ponerme á cubierto de una crítica que puede hacérseme á este respecto, aunque creo que no se me hará en mi país. Mi tragedia está llena de pasages, en que abiertamente se dice que las crueldades y atentados de Creón, son los que cometen, ó cometerian sin escrúpulo todos los reyes, siempre que los creyeran necesarios al logro de su venganzas, ó á los intereses de su ambicion. En una palabra, contra todos los monarcas *absolutos*, he disparado muchos tiros, y he tenido el mayor empeño en que fueran fuertes.

No es para un prólogo corto entrar en la discusion de si los autores trágicos deben ó no proponerse en sus composiciones un plan político, al que deben subordinar todas sus ideas. Yo, por mi parte, sigo la opinion de los que creen que al poeta se debe dejar toda la libertad posible; y que una idea dominante, que en ninguna de sus tragédias debiese perder de vista un autor, perjudicaria quizá al interés del drama, y al nudo y desenlace de la accion. Pero, sea de esto lo que fuere, la época en que he escrito mi tragédia, es decir, la época de la *libertad de mi país*, y la en que los soberanos de Europa han dado á conocer abiertamente á los que lo dudaban que todo rey *absoluto* es un tirano, es ciertamente la mas á propósito para acabar de arraigar entre nosotros el ódio á los tronos. En efecto, la inicua alianza, llamada *santa*, parece haberse empeñado en que todo el género humano desistiese mas que nunca el nombre de *monarca*; y en el país de la *libertad* no se violenta un escritor cuando se le presenta una ocasion cualquiera de atacar á los déspotas. No se me diga que esto es puro entusiasmo en que no tiene parte la razon; porque en persona de Adrasto, que tambien es rey, me parece haber hecho justicia á los soberanos que mandan como quieren los pueblos ser mandados.

Por lo demas, debo advertir que el hijo de Argia, llamado Lisandro en mi tragédia, tenia por nombre Tesandro; y he mudado la primera sílaba de este nombre, por haberme así parecido mas propio para la cadencia y melodía del verso. Virgilio lo cuenta entre los gefes griegos, que salieron del caballo de madera, en la noche del incendio de Troya.

.....*laetique cavo se robore promunt*  
 Thessandrus, *Sthenelusque duces, et dirus Ulysses.*

La accion, pues, de mi tragédia es anterior á aquella célebre guerra; y esto viene en abono de lo que queda dicho al principio de este prólogo, con relacion al tiempo en que supongo que Argia hizo su viage á Tébas.

Ultimamente: la introduccion al diálogo con que empieza la escena 2.<sup>a</sup> del quinto acto de *Argia*, es imitada de la que se lee al principio del acto cuarto de *Antigóna*; y he imitado este cortésimo diálogo porque me ha parecido sublime, y digno del elógio que le hace el S. Raineri de Calsabigi. Para que los que no conocen las obras del trágico italiano puedan comparar y juzgar, voy á copiarlo aquí, como se encuentra en la bella traduccion francesa de Alfieri. Creón, padre de Hemon, ha propuesto á Antigóna que elija la mano de este ó la muer-

te: la princesa no ha podido resolverse á este enlace, sin faltar á lo que se debe á sí misma; y al empezar el cuarto acto, habla con ella el tirano de este modo.

CREON

Avez-vous choisi ?

ANTIGÓNE

J' ai choisi.

CREON

Hemon ?

ANTIGONE

La mort.

CREON

Vous l'aurez.

Nada debo añadir sobre mi tragédia: el público y el tiempo son los que fallan irrevocablemente sobre el mérito ó nulidad de estas obras.

---



## A C T O R E S

---

CREÓN,            Rey de Tébas.  
ADRASTO,        Rey de Argos.  
ARGIA,           Hija de Adrasto, viuda de Polinico.  
EURIMEDON,    Favorito de Creón y general de sus fuerzas.

Guardias de Creón.—Soldados de Adrasto.

---

La escena es en Tébas, en el palacio de Creón.

---



# ARGIA

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

---

ACTO PRIMERO

---

ESCENA I

Creón, Argia; y al fin de la escena guardias

CREÓN

No con tanta imprudencia abráis el pecho  
A una esperanza vana. El resultado  
Puede seros, Señora, mas terrible  
De lo que habeis creído; y vuestro engaño  
Quizá me compadece. Con el sitio  
Que ha puesto á Tébas vuestro padre Adrasto,  
¿Su venganza y la de Argia se consuman,  
Y el trono de Creón se ha derrocado?—  
Os engañais, Señora; el pueblo todo,  
Si no me ama, me teme; y mis soldados  
No se dejan vencer por los que el lujo  
Y la molície de Argos enervaron.—  
Si estais en Tébas por el gusto vuestro,  
¿Que quiere Adrasto aquí?

ARGIA

¿Podreis dudarlo?  
¡En Tébas yo gustosa! El hijo mio,  
En una obscura cárcel encerrado,  
¿Su balbuciente lábio no despliega,  
Llamando al Cielo y á su madre en vano?—  
A eso viene mi padre; á libertarme  
Del furor de los mónstruos.



CREÓN

¡Libertáros!

¡Insensata!

ARGIA

¡Creón! El cetro en Tébas  
 Es puñal de sus reyes: alcanzarlo,  
 Pretenderlo no mas, es prepararse  
 El fin de Polinício y de su hermano.  
 Vos empuñais tal cetro; y las deidades  
 Se cansan de los crímenes al cabo.—  
 Eteócles y mi esposo, fraticidas,  
 En sangre uno del otro se bañaron;  
 Por ceder el primero á la violencia  
 De un ódio injusto y de ambicion de mando,  
 Y Polinício por derecho á un trono  
 Que le usurpaba su perjuro hermano.—  
 ¡Ay!—Jocasta, Creón, era su madre;  
 Vuestros sobrinos eran; y acallando  
 Los gritos de la sangre en vuestro pecho,  
 Aquellos tres cadáveres formaron  
 La escala ignominiosa, que hasta el sólio  
 Os pudo conducir. ¿Tanto atentado  
 Dejará impune por ventura el Cielo?

CREÓN

Polinício y Eteócles terminaron  
 Una vida de horrores; ni sus nombres  
 Me debeis repetir. En este estado  
 Hablad de vos, de vuestra propia suerte,  
 De la del hijo que llamais amado.

ARGIA

La suerte de los dos menos ingrata  
 Desde ayer me parece. Los soldados  
 Que condujo mi padre, y amenazan  
 Esta erguida ciudad desde su campo,  
 Son la esperanza de Argia.

## CREÓN

¡Qué esperanza!

¡De qué, de qué viene á vengarse Adrasto?  
 ¡Para qué consintió que allá en su reino  
 A Polinício dierais esa mano,  
 Que no podía contener el golpe  
 Que ya le preparaba el cielo airado?  
 Todo esto es consecuencia de aquel yerro;  
 Yo no lo sé enmendar: de mi contrario  
 Sabré triunfar, ó perecer; pero antes  
 Muchos perecerán.

## ARGIA

Mi padre acaso

No hubiera vuelto en armas contra Tébas,  
 A no verse de nuevo provocado  
 Por vuestra extraña atrocidad.—Retiente  
 De los hijos de Edipo el fin infausto,  
 Y aun humeando la sangre de Jocasta,  
 Ocupásteis el trono. Sepultado  
 El cadáver de Eteócles fué con pompa  
 En magnífica tumba, y aplacaron  
 Sus manes execrables los aromas  
 Que sobre su sepulcro se quemaron.  
 A Polinício en tanto una órden vuestra  
 Le negó estos honores; y en el campo  
 Arrojado insepulto su cadáver,  
 De las bestias feroces fuera pasto,  
 Si de Antígona la piedad no hubiese  
 Vuestra inaudita ley atropellado.  
 Ella erigió la pira, y con mi hijo  
 Víne yo disfrazada desde Argos,  
 A buscar de mi esposo las cenizas,  
 Que su hermano guardaba. Llego y hallo  
 Que también Antígona con la muerte  
 Su oficiosa piedad había pagado.—  
 ¡Bárbaro! ¡Era delito haber rendido  
 Honores funerales á un hermano  
 Tan digno de su amor? ¡Era delito  
 No haber nacido, como vos, malvado!

CREÓN

Desprecio esos insultos y el motivo  
 De la esperanza vuestra. Mas ¿acaso  
 La muerte de Antígona es la que viene  
 Vuestro padre á vengar? En mis estados  
 Mi voluntad es ley, y á nadie debo  
 De nada responder.—En vuestras manos  
 Puse yo mismo los helados restos  
 De Polinico, para vos tan caros,  
 Y os ordené volver á vuestra patria  
 Con los despojos del que amasteis tanto.  
 ¿Por qué no habeis partido?

ARGIA

¿Y yo podría  
 Llevar sus restos frios, y dejando  
 Aquí la imágen viva de mi esposo,  
 Ir sin el fruto de mi amor infausto?  
 Me hubieseis vuelto mi hijo, y al instante  
 Me hubiera yo de Tébas ausentado.—  
 ¿Quién puede aquí vivir? ¿No ha sido siempre  
 La mansion del delito este palacio?—  
 ¡Hijo de mi dolor! Tú solo, solo  
 Me aprisionas aquí. ¡Creón! ¡Ah! ¡Cuanto  
 Ansio por verlo ya! ¿Porqué motivo  
 Lo niegan desde ayer á mis abrazos?

CREÓN

Acabad de una vez de conocerme,  
 Que todo el corazon voy á mostraros;  
 Y ved si temo á vos ni á vuestro padre,  
 Cuando así á mi enemiga me declaro.—  
 Al interés de mi ambicion, Señora,  
 Todo se subordina. Los hermanos  
 Habian muerto ya; Jocastá quiso  
 Seguirlos á la tumba; y no quedando  
 De esa horrible familia entre los vivos  
 Mas que Antígona ya, fué necesario  
 Sacrificarla á mi quietud, pues siendo

Hermana de los dos, pudiera al cabo  
 Juzgarse con derecho á la corona,  
 Fingir un tiempo, y cuando yo, confiado,  
 Libre ya de enemigos me creyese,  
 Arrebatarme el cetro de las manos.  
 Ella debió morir; para los reyes  
 La sospecha que cause algun vasallo  
 Es sobrado delito: mas su muerte,  
 Sin visos de justicia, á mi reinado  
 Pudiera ser perjudicial. Por eso  
 Dicté la ley que os enfurece tanto  
 Y el cuerpo exangüe del esposo vuestro  
 De honores funerales fué privado.  
 Yo bien sabía que Antígona sola  
 Osaría oponerse á mi mandato,  
 Y que la pena impuesta al que rindiera  
 Los últimos honores á su hermano,  
 No podría arredrarla; porque siempre  
 Su amor á Polinício fué extremado.—  
 Cayó en las redes que tendió mi astucia,  
 Y todos mis designios se lograron.  
 Por lo demás, á mí ¿qué me importaba  
 Dar ó no sepultura....

## ARGIA

¡Oh Dios! ¿Y tantos  
 Respetos se atropellan? ¿Tanto puede  
 La ambicion de mandar en un tirano?

## CREÓN

Argia, voy á concluir.—Por mis afanes  
 Acabó esa familia, que ha llenado  
 De escándalos la Grécia, y que yo ansiaba  
 Por ver exterminada, y dar un paso  
 Desde vasallo á rey. Entre mis triunfos  
 Solamente me daba sobresaltos  
 Ese hijo vuestro, que, en edad tan tierna,  
 Solo á odiar á Creón está enseñado.—  
 Crecer en él miraba un enemigo,

A quien un día el interés del mando,  
 Que lo creeria suyo, y el deseo  
 De vengar á su padre infortunado,  
 Le harían mendigar por toda Grécia  
 El favor de mil reyes en mi daño;  
 Porque el de Adrasto es poco. Mi fortuna  
 Me puso en fin al niño entre las manos  
 Cuando, oculta con él, aquí llegasteis.—  
 Y ya ¿qué debo hacer? ¿Habré de darlo  
 De nuevo á vuestro padre, y no teniendo  
 Ya nada que temer, un gran contrario  
 Me formaré yo mismo?—No Señora.—  
 Hasta aquí su cariño os ha obligado  
 A quedáros en Tébas: desde ahora  
 Quedais por orden mía: este palacio  
 Será vuestra prision, mientras decida  
 De la madre y el hijo el mismo Adrasto.

## ARGIA

Está, Señor, ya decidido: al punto  
 Mandadnos á los dos hasta su campo,  
 Y ciertamente ordenará mi padre  
 El sitio levantar.

## CREÓN

¡ Proyecto vano !  
 De mi poder vuestro hijo nunca sale ;  
 Y.... Señora.... temblad.—O vuelve á Argos  
 Vuestro irritado padre, ó mi venganza  
 Será digna del nombre de atentado.  
 No hay medio ; ó muero, ó mando : mas mi muerte,  
 Si es preciso que llegue....—No es del caso  
 Deciros mas : á Eurimedon espero :  
 Debeis, hasta que os llame, retiráros.—  
 ¡ Soldados ! (1) Conducid hasta su estancia,  
 Y custodiad á esa muger.

(1) Dirá esta expresion acercándose al bastidor, y llamando á los guardias, que se presentarán al momento en la escena.

ARGIA

¡Malvado!

¿Será que todavía horrores nuevos  
 Meditareis furioso?—¡Hijo adorado!—  
 ¡Haced, Señor, siquiera que lo vea!—  
 ¡Adonde, sin mi beso y mis abrazos,  
 Gemirá desde ayer? ¡oh Dios!

CREÓN

Vinieron  
 Desde ayer vuestras tropas á sitiarnos.

ARGIA

Pero un niño, Creón, que apenas sabe  
 A quien debe la vida, ni.....

CREÓN

Entretanto  
 Justo es que la altivez y la soberbia  
 Se vayan á rogar acostumbrando.

ARGIA

¡Bárbaro! ¡Yo rogarte! Argia te insulta;  
 Quien ruega es una madre: pero ¿cuando  
 Un corazon feroz ha distinguido....

CREÓN (*á los soldados*)

Llevadla; y que ninguno en mi palacio  
 Se atreva á hablarla sin una orden mia. (1)

## ESCENA II

Creón, Eurimedon

CREÓN

Eurimedon, ha tiempo que te aguardo.

(1) Las guardias conducen á Argia, que hará algunos esfuerzos por permanecer. En los momentos mismos en que Argia desocupa la escena, se presenta en ella Eurimedon.

EURIMEDON

Vuestro servicio é interés me tienen  
Lejos de vos, Señor, tiempo mas largo  
Del que quisiera yo.—¿Argia irá presa? (1)

CREÓN

Lo sabrás. Dime ahora ¿has observado,  
Desde que yo me retiré del muro,  
Y la noche llegó, si los argianos  
Han movido su campo?

EURIMEDON

Ya habeis visto  
Que de los puestos que hoy han ocupado  
No pueden ofendernos, ni es posible  
Que alcancen nuestras flechas á dañarlos.—  
Señor, el enemigo no parece  
Que en combatir se empeña: los soldados,  
Enclavando sus lanzas en la tierra,  
Descansaban inmóviles.—Periandro,  
A favor de las sombras de la noche,  
Ha salido del muro con sus bravos,  
Y al enemigo hasta qué vuelva el dia,  
Zeloso observará.

CREÓN

Tal vez tratados  
Me querrán proponer. Yo nada temo,  
Eurimedon, de los soldados de Argos:  
Los míos son bastantes y atrevidos:  
Pero el pueblo de Tébas, ya cansado  
De horrores y de sangre, en esta guerra  
Puede al fin rebelarse contra su amo,  
Y, sacudiendo sedicioso el yugo,  
A los proyectos cooperar de Adrasto.

(1) Hará esta pregunta como quien habla consigo mismo; pero de modo que lo escuche Creón.

## EURIMEDON

Señor, al pueblo se intimida: es hecho  
 Para temblar y obedecer callando.  
 Semejante á las fieras, sus furoros  
 Contra el que lo domó nunca estallaron.  
 Siempre enemigo fué de quien le teme,  
 De quien sabe oprimirlo siempre esclavo.

## CREÓN

Eurimedon, tú solo en toda Tébas  
 Eres el hombre á quien mi amigo llamo,  
 Y á quien lo creo tal. No me alucino:  
 El pueblo me aborrece; y si dejamos  
 Que, en el trastorno que la guerra causa,  
 Encuentre la ocasion de demostrarlo,  
 Puede perderse todo. El obedece,  
 Pero murmura en el silencio. ¡Cuánto  
 Me costó contenerlo, cuando puse  
 La red en que cayeron los hermanos  
 Polinício y Eteócles! El primero  
 Era el amor del pueblo, que en mil bandos  
 Se armaba ya por él, á no haber sido  
 Que supe con mi astucia sujetarlo,  
 Y alucinar á todos, encubriendo  
 Los planes que á tí solo se confiaron.  
 Ellos murieron; y al subir al trono  
 Fué necesario, y justo nuevos lazos  
 A Antígona tender, y el pueblo todo  
 Se anegó por su muerte en nuevo llanto.—  
 Yo sé exponerme, pero no sin causa;  
 Y la que contra Tébas trae Adrasto  
 Es la de Polinício. Ya he resuelto  
 Mas bien que combatir, que los tratados  
 Nos vuelvan á la paz; como no exijan  
 Que entregue al hijo de Argia. En este caso  
 Moriré, morirás, morirán ellos,  
 Todos perecerán; pero del mando  
 Descenderé á morir como he vivido,  
 Vengativo, implacable; y arrastrando



Todos mis enemigos á mi tumba, .  
Contento entonces al sepulcro bajo.

EURIMEDON

Nada debeis temer.

CREÓN

Yo nada temo.

Quien hizo por el trono, hasta ocuparlo,  
Lo que ha hecho Creón, por conservarse  
Todo atropellará si es necesario.

EURIMEDON .

Obedeceros es mi sola gloria. .  
Me llamis vuestro amigo, y soy soldado.  
Os lo digo, Señor, porque es preciso  
Combatir y vencer. Bien sé que Adrasto,  
Si Argia y su hijo se le entregan, luego  
Pondrá fin á la guerra que ha empezado:  
Pero ni vos podreis volverle el nieto,  
Ni Adrasto pasará por un tratado  
Que no tenga por base aquesta entrega.—  
Lo repito; lidiemos y venzamos.

CREÓN

Si no hay mas medio, correrá la sangre:  
Pero yo, Eurimedon, he imaginado  
Una astucia que puede conducirnos  
A la paz y reposo, conservando  
Ese niño que causa mis alarmas,  
Y á Adrasto al mismo tiempo alucinando.

EURIMEDON

Siendo así, practicad el pensamiento:

CREÓN

Sí: porque, aunque quisiera, guerreando,  
Vengarme de ese rey, con todo, debo  
No esponerme al furor de mis vasallos.—

¡Ay amigo! No siempre son los reyes  
Lo que quisieran ser.

EURIMEDON

Pero entretanto  
¿Os puedo yo servir en el proyecto  
Que meditais? ¿Cual es?

CREÓN

Bastante extraño.  
¿Creerías que, en mi edad y en mi carácter,  
De un himenéo en el estrecho lazo  
Pienso hallar mi salud, y hacer que sea  
Mi aliado el sitiador?

EURIMEDON

¿Cómo! Explicaos.  
¿De quien quereis ser el esposo?

CREÓN

De Argia.

EURIMEDON

No os entiendo, Señor.

CREÓN

Escucha.—Adrasto  
No tiene tanta fuerza, que confie  
En ella sola para el resultado  
Feliz de su campaña; y, si ha venido,  
Es, menos por confianza en sus soldados,  
Que por causar la sedición en Tébas.  
Por otra parte, yo sé bien que basto  
Con mi tropa á destruirlo; mas mi tropa,  
Empleada en contener al populacho,  
No debe distraérse, y exponerme,  
Al menos á morir sin ser vengado.—  
En la pasada guerra la fortuna  
Me arrebató mis hijos; pero al cabo

Me senté sobre el trono, y mi grandeza  
 No me dejó lugar para mi llanto.  
 Casándome con Argia hago heredero  
 A su hijo de este trono; y si á ocuparlo  
 Llega cuando yo muera, es porque quise,  
 Pero no porque nadie me ha forzado.  
 A bien que, muerto yo, muere conmigo  
 Esta frenética ambicion de mando.

EURIMEDON

¿Y Argia, Señor, consentirá? ¿La altiva  
 Viuda de Polinício, que vengado  
 Nunca creerá bastante el menosprecio  
 Que hicísteis del cadáver de su amado,  
 Ni las astucias vuestras, que lo hicieron  
 Descender á la tumba con su hermano?

CREÓN

Argia consentirá. La alternativa  
 Será la muerte, ó aceptar mi mano.  
 Además, ella sabe que su padre  
 No está muy abundante de soldados,  
 Y educar para rey un hijo suyo  
 Es sobrada venganza de su agravio.

EURIMEDON

Y en el caso que Argia (porque es jóven)  
 Os llegue á dar un hijo, ¿vos acaso  
 Consentiréis que reine el de otro padre,  
 Y de un padre, señor, que odiásteis tanto?

CREÓN

¡Ah! No amigo: eso no. Si tal sucede,  
 Un veneno, un puñal bien disfrazado,  
 Una red que se tienda, el tiempo mismo  
 Nos dará la ocasion de libertarnos  
 De quien ya entónces heredar nõ debe.—  
 El peligro es de hoy; y si el tratado  
 Cimenta la amistad y la confianza

Entre ambos reyes, el de Tébas y Argos,  
 Mañana seré fuerte; el pueblo mismo,  
 De quien recelo ahora, alucinado,  
 Justo me llamará; y humilde y ciego,  
 De quien yo nombre rey será el esclavo.—  
 Este es mi plan, Eurimedon.—¿Qué dices?—  
 Tan solo á consultarlo te he llamado.

EURIMEDON

Es muy digno de un rey: y sobre todo  
 ¿Qué se pierde, Señor, con intentarlo?  
 Si no surte el efecto.....— .

CREÓN

Entonces Argia  
 Y su hijo morirán; y contra Adrasto,  
 Y contra el pueblo pelearemos todos,  
 Y, si yo muero, moriré vengado.  
 Viéndolos perecer, aunque perezca.

EURIMEDON

Ya os he dicho, Señor, que soy soldado,  
 Que os amo, y que.....

CREON

Lo sé. Argia está presa,  
 Porque no convenia en mi palacio  
 Dejarla libre, desde que han venido  
 De su padre las tropas á sitiarnos:  
 Pero libre estará, si entra en los planes  
 Que con mis intereses he acordado.—  
 Vuela á su estancia, empieza á prepararla,  
 Díle que mis enojos han cambiado,  
 Que he pensado en su suerte y en la mia,  
 Permítele de su hijo los abrazos,  
 Díle que amo la paz, mas mis recelos  
 Ten cuidado á su vista de ocultarlos;  
 Y que luego me espere en este sitio.  
 No le descubras todo el plan.

ACTO PRIMERO

EURIMEDON

Ya parto.

ESCENA III

Creón (*solo*) .

CREÓN

O consiente la altiva en este enlace,  
O el venidero sol alumbra estragos  
Que jamas alumbró.—Bajar del sólio  
Es peor que morir.—Voy entretanto  
A recorrer los muros.—Madre é hijo  
En mi poder están: puedo acabarlos  
En un instante, y el tomar á Tébas  
No es obra de otro instante.—¡Argia! ¡Lisandro!  
Muy pronto se decide vuestra suerte ;  
Y viviréis ó moriréis entrambos,  
Segun lo dicte el interés del trono,  
Segun yo quiera desplegar mi labio.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

## ACTO SEGUNDO

### ESCENA I

Argia (*sola*)

ARGIA

¡Qué estraña novedad! Apenas puedo  
Volver de mi sorpresa!—¡Mitigada  
La furia de Creón.—¿Será posible? —  
A nombre suyo Eurimedon me hablaba  
De paz y de amistad; y el hijo mio . . . .  
¡Lisandro de mi amor! ¡Ah! ¡Cómo el alma  
Se ha gozado en tus besos! y tu rostro  
¡Cómo mi llanto maternal bañaba!  
¿Qué benéfica mano de repente  
Me ha dado este consuelo en mi desgracia?  
Pero . . . . ¿podré dudarle? A los temores  
De Creón es debida esta mudanza.  
Las armas de mi padre habrán logrado  
Sobre las tuyas la primer ventaja;  
Se acercará el peligro, y ¿qué tirano  
A vista del peligro no desmaya?  
El temor en Creón hace las veces  
De justicia y piedad. Ya que no bastan  
Su poder y su astucia á los designios  
De su loca ambicion y su venganza,  
Quiere que le agradezcan por favores  
Lo que es necesidad; pero se engaña;  
Que él mismo me ha enseñado á que conozca,  
Todas sus artes, y el doblez de su alma.—  
Pero yo me arretrato. No me traje  
A la execranda Tébas la esperanza  
De alzar al hijo mio sobre un trono  
De que el cielo jamás el rayo aparta.  
De Antigóna al llamado vine oculta,

Para llevarme las cenizas caras  
 De su hermano y mi esposo, y conocerla,  
 Porque supo querer á quien yo amaba.  
 ¡Ay! ¡Que no la abracé!—¡ni pude en mi hijo  
 La imágen de su hermano presentarla!  
 Creón me descubrió: déjeme ahora  
 Salir de Tébas, y partir cargada  
 Del peso suave de la helada úrna  
 Que los despojos de mi amado guarda:  
 Déjeme conducir el tierno fruto,  
 De mi infeliz amor, y nunca Argia  
 Le llamará tirano, nunca Adrasto  
 Ya contra Tébas volverá sus armas.  
 Sí, Creón; vive y reina, y mi Lisandro  
 Solo me ayude en mi tranquila patria  
 A llorar á su padre. Si los cielos  
 Lo hicieron para rey, Argos lo aguarda  
 Con un trono de paz, despues que aprenda  
 De Adrasto las virtudes del que manda.—  
 ¡En qué ansiedad estoy!—Nadie parece.—(1)  
 No veo en todas partes mas que guardias.—  
 Creón me hace esperar en este sitio;  
 Pero ya que no viene, y á la estancia  
 Puedo volver de mi hijo . . . —¡Qué silencio!  
 El palacio esta noche la morada  
 Parece de los muertos.—De repente  
 Yo no sé que temor mi pecho asalta;  
 Y el corazon....—¡O Dios!....—Alguno viene. (2)

### ESCENA II—(3)

Creón, Argia

CREÓN

Cual si no hubiera guerra, todo calla.  
 No parece esta noche precursora  
 De los sucesos que la luz aguardan.

(1) Mirando afuera como atemorizada.

(2) Se retirará sobresaltada al fondo del teatro.

(3) Creón dirá los cinco primeros versos de esta escena sin ver á Argia; hasta que reparando en ella, le dirige la palabra.

Siempre entre las tinieblas espantosas  
Las catástrofes grandes se preparan.

Demasiado tal vez en este sitio  
Os hice Argia, esperar; pero la causa  
Os es tan conocida como justa,  
Y no lo estrañaréis.

ARGIA

Vuestra tardanza

No es lo que estraño ciertamente; veo  
Los motivos que sobran á excusarla.

CREÓN

Si ellos no fueran tantos y tan fuertes,  
Tiempo ha que á vuestro lado me encontrára,  
Porque nunca he deseado como ahora,  
Por su propio interés, hablar con Argia.

ARGIA

Argia no tiene otro interés que su hijo.

CREÓN

Pero en las circunstancias en que se halla,  
Ese interés alguna cosa tiene  
De comun con Creón.

ARGIA

¿Es arrogancia,  
O desprecio por mí lo que os induce  
A recordar, Creón, la inicua causa  
Que produjo el efecto de que tenga  
Algo comun con vos el hijo de Argia?

CREÓN

No es arrogancia ni desprecio. Acaso  
Pensásteis que esta noche se os pasára  
Sin gozar las caricias de Lisandro;  
Y Eurimedon, por mi orden, á gozarlas,



Sin que vos lo esperaráis, os condujo.—  
 ¿Nada os dice, señora, esta mudanza? —  
 Que el efecto produzca tan siquiera  
 De que escuchéis ahora mis palabras  
 Con menos prevencion: que un breve rato,  
 De los resentimientos olvidada,  
 Conozcáis que la cólera no siempre  
 Mis otros sentimientos avasalla;  
 Que también la razón mis pasos guía,  
 Y la justicia en mis acciones manda.

ARGIA

Difícil es, Creón; pero tal triunfo  
 ¿Quién podrá celebrarlo mas que Argia?

CREÓN

No lo estrañéis, Señora. Un rey, que mira  
 Que otro rey una guerra le declara  
 Con precipitación, y que sus tropas,  
 Invadiendo de pronto sus comarcas,  
 Asédian su ciudad, cede por fuerza  
 Al impulso primero de su saña.  
 Mi conducta con vos ha sido efecto  
 De una causa tan grave.

ARGIA

Aun se ignoraban  
 En Tébas los proyectos de mi padre.  
 Ni teniais temor de que sus armas  
 A amenazar viniesen vuestros muros,  
 De repente inundando las campañas;  
 Cuando vuestro rencor, no satisfecho  
 Con ejercer su bárbara venganza  
 Hasta en las sombras que á la Estigia fueron,  
 En un infante tierno se cebaba.  
 No es un sitio de ayer, no es esta guerra  
 La que hace en vuestro pecho hervir la rabia;  
 Al contrario; esa rabia envejecida  
 Es de tan justa guerra infame causa.

CREÓN

¿Y por qué me insultais?—¿Será, Señora,  
Que nunca deis oído á mis palabras,  
Y prefirais el insultarme siempre  
Al placer de que acaben las desgracias  
Que pesan sobre vos y vuestro hijo?  
¿Creón es inmutable? ¿Y sus entrañas  
Ya no podrán á la piedad abrirse?

ARGIA

Vuestra alma está al delito acostumbrada,  
Y la senda del crimen arraigado  
No se abandona en un instante.

CREÓN

Basta:—

Si es que no puedo, segun vos, mudarme,  
Seré lo que hasta aquí, sereis mi esclava,  
Vuestro hijo gemirá más que ha gemido,  
Ni lo vereis ya más.

ARGIA

No me acobardan  
Unos furoros, que, en el caso vuestro,  
La desesperacion tal vez arranca,  
Y ya tocan su fin.

CREÓN

Es excesiva,  
Pero es bastante vana la confianza  
Que teneis en Adrasto y. en sus tropas.  
Ya poco tiempo para el dia falta,  
Y no vendrá otra noche, sin que muera  
Para siempre jamas esa esperanza.—  
Yo queria evitar á mis vasallos  
El prodigar su sangre, á vuestra patria  
Funerales sin fin, al hijo vuestro  
La esclavitud en que al presente se halla,  
Y, sobre todo, hacer que á vuestro lado

Siempre fuera feliz.—¿No quiere Argia  
Mas que horrores y muertes? ¡Bien! Que sea:  
Pero no me atribuya sus desgracias.

ARGIA

¡Ociosas todavía en esta guerra,  
No se han desenvainado las espadas?

CREÓN

No se han desenvainado; pero pronto  
Se ha de ver en qué sangre están bañadas;  
Y, derrotado Adrasto, tiemblen todos  
Los que de Adrasto en mi palacio se hallan.

ARGIA

¿Y proponeis la paz?

CREÓN

No la propongo:  
La recibo, la doy, cual mas os plazca;  
Porque tan solo en vuestra mano dejo  
El que haya medio ó no de celebrarla.

ARGIA

Si me volveis mi hijo.....—

CREÓN

Más os vuelvo,  
Pues con un padre os lo presento.

ARGIA

¡Ay, Argia!  
¡Con un padre!—¡Callad!—¡Oh, Polinico!—  
¡Temprana sombra! ¿Dónde estás? La cara  
Prenda de nuestro amor infortunado,  
¿Qué otro padre que tú.....—¡Creón!.....—ya basta:  
Despedazad mi corazón, y nunca,  
Hablando de Lisandro, la palabra  
De padre pronunciéis.

CREÓN

Con un amigo  
Os lo vuelvo á lo menos, que lo haga  
Saber amarme, y aun reinar un dia.

ARGIA

¡Amaros! ¡A Creón! ¡El hijo de Argia!

CREÓN

Si no me llega á amar, sabrá siquiera  
Que, pudiendo haber hecho su desgracia  
Larga como mi vida, generoso,  
Aun hice más de lo que se deseaba:  
Que su fortuna preferí y la vuestra  
A la gloria tan fácil como vana  
De vencer á quien vino á libertaros,  
Y que lo hice feliz, cuando.....—

ARGIA

•  
¿Se engañan  
Mis oídos, Creón? ¿Que Dios ha sido  
Capaz de obrar en vos tanta mudanza?

CREÓN

Os pido, Argia, hasta os ruego, que tranquila  
Me escuchéis un momento.—Las alianzas  
Que forma el himenéo entre los reyes,  
Son efecto comun de lo que llaman  
Razon de estado, ó interés del trono ;  
Pero se forman, y una vez formadas,  
Se cimenta la paz, y los esposos,  
Conociéndose bien, al cabo se aman.—  
Lisandro en Tébas será rey un dia.  
Creón lo jura por su vida, si Argia  
El lazo forma con que al juramento  
Mi voluntad por siempre quedé atada.—  
Himenéo y la paz bajen á Tébas.—  
Señora.....—esta es mi mano.....—ó aceptadla,  
O no me atribuyais.....—

ARGIA

Recien conozco,  
 Sí, conozco recien que en algo iguala  
 Al bárbaro Créon esta infelice.—  
 ¿A qué es posible comparar la rabia  
 Que tu insultante audacia me ha causado,  
 Sinó á la que emponzoña tus entrañas?  
 ¡Hombre de fierro!—¿Quién te ha sugerido  
 Ese género nuevo de venganza?—  
 Nunca me ví mas humillada..... nunca  
 Mas insano furor.....—Dáme esa espada,  
 Verás como tu sangre de veneno  
 Por una mano débil se derrama.  
 Yo moriré despues; porque la afrenta  
 De haber sido el objeto en que fijáras  
 Tu pensamiento infame....—¡O Dios!—¿Cuál furia,  
 De las hondos infiernos alanzado,  
 La crueldad inaudita te ha inspirado  
 De hablar así conmigo?—¿Con que Argia  
 No te era conocida? •

CREÓN

Pues por eso  
 Os quiero hacer mi esposa. No me engaña  
 Una altivez que no teneis. Conozco  
 Que á no ser por las vanas esperauzas  
 Que fundais en Adrasto, de mi lecho  
 El honor.....—

ARGIA

No prosigas: y si tu alma  
 En humillarme, bárbaro, se goza,  
 No lograrás tal triunfo. (1)

CREÓN

Esa arrogancia  
 Merecia humillarse ciertamente:  
 Pero Créon os honra, cuando baja  
 Su pensamiento á vos.

(1) Argia quiere partir con precipitacion; Créon la detiene, y la fuerza á permanecer.

ARGIA

¿A quien podría  
 Honrar jamas Creón sino á quien mata?  
 Aquel que no sufrais sobre la tierra,  
 ¿Que prueba de virtud dará mas clara?

CREÓN

Sabeis que la venganza está en mi mano,  
 Pero que contra vos no quiero usarla ;  
 Por eso me insultais : sois la primera  
 Que impunemente á quien hablais agravia.—  
 ¿A que nombrar la muerte?—Yo, Señora,  
 Hacer de Argos y Tébas esperaba  
 La mansion de la paz y de la vida.—  
 En vuestra mano está. No hagais que parta  
 La primer flecha; volará, y tras ella  
 Mil muertes volarán, y vuestra patria  
 Será una inmensa tumba, á la memoria  
 De los héroes de Argos levantada.—  
 Pensadlo bien, Señora: el himenéo  
 Trae la oliva en su mano.

ARGIA

Las entrañas  
 De la tierra se abren, y el infierno  
 Es quien sus Furias implacables manda  
 A presidir de Tébas los destinos.—  
 Esa lengua, Creón, ¿como profana  
 El nombre de himenéo, que algun dia  
 De Polinício el alma con mi alma  
 Unió enlazada tan estrecha y fuerte,  
 Que ni tus irás á romperla bastan?

CREÓN

Polinício en las sombras de la muerte  
 Está tranquilo, ni se cura de Argia.

ARGIA

No manches su memoria con nombrar  
 ¡Ah! ¿No temblais, Creón? En esta sala  
 Se consumó el horrendo fratricidio,  
 Preparado por vos: en esta sala  
 Me parece que miro de repente  
 Que el frígido esqueleto se levanta,  
 Y con ira que solo entre las sombras  
 Puede engendrarse tal, grita, te llama,  
 Y te pide razon de tus furores,  
 De su olvidada tumba, su hijo, y Argia.—  
 ¿No lo mirais, Creón?—Vuestra perfidia,  
 Y no el valor de Eteócles la morada  
 De la muerte le abrió.

CREÓN

Siempre la muerte  
 En vuestro labio está. No quiero darla.  
 Y pareceis desear que yo consienta  
 En los campos de Adrasto en derramar'la.  
 Un esposo llorais; se acerca el día;  
 Y, sí no consentís en nuestra alianza,  
 Un padre lloraréis, porque ¿que espera  
 Sino la muerte en desigual batalla?

ARGIA

¡Quien! ¡Mi padre la muerte!—¡Dios! No escuches  
 El voto de un malvado.—Desolada  
 Estoy bastante ya.

CREÓN

Pues al momento,  
 Señora, consentid, y tal alianza  
 Vuestro padre autorize. Algunas horas,  
 Con Lisandro en delicias anegada,  
 Habeis pasado en esta noche: muchas  
 Y nunca interrumpidas, os aguardan,

Si el furor deponéis, que igual al mio  
 Vos misma habeis llamado.—Yo, sin causa  
 Tan justa como vos, olvido todo.  
 ¿Será que nunca os olvidéis de nada?

ARGIA

¿Y vos, que mereceis? ¡Traidor! ¡Impío!  
 Mientras á mi Lisandro acariciaba,  
 Tal vez sentí por vos menos desprecio:  
 Llenaba toda la existencia de Argia  
 El amor maternal, y aquel momento  
 Hasta odiar á Creón se me olvidaba.—  
 ¡Ay, hijo! ¿Quien creyera que el malvado  
 Hacer de tus caricias intentára,  
 Por un refinamento de perfidia,  
 El inaudito precio de mi infamia?

CREÓN

Basta de insultos, me degrado  
 En toleraros mas: mi lengua calla  
 Lo que os hará temblar quizá bien presto:  
 Mas mi furor es tal, que quiere pausas  
 Para cobrar mas fuerza, y prontamente  
 Con encono mayor volver al alma.—  
 ¡Agenor! Tus soldados. (1)

ARGIA

Argia empieza

Recien á aborreceros.

CREÓN (*al oficial*)

En su estancia  
 Con el mayor rigor que quede presa;  
 Quitale el hijo, y cuida con tu guardia.  
 De que jamás lo escuche ni lo vea.—  
 Aprende á conocerme, temerária,  
 Y tiembla por tu hijo, y por...—

(1) Dirá esto, acercándose al bastidor, y llamando al oficial y guardias, que se presentarán inmediatamente en la escena. El teatro se empezará á iluminar como si rayara el día, y progresivamente se aumentará la luz, hasta que al fin del acto quede del todo claro.



ARGIA

Mi hijo  
En mi prision, Creón...—

CREÓN (*á los soldados*)

Arrebatadla.—(1)

## ESCENA III

Creón (*sole*)

CREÓN

La aurora ya se muestra en el oriente.—  
¡Oh tú, dia de horror que te levantas!  
¿A quien serás funesto?—Mas ¡que digo!  
A mi solo jamás.—Si los Monarcas,  
Como se dicen dueños de sus pueblos,  
Lo fuesen en verdad, no hubiera de Argia  
Sufrido tanto insulto, ni humillado  
Se viera mi furor. ¡Oh! ¡Si mi espada  
De cuantos sediciosos hay en Tébas  
Pudiera el pecho atravesar! Sus tramas  
Encubren los traidores: si me fuera  
Posible en un momento destrozarlas,  
¿Qué seria de Adrasto? ¿Qué seria  
De esa muger altiva y su esperanza?—  
¡Esperanza! ¿Cual es?—A mi palacio  
¿Qué pueblo puede entrar á libertarla,  
Qué ejército que venga desde Argos,  
Sin dejar un momento á mi venganza?—  
¡Y no reinaré mas! ¡Oh! Sí.—¡Quien sabe  
Si son acaso mis sospechas vanas!

(1) Las guardias arrebatan á Argia.

## ESCENA IV

Creón, Eurimedon

CREÓN

Eurimedon ¿Qué dices?

EURIMEDON

En el cielo  
 El resplandor del Sol recién rayaba,  
 Cuando del campo regresó Periandro.  
 El ejército de Argos no se avanza  
 A los muros aún: nuestras legiones  
 Los cubren y defienden, preparadas  
 A que ningún argiano las insulte,  
 Y ardiendo ya en la sed de la matanza.  
 Pero sabreis bien pronto si á esta guerra  
 Ponen fin los tratados ó las armas.

CREÓN

¿Por qué? ¿Que ha sucedido?

EURIMEDON

El mismo Adrasto,  
 Sin broquel, sin espada, sin sus guardias,  
 Y la oliva en la diestra levantando,  
 Hasta el pie se acercó de las murallas.  
 Desde allí pudo hablarme: en sus acciones,  
 En su rostro, y en todas sus palabras  
 El deseo de paz no mas se muestra.

CREÓN

Entonces está débil. Nuestras armas  
 ¿No pudieran batirlo en el momento,  
 Y enseñarle á su costa á respetarlas?

EURIMEDON

Fácil fuera tal vez: pero...—es preciso  
Que os lo diga, Señor.—La desconfianza  
Que en el pueblo teneis, quizá es mas justa  
De lo que habeis creído.

CREÓN

¡El pueblo! Acaba.

EURIMEDON

Al rumor prontamente divulgado  
De que el rey enemigo se acercaba  
Con señales de paz, en nuestras calles,  
En nuestros templos y en las anchas plazas  
El pueblo se reunia, y muchas voces  
De *paz*, de *libertad* se levantaban.  
Isménio con su gente los tumultos  
Logró al fin disipar, y hacer que...—

CREÓN

Basta.—

¡Y qué!—¿Ese pueblo infame no ha sufrido  
Los crímenes de todos sus monarcas?  
¿Por qué condena mi justicia ahora?  
¿O está sujeto al pueblo quien lo manda?  
Habla: ¿Que quiere Adrasto?

EURIMEDON

Para él solo  
De Tébas pide que las puertas se abran;  
Que anhela por hablaros; y ha jurado  
Por la vida de Argia que sus armas,  
Si se quiere escuchar á la justicia,  
No habrán de derramar sangre tebana.

CREÓN

¿Por la vida de Argia?—Poco hace  
Que, como nunca, conmovió mi rabia.

EURIMEDON

¡Que!—¿Prefiere la muerte á vuestra mano  
Esa muger frenética, insensata?  
Bien lo temia yo.

CREÓN

No me dió tiempo  
Mi furor con la muerte á amenazarla. =  
¡Oh pueblo! ¡pueblo vil!—¿Con que tú solo,  
A mi pesar, refrenas mis venganzas?  
¿Con que yo, que ni al cielo temeria  
Si no fuera por tí, hasta á la infamia,  
Hasta la astucia baja he de humillarme,  
Por evitar la guerra, de hacer que Argia  
Me oiga ofrecer mi mano, y la desprecie?—  
¡Oh pueblo! ¡A lo que fuerzas á un monarca!  
¡Oh ambicion de mandar! ¡A lo que obligas  
A quien no quiere vida, si no manda!

EURIMEDON

Nada debeis temer: vuestros soldados...—

CREÓN

Antes que muera yo, matarán á Argia.—  
Por la puerta Emoloides que entre Adrasto;  
Y que Periandro, con la fuerza armada  
Que le obedece, sobre el pueblo vele.

## ESCENA V

Creón (solo)

CREÓN

Voy á ver entretanto si descansa  
Mi espíritu un momento; mas mis iras  
¡Oh Furias infernales! aumentadlas.

## ACTO TERCERO

### ESCENA I

Creón (*solo*)

CREÓN

El valor de Periandro es conocido,  
Y su lealtad tambien: no temo al pueblo,  
Mientras que su legion incontrastable  
Se ocupe solamente en contenerlo.—  
Mas, si en el caso de un combate, al muro  
No va toda mi fuerza..... ¡Oh duda!—¡Oh cielo!  
Si hicísteis á Creón tan ambicioso,  
¿Por qué no permitís que sus deseos  
Se cumplan sin obstáculo? A oponerse  
Si llega el universo á mis proyectos,  
¿Por qué no tiene para mi venganza  
Una sola cabeza el universo?—  
¡Yo habré de recibir en mi palacio  
A quien me insulta! ¡Oh furia!

### ESCENA II

Creon, Eurimedon

EURIMEDON

A Adrasto déjole  
En el salon de los embajadores ;  
Allí os espera, y á anunciarlo vengo.

CREÓN

¿Solo ha venido?

EURIMEDON

Solo.

CREÓN

¡Nuevo insulto!  
 ¡Creón ya no es temible!—¡O habrá un medio  
 Que un rey estime vil, como lo vengue,  
 Y á quien quiera perder pueda perderlo ?

EURIMEDON

¡Señor! Me atreveria á aconsejáros  
 Que lo escuchéis tranquilo. Siempre hay tiempo  
 Para ejercer venganzas que son justas.

CREÓN

Bien. Ven con él aquí.

EURIMEDON

Ya os obedezco.

### ESCENA III.

Creón. (*solo*)

CREÓN

Siempre hay tiempo; es verdad. Mas que á mi furia  
 Cederé á mi interés este momento.  
 A Adrasto escucharé; pero si Adrasto  
 Librar piensa ese niño, que aborrezco,  
 De mi poder, no hay paz; y si los dioses  
 Me desamparan, llamaré al infierno.—(1)  
 Creo nadar en sangre en mi palacio:  
 Mas la mia.... ¡Que rabia!—¡Oh pueblo! ¡Oh pueblo!

### ESCENA IV.

Creón, Adrasto, Eurimedon.

EURIMEDON

Os presento, señor, al rey de Argos.

(1) Flectere si nequeo superos, Acheronta movébo.—*Virg.*

CREÓN (*á Eurimedon*)

Retírate á los muros. El ejército  
Es sobrado á cubrirlos: una parte  
Que descansa, y la otra observe de ellos  
El enemigo campo; y si sucede  
Haber un movimiento, vuelve luego.

## ESCENA V

Creon, Adrasto

ADRASTO

Nada sucederá: no jura en vano  
El rey de Argos jamás. Ese guerrero  
Que acaba de partir en este instante,  
Sabe ya cuales son mis sentimientos;  
Y que, entre el aparato de las armas,  
El deseo de paz reina en mi pecho.

CREÓN

¡El deseo de paz! ¿Con fuerza armada  
Se solicitan paces?

ADRASTO

El acero

Que empuñan mis soldados, no se tiñe  
Sino en sangre de injustos. El derecho  
De la justicia y la razon se atienda,  
Y no creais que la sangre inunde el suelo.

CREÓN

¿Y es injusto Creón? ¿Es necesario  
Para que reconozca esos derechos,  
Con la espada en la mano reclamarlos?—  
¿O venís á insultarme, aquí en el centro  
De mi poder? ¿En medio de mis guardias?  
¿En un palacio de que yo soy dueño,  
Y en el que nadie, sin que tiemble, pisa?

Que su perjuro hermano le usurpaba.  
 Y del que era mas digno que el protervo.  
 Yo vine á sostener de Polinício  
 Los derechos hollados: quiso el cielo  
 Que él y Eleócles murieran; y mi patria  
 Me miró regresar de asombro lleno,  
 Pues Tébas en verguenza de la Grecia,  
 Fue escándalo de todo el universo.—  
 Desde entónces reinais.

## CREON

Esa palabra,  
 Esa última palabra, que, queriendo  
 Acaso contenerla, os ha arrancado  
 La imperiosa vehemencia del deseo,  
 Justifican bastante la conducta  
 Que ha observado Creón con vuestro nieto.—  
 Si; desde entónces reino; ni es Adrasto  
 Quien debe preguntar con que derecho.  
 Si es que lo tuve ó no cuando mi mano  
 Con sobrada justicia empuñó el cetro.  
 Ahora, que me siento sobre el trono,  
 ¿Quién podrá disputármelo? Por eso  
 A Lisandro detuve, cuando vino  
 Argia con él aquí. Si era heredero  
 Del trono que yo ocupo, los delitos  
 De su padre infeliz, que en él cayeron;  
 De todos sus derechos lo privaron.  
 Tébas detesta al hijo de un perverso,  
 Que trajo alguna vez contra su patria  
 Las armas de los reyes extrangeros.—  
 Yo, por bien del estado no he querido  
 Libertar á Lisandro; mas, supuesto  
 Que amáis la paz y vuestras intenciones  
 Se conforman en esto á mis deseos,  
 Entrad por un tratado que yo mismo  
 Os iba á proponer: este secreto  
 Ya es conocido de Argia, y de otro modo  
 No será rey Lisandro en ningun tiempo



ADRASTO

¿Qué secreto? ¿Qué rey?—Creón bien sabe  
 Que del trono que ocupa el heredero  
 Es Lisandro, y no mas; y yo le juro  
 Qué si en Tébas con crímenes tan feos  
 No se manchase el sólio, mis soldados  
 Harian devolvérselo á su dueño.  
 Pero no es esto lo que Adrasto quiere;  
 Porque ama mucho á su inocente nieto,  
 Para sentarlo nunca bajo el filo  
 De un cuchilio invisible y justiciero.  
 En Argos reinará, y....

CREON

En vano Adrasto,  
 Por librarlo de mí, finge pretestos.

ADRASTO

Si como tiene fuerza, no tuviera,  
 No se humillara Adrasto al fingimiento.

CREÓN

El camino de Tébas por dos veces  
 Han conocido ya vuestros guerreros;  
 Y Creón es prudente.

ADRASTO

Pero nunca  
 Sabrá que yo he faltado á un juramento.

CREÓN

Los reyes juran hoy, pero mañana...—

ADRASTO

¡Los reyes! No, Creón. ¡Con mas respeto  
 No os tratáis á vos mismo?

CREÓN

Nunca puede  
Responder un monarca de sucesos

ADRASTO

No digo de Creón, del Universo  
Un monarca legítimo no tiembla.

CREÓN

¿Qué me quereis decir?—Pero...—al momento  
Explicaos. ¿Qué buscais?

ADRASTO

Bien conocidas  
Os son mis pretensiones hace tiempo.  
Tres veces desde Argos han venido  
Mis enviados á Tébas: si con ellos  
Me hubieseis vuelto á mi hija y á Lisandró,  
Sin llenarlos de insultos y desprecios,  
No me hubierais forzado á que sitiasen  
La mal segura Tébas mis guerreros.—  
Yo siempre amé la paz: quizá he sufrido  
Mas de lo que debí; pero yo aprecio  
La vida de los hombres sobre el vano  
Orgullo que se adquiere con el cetro;  
Y aunque siempre están pronto mis vasallos  
A ofrecerme su sangre, la respeto.—  
Pero, Creón, soy padre y soy monarca:  
Dé títulos tan grandes, el primero  
Es para mí muy santo, y reputado  
Como el mayor favor que debo al cielo.  
Mi dignidad de rey habeis hollado  
En mis embajadores; y, sintiendo  
Que ya no hay otro medio que la fuerza  
Para hacer respetar tantos derechos,  
Me valí de la fuerza.—Argia y Lisandro  
Salgan de su penoso cautiverio;

Vuelvan á mi poder, y mis legiones  
 El regresar en paz hasta mi reino  
 Preferirán á la ominosa gloria  
 De marchar vencedoras sobre muertos.—  
 Esta es mi pretension. Argia y su hijo  
 Que sean de la paz el digno precio.—  
 A bien, Creón, que nada solicito  
 Que no me lo debais; y olvido excesos  
 De que acaso pudiera, y aun debiera,  
 Tomar justa venganza, y no me vengo.—  
 Ya sabeis todo: ó elegid las paces,  
 Que, á fuer de soberano, aquí os ofrezco,  
 O temed altamente los enojos  
 De un ofendido padre, á quien el cielo  
 Proteje en su justicia, y cuyas iras  
 Sabrán medirse por su amor paterno.

CRÉON

Esas iras, Adrasto, ni son justas,  
 Ni alarman á Creón. Ha mucho tiempo  
 Que Argia estuviera en Argos, si ella misma  
 No prefiriese Tébas á ese reino.  
 El objeto que trajo en su venida  
 Fué el de llevar los despreciables restos  
 De su bárbaro esposo, que la espada  
 Se atrevió á hundir en el fraterno pecho.  
 Yo se los entregué....—

ADRASTO

No de ese modo  
 Debeis hablar conmigo- Bien sabemos  
 La causa de ese doble fratricidio,  
 Y quien lo preparó, con cual objeto.—  
 ¡ Creón! Bastante os digo. Esas cenizas,  
 Que llamais despreciables, hasta el cielo  
 Piden venganza aun; y acaso, acaso  
 Hay en la tierra quien escuche el éco.

CRÉON

¡ Sereis vos ciertamente !

ADRASTO

Tal vez sea ;  
 Pero, Creón, en este instante hablemos  
 Como de rey á rey ; como lo exigen  
 La paz, mi dignidad, mi honor, y . . . el vuestro.  
 Usad de este lenguaje ; que sin duda  
 No seréis vos quien perdereis en ello.

CREÓN

¿Fundais tanta arrogancia en que no es esta  
 La primer vez que Tébas un asedio  
 Ha sufrido por vos?—¡Bastante caro  
 Le costó ese socorro á vuestro yerno!

ADRASTO

A todos les costó ; que el justo á veces  
 En la ruina se envuelve del perverso.  
 No era hecho Polinício para el crimen,  
 Ni fué crimen en él pedir un cetro  
 Que el tiempo y la política conducen ;  
 Ni basta el juramento á detenerlos.

ADRASTO

El tiempo y la política son nada  
 Para un hombre de fé, para un rey menos.

CREÓN

Pero vos habeis dicho que á mi tronp  
 Nadie con mas razon tiene derccho  
 Que Lisandro.

ADRASTO

Y lo digo.

CREÓN

Y eso basta  
 Para que nunca salga de mi reyno.

Sobre todo, el tratado que propongo  
 Disipa desconfianzas, y el cimienta  
 Hechará de una paz firme y estable.  
 En vuestra mano está.

ADRASTO

Si no envilezco  
 Mi gloria; y de Argia y de Lisandro rompo  
 La pesada cadena, proponedlo.

CREÓN

No os envilecerá: veréis al cabo  
 Que, en el poder y rango que poséo,  
 Conozco que la paz es sobre todo.  
 ¡Así llegáseis vos á conocerlo!—  
 ¡Agenor! (1) Que venga Argia. No le digas  
 Que está su padre aquí; que su contento  
 Quiero aumentar con la sorpresa. (2)

ADRASTO

¡A mi hija  
 Me permitis que vea?—Lo agradezco—  
 No lo solicité, por no exponerme  
 A vuestra desconfianza ó á un desprecio:  
 Pero el proyecto.....

CREÓN

De su labio mismo  
 Lo podeis escuchar en el momento—  
 Su inexperiencia, y su dolor acaso  
 Se lo hacen reprobar; pero, mas cuerdo,  
 Pensad, Adrasto, que, sin él, no hay Argia  
 Ni paces para vos; que mis guerreros  
 Ya impacientes están, porque no buscan  
 Los vuestros en el muro su escarmiento;

(1) Se acercará al bastidor á llamar Agenor, y este oficial se presentará en el momento en la escena.

(2) Se va Agenor.

Y que Creón será mas formidable  
Si se une á su ambicion un menosprecio.—  
Ahí la teneis.

## ESCENA VI

Creón, Adrasto, Argia

ARGIA

¡Tal vez para humillarme  
De nuevo me llamais?...—¡Oh Dios! ¡Que veo!  
¡Vos en Tébas, mi padre! (1).

ADRASTO

Sí, hija mia.

CREÓN (aparte)

Si esta ocasion tan favorable pierdo,  
¿Cual otra espera mi venganza?—Adrasto,  
Quedaos con ella; volveré bien presto.

## ESCENA VII

Adrasto, Argia.

ARGIA

¿Dónde os hallais?—No sé si me abandone  
Al temor ó al placer.—¿Cómo os encuentro  
En la mansion del dolo y la venganza?—  
¿Sois víctima tambien?—Hablad.—¿Qué es esto?

ADRASTO

Vue've á mis brazos, Argia.—¡Hija querida!  
Descarga tus temores en mi pecho.  
Tranquilízate.

ARGIA

Yo tranquilizarme,  
Cuando aquí os miro solo é indefenso!—

(3) Argia corre á abrazarse con su padre, y permanecen abrazados mientras Creón dice los dos primeros de los versos que siguen.

La perfidia y Creón reynan en Tébas;  
¿No lo sabeis, señor?

ADRASTO

Por eso vengo  
A libertar á mi hija y á Lisandro  
De la perfidia y de Creón: al menos  
El malvado esta vez no es un tirano  
Pues me deja abrazarte.

ARGIA

¡Y qué! ¿No debo  
Esperar mas abrazos de mi padre  
Que los que me permita ese perverso?

ADRASTO

Sí; en Argos los tendrás. Ahora es fuerza,  
Emplear de otra manera estos momentos,  
Y á tu quietud sacrificar las ansias  
De estrecharte mil veces en mi seno.

ARGIA

¡A mi quietud!—¡Ah! Sí. Con vuestra vista  
Puedo al fin mi furor lanzar del pecho.  
Y en el vuestro, señor, ¿no han rebosado  
La indignacion, las iras, y el deseo  
De una venganza grande?—Habeis podido  
La última infamia tolerar sereno?—  
Una madre, que tiembla por su hijo,  
Está expuesta al indigno atrevimiento  
Del inícuo que, á fuerza de atentados.  
Ahogó en su corazon los sentimientos:  
Pero un padre, un monarca, un hombre ¿escucha  
Tantos insultos sin vengarse luego?—  
Creón pensó que mi virtud, mi gloria;  
Y mi amor maternal tuvieran precio,  
Y los quiso comprar: ¿pero á vos mismo  
Se ha atrevido, señor, á proponerlo?—  
¿Sois rey, y lo sufrís?—¿Soy vuestra hija,

Y así me cubre un vil de vilipendio?—  
 ¡La paz! ¿Y que es la paz, siendo comprada  
 Con mi vergüenza y el oprobio vuestro?—  
 ¡Yo, esposa de Creon! ¡Ah! No es posible  
 Que mi padre consienta...—

ADRASTO

No comprendo,  
 Argia, lo que me dices.

ARGIA

¡Qué! ¿El malvado  
 Os ha ocultado el criminal proyecto  
 Que se ha atrevido anoche á revelarme?

ADRASTO

Animado mi pecho del deseo  
 De ahorrar la sangre y evitar desgracias;  
 Dejé mi campo; y solo, sin mi acero,  
 Y sin otra defensa que la oliva,  
 Me he presentado en Tébas, prometiendo  
 A su bárbaro rey olvido y paces,  
 Como quiera entregarme en el momento  
 A Lisandro y á tí: mas mi designio  
 Se frustra ciertamente. Me convenzo  
 De que no hay con tiranos mas tratado  
 Que humillarse á su yugo como siervos,  
 O exterminarlos sin piedad.—Tu padre  
 Vá á libertar de un mónstruo al Universo;  
 El mismo es quien me obliga: no consiente  
 En que salgais de Tébas ni yo puedo  
 Consentir en la paz sin libertaros,—  
 ¿Qué tratado propone? Su secreto  
 Dice que tú lo sabes, y has venido  
 A confiarme sus planes.

ARGIA

El perverso  
 Temió arrostrar vuestro furor, y quiere



Que mi labio repita lo que el miedo  
 En los suyos heló. Para insultáros  
 Le faltó el inaudito atrevimiento  
 Que ha tenido conmigo, al proponerme  
 Mi verguenza y mi afrenta.

ADRASTO

¿Por qué medios  
 Piensa lograr la paz?—Habla.

ARGIA

Ya hé dicho  
 Cuanto puedo deciros.—¡Ah! ¡En mi lecho  
 El que causó la muerte de mi esposo!  
 ¡El que hace padecer á mi hijo tierno!  
 ¡El bárbaro Creon!

ADRASTO

¡Argia!

ARGIA

¡Lisandro!  
 ¿Te arrancan de mis brazos porque tengo  
 Una virtud comun? ¿Es heroismo  
 El mirar con horror este himenéo?  
 Al grande criminal, grandes virtudes  
 Lo deben irritar; mas mi desprecio  
 Es un deber muy fácil de cumplirse,  
 Ni debe enturecer hasta el extremo  
 De mi hijo infeliz. . . ¡Oh padre mio!  
 Viuda de Polinício ¿crééis que puedo  
 Ser esposa jamás. . .—

ADRASTO

¡Hija! ¿Qué dices?  
 ¿Qué ha intentado Creón?—Yo me avergüenzo  
 ¡Esposa tú! ¿De quien?

ARGIA

No quiere paces  
El tirano de Tébas á otro precio

ADRASTO

¿Y tú pudiste oirlo? ¿Y tú venganza?  
Pero ¿qué me detiene, que no vuelo  
A encontrar á ese mónstruo abominable,  
Y en su sangre lavar mi vituperio?

ARGIA

Deteneos, señor: solo y sin armas,  
De la crueldad y la perfidia en medio,  
¿Qué pretendéis hacer?—Volved al campo.  
Huid de mis abrazos un momento  
Por vuestro mismo honor, y con la espada  
Entrad de nuevo á Tébas, conduciendo  
Inevitable muerte á los malvados,  
Y libertad para Argia y vuestro nieto.

ADRASTO

¿Y dónde está Lisandro?

ARGIA

De mis brazos  
Lo han arrancado porque no consiento  
En este enlace infame. ¡Ah! Libertadnos;  
Libertad á Lisandro cuando menos.

ADRASTO

Sí: lo juro por tí: jamás Adrasto  
Ha faltado á tan grato juramento:  
Será completa la venganza mia;  
Y, porque sea tal, un breve tiempo  
Sofocaré en mi pecho los enojos.

ARGIA

Pero no os espongaís: de los guerreros  
 Dirigid el furor en la batalla,  
 Mas no lo precedáis.—¡Oh Dios! Si pierdo. . .—  
 ¡Ah! ¡quien os diera ahora los soldados  
 Que en ese mismo campo perecieron,  
 Sosteniendo la causa de mi esposo  
 Y vengarlo en su muerte no pudieron!

ADRASTO

Pocos me restan, pero son valientes;  
 Y yo soy padre de Argia.

ARGIA

¿Y habéis vuelto  
 Sobre la grande Tébas, sin la fuerza  
 Necesaria á domarla? Señor, tiemblo  
 Por vuestra suerte y la de mi hijo.—¿Acaso  
 Ha decretado en su furor el cielo  
 Que mi esposo, y mi padre, y mi Lisandro  
 De una misma venganza en corto tiempo  
 Víctimas han de ser? ¿Y yo infelice  
 Lo habré de ver, sin perecer primero?

ADRASTO

No temas, hija mia, no hay tirano  
 Que no se labre él mismo su escarmiento,  
 Y Creón ya ha llenado la medida  
 Que tiene la paciencia de los pueblos.  
 Los feroces ministros de sus crímenes  
 No bastan en el trono á sostenerlo;  
 Y...—

ARGIA

¿Qué esperais? En los primeros pasos  
 Está de su reynado, y todos ellos  
 Creón con el terror y con la sangre  
 Ha sabido marcar. Quizá en el pueblo  
 Ninguno lo ama, pero todos tiemblan.

Sus tropas han llegado hasta el extremo  
 De la licencia ya ; y él les permite,  
 Como sean feroces, cuanto exeso  
 La rabia militar cometer puede  
 Contra los ciudadanos indefensos.  
 El soldado de Tébas es un tigre  
 Que no se harta de sangre.

## ADRASTO

Muchos de ellos  
 Detestan á Créon.—De Periandro  
 Con la legion irresistible cuento ;  
 Y con él combinados de antemano  
 Están todos mis planes. En mi reyno  
 Sus cartas recibí por mis enviados ;  
 Y anoche mismo, que cubrió los puestos  
 Avanzados del muro, fué á mi campo,  
 Y convino conmigo en cuales medios  
 Se debian emplear, si no pasaba  
 Créon por mis propuestas. Los proyectos  
 De Periandro se ignoran por los viles ;  
 Y, como su valor es manifiesto,  
 Allí lo ocupan donde el riesgo es grande.  
 Su legion le obedece con respeto,  
 Tiene muchos parciales decididos,  
 Y es justamente amado por el pueblo.

## ARGIA

¿Teneis, señor, confianza?

## ADRASTO

¿Has olvidado  
 Cuanto amó á Polinício ese guerrero,  
 Y el tiempo que ha que cauteloso piensa  
 En librar á su pátria de un perverso?

## ARGIA

Bien lo recuerdo.—Pero yo he temido  
 Que, viciado tambien con el ejemplo  
 Del cruel Eurimedon, y...—

ADRASTO

Alguno viene.—  
 ¡Hija mia, firmeza! Este secreto  
 Ya sabes lo que vale.—Mis fatigas  
 Al lado tuyo olvidaré bien presto.

## ESCENA VIII

Creón, Adrasto, Argia, Eurimedon

CREÓN

Si las olvidaréis.—La paz Adrasto,  
 Cuando la consolida el himenéo. . .—

ADRASTO

Si por mostrar confianza á quien debiera  
 No mostrar mas que ódios y recelos  
 No hubiera entrado desarmado en Tébas,  
 Ya hubiese contestado con mi acero.  
 Mas vuestro triunfo es corto; preparaos  
 Que otro sol<sup>o</sup> ya no alumbrá tanto exeso.

ARGIA

¡Padre mio! ¿Qué haceis?

CREÓN (*A Adrasto*)

En este instante  
 Pudiera dáros muerte, mas la dejo  
 Para cuando me sea mas gloriosa.

ADRASTO

Creón no tiene gloria: solo el miedo  
 Es capaz de impedirle los delitos.

CREÓN

Eurimedon, conduce en el momento  
 A ese insultante rey fuera del muro,  
 Y vuelva su hija á su penoso encierro:  
 Entrégala á Agenor.

ADRASTO

Ella y el mundo

Se librarán de vos: yo lo prometo.

## ESCENA IX

Creón, (*solo*)

CREÓN

¿Y soy Creón, y sufro? ¿O es destino  
 Que, cuando en igual sed estoy ardiendo  
 De venganza y de mando, nunca, nunca  
 Pueda llegar á verme satisfecho?—  
 La suerte me presenta en mi palacio  
 A mi enemigo, solo é indefenso;  
 Me insulta, me desprecia; y con su hija  
 Lo entretiene mi astucia, mientras vuo  
 A mandarle una muerte inevitable,  
 ¿Y destrozados mis designios veo?—  
 Mi ambicion pone freno á mi venganza.  
 Eurimedon, Periandro, el fuerte Isménio,  
 Mis mejores amigos, han salvado  
 A Adrasto de la muerte, y sus consejos  
 Mi implacable furor han retenido.  
 ¿Con que es preciso ya? ¿Debo vencerlo,  
 Si lo quiero perder, sin yo perderme?—  
 Pero ¿por qué vencer? Menos expuesto  
 Era inmolarlo aquí: para un contrario  
 Son el valor ó el dolo iguales medios.—(1)  
 ¿Y quien me ha detenido? Los temores  
 De irritar mas y mas á todo el pueblo,  
 Y llenar mi venganza sin que el trono  
 Se pudiese afianzar al mismo tiempo.—  
 Si, Creón, ya la guerra es necesaria;  
 Y despues de triunfar, ¡oh! ¡Cual me vengo  
 Del pueblo, de Argia; de su padre, y su hijo!  
 Correr mas rios de la sangre veo  
 Debida á mi venganza, que de toda  
 Cuanta derramarán tantos guerreros!

(1) Dolus an virtus: quis in hoste requiratur?—*Virg.*

ACTO CUARTO

—

ESCENA I

Creon, Eurimedon

CREÓN

¿Há llegado á su campo?

EURIMEDON

Hasta muy cerca  
Le acompañé yo mismo

CREÓN

¿Y que te ha dicho?  
¿Se prepara muy pronto á acometernos?  
¿Sus soldados serán tan atrevidos,  
Que vengan á estrellarse contra el muro,  
A hallar inevitable su exterminio?

EURIMEDON

Nada me ha hablado Adrasto: en su semblante  
Se pintaba el furor: á recibirlo  
Corto espácio sus gefes se avanzaron,  
Y desde allí me despidió.

CREÓN

¿Destino  
Has dado ya á mi tropa?

EURIMEDON

En las murallas,  
En órden de defensa divididos,

Quedan los cuerpos todos, y Periandro  
 Por las calles y plazas repartidos  
 Tiene ya diestramente los soldados  
 Que sobre el pueblo velan.

CREÓN

¡Ay amigo!  
 ¡Oja!á que Creón no se arrepienta  
 De haber una vez sola consentido  
 En no derramar sangre, y de las manos  
 Permitir escaparse á un enemigo!

EURIMEDON

Si Eurimedon en vos solo mirára  
 Al monarca de Tébas, á los filos  
 De mi espada cayeran sin exámen  
 Las cabezas de todos los proscriptos  
 Que señaláseis vos; mas mi respeto  
 Es igual por mi rey á mi cariño.—  
 Si amais ó aborrecéis, amo, aborrezco,  
 Vuestros impulsos, como propios, sigo,  
 Y con que vos queráis que corra sangre,  
 El hacerla correr es deber mio:  
 Pero tambien lo es correspondéros  
 Tantos favores de que usais conmigo,  
 Y pagar la amistad con que me honro.  
 Y de que habeis querido hallarme digno.

CREÓN

El que me favorezca mis venganzas  
 No me sabe querer.

EURIMEDON

Y el advertido  
 Que, por favorecerlas, las dilata,  
 Conciliando, señor, á un tiempo mismo  
 Vuestros justos furores, y el deseo  
 Mas justo, de afianzar vuestro dominio,  
 ¡Ese no sabe amaros!



CREÓN

Me avergüenzo

De que otro sea quien me indique arbitrios  
 De conciliar mis intereses todos.  
 ¿O crees tú que Creón aun no ha aprendido  
 El arte de reynar y de vengarse?  
 Para subir al trono me he valido  
 De todas sus lecciones, ¿y olvidarlas  
 Pudiera, cuando mas las necesito?

EUUMEDON

Permitidme que os diga que los puestos  
 De vasallo y de rey son muy distintos.—  
 El que obedece y á mandar aspira,  
 Su interés, sus recursos, sus peligros  
 Ve con sus propios ojos; y detiene  
 O apresura sus pasos á su arbitrio,  
 Segun las circunstancias que le cercan,  
 Y pesa y examina por sí mismo.  
 Pero, llegando al trono, ya no puede  
 Ni ver, ni oír, ni dar á sus designios  
 Un impulso feliz, si no por medio  
 De los leales que tenga á su servicio.  
 Al resplandor de la diadema brilla  
 La magestad no mas; y desde el sitio  
 Elevado del sólio, las miradas  
 De los reyes no bajan al abismo  
 De humillacion y quejas, en que yace  
 El pueblo infame justamente hundido,  
 Y del que lucha por salir.

CREÓN

¿Y el pueblo  
 Es algo ante su rey? ¿O su destino  
 Ya no es callar y obedecer?

EURIMEDON

Del trono

Siempre fueron los pueblos enemigos  
 Su gloria es humillar á los monarcas,

## CREÓN

¿Y su padre cual es?

## EURIMEDON

El que ha tenido  
 En todo tiempo el débil contra el fuerte;  
 El dolo, la traicion, el artificio.  
 Con tal que tienda á destrozár el cetro,  
 A todo se da el nombre de heroismo.—  
 Estas armas, señor, no son temibles  
 Para el que sabe prevenir sus tiros;  
 Pero es preciso prevenirlos. Llega  
 De repente entre riesgos y conflictos  
 A vacilar el trono; ¿y sus columnas  
 No serán del monarca los amigos?  
 ¿No amarán á su rey los que se atreven  
 A mostrarle veraces el camino  
 Que es preciso seguir, y que no puede  
 Por sí solo, aunque quiera descubrirlo?  
 Os lo digo, señor, no porque intente  
 Ni pueda contrariar vuestros designios,  
 Ni porque me colmeis de mas favores  
 Que los que mi esperanza han exedido:  
 Pero os quiero hacer ver en mis consejos  
 Vuestro bien solo, y nada mas he visto,  
 Y que, si á darlos me atreví, os dignásteis  
 Vos mismo á vuestro súbdito pedirlos.—  
 Adrasto, Argia, Lisandro y una parte  
 De ese pueblo insolente y atrevido  
 Perecer deben, si los planes vuestros  
 Ciegos no abrazan: pero ya es preciso,  
 Si el primero resiste en un combate  
 Vencerlo, y, en el acto de vencido,  
 Sacrificarlo á una venganza justa;  
 Que todo es excusable ó permitido,  
 Y el furor de la guerra todo cubre.  
 Y, pereciendo Adrasto, Argia, su hijo  
 ¿Donde van á encontrar libertadores?

¿Donde un apoyo el pueblo? ¿Sus gemidos  
 Habrá ya quien escuche? Los clamores  
 Que se puedan alzar, serán seguidos  
 Del seguro exterminio de rebeldes;  
 Y una sola sospecha, un leve indicio,  
 Que siempre para un rey debe ser crimen,  
 Se borraré con sangre.—Os lo repito;  
 No tendréis mas que hablar, y en el momento  
 Mi sola espada os ahorrará suplicios

CREÓN

Te escuché, Eurimedon. Un rey á veces  
 Nada es menos que rey: su poderío  
 Es un nombre y no mas, porque no alcanza  
 A do van sus deseos.—Mas ¡que digo!  
 Si todo me abandona, yo me basto  
 Mientras hierva en furor el pecho mio.  
 ¡Amigo! sí; tú lo eres. ¿Me respondes  
 Que triunfarás de Adrasto? ¿Serás digno  
 De ser vasallo de Creón un dia?

EURIMEDON

Desde el tiempo de Eteócle y Polinício  
 Adrasto me conoce, y bien le consta  
 Cuanto hice yo por vos. Por él vencido,  
 Mi cierto galardón será la muerte.  
 Triunfaré ó moriré.

CREÓN

Triunfar amigo,  
 Triunfar, y nada mas: ese es el medio  
 De mandar y vengarme: tú lo has dicho;  
 Y Creón sin venganza no es monarca,  
 Y sin el cetro no es Creón.

EURIMEDON

Yo mismo  
 Debí haber muerto á Adrasto en esta sala,

Cuando á insultáros indefenso vino;  
 Y dobló sus insultos, desechando  
 Tratados con que honrarlo habeis querido:  
 Pero, ya lo sabéis, su muerte entónces,  
 Si servia al furor, á un precipicio  
 El trono despeñaba. El pueblo á oleadas  
 Se agolpó á este palacio, y á impedirlo,  
 No bastaron las fuerzas de Periandro;  
 Bien que de la violencia usar no quiso;  
 Porque en la muchedumbre aun no se oían  
 De sedicion los clamorosos gritos.  
 Mas no se dispó tanto tumulto  
 Hasta el instante en que salió conmigo  
 Adrasto de este sitio, llamó entonces  
 Periandro de su tropa los caudillos,  
 Y logró con astucia y con prudencia  
 Disolver las reuniones.—Este indieio,  
 Y otros que ha dado el insolente pueblo,  
 Os deben persuadir que no hay partido  
 Que se pueda tomar para acallarlos,  
 Fuera del de vencer al enemigo;  
 Y aun este debe emplearse cuando falten  
 Al rey de Tébas los demas arbitrios.  
 El tiempo urge; señor; Adrasto puede,  
 Antes que el sol se ponga, combatirnos,  
 Y exitar los furores populares,  
 Que, mientras no hay alarma, están dormidos,  
 Y tal vez hay peligro en despertarlos. —  
 Hay quien muera por vos, siendo preciso;  
 Mas, si podemos evitar el choque,  
 Lo debemos hacer; y yo imagino  
 Que solo Argia á su padre quitar puede  
 Las armas de la mano; que á su hijo  
 Mejor querrá mirar á vuestro lado  
 Que no envuelto en su sangre; y que el rey mismo.  
 Si sabe que los cuellos amenaza  
 De Lisandro y de Argia un solo filo,  
 Para el que un solo instante es suficiente  
 Frenará sus furores vengativos.

Ofreced nuevamente vuestra mano  
A esa flaca muger, que ha resistido  
Solo porque confía: amenazadla,  
Quitarla la esperanza, y...

CREÓN (*como dudando*)

Argia...—su hijo...—  
Ya sé lo que he de hacer. Por precaverme  
Y en un último lance que el destino  
No me quite siquiera mi venganza,  
Haz que sea Lisandro conducido  
A la mazmorra oculta, donde han muerto  
Mis anteriores víctimas.—¡Sigilo,  
Y guardias escogidas! Que si llega  
El trance necesario, un asesino  
Del me responderá, sin que siquiera  
Pueda escucharse su infantil gemido.—  
Después vuela á los muros: yo con Argia  
Estaré prontamente.

EURIMEDON

Y yo á serviros  
Me preparo de modo, que este día  
Conozcais lo que os amo.

CREÓN

Parte, amigo.

## ESCENA II

Creón (*solo*)

CREÓN

¡Triste fatalidad! ¡Dioses supremos!  
¿Que corazón es este que ha cabido  
A Creón por desgracia?—O sois injustos,  
O debéis proteger unos designios  
Que son necesidad de mi existencia,—  
¿Por qué hé nacido así? ¿Por qué respiro  
Ambición y venganza, y nada sábia

Mi abrasadora sed? ¿Por qué no abrigo  
 Un corazon mas vil cuanto mas tierno?  
 Viviera humilde, mas quizá tranquilo.—  
 ¡Y que es esto! ¡Qué digo! ¿Tal deseo  
 Concebir un instante habré podido,  
 Sin que su sola idea me confunda,  
 Y sin avergonzarme de mí mismo?  
 ¿Soy hecho yo para vivir humilde?  
 ¿Soy hecho para amar?—¡Oh! su destino  
 Ningun mortal violenta: giman todos,  
 Y yo perezca, pero siga el mio.—  
 Mas ¿por qué perecer, si aun es posible  
 Triunfar sin exponerme?—Mis oidos  
 No escucharán de Argia mas desprecios,  
 Porque tengo en mis manos el arbitrio  
 De reducirla al punto á ser mi esposa. —  
 ¿Y el pueblo? ¿Adrasto?—¡Qué! ¿Por qué vacilo  
 Entre el temor y la esperanza?—Al cabo  
 En este horrible dia hé conocido  
 Que tambien tiembla un rey: pero ya es tarde  
 Para retrogradar en el camino  
 Que un Génio de furor me ha señalado.  
 Un muro han levantado mis delitos  
 Que queda tras de mí; que se interpone  
 Entre Creón y la virtud—¡Delitos!  
 ¡Virtudes!—¡Oh! ¿Qué son? Vanas fantasmas  
 Que á su arbitrio inventaron los caprichos  
 De los que no han podido hacerse grandes  
 Y arrastran viles un vivir mezquino.  
 Yo de otra esfera soy, y mis virtudes  
 Son las de todo rey, cuando há aprendido.  
 El arte indispensable al que se sienta  
 En el lugar que yo—Mas ¿que delirios  
 Ofuzcan mi razon?—Siento, y extraño  
 Sentir estos temores repentinos.—  
 ¡Qué! ¿Ya no soy Creón?—Argia, sí, Argia  
 Lo dijo anoche en este mismo sitio;  
 Ella lo dijo ¡oh Dios! y allí la sombra,  
 Allí la sombra está de Polinício,

Y brota negra sangre la honda llaga  
 Que le abrió de su hermano el cruel cuchillo.  
 ¡Espectro rencoroso! No me culpes  
 Porque yo preparé tal fratricidio . . . —  
 El trono... tú moriste por el trono;  
 ¿Y es culpa hacer morir por conseguirlo?  
 ¡Oh! no me muestres los desechos miembros  
 De un cadáver horrible y corrompido  
 En medio de los campos sin sepulcro—  
 ¿La venganza contigo á los abismos  
 De la tumba há bajado?—¿Qué me quieres?  
 ¿Que al silencio eterno baje contigo?—  
 Mas, Creón, ¿donde estás? ¿y por qué tiembblas?  
 ¿Tendrá en tí la ilusion el poderío  
 Que tiene sobre el débil? No. En tu acuerdo  
 Vuelve, Creón, y caiga en el olvido  
 Tu temor pasajero.—¿Y estoy solo?—  
 Sí, solo estoy.—Al fin nadie me ha visto  
 Temblar. Cual fuera la venganza mia  
 Si hubiera aquí de mi terror testigos.—  
 Voy á buscar á Argia, y ensañado  
 Cual nunca llevo el pecho.

ARGIA (*adentro*)

No, asesinos,  
 No podreis detenerme.

CREÓN

¿Argia es? ¿Qué es esto?  
 Dejadla entrar, soldados.

ESCENA III

Creón, Argia

ARGIA (1)

Los oidos  
 Abrid, Señor, al cabo á la plegaria  
 De una mísera madre: mis sùspiros,

(1) Sale y se arroja precipitadamente á los piés de Creón.

Mis lágrimas amargas, vuestro pecho  
 Por un instante tornarán benigno.  
 Yo lo esperó, Creón,—A vuestras plantas  
 A Argia no miréis, mirad os pido  
 La desolada madre de Lisandro.  
 ¿Que habéis hecho señor? ¿Donde está mi hijo?  
 Respondedme.—¿Calláis? ¡Oh Dios! Yo misma  
 Arrebatara lo ví por los impíos,  
 Pasarlo por delante de mi estancia,  
 Al cielo alzar sus ayes doloridos,  
 Tender á mi las inocentes palmas,  
 Y ni valerle ni valerme.—Un niño  
 ¿Donde por los soldados mas feroces  
 Entre horrenda algazara es conducido?  
 ¿Vos lo habéis ordenado?—No es posible.—  
 ¿Qué habéis hecho, señor? Donde está mi hijo?

CREÓN

Lo que no hé ordenado és que atrevida  
 Viniérais hasta aquí sin mi permiso.  
 Habéis violado la prision. ¿Qué guardia  
 Há sido la capaz de consentirlo?

ARGIA (1)

Ninguna. Mis dolores, mis transportes,  
 Mi desesperacion y mi cariño  
 En medio de las guardias me lanzaron,  
 Cuando ví que Lisandro . . .—¿Y es delito  
 Haberlas en su fúria atropellado,  
 Y volar desolada hasta este sitio?  
 Sin darme pronta y dolorosa muerte  
 ¿Qué soldados bastáran á impedirlo?  
 Una madre. . .—

CREÓN

Una madre tanto exeso  
 No cometiera impune: mas la he visto  
 Arrojar á mis piés, llorar, rogarme,  
 Y esta disculpa solamente admito.

(1) Levantándose del suelo.



## ARGIA

Esta es la primer vez que mis rodillas  
 Ante el poder se doblan. Sin mi hijo  
 ¿Quién lo viera jamás?—Pero ¿á que parte,  
 Señor, lo arrebataron?—¿Está vivo?—  
 ¿Hará falta tambien al poder vuestro  
 Escuchar de una madre los gemidos?

## CREÓN (1)

¿Y Adrasto? ¿Y el ejército que viene  
 A librar á Lisandro, ya han perdido  
 El poder de atajar el llanto vuestro?  
 No llorábais anoche. El enemigo,  
 Señora, es poderoso; y ya mi trono  
 Bambolea en el borde de un abismo.  
 ¿No lo habeis dicho vos? ¿Vuestra esperanza  
 Y vuestro orgullo quedan desmentidos  
 En un solo momento?—No.—¿Sois Argia,  
 Y podéis humilláros?—¿O habeis visto  
 Que, á pesar de Argos, y á pesar del mundo,  
 Os puedo hacer temblar? ¿Habeis sentido  
 Que, si al primer ensayo de mi fúria,  
 Os hago estremecer por vuestro hijo,  
 Puedo en lo que me resta de este día  
 A tal punto llevar vuestro suplicio,  
 Que ni llorar podáis?

## ARGIA

¡Oh! Sí: gozáos  
 Al ver mi confusion. Ya he conocido  
 Lo que podéis y lo que puede Adrasto;  
 Ya no soy mas que madre, y mi destino  
 Es llorar como tal.—Un solo instante  
 Basta para llenar vuestros designios,  
 Si son designios de venganza y muerte;  
 Y, aun cuando triunfe, no podrá impedirlo  
 El que no sabe el tiempo que le baste

(1) Con cierto aire de ironía feroz.

Para pelear, vencer, y redimirnos.—  
 Si, Creón; lo confieso : de vos solo  
 Espera su salud el hijo mio :  
 De vos solo...—

## CREÓN

El momento que se pierda  
 Para vos, nada mas, será perdido.—  
 Aprovechad el tiempo; poco os falta;  
 En Lisandro pensad, y decidíos,—  
 Antes que ataque Adrasto nuestros muros  
 Hasta el pié del altar venid conmigo ;  
 Y aparentando que cèdeis gustosa,  
 Y no como quien marcha á un sacrificio,  
 Entrad al templo, y aceptad mi mano.  
 Despues al pueblo vuestro lábio mismo  
 Dirá que vuestro hijo es heredero  
 Del trono de Creón; que habeis querido  
 De grádo ser mi esposa ; y que los Dioses  
 Bendicen esta union, y dan propícios  
 La paz á Tébas.—Al instante á Adrasto  
 Escribiréis tambien lo que yo mismo  
 Sabré dictar, y Eurimedon que parta  
 A llevar al rey de Argos vuestro aviso.—  
 Esto es todo, Señora; no hay mas tiempo  
 Que el que se vuela ya. Vuestros suspiros,  
 Vuestro llanto y dolor no son del caso.—  
 El momento en que avance el enemigo  
 Es el momento en que este suelo tiña  
 La sangre de Lisandro: prevenidlo:  
 Solo de vos depende: no hay mas medio:  
 O salvad ó perded á vuestro hijo.

## ARGIA

¡Oh Dios! ¡Creón!...—¡Oh Dios!—Tomad mi sangre:  
 Saciaos, Señor, con ella: agradecido  
 Mi pecho quedará.

CREÓN

No. Vuestra sangre  
 Ha de correr tambien; pero es preciso  
 Que ella sea la última, y que llene  
 De mi venganza hasta el menor vacío.—  
 Despues que, á vuestra vista, entre mil ansias,  
 Y entre el horror de bárbaros suplicios,  
 Lisandro exale el postrimer aliento;  
 Despues que de su madre los oídos  
 Sus muribundos ayes despedazen,  
 Y hagan que larga muerte en mil martirios  
 A pausas baje á las entrañas vuestras,  
 Entónces moriréis.

ARGIA (1)

¡Hijo!!—Yo espiro.

CREÓN (2)

¡Cuan vehemente en su pecho es el impulso  
 Del amor maternal! Este deliquio  
 La vino á sorprender sin decidirse.  
 El será pasajero.—De su hijo  
 Preferirá la vida, y á mis planes  
 Servirá en adelante.—¡Que suplicio  
 Es esta indecision en que hé quedado!—  
 A nada me resuelvo. Mis designios  
 Se frustrarán sin duda, si es que puede  
 Solo el dolor matarla.—Pero vivo  
 Siento latir su pecho, y aun respira.—  
 Volviendo del letargo el triunfo es mio.—  
 Mírala, Eurimedon.

(1) Dirá la expresion *hijo!* con el grito penetrante del dolor, y diciendo *yo espiro*, caerá desmayada sobre un sofá.

(2) Creón dirá lo que sigue contemplando á Argia, tocándola, y expresando los sentimientos que indican los versos, hasta que viendo que Euridemon entra á la escena, le dirige la palabra.

## ESCENA IV

Creón, Argia, Eurimedon.

EURIMEDON

¡Que! ¿Está ya muerta?

CREÓN

No: pero apenas supo que los filos  
De una espada, ya pronta á dar el golpe,  
Amagan á Lisandro, si conmigo  
No la liga himenéo, anonadada  
Al peso del dolor no ha resistido,  
Y está sin sentimiento.—¿No la miras?  
¿Que te dice su rostro?

EURIMEDON

Si há podido  
El solo amago tanto, no es posible  
Que resista la prueba: preveníos  
A ser esposo de Argia.

CREÓN

¿Y aun es tiempo?

EURIMEDON

Recien mueve su campo el enemigo.

CREÓN

Pues que muera Lisandro, y á la madre  
El corazón traspásale ahora mismo.—  
Hunde mil veces tu puñal.—¿Qué tardas?  
No: espera á que ella vuelva, y muera el hijo:  
Parte á sacrificarlo; y, cuando tornes,  
Que ya no es madre le diré yo mismo.—  
Mas no: trae á Lisandro: aquí perezca:  
Llegó la hora de sangre; corre, amigo;  
Y cuando venga Adrasto por su hija,  
Respóndele que su hija ya há vivido.

ARGIA (1)

¿Adrasto?... ¿Mi hijo?..... ¿Que decís?—¿Aun vive?

● CREÓN

Argia, silencio y preparaos.

EURIMEDON

Vencidos

Aun no estamos, Señor; venid al muro:  
Recien está el combate prevenido:  
Si Argia lo impide, vivirá dichosa:  
Si de Adrasto triunfamos, él, cautivo  
Con la hija suya, doblarán el triunfo;  
Y si la suerte inclina sus caprichos  
En favor de ese rey, Argia y Lisandro  
Mueren en un momento.

CREÓN (á Argia)

¿Habeis oído?

EURIMEDON

Entre el palácio, ¿quien podrá librarlos?—  
Yo ya lo prometí, sabré cumplirlo.—  
Dorramémos la sangre, pero en tiempo.  
La sangre es un caudal, que, si es preciso  
Al interés, se economiza; y luego  
Llega la hora, y se derrama á rios.—  
No disimuléis mas: sepa la altiva  
Que himenéo ó la muerte es el destino  
A que está reservada: ¡y cuales muertes!!  
El trono así lo exige.

CREÓN (á Argia)

Hasta este sitio

Pronto viene Agenor: á vuestro encierro  
Retornaréis con él.

(1) Mientras dice Creón los dos ó tres últimos versos anteriores, Argia irá volviendo pausadamente de su letargo; y hablará, despues de haberse acercado á los otros actores.

ARGIA

¿Y el hijo mio?

CREÓN

Consentid, ó muy pronto no sois madre :  
Esta es la última vez que lo repito.—  
Vamos al muro.

## ESCENA V

Argia (*sola*)

ARGIA

¡Soberanos Dioses!

¡Qué poco poderoso es el auxilio  
Que dáis á la inocencia! ¡Cómo triunfan  
Con vuestra tolerancia los delitos!—  
¿Para quién, Dioses, reserváis el rayo?  
¡Para quién!—Para mí, para mi hijo.—  
¡Qué! su vida ó su muerte está en mi mano,  
Y siendo yo su madre ¿habré podido  
Vacilar un momento?—Vuelve, mónstruo,  
Vuelve, Creón, y admite el sacrificio  
Que hago ya á tu ambicion y tus furores :  
Seré tu esposa..... ¡Dios! ¡Mánes queridos  
De Polinício! ¿me escucháis?—No: nunca  
La que supo adorarte cuando vivo,  
Y la que, aun muerto, tu memoria adora,  
Jamás, jamás tu Argia, esposo mio,  
De tal infámia cubrirá tu llama,  
Ni en negros humos ahogará su brillo.—  
¡Yo esposa de Creón!—Perdona, amado,  
Perdóname otra vez : mas tu querido,  
Tu adorado Lisandro.....—¿No te acuerdas,  
Cuando de Argos partiste, al despedirnos,  
Cuánto me hablaste de él?—¡Cielo! ¿Y ahora  
Soy yo que lo abandono á su suplicio?  
¿Así guardo el tesoro que confiaste  
En tu postrer abrazo á mi cariño?—

¡Deidades del Olimpo, ó del Averno!  
 ¿Cuáles me protegéis? ¿por qué camino  
 De mi dolor salir?—Argia ¿no escuchas  
 Los moribundos ayes de tu hijo?—  
 ¡Madre! sí: ¡Madre! en su agonía grita,  
 Y ya no hay madre para él.—(1) ¡Qué miro!—  
 Ya voy, ministro de furor y muerte.  
 ¿A arrebatarme vienes? Ya te sigo,—  
 Vuela á mi estancia, y con la helada úrna,  
 Do los restos están de Polinício,  
 Me abrazaré llorando. ¡Pueda en ella  
 De mi antigua esperanza hallar vestígios!  
 Y al consultar esposo, tus cenizas,  
 Díle á tu Argia lo que hará por tu hijo.

(1) Se recostará á un bastidor abatidísima y como insensible. Mientras dura la larga pausa que debe hacer, se presenta en la escena Agenor, se acerca á Argia, y esta, cuando lo siente, vuelve en sí, le dirige los dos primeros versos que siguen, y al fin del acto parte con él.

FIN DEL ACTO CUARTO.

---

## ACTO QUINTO

### ESCENA I

Creòn (*Agenor con sus guardias*).

CREÓN

No sé qué aterrador presentimiento  
 Mi incontrastable corazón agita,  
 Desde que ví que Adrasto á las murallas.  
 Presidiendo su tropa, se aproxima.—  
 El cielo está pesando mi destino,

Y en muy pocos momentos ya se inclina  
 El inmutable fiel de la balanza  
 Al lado de mi gloria ó de mi ruina.—  
 Aun no empieza el combate.—¡Oh! ¡si evitarlo  
 Pudiera yo!—¡Agenor! Haz que te siga  
 Argia hasta este lugar: parte, no tardes;  
 Nunca han valido mas que en este dia  
 Los menores instantes. (1) O Argia impide .  
 Este combate horrible, ó de mis iras.....—  
 ¡Cielo! ¡Yo despreciado! ¡Yo vencido!—  
 ¡Qué ansiedad! ¡Ah Creón! ¿Por qué á tu vista  
 De la honda eternidad se abre la puerta,  
 Y esta idea espantosa te horroriza?—  
 ¿Númenes implacables? ¿Cual castigo.....?—  
 Pero no: yo no cedo. Que decida  
 De la guerra á su arbitrio la fortuna,  
 Pero nada trastorna el alma mia.

## ESCENA II

*Creón, Argia, Agenor y las guardias.*

CREÓN

Argia, ¿habeis elegido?

ARGIA

Sí.

CREÓN

¿Mi mano?

ARGIA

Mi muerte.

CREÓN

Moriréis. Mas, precedida  
 Vuestra muerte será de la del hijo  
 Que no queréis salvar. No fuera digna

(1) Se va Agenor. Las guardias quedan en la escena.



De Creón su venganza, y se perdiera,  
 No muriendo Lisandro á vuestra vista,  
 Y no apurando vos hasta las heces  
 El cáliz de su bárbara agonía.  
 Ya os lo he dicho otra vez.

ARGIA

¿Pero mi sangre  
 No es bastante, Creón? ¿Y qué diría  
 De un rey el universo, si supiera  
 Que un niño tierno conmovió sus iras,  
 Hasta el extremo de empapar las manos  
 En su sangre inculpada?

CREÓN

No se cuida  
 Creón de lo que diga el universo:  
 Todo su mundo es él.—¿Argia imagina  
 Evadirse del golpe que la espera,  
 O que mi alma, al ver lágrimas, vacila?  
 Perdeis llanto y palabras: una sola  
 Proferid, y con ella muerte ó vida.

ARGIA

Sí, muerte para mí.—¿Creón! No es furia  
 La que hay en vuestro pecho: es la justicia  
 Quien lo hace inexorable: mas yo sola  
 Al género de muerte mas impía  
 Debo ser destinada. Yo hé venido  
 A Tébas á buscar unas cenizas  
 Que insepultas mandastéis que quedáran.  
 Yo, yo soy solamente quien motiva  
 Los furores de Adrasto: en esta guerra  
 Se ha empeñado no mas que por su hija.  
 Yo, yo la viuda soy de Polinício,  
 Y por él os desprecio: y este día  
 De sangre y mortandad, ¿quién lo ha traído?  
 ¿Quien es la que se niega á verse unida  
 Al rey de Tébas con estrecho lazo?

¿Quién es la que se niega y desestima?—  
 Yo sola soy, Creón. ¡Ah! ¡cuantas causas  
 Para que justamente á vuestras iras  
 Caiga la sola madre! Pero mi hijo,  
 Que ni ama ni aborrece todavia,  
 Que llora en su desgracia y no la siente,  
 Que no sabe si hay tronos: ni otras dichas  
 Es capaz de gozar que de su madre  
 Los besos, los abrazos, las caricias,  
 ¿Ese niño inocente es bien que muera?—  
 Si me dejais vivir, aprenderia  
 Entonces de su madre á aborrecéros:  
 Matadme y estorbadlo.

## CREÓN

En este dia  
 Pereceréis los dos, y es corto el tiempo  
 De enseñar y aprender. ¡Qué! ¿Decidida  
 No creéis que está su suerte?— Yo conozco  
 Que despreciais la muerte, y atrevida  
 La insultaréis sin duda; y es por eso  
 Que debéis lentamente recibirla  
 De Lisandro en persona. Vuestra sangre  
 Me vengará de Adrasto, cual me vengo  
 En Lisandro de vos. Si vuestra ruina  
 No me fuera por esto necesaria,  
 Os dejára vivir; porque la vida,  
 Sin gozar de vuestro hijo, mas tormentos  
 Os causaria que la muerte misma.—  
 No salveis á ese niño. ¿Que le importa  
 La ternura de madre á una heroina  
 Que prefiere morir á dar su mano?  
 ¡Oh! tanta gloria de una madre es digna.  
 Ciertamente mi mano os envilece.  
 Bien veis que os hago honor.

## ARGIA

¿Mas abatida,  
 Mas humillada, bárbaro, me quieres?—

Vuela, vuela, malvado, y asesina  
 Con tu execrada mano al niño tierno,  
 Que yo amo mas porque tu rábida exita:  
 Bebe su sangre: arráncale del pecho  
 El débil corazon: mientras palpita  
 Gózate con mirarlo: en mil pedazos  
 Destrózalo... —¡Ay!....—¡Que mas!—¡Cruel! ¡Perdida  
 Está ya mi razon!—¡Señor! (1) La muerte.....—  
 ¡Ah! ¡por piedad, la muerte! Aquí rendida  
 A vuestro pies la pido.

## CREÓN

Sed mi esposa,  
 El himenéo la batalla impida,  
 Regresen los argianos á su pátria,  
 Y viviréis los dos.

## ARGIA (2)

¡Ah! Las cenizas  
 De Polinício, que bañó mi llanto,  
 ¿Por qué no respondieron?—¡Sombra amiga!  
 Sal de los hondos senos de la muerte;  
 Llega, y en Tébas á tu esposa mira.—  
 Dime ¿por qué te amé?—¿Por qué me hiciste  
 La madre de Lisandro?—¡Arrepentida  
 Argia estará de serlo! No, mi esposo.—  
 Mas ¿no escuchas la voz de tu querida?  
 ¿No vuelas, Polinício, á mi socorro?—  
 Un bárbaro asesino solicita,  
 Por interes de su ambicion sin freno,  
 Lo que mi amor te dió. Lisandro espira.  
 Si no se alza tu brazo descarnado,  
 Si el dolor de quien vive no dá vida  
 A los que, sombras, en la Estígia vagan;  
 Si no vienes en fin.—¡Creón! ¿Soy hija  
 De Adrasto todavia? ¿Vive? ¿Acaso  
 La suerte de un combate?.....—¡Qué agonias!  
 Hija y madre á la vez.....—

(1) Se arroja á los piés de Creón.

(2) Levantándose del suelo.

CREÓN

Ya no hay mas tiempo.

¿Consentis?

ARGIA

¡Ah! Matadme.

CREÓN

Conducidla

Soldados, á la lóbrega mazmorra;  
 Suplan las téas á la luz del dia,  
 Que en aquella prision jamas penetra;  
 Alumbrad mi venganza; que á su vista  
 Muera cruelmente el hijo; y á este sitio,  
 Salpicada de sangre tan querida,  
 Arrastradla otra vez.

ARGIA

¡Creón! Dejadme

Que consulte de nuevo las cenizas  
 De mi perdido esposo. Permitidme  
 Que un momento no mas.....

CREÓN (*á los soldados*)

Esas reliquias

De la úrna sacad en que reposan,  
 Y en el suelo furiosos esparcidlas,  
 A los piés del verdugo que á Lisandro  
 Debe arrancar la abominable vida.  
 Este es un sacrificio anticipado  
 A los mánes de Argia. Si mis iras  
 No toleran igual entre los vivos,  
 ¿Valdrán mas que Creón estas cenizas?

ARGIA

Pero ni yo ni vos amar podemos  
 Este enlace sacrilego: si unida  
 Estuve á Polinício.....

CREÓN

Quién se acerca?

ARGIA

¡Deidades! Protegedme en este día.

CREÓN

¿Qué es esto, Eurimedon?

## ESCENA III

Creon, Argia, Eurimedon, Agenor y sus guardias.

EURIMEDON (1)

¡Señor! Salváos.

Tan solamente pudo la perfidia  
 Lo que el valor de Adrasto no pudiera.—  
 Periandro..... ¡Ah! De Periandro la inaudita  
 Traicion es sin ejemplo. Se há vendido,  
 Y nos vendió. Las huestes enemigas  
 A la puerta Emoloides amagaban,  
 Y, viendo nuestra tropa prevenida,  
 Reusaban acercarse. De repente  
 La legion de Periandro se aproxima  
 Al muro que cubríamos; el pueblo  
 Con ímpetu furioso lo seguia,  
 Y, armado ya por él desde antemano,  
 A un combate interior se precipita  
 Con los soldados nuestros. Entretanto  
 La legion del traidor carga, desquicia  
 Las principales puertas, y los muros  
 A los argianos en su seno abrigan.  
 Todo ha sido un momento.—Adrasto, el pueblo,  
 El pérfido Periandro todavia  
 Vertiendo están la sangre de los fieles  
 Que al honor de su rey se sacrifican.  
 Pero el número vence. Ismenio apénas  
 Será posible que las avenidas

(1) Saldrá precipitado, furioso, y con la espada desnuda.

Del palacio defienda un breve rato :  
 En este empeño queda: decidida  
 Vuestra guardia á morir, se ha preparado  
 A que la entrada.....—

CREÓN

Basta. ¿Y esa vida  
 Porqué no se ha perdido? ¿Así se guarda  
 Una fé tantas veces prometida?

EURIMEDON

Yo he volado hasta vos con este aviso.....—

CREÓN

Bien. El pueblo.....—Periandro.....

ARGIA

Al fin tranquila  
 Puede Argia respirar.

CREON (*á Eurimedon*)

¡ Amigo ! El mando  
 Espiró ya, pero comienza mi ira.—  
 Ahora mismo arrebátala: haz que mire  
 Que á pesar de su triunfo, el hijo espira ;  
 Y traela aquí de nuevo. Ella no debe  
 Morir por otra mano que la mia.

ARGIA

No, Creón.

CREÓN

Parte al punto: sácia tu alma  
 Con el placer de ver como palpita  
 Roto su corazon.....—

ARGIA

No. Vuestra esposa  
 Seré mas bien.

CREÓN

No es tiempo ya.—Dáos prisa  
A arrastrarla de aquí.

ARGIA á los soldados.

¡Oh Dios! Dejadme.—  
Lisandro! ¡Ah, mi Lisandro!!—¡Horrible dia! (1)

## ESCEÑA IV

Creón, Agenor, guardias.

CREÓN (2)

Y Creón ya no es rey. El trono mio  
Caer de otra manera no podia.—  
¡Traidores! ¡Oh! ¡Qué fúria!—¡Cuánta sangre!—  
Un momento no mas: y ya la mia  
Ha de correr tambien.—Decid (3) ¿Vosotros  
Sois soldados de Adrasto? ¡Qué! ¿Ya pisa  
Mi palacio ese rey?—¡Qué rey! No sabe  
Triunfar, si no triunfando la perfidia.—  
Y yo ¿como triunfé?—¿Remordimientos?—  
¡Oh! no: jamas, Creón: no lo admitas.—  
Ya ha saltado la sangre de Lisandro.  
Argia la ha visto ya, y Argia no expira  
Porque el Génio que manda en mis venganzas  
Dilata por mi bien sus agonias.—  
Yo moriré despues, sin que ella sepa  
Cual es mi suerte, y esta idea misma  
Doblará sus tormentos cuando muera.—(4)

(1) Una parte de las guardias arrebatan violentamente á Argia, y parten con Eurimedon. El resto de ellas queda con Agenor en la escena.

(2) Creón prorumpirá despues de una pausa regular, en la que manifestará el furor y la desesperacion. Las pequeñas líneas que parten los versos, indican las circunstancias en que este actor debe variar sus posiciones y su tono, hacer sus pausas, mostrar la impetuosa contrariedad de efectos en que debe batallar.

(3) Hará estas preguntas á los mismos soldados de su guardia, como si no los conociera.

(4) Se oirá un ruido como de armas y voces á lo lejos. Este, en intervalos mas ó menos cortos, se irá sintiendo mas cerca, hasta el principio de la escena sexta.

¡Qué rumor, Agenor!—Parte. ¿La grita  
 Y el tumulto no escuchas? Parte y díme  
 Si ya Adrasto á este sitio se encamina.—(1)  
 ¡Oh! ¡Qué fuera de mí si mi venganza  
 Me quitará tambien, como me quita  
 El poder de vengarme en adelante!  
 ¡Oh! ¡Que fuera de mí, si salva á su hija,  
 Y si á Lisandro salva!—El ruido crece.—  
 ¡Qué momentos, Creón! ¡Como te agitan!  
 ¡Cielos! ¿Quién entra aquí?

### ESCENA V

Creón, Argia, Eurimedon, *las guardias de la escena anterior.*

ARGIA

Quién de tu rabia  
 Ha triunfado, Creón; quien todavía  
 Es madre, y lo será.

CREÓN

¿Que es lo que dices?

EURIMEDON

La legion de Periandro, á mi salida,  
 Ya entraba en el palacio; y los soldados  
 Que á Lisandro guardaban, ó caían  
 A los golpes traidores, ó vencidos,  
 El peso de las armas deponían.  
 El subterráneo penetró Periandro  
 Con planta vencedora y atrevida,  
 Y, al llegar á la torre, descubrimos  
 Que en sus brazos al niño conducía  
 Lejos de su prision, y que volaba  
 Al encuentro de Adrasto.

CREON

Todavía  
 ¡Oh fúrias infernales! si hay furores,  
 Traédlos á mi pecho.

1 Se vá solo Agenor, y no vuelve mas á la escena.



EURIMEDON

La osadía

De Isménio y Agenor y algunos bravos  
 Es lo solo que resta; pero espiran  
 Sin poderos valer. ¡Señor! salváos :  
 Ya se acercan: mirad por vuestra vida:  
 Si es posible, salváos.

CREÓN

¡Eh! ¿Que dices?  
 ¿Que sirve ya el vivir?—¡Ah! ¿Mi desdicha  
 Sabes cual es, cobarde?—Es que tu mano  
 No supo responderme de una vida,  
 Y ha dejado incompleta mi venganza.  
 ¿De una vida? ¿Que digo! Si respira  
 Adrasto, á tí lo debe. ¿No te acuerdas?—  
 ¡Con que traidores todos!—Pero su hija.....

ARGIA

¡La hija de Adrasto! Mi Lisandro vive;  
 No temo á nadie ya.

CREÓN

¡Altiva! ¿Miras  
 El triunfo de tu padre? ¿Ves mi tropa :  
 Que, á fuerza de perfidia, está vencida?  
 Vélo, pero no esperes. ¿Por qué piensas  
 Que estos breves momento aun respiras?  
 Es por que veas y que te atormentes  
 Con la idea feroz de que mi ruina  
 Y el triunfo de los tuyos no te salvan,  
 Vélos antes de morir: vive affigida  
 Este instante final.....—¡Eh! ¿Quien!.....—¿Que ruido? (1)  
 ¿Que es eso, Eurimedon?

EURIMEDON

Ya se aproximan,  
 Señor, los vencedores á este sitio.

(1) Es el tropel de los actores de la escena siguiente. Creón, al sentirlo, agarrará á Argia con una mano, y con la otra desenvainará un puñal.

## ESCENA VI (1)

Creon, Adrasto, Argia, Eurimedon, *guardias de Creón,*  
*soldados de Adrasto.*

ADRASTO

¡Mónstruo! Entrégame á Argia.

CREON

Recibidla. (2)

ARGIA

¡Bárbaro!

ADRASTO (3)

¡Hija!

ARGIA

¡Padre!...—En vuestros brazos...—  
Pues vive mi hijo...—Moriré tranquila. (4)

ADRASTO

¡Soldados! A pedazos las entrañas  
De esa fiera arracad.

CREÓN

La mano mia  
Es quien sola penetra en mis entrañas.—(5)  
Adrasto...—muero yo...—pero mis iras  
Hasta el infierno bajaran conmigo...—  
Y en el infierno triunfarán de tu hija. (6)

(1) Al presentarse los soldados Argianos en la escena, los de Creón y Eurimedon harán con las armas un movimiento ligero, como de querer defenderse; pero á otro movimiento igual de los soldados de Adrasto, se contendrán al instante.

(2) Hierde mortalmente á Argia.

(3) Correrá á abrazar á Argia, esclamando dolorosamente ¡hija!

(4) Muere en brazos de su padre.

(5) Se hiere con el mismo puñal con que hirió á Argia.

(6) Cae sin que nadie lo sostenga, y espira abandonado.

